

CLÁSICOS
POLÍTICOS

FEDERICO II DE PRUSIA

ANTIMAQUIAVELO
O REFUTACIÓN DEL PRÍNCIPE
DE MAQUIAVELO

ESTUDIO INTRODUCTORIO, VERSIÓN CASTELLANA
Y NOTAS DE ROBERTO R. ARAMAYO

CENTRO DE ESTUDIOS
CONSTITUCIONALES

CLÁSICOS POLÍTICOS

Director de la Colección:
ANTONIO TRUYOL Y SERRA

Ética a Nicomaco

(edición bilingüe en griego y castellano)

Por Aristóteles.

Introducción y notas de Julián Marías.

Traducción de Julián Marías y María Araújo.

Retórica

(edición bilingüe en griego y castellano)

Por Aristóteles.

Traducción, prólogo y notas de Antonio Tovar.

Arcano de Principes

Por Vicente Montano.

Liberalismo alemán del siglo XIX

Sección de textos, traducción y estudio introductorio de
Joaquín Abellán.

De Derecho de Presa y Del Derecho de la Guerra y de la Paz

(texto de las obras "De Iure Praedae" y "De Iure Belli ac
Pacis")

(edición bilingüe en latín y castellano)

Por Hugo Grocio.

Traducción, introducción y notas de Primitivo Mariño
Gómez.

De Concordancia Catholica o sobre la unión de los cristianos

Por Nicolás de Cusa.

Introducción y traducción de José María Alejandro.

Recuerdos

Por F. Guicciardini.

Precedido del estudio de F. de Sanctis: "El Hombre de
Guicciardini".

Presentación y traducción de Antonio Hermosa Andújar.

¿Qué es el estado llano?

(precedido del "Ensayo sobre los privilegios")

Por E. J. Sieyes.

Prólogo de Valentín Andrés Álvarez.

Traducción de José Rico Godoy.

Constituciones Flexibles y Constituciones Rígidas

Por James Bryce.

Estudio preliminar de Pablo Lucas Verdú.

Escritos políticos

Por Diderot.

Traducción, estudio preliminar y notas de Antonio Her-
mosa Andújar.

Escritos políticos

Por B. Constant.

Traducción, estudio preliminar y notas de María Luisa
Sánchez Mejía.

La República de los Lacedemonios.

La República de los Atenienses

(edición bilingüe en griego y castellano)

Por Jenofonte y Pseudo-Jenofonte.

Traducción de María Rico y Manuel Fernández Galiano.

Manifiesto obrero y otros escritos políticos

Por Ferdinand Lassalle.

Traducción, introducción y notas de Joaquín Abellán García.

Política

(edición bilingüe en griego y castellano)

Por Aristóteles.

Traducción de Julián Marías y María Araújo.

La Monarquía del Mesías.

Las Monarquías de las Naciones

Por Tomás Campanella.

Traducción del latín, introducción y notas críticas de Primitivo Mariño.

Dos interpretaciones de la Revolución Francesa

Por Sénac de Meilhan y Antoine Barnave.

La Política

Por Juan Althusio (Althusius).

Traducción del latín, introducción y notas críticas de Primitivo Mariño

Falacias Políticas

Por J. Bentham.

Traducción e introducción de Javier Ballarín y Benigno Penedís.

Escritos y discursos de la revolución

Por Emmanuel Sieyès.

Traducción e introducción de Ramón Múz.

¿Es conveniente engañar al pueblo?

Por Condorcet, Castillón y Becker.

Reforma y mutación de la Constitución

Por G. Jellinek.

Traducción e introducción de Pablo Lucas Verdú.

Consejos Políticos

Por Plutarco.

Traducción, introducción y notas de Fernando Gasco.

Behemoth. El largo parlamento

Por Hobbes.

Obra Política I

Por Guillermo de Ockham.

Traducción del latín, introducción y notas críticas de Primitivo Mariño.

Escritos Políticos.

Por Madame de Staël.

El Político. Critón. Menón

Por Platón.

Introducción y traducción: Antonio González Laso, María Rico Gómez y Antonio Ruiz de Elvira.

Fundamento del derecho natural según los principios de la doctrina de la ciencia

Por Johann Gottlieb Fichte.

Traducción de José L. Villacañas Berlanga. Manuel Ramos Valera y Faustino Oncina Coves.

Estudio introductorio de José L. Villacañas Berlanga.

Antimaquiavelo o Refutación del Príncipe de Maquiavelo

Por Federico II de Prusia.

Estudio introductorio, versión castellana y notas de Roberto R. Aramayo

(Precio: 3.000 ptas.)

ANTIMAQUIAVELO
o Refutación del Príncipe de Maquiavelo

FEDERICO II DE PRUSIA

ANTIMAQUIAVELO

o Refutación del Príncipe de Maquiavelo

(Editado en 1740 por VOLTAIRE)

Estudio introductorio, versión castellana y notas
de

ROBERTO R. ARAMAYO

CENTRO DE ESTUDIOS CONSTITUCIONALES

MADRID, 1995

Reservados todos los derechos
© Centro de Estudios Constitucionales

NIPO: 005-95-025-9

ISBN: 84-259-0988-0

Depósito legal: B1-2119-95

Impreso en España por Didot, S.A. - Bilbao

*A mis padres y a Elena Salaverría,
por haberme dado mucho más
de cuanto yo merecía.*

	<i>Páginas</i>
CAPÍTULO IV: «De cómo conservar el trono»	30
CAPÍTULO V: «De los Estados conquistados»	35
CAPÍTULO VI: «De los nuevos Estados que el príncipe adquiere por su valor y por sus propias armas»	40
CAPÍTULO VII: «Del gobierno de un Estado adquirido recientemente»	48
CAPÍTULO VIII: «Sobre los que han devenido príncipes a costa de crímenes»	57
CAPÍTULO IX: «Del principado civil»	65
CAPÍTULO X: «De las fuerzas de los Estados»	70
CAPÍTULO XI: «De los Estados eclesiásticos»	76
CAPÍTULO XII: «De las milicias»	82
CAPÍTULO XIII: «Acerca de las tropas auxiliares»	88
CAPÍTULO XIV: «De si es preciso no aplicarse sino a la guerra. Digresión sobre la caza»	94
CAPÍTULO XV: «Aquellos que hace alabar o denigrar a los hombres y particularmente a los príncipes»	102
CAPÍTULO XVI: «De la liberalidad y la economía»	108
CAPÍTULO XVII: «De la crueldad y la clemencia, y de si vale más ser temido que amado»	115
CAPÍTULO XVIII: «De cómo los príncipes deben mantener su palabra»	120
CAPÍTULO XIX: «Cómo evitar el ser menospreciado y odiado»	127
CAPÍTULO XX: «Cuestiones varias de política»	138
CAPÍTULO XXI: «De cómo debe gobernar el príncipe para hacerse estimar»	146
CAPÍTULO XXII: «De los secretarios de los príncipes»	155
CAPÍTULO XXIII: «De cómo hay que rehuir a los aduladores»	160
CAPÍTULO XXIV: «Por qué los príncipes de Italia han perdido sus Estados»	163

INDICE

	<i>Páginas</i>
CAPÍTULO XXV: «Del poder que tiene la fortuna en los asuntos del mundo y de cómo cabe hacerle frente»	168
CAPÍTULO XXVI: «De las diferentes clases de negociaciones y de las razones que cabe llamar justas para hacer la guerra»	177
ANEXO I: Reseña del «Antimaquiavelo» por Voltaire	195
ANEXO II: Borrador del prefacio de Voltaire	200

ESTUDIO INTRODUCTORIO

por

Roberto R. ARAMAYO

LA QUIMERA DEL «REY FILOSOFO»

o el inevitable divorcio entre la moral y la política

«Sa gloire et son profit, voilà son Dieu, sa Loi.
Il pense en Philosophe et se conduit en Roi.»
(ROUSSEAU, Dóptico sobre Federico el Grande)

Si tuviéramos una máquina del tiempo y fijásemos como destino de nuestra peculiar travesía hacia el pasado la Holanda del siglo XVIII, cupiéndonos así pasear por las calles de La Haya en el otoño del año 1740, sus librerías nos brindarían, entre otras novedades, la reciente aparición de dos libros anónimos que, pese a compartir título, portan diferente subtítulo. El primero se presenta como un Examen del Príncipe de Maquiavelo, mientras que la otra versión prefiere autoproclamarse como un Ensayo crítico del Príncipe de Maquiavelo; esta última, publicada por Voltaire, desaprueba la otra en su prefacio, donde constata ciertas discrepancias que se le antojan decisivas. Ambas versiones ofrecen en una columna paralela el célebre texto del secretario florentino y enarbolan, pese a todo, un rótulo idéntico: el de Anti-Maquiavelo.

De permanecer algún tiempo viajando por la Europa de aquel entonces, podríamos hacernos con dieciséis ediciones distintas de la misma obra en tan sólo quince meses. Bastaría con visitar para ello Londres, Bruselas, Amsterdam, Copenhague, Marsella, Göttingen, Frankfurt y Leipzig. En ese corto lapso de tiempo, el original francés habrá sido traducido al inglés, al alemán y al holandés. Todo un éxito editorial, como no podía ser de otro modo, habida cuenta de que nadie ignoraba quién era el presunto autor de dicha obra: el flamante rey de Prusia. El presunto misterio sobre su anonimato era un secreto a voces.

El príncipe Federico se había hecho muy popular. Sus altercados con su padre, apodado «el rey sargento», sus inclinaciones filosóficas

y artísticas, la gran amistad trabada con Voltaire merced a una prolija correspondencia, eran del dominio público y todo ello había provocado grandes expectativas respecto a su acceso al trono. Todo el mundo se preguntaba qué cabía esperar del nuevo «rey filósofo» y veían una buena ocasión para desentrañar su futuro comportamiento en la lectura de un libro cuyo título era tan prometedor.

Saint Pierre se apresuró a redactar unas Reflexiones en torno al Anti-Maquiavelo de 1740, creyendo recabar con ello el apoyo del joven monarca prusiano a su famoso proyecto de paz perpetua. Sin embargo, la invasión de Silesia, verificada el 16 de diciembre del año en curso, hizo que se desvanecieran todas sus esperanzas a este respecto y manifestara su desilusión en otro ensayo, titulado el Enigma político, donde, si bien se deshacía en elogios hacia lo mantenido por Federico en sus escritos, no dejaba de lamentar el abismo que parecía mediar entre sus encomiables posicionamientos éticos en la teoría y los mentís dados a ésta por su praxis política.

Lo que la gente se preguntaba era cuánto había puesto Voltaire de su propia cosecha. Algunos llegaron a sospechar que él, y no su ilustre amigo, era quien realmente había redactado la obra en cuestión (1). Una duda que no carecía de fundamento, dada la influencia

(1) Esta sospecha era erigida en certidumbre por Edmundo González Blanco (quien, dicho sea de paso, también gustaba de traducir a Schopenhauer, al igual que un servidor) hace tan sólo unas décadas: «Siguiendo su impostada costumbre de dar por autores de sus obras políticas y religiosas a personas supuestas o muertas, Voltaire no vaciló en imputar a Federico II de Prusia un libro que no había escrito, y afirmó resueltamente que la redacción del Antimachiavel pertenecía de hecho a aquel príncipe, y que él se había limitado a corregir, anotar y editar su producción. En realidad, hubo bastante más que acicalamiento por parte suya. Formado entre los ingleses, en la escuela antimonárquica de Milton, de Collins y de Pope, quiso hacer mirar como obra de un rey una declamación contra todos los preservativos de los tronos, a fin de que triunfase la facción filosófica a que estaba afiliado... Desdeñando aquel soberano confundir semejante error de otro modo que con su proceder, desengañó de él al gran público y aún dió lustre a Maquiavelo, pues demostró negativamente que aquella obra era ajena a sus producciones literarias, al omitirla, cuando permitió que se imprimiera la colección de sus demás obras, en vida suya» (Cfr. el prolijo estudio introductorio antepuesto a su versión castellana de N. Maquiavelo, El Príncipe, comentado por Napoleón Bonaparte, Ediciones Ibéricas, Madrid, s.a. [el prólogo está fechado el 12 de mayo de 1933], pp. 226-227. Lo curioso es que él mismo se desmiente a renglón

INDICE

	<i>Páginas</i>
ESTUDIO INTRODUCTORIO, por Roberto R. ARAMAYO	
<i>La quimera del «rey filósofo» o el inevitable divorcio entre la moral y la política</i>	XV
1. Una fama infame: los requiebros de la fortuna para con el «maquiavelismo»	XVII
2. Voltaire y Federico: crónica epistolar de las vicisitudes del «Antimaquiavelo»	XXVIII
3. El distingo kantiano entre «moralista político» y «político moral»	XLIX
Agradecimientos	LII
<i>Nota sobre las notas (y otras peculiaridades del texto)</i>	
Ediciones críticas del texto	LIV
Fuentes originales	LV
Códigos de visualización	LV
Anexos	LVII
Traducciones previas al castellano	LVII
ANTIMAQUIAVELO (o Refutación del Príncipe de Maquiavelo), por FEDERICO II DE PRUSIA (editado por Voltaire en 1740)	
Prefacio (Voltaire)	3
Prólogo (Fedérico II de Prusia)	9
CAPÍTULO I: «Acerca de los diferentes gobiernos y de cómo se puede llegar a ser soberano»	15
CAPÍTULO II: «De los Estados hereditarios»	18
CAPÍTULO III: «En torno a los Estados mixtos»	20

que éste había tenido, no sólo en lo relativo a las ideas, sino incluso en lo tocante al propio estilo del texto. Suya era, sin ir más lejos, la ocurrencia del título mismo, pues el manuscrito de Federico había sido encabezado con uno algo menos impactante, al haberse limitado a denominarlo como *Refutación del Príncipe de Maquiavelo*. Pero es que, además, sin su participación, esta obra no habría visto nunca la luz, al quedarle confiada por entero la revisión del mencionado manuscrito, que su autor lamentó ver finalmente publicado. De hecho, las relaciones entre los dos amigos quedaron seriamente dañadas por la mentada publicación. ¿Por qué? Luego lo veremos. Ahora tenemos que seguir utilizando nuestra consabida máquina del tiempo y retroceder un par de siglos más, poniendo rumbo hacia la Italia renacentista.

1. Una fama infame: los requiebros de la fortuna para con el «maquiavelismo»

La obrita que andando el tiempo habría de verse considerada como la Biblia de los politólogos modernos tuvo una génesis bastante azarosa y a su autor difícilmente se le habría ocurrido que su opúsculo acerca de los principados (2) pudiese alcanzar semejante repercusión. No había nada que apuntara en esa dirección, mientras que sobraban los augurios en sentido contrario. Por de pronto, Maquiavelo jamás acarició seriamente la idea de publicarlo. Su pequeño ensayo fue redactado a lo largo del segundo semestre de 1515 (3) con una misión

seguido, al reproducir un pasaje de su Voltaire (Editorial América, Madrid, s.a., p. 124): «En 1915, Benoist publicó un volumen titulado *Le machiavelisme de "l'Antimachiavel"*, donde se hacen abundantes citas de las cartas que se cruzaron entre el rey de Prusia y Voltaire, cartas que son de un valor inapreciable. En ellas se trasluce todo el maquiavelismo de aquel monarca que, para ejercitar con más provecho la filosofía práctica del italiano célebre, había hecho un estudio muy serio de él antes de subir al trono, y que posteriormente a la publicación del *Antimachiavel*, tan reciamente había de practicar la doctrina perversa del autor florentino, por él vituperada y estigmatizada» (cfr. *ibid.*, p. 227).

(2) Así reza su título en latín: *De principatibus*.

(3) Este dato (que rebate lo defendido por Meinecke sobre la datación del manuscrito de *El Príncipe*) ha sido sacado, como tantos otros que salpicarán los próximos párrafos, de los magníficos trabajos debidos a Federico Chabod, re-

muy concreta y absolutamente coyuntural. A nivel personal, pretendía congraciarse con la clase dirigente para obtener alguna embajada o cometido que le sacará del ostracismo en el cual se hallaba inmerso por las circunstancias políticas del momento. Desde otro punto de vista, su segunda intención era mucho más ambiciosa, ya que su deseo era influir sobre un príncipe perteneciente a una poderosa familia, con el fin de animarle a engrandecer Florencia y convertirla en la cabeza de una Italia unificada (4).

Por aquel entonces el papa León X parecía dispuesto a crear un Estado que habría de verse regido por su sobrino Giulano, hijo de Lorenzo el Magnífico. Alentado por esos rumores, Maquiavelo suspende su comentario de Tito Livio para redactar un opúsculo del que ni siquiera revisará el estilo, tal como se proponía hacer en un principio. Primero, porque decidió confiar el manuscrito a su amigo y asiduo corresponsal Francesco Vettori. Más tarde, serían sus amos con una damisela lo que se interpusiera en esa empresa y le mantuviese alejado por unos meses de su actividad intelectual. Finalmente, se vió urgido por lo que consideró una ocasión propicia, que no quiso desaprovechar, pues en 1515 Lorenzo de Médicis era nombrado capitán general de los florentinos. Con todo, éste mostrará un mayor aprecio por otro presente que le llegó justo cuando estaba recibiendo el opúsculo de manos del ilusionado Maquiavelo, cuyo ensayo no supo rivalizar con dos perros de caza.

Esa fortuna, sobre la que tanto reflexionó Maquiavelo, quiso hacerle devenir célebre por un escrito que no estaba destinado al público en general y que ni siquiera había llegado a pulir del todo. Se trataba

copilados en castellano bajo el título de Escritos sobre Maquiavelo (traducción de Rodrigo Ruza), Fondo de Cultura Económica, México, 1994; para este punto concreto cfr. pp. 147-200).

(4) «Italia veíase subyugada, era menester echar a los bárbaros, y, para vencerlos, se requería un hombre que concentrase en sus manos las fuerzas dispersas entre ciudades desunidas. Pero ¿cómo establecer la unidad indispensable allí donde reina una diversidad infinita? ¿Cómo unir espíritus divididos y mil ambiciones rivales? La obra no es practicable sino por medio de un salvador, y, para allanarle el camino, Maquiavelo no retrocede ante nada, ni ningún sacrificio le es costoso. Tal es la explicación del libro El príncipe» (Cfr. Edmundo González Blanco, estudio introductorio a su edición de N. Maquiavelo, El príncipe comentado por Napoleón Bonaparte, ed. cit., p. 115).

más bien de un informe confidencial, del tipo de los que suelen llegar por valija diplomática y requieren de la máxima discreción para no dar al traste con su eficacia. Pero quizá fuera esa misma condición y su inopinada franqueza lo que había de procurar una fama inmortal. Así es como ese libro, «nacido por impulso de una finalidad práctica inmediata, se convierte en la obra clásica de la teoría política, la obra en la cual, por primera vez desde que el mundo era cristiano, se afirma el principio de autonomía del quehacer político respecto de toda premisa y finalidad metafísicas, su autonomía respecto de las demás formas de actividad humana y, en primer lugar, respecto de la moral» (5).

Maquiavelo se atrevió a consignar sin tapujos que, dentro del universo de la política, rigen otras normas, unas reglas de juego distintas a las imperantes dentro del orbe moral. Descontada toda pauta ética, solo resta la diplomacia (6), el arte del disimulo y de la hipocresía, el reino de las artimañas y los ardidés, un mundo en donde sólo cuenta la virtud (7), es decir, el coraje que intenta domeñar a la fortuna en pos del kairós, calculando el modo de no dejar pasar la ocasión más propicia y aprovechar al máximo las oportunidades brindadas por el azar (8). «La característica que define a un príncipe verdaderamente virtuoso debe ser la disposición a hacer siempre lo que la necesidad dicta —sea mala o virtuosa la acción resultante— con el fin de alcanzar sus fines más altos. De este modo virtud denota concretamente la cualidad de flexibilidad moral en un príncipe: "él

(5) Cfr. Federico Chabod, op. cit., p. 218.

(6) «Como teoría, la indiferencia, y como práctica, la licencia. Tal era la ideología dominante en Italia cuando Maquiavelo escribió su libro de *Il príncipe*. Rechazada la ley, quedó el interés, y, separada la moral de la política, no restó ya más que la diplomacia» (cfr. Edmundo González Blanco, op. cit., p. 47).

(7) «Siguiendo a sus autoridades clásicas y humanísticas, [Maquiavelo] trata el concepto de virtud como el conjunto de cualidades capaces de hacer frente a los vaivenes de la Fortuna, de atraer el favor de la diosa y remontarse en consecuencia a las alturas de la fama principéscas, logrando honor y gloria para sí mismo y seguridad para su propio gobierno» (cfr. Quintín Skinner, *Maquiavelo —versión castellana de Manuel Benavides—*, Alianza, Madrid, 1991, p. 49).

(8) «La fortuna, ese quid misterioso que está por fuera y por encima de la voluntad humana, ofrece la "ocasión", es decir, ofrece una determinada situación histórica, y entonces depende de la "virtud" del hombre el aprehender la ocasión y saber valerse de ella» (cfr. Federico Chabod, op. cit., p. 259).

debe tener siempre su espíritu dispuesto a volverse en cualquier dirección al compás del soplo de la Fortuna y según lo requiera la variabilidad de los asuntos''» (9). *Acompasar nuestros designios con los vaivenes de la fortuna, ésa es la clave del éxito político.*

«Para que nuestra libre voluntad no quede anulada, pienso —nos dice Maquiavelo— que puede ser cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero la otra mitad, o casi, nos es dejada, incluso por ella, a nuestro control» (10). *Así las cosas, aunque no poseamos la mayoría de las acciones, ya que nuestro cupo no alcanza ni siquiera el cincuenta por ciento, y sea por lo tanto el azar quien preside tan singular empresa, parece que algo nos cabe hacer a la hora de gestionar nuestro destino. De hecho, si fuéramos capaces de domesticar a voluntad nuestro temperamento, «resultaría ser verdad que el hombre prudente se convertiría en dueño de las estrellas y los hados»* (11). *Si pudieramos alterar las inclinaciones de nuestra naturaleza con arreglo a las circunstancias nunca mudaría la fortuna. Sin embargo, «no existe hombre tan prudente que sepa adaptarse hasta ese punto: en primer lugar porque no puede desviarse de aquello a lo que le inclina su propia naturaleza y en segundo lugar porque al haber prosperado siempre caminando por un único camino no se puede persuadir de la conveniencia de alejarse de él. Por eso el hombre precavido, cuando llega el tiempo de echar mano del ímpetu, no lo sabe hacer»* (12), y viceversa, *pues poco atinará el carácter impetuoso a derrochar las debidas cautelas en un momento dado.*

La fortuna es comparada por Maquiavelo con un río que, al desbordarse torrencialmente, arrastra y destruye todo cuanto encuentra en su camino, sin que nada ni nadie pueda hacerle frente; mas eso no impediría que los hombres, en tiempos de bonanza y tranquilidad, tomen sus precauciones, mediante la construcción de diques y espigones, de forma que la próxima vez las aguas no abandonen su cauce o al menos quede amortiguado su ímpetu. Otro tanto sucedería con

(9) Cfr. Quintin Skinner, op. cit., p. 54.

(10) Cfr. Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe* —versión castellana de Miguel Ángel Granada, Alianza, Madrid, 1995¹¹, p. 117. *El subrayado es nuestro.*

(11) Este pasaje de los Caprichos es citado por Quintin Skinner (cfr. op. cit., p. 53).

(12) Cfr. *El Príncipe*, ed. cast. cit., pp. 118-119.

la fortuna, proclive a mostrar su poderío allí donde no se han tomado las medidas adecuadas contra sus desvaríos (13). Pero esto no significa que se decante por la prudencia. Como ya hemos visto, su receta consistiría en conjugar esas cautelas con la osadía, según dicten las circunstancias (14).

Con todo, Maquiavelo no dejará de tomar partido entre ambas opciones antinómicas. Puestos en el brete de tener que inclinarnos por uno u otro cuerno del dilema, siempre será preferible pecar por exceso y seguir el viejo adagio de *audentes fortuna iuvat*. Para seducir a esa veleidosa dama, que representa la fortuna, el autor de *El Príncipe* recomienda emplear mano dura y mostrarse audaz antes que pacato. Su célebre capítulo XXV termina con estas palabras:

«Más vale ser impetuoso que precavido, porque la fortuna es mujer y por ello conviene, si se la quiere doblegar y mantener sumisa, zaherirla y arremeter contra ella, pues antes cede ante tal proceder que ante quienes andan con toda suerte de miramientos; en su condición femenina siempre se mostrará proclive hacia los jóvenes, por ser éstos menos circunspectos y saber imponerse con una mayor audacia.»

De ahí que César Borgia, quien tantas veces desafió al destino e invocó exitosamente a la suerte como una más de sus numerosas conquistas femeninas, fuera el paradigma del político «virtuoso», al margen de cuál fuera su pésimo curriculum moral (15). Tras analizar

(13) Cfr. *El Príncipe*, ed. cast., cit., p. 117.

(14) «En el capítulo 25 de su *Príncipe*, Maquiavelo explica cuáles son las reglas tácticas que deben aplicarse a esa gran e incesante batalla contra el poder de la Fortuna. Estas reglas son muy complicadas, pues contienen dos elementos que parecen excluirse mutuamente. Quien quiera mantenerse a pie firme en esta lucha tiene que combinar en su carácter dos cualidades opuestas. Tiene que ser tímido y valeroso; reservado e impetuoso. Tan sólo esta paradójica mezcla puede darle la esperanza de lograr la victoria. En un cierto momento debemos ser cautelosos, en otro arriesgarlo todo. Hemos de ser una especie de Proteo, y cambiar de forma de un momento a otro» (Ernst Cassirer, *El mito del Estado*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993^{re}, p. 191).

(15) Aparte de sus incestuosos escarceos con su hermana Lucrecia, se le atribuyó la muerte de su hermano mayor, Juan de Gandía, supuestamente por haberle sucedido en el lecho de su cuñada Sancha, casada con su hermano menor, y asimismo se le imputó el haber ordenado asesinar a su cuñado Alfonso, el segundo marido de Lucrecia, también por una cuestión de celos antes que por

cuidadosamente todas las actuaciones del duque de Valentinois, Maquiavelo no encontró nada censurable. «Si algo le reprocha Maquiavelo a su admirado César Borgia no es su carácter, no es su crueldad despiadada, su rapacidad y su perfidia. Para todo esto no tiene una palabra de censura. Lo que censura es el único grave error de toda su carrera: el hecho de que permitiera que Julio II, su enemigo declarado, fuera elegido papa a la muerte de Alejandro VI» (16). El no haber impedido el ascenso de un antiguo rival represaliado por él mismo, habiendo llegado a fiarse de su palabra (17), será la única mácula detectada en su expediente político.

«Se ha dicho que la verdadera vida de Maquiavelo sólo empezó después de su muerte. Y, en verdad, quizá ningún otro pensador o escritor haya tenido nunca un influjo tan directo, inmediato y vasto sobre la posteridad; ninguno fue objeto de polémicas tan extensas y duras, ni tan discutido, no ya en el puro ámbito especulativo, sino en la vida práctica cotidiana» (18). Este comentario de Chabod sobre la singular suerte del maquiavelismo resulta muy atinado en todas y cada unas de sus constataciones. En primer lugar, El príncipe no deja de ser una obra póstuma, que no se publica sino en 1532, cinco años después de la muerte del autor. Curiosamente, a pesar de que su impresión contaba con un privilegio papal concedido por

cualesquiera otros imperativos. De otro lado, es bien conocido el modo en que "recompensó" a su eficaz lugarteniente —Ramiro de Lorca o d'Orco— por haber ejecutado fielmente sus instrucciones o cómo se deshizo de sus antiguos capitanes en una encerrona que tanto impresionó a Maquiavelo (Cfr., v.g., la bien ambientada y bastante comedida biografía de Jacques Robichon, Los Borgia. La trinidad maldita, Planeta-De Agostini, Madrid, 1995).

(16) Cfr. Ernst Cassirer, op. cit., p. 173.

(17) «Recogidas, pues, todas las acciones del duque [César Borgia], no sabría censurarle. Creo más bien, como he dicho, que se le ha de proponer como modelo a imitar a todos aquellos que por la fortuna y las armas ajenas asciendan al poder [...]. Solamente se le puede reprender en la nominación del papa Julio II, donde la decisión por él adoptada fue contraproducente: no pudiendo hacer un Papa a su gusto, podía, sin embargo, conseguir que alguien no lo fuera; y no debía permitir jamás que llegaran al papado aquellos cardenales a quienes él había hecho daño o que, una vez Papas, hubieran de sentir miedo de él [...]. Quien cree que nuevas recompensas hacen olvidar a los grandes hombres las viejas injusticias de que han sido víctimas se engaña.» (Nicolás Maquiavelo, El príncipe —versión castellana de Miguel Angel Granada—, Alianza, Madrid, 1995¹², pp. 57-58.)

(18) Cfr. Federico Chabod, op. cit., p. 236.

Clemente VII, sólo dos décadas más tarde será incluido en el índice de libros prohibidos, bajo el pontificado de Pablo IV (19). Esta contradictoria valoración papal no será sino un símbolo de lo que la fortuna quiso deparar al autor de aquel informe confidencial desvelado sin su consentimiento. Pocos escritos han resultado tan controvertidos y se han visto escudriñados con mayor apasionamiento.

*Sus adversarios irán forjando una leyenda negra en cuya viscosa telaraña quedará irremisiblemente atrapado y de la que incluso se hará eco nuestro lenguaje más coloquial, donde la voz «maquiavélico» (20) equivale al peor de los insultos, al denotar todo tipo de perversidad y ser sinónimo de la más aviesa perfidia. De hecho, el extenso estudio introductorio antepuesto por Edmundo González Blanco a su edición de *El príncipe*, comentado por Napoleón Bonaparte se abre con estas líneas: «Trátase, en efecto, de uno de los personajes más desacreditados en la historia de la política, de los de reputación más odiosa, de los de nombradía más infame. No hay, en el mundo político, celebridad menos envidiable que la suya, ni nombre que, como el suyo, haya dado que hablar tanto a la fama, en el concepto de contraseña para todo acto maldito. Según sus numerosos detractores, él inventó la mentira, la traición, la insolente perfidia, la fría crueldad, la ambición sin conciencia, la tiranía sin remordimientos. Diríase que nada de esto había existido antes de la aparición de su obra» (21). Maquiavelo corre aquí la suerte del mensajero portador de malas noticias. Desde siempre se ha tenido la tentación de confundir a éstas con aquél y pensar que, suprimiendo al primero, se logran conjurar los infortunios que nos transmitía.*

¿Acaso identificamos al oncólogo con el cáncer que nos diagnostica? Sin embargo, a Maquiavelo eso es justamente lo que se le reprocha, un diagnóstico certero e incontestable; se le culpa erróneamente de ser el virus que provoca y extiende una enfermedad, cuando en realidad él sólo se limitó a examinar el mundo de la política con

(19) Cfr. Edmundo González Blanco, op. cit., pp. 66, 173 y 205.

(20) Quizá sólo haya otro pensador que haya tenido tanta «suerte» con un adjetivo acuñado a partir de su nombre; nos referimos a la expresión «amor platónico», la cual tendría tanto que ver con Platón o sus teorías filosóficas como «maquiavélico» con el pobre Maquiavelo.

(21) Cfr. Edmundo González Blanco, op. cit., p. 5.

esa mirada curiosa y observadora propia del médico, convencido de que tal «como para mantener sano al hombre es menester conocer su naturaleza, y para curar al enfermo se precisa el diagnóstico exacto y la oportuna apelación a los remedios, sin encomendarse a Dios ni a los santos, igualmente, para mantener con vida o sanar a ese hombre proporcionalmente mayor que es el Estado, es necesario saber en qué consiste y cuáles son sus normas de vida, y no pensar en asistirlo con sermones morales» (22). «Maquiavelo—escribe Cassirer— estudió las acciones políticas de la misma manera como el químico estudia las reacciones químicas. Es evidente que el químico que prepara un fuerte veneno en su laboratorio no es responsable de sus efectos. En manos de un médico experto, el veneno puede salvar la vida de un hombre; en manos de un asesino puede matarlo. Bastante ha hecho con enseñarnos todos los procesos necesarios para la preparación del veneno, y con darnos su fórmula química. El Príncipe de Maquiavelo contiene muchas cosas peligrosas y venenosas, pero él las contempla con la frialdad y la indiferencia de un científico. El da sus recetas políticas. No es incumbencia suya quién haya de emplearlas, o si serán empleadas para buenos o malos fines» (23).

*Su destino difícilmente podía ser más paradójico. «La posteridad ha infamado su nombre, a la vez que no dejaba de practicar su doctrina, sin advertir que el maquiavelismo no era la invención de un hombre, sino el sentimiento de todo el género humano en los tiempos pasados, y hasta en los presentes, y que maldecir al autor de *El príncipe* sería maldecir la imperfección humana» (24). «Se trata, como es obvio, de un craso equívoco, y mayor atención habrían merecido al respecto los defensores de Maquiavelo, que hacían notar que su autor no había hecho otra cosa que representar la política tal como se había mostrado siempre en la vida real, quitándole los velos con que los utopistas la habían cubierto para mostrarla en su feroz, pero concreta desnudez» (25). Esa fue su principal intención, desnudar a la política, despojarla de todos los velos con que se la suele recubrir hipócrita-*

(22) Cfr. Federico Chabod, op. cit., p. 219.

(23) Cfr. Ernst Cassirer, *El mito del Estado —versión castellana de Eduardo Nicol—*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993*, p. 183.

(24) Cfr. Edmundo González Blanco, op. cit., p. 48.

(25) Cfr. Federico Chabod, op. cit., p. 237.

mente, para poder apreciar mejor su naturaleza más genuina. Recordemos este pasaje del capítulo XV:

«Siendo mi propósito escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente ir directamente a la verdad real de la cosa que a la representación imaginaria de la misma. Muchos se han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto jamás ni se ha sabido que existieran realmente: porque hay tanta distancia de cómo se vive a cómo se debería vivir, que quien deja de lado lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende antes su ruina que su preservación: porque un hombre que quiera hacer en todos los puntos profesión de bueno, labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son. Por todo ello es necesario a un príncipe, si se quiere mantener, que aprenda a poder ser no bueno y a usar o no usar de esta capacidad en función de la necesidad» (26).

De poco le servirán la ingenuidad y el candor a quien tenga que deambular entre los avezados en el arte de la política. Eso es lo que Maquiavelo aprendió en sus misiones diplomáticas y ésta es la única lección que se propone impartir a su príncipe. Él da por descontado que se ha de obrar honestamente y ser fiel a la palabra dada, pero sólo cuando ello sea posible y no arruine los propios fines o con ello se proporcione al adversario alguna ventaja, toda vez que nadie inmerso en el juego de la negociación política estará demasiado dispuesto a empeñar incondicionalmente su palabra (27), sino más bien a desempeñarla con toda presteza, en cuanto así lo demanden la eficacia y el éxito de sus objetivos. A la vista de todo ello, conviene que quienes tengan responsabilidades políticas estén advertidos de cómo son las cosas, para saber detectar el trecho que hay del dicho al hecho y evitar que les den gato por liebre. Semejantes advertencias, que para una mentalidad moderna pueden parecer trivialidades o

(26) Cfr. Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, ed. cast. cit., p. 83. Los subrayados nos pertenecen.

(27) *«Un príncipe prudente no puede —ni debe— guardar fidelidad a su palabra cuando tal fidelidad se vuelve en contra suya y han desaparecido los motivos que determinaron su promesa. Si los hombres fueran todos buenos, este precepto no sería correcto, pero —puesto que son malos y no te guardarían a ti su palabra— tú tampoco tienes por qué guardarles la tuya» (cfr. *El Príncipe*, ed. cast. cit., p. 91).*

verdades de Perogrullo, no lo eran tanto en una época donde la política y la moral resultaban prácticamente indiscernibles desde una perspectiva teocrática, bien entendido que tal indiscernibilidad sólo se daba en la teoría y para nada en la praxis.

Según Maquiavelo, el político debe imitar al centauro Quirón (28) y saber utilizar su doble condición, apelando a su vertiente humana o animal según convenga. Pues no viene mal que un príncipe sepa servirse correctamente de su animalidad y sea tan fiero como astuto, es decir, que «sea como una zorra para conocer las trampas y se asemeje a un león para poder amedrentar a los lobos» (29), ya que ni el segundo sabe precaverse de las celadas ni la primera hacer frente a los lobos.

«Poco seguro, dada la condición humana, de la concordia entre la moral y la política, Maquiavelo con su experiencia de gobernar a los hombres tal como ellos son, no concebía que el derecho pudiera defenderse con otro medio más eficaz que la fuerza» (30). No es ésta una mala descripción panorámica del opúsculo que nos ocupa y, en todo caso, resulta más atinada que otras empeñadas en tomarlo por un sutil moralista. Los intentos de reivindicar a Maquiavelo multiplicando los niveles de su discurso, como sería el caso de leer sus párrafos más comprometidos en clave irónica o bajo cualquier otro regate hermenéutico, se nos antojan condenados al fracaso. Dice lo que dice y, de no ser así, no habría suscitado tanto interés.

Entre nosotros, hay quien muy recientemente ha sugerido interpretar sus tesis como unas recetas excepcionales para uso de gobernantes en apuros, de modo que su teoría política sólo sería válida en un presunto «estado de excepción»; ésa es la lectura que nos propone José Manuel Bermudo (31). Pero eso es tanto como hacer de la «razón

(28) *El ingenioso aprovechamiento de dicho mito irritará mucho a un Federico (cfr. cap. XVIII del Antimaquiavelo) inspirado por Voltaire (cfr. su carta del 18.10.1739). Quirón era un centauro muy sui generis, sabio y bondadoso, que había sido instruido por Artemisa y Apolo, siendo a su vez tutor de Aquiles y Jasón.*

(29) *Cfr. El Príncipe, ed. cast. cit., p. 91.*

(30) *Cfr. Edmundo González Blanco, op. cit., p. 71.*

(31) *«Absolutamente siempre que propuso "estrategias maquiavélicas" las refirió a un contexto de la política; para ser más riguroso, las planteó en la esfera de la más alta política, particularmente en el dominio del gobierno, y bajo el*

de Estado» una patente de corso que permita perpetrar toda clase de tropelías a quienes ostentan la representación institucional en un momento dado. Coincidimos mucho más con el prologuista de su libro, Jordi Solé Tura, para quien «lo que convirtió a Maquiavelo en un teórico usado y aprovechado posteriormente con fines bien diversos —entre ellos la glorificación de las dictaduras fascistas— fue que para conseguir su objetivo hizo una disección totalmente laica y realista del funcionamiento real del poder político de su época» (32).

Aquello que logró elevar a categoría lo anecdótico fue, sin duda, el haberse atrevido a deslindar las esferas de la política y de la moral. Tal como señala Federico Chabod, «su gran afirmación de pensador y que representa la verdadera y profunda contribución que hizo a la historia del pensamiento humano, es el reconocimiento de la autonomía y la necesidad de la política, que está más allá del bien y del mal moral. Con ello, Maquiavelo, echando al mar la unidad medieval, se convertía en uno de los iniciadores del espíritu moderno» (33).

Como sucede con los buenos vinos, el texto de Maquiavelo fue cotizándose cada vez más con los años. Aquel supino desprecio con que le agraciara su destinatario inicial, Lorenzo de Médicis, no volvió a repetirse. Todo lo contrario. El emperador Carlos V y Enrique IV de Francia lo llevaban siempre consigo (34). Y nos consta que Napoleón hizo algo más, pues lo tradujo personalmente al francés y lo releyó durante toda su vida, tal como testimonian las acotaciones marginales contenidas en el manuscrito hallado dentro del carruaje que abandonó tras la batalla de Waterloo. Estas observaciones pertenecían a muy distintas épocas y por ello resultaban aún más interesantes, puesto que habían sido anotadas en situaciones harto diferentes. Unas las había hecho el general Bonaparte, otras el cónsul

supuesto de situaciones especiales del Estado, como la guerra, las conjuras y, en general, las situaciones de excepción. Por tanto, en rigor, tampoco aplicó el maquiavelismo al campo de lo público en general, sino que lo restringió a la práctica de los máximos responsables del Estado en condiciones sociopolíticas muy específicas. Su propuesta "maquiavélica", si es que lo es, queda restringida a una moral de príncipes para situaciones excepcionales» (cfr. José Manuel Bermudo, Maquiavelo, consejero de príncipes, Universitat de Barcelona, 1994, p. 56).

(32) Cfr. op. cit., pp. 13-14.

(33) Cfr. Federico Chabod, op. cit., p. 107.

(34) Cfr. Edmundo González Blanco, op. cit., p. 67.

de la república francesa, unas terceras habían sido redactadas por el emperador Napoleón y, por último, tampoco faltaban las vertidas por quien se vió confinado en la isla de Elba (35). Pese a ello, el tono de sus observaciones es constante, ya que siempre aprueba y pretende adoptar los preceptos de El Príncipe, salvo para tildarlos de trasnochados o de ingenuos.

Napoleón se ve a sí mismo como la reencarnación del duque de Valentinois, de aquel César Borgia cuyas andanzas políticas tanto recomendase Maquiavelo (36). Acaso ahí resida la gran diferencia entre las diversas lecturas de El Príncipe hechas por Bonaparte y Federico el Grande. Mientras el primero no dejaba de ser un «usurpador» y aplaude con entusiasmo los consejos dados por Maquiavelo a quienes acceden al poder desde abajo, el segundo era un «príncipe hereditario», cuya indignación moral se ve acicateada por el poco respeto que dichos preceptos profesan hacia las monarquías hereditarias (37).

En una de sus adiciones Voltaire hará exclamar a Federico: «¡que César Borgia sea el modelo de los maquiavélicos, el mío es Marco Aurelio!» (38); con esta tesis viene a explicitar algo que su ilustre amigo había sugerido en el último párrafo del capítulo XVIII de su manuscrito, donde la principal aliada del héroe de Maquiavelo, la fortuna, será invocada como árbitro de tal preferencia: «César Borgia, pese a su crueldad y perfidia, tuvo un fin harto desdichado, mientras que Marco Aurelio, ese filósofo coronado, que siempre fue bueno y virtuoso, no experimentó hasta su muerte ningún revés de la fortuna».

2. Voltaire y Federico: Crónica epistolar de las vicisitudes del «Antimaquiavelo»

Los avatares que rodearon a la gestación y el nacimiento del Antimaquiavelo quedan bien documentados acudiendo a la copiosa

(35) Cfr. *ibid.*, pp. 244-247.

(36) Cfr. *ibid.*, p. 293, nota 192.

(37) Cfr. Raymond Naves, estudio introductorio a su edición de Machiavel, *Le prince* (traduction de Guiraudet revue et corrigée suivie de L'Anti-Machiavel de Frédéric II avec toutes les corrections de Voltaire (introduction et notes par Raymond Naves), Garnier, Paris, 1941, p. xxi.

(38) Cfr. nota 118 de nuestra edición castellana del Antimaquiavelo (el aserto está contenido en la versión X).

correspondencia mantenida por Voltaire y Federico, iniciada en agosto de 1736 y que dura casi veinte años. El prelude del "matrimonio" que ambos corresponsales habrían de contraer para concebir y alumbrar su Refutación de Maquiavelo, lo encontramos en una carta fechada el 31 de marzo del año 1738. En ella Federico elogia la Historia del Siglo de Luis XIV de Voltaire, cuya lectura le tiene fascinado, hasta el punto de releer cada párrafo dos o tres veces. Ahora bien, hay una cosa que no ha sido de su agrado. Veamos de que se trata:

«Vuestra Historia del Siglo de Luis me encanta. Sin embargo, habría preferido que no incluyeseis a Maquiavelo, que era un hombre deshonesto, entre la nómina de otros grandes hombres de su época. Quienquiera que enseña a faltar a la palabra dada, a oprimir y a cometer injusticias, no debe ocupar jamás un lugar reservado a las virtudes y a los talentos encomiables, por muy notables que puedan ser sus otros talentos. Cartouche no merece en modo alguno tener un puesto entre los Boileau, los Colbert y los Luxemburg. Estoy seguro de que compartiréis mi parecer a este respecto. Sois un hombre demasiado honesto como para pretender honrar la mancillada reputación de un despreciable tunante; doy por sentado que no habéis considerado a Maquiavelo sino desde la perspectiva del genio» (39).

A renglón seguido añade un recurso retórico que también aprovechará para poner punto final a su manuscrito de la Refutación: «Disculpad mi sinceridad; no la prodigaría, si no os creyese bien digno de ella» (40). Voltaire, por supuesto, no tarda en darle toda la razón: «La primera cosa de la cual me siento forzado a hablar —escribiré sólo unas semanas después— es el modo en que vos pensáis sobre Maquiavelo. ¿Cómo no ibáis a veros embargado por esa virtuosa cólera que habéis estado a punto de dirigir contra mí por haber elogiado el estilo de un mal hombre? Es a los Borgia, padre e hijo, así como a todos esos pequeños príncipes que requerían de los crímenes

(39) Carta de Federico a Voltaire del 31.3.1738. Cfr. Briefwechsel Friedrichs des Grossen mit Voltaire (hrsg. von Reinhold Koser u. Hans Droysen), Leipzig, 1908-1909, 2 vols.; vol. I, p. 169.

(40) Al final del capítulo XXVI del Antimaquiavelo Federico excusa su sinceridad, alegando que con ella rinde homenaje a los actuales gobernantes europeos, entre los que no se contaría ningún monstruo incapaz de oír la verdad. La hipocresía sólo sería digna de ser empleada con un tirano a lo César Borgia.

para encaramarse al poder, a quienes les interesaba estudiar esa política infernal; a un príncipe como vos no le corresponde sino detestarla. Este arte, que debe colocarse junto al de Locusta y la marquesa de Brinvilliers (41), ha podido otorgar a ciertos tiranos un poder efímero, tal como el veneno puede procurar una herencia; mas nunca ha logrado hacer ni grandes hombres ni tampoco hacer dichosos a los hombres; esto es muy cierto. ¿A qué se puede llegar por medio de esta espantosa política? A la desgracia ajena y a la propia. He aquí las verdades que son el catecismo de vuestra alma bella» (42).

Unos meses más tarde, en marzo de 1739, Federico le confesará de pasada el proyecto que acaricia: «Medito redactar una obra sobre el Príncipe de Maquiavelo; es algo a lo que ando dándole vueltas en mi cabeza, y sería preciso el concurso de alguna divinidad para desenredar ese caos.» (43) Voltaire no dejará de animarle a realizar esa empresa y fecundar su idea con estas palabras: «Monseñor, vuestra idea de refutar a Maquiavelo es más digna de un príncipe como vos que la de refutar a simples filósofos; el conocimiento del hombre y sus deberes es lo que hace primordial vuestro estudio; es a un príncipe como vos a quien compete instruir a los príncipes. Quisiera encarceleros para que os apliquéis a este hermoso propósito y lo llevéis a cabo.» (44)

Poco tiempo después, Federico le comunicará que sus palabras no han caído en saco roto y que la obra en cuestión va gestándose lentamente. «Aunque después de haber hablado sobre la Henriada y

(41) Locusta fue una famosa envenenadora en tiempos de Nerón, y por cultivar ese mismo arte la marquesa de Brinvilliers había sido ejecutada en 1676.

(42) Carta de Voltaire a Federico del 20.5.1738 (cfr. ed. cit., vol. I, pp. 179-180). El 17 de junio Federico escribirá estas líneas a Voltaire: «Querido amigo, acusar recibo, como vos lo habéis hecho, de las dudas que os participaba respecto a vuestras obras, es señal inequívoca de la magnanimidad de vuestro espíritu. Ahí queda Maquiavelo borrado de la lista de los grandes hombres y vuestra pluma lamenta haber garabateado su nombre; cómo me gustaría que pudiera eliminarse a ese pérfido político de todos los libros» (cfr. ed. cit., vol. I, p. 185).

(43) Carta de Federico a Voltaire del 22.3.1739 (cfr. ed. cit., vol. I, p. 261).

(44) Carta de Voltaire a Federico del 15.4.1739 (cfr. ed. cit., vol. I, p. 265). Esta misiva prosigue así: «El buen juicio que dispensáis a la Henriada no se debe, sin duda, sino a las ideas tan opuestas al maquiavelismo que habéis encontrado allí. Os dignáis estimar a un autor igualmente hostil hacia la tiranía y la rebelión» (cfr. ibid., pp. 265-266).

su autor (45) habría que tirar la escalera y no hablar de nada más, quisiera daros cuenta de mis ocupaciones»:

«Maquiavelo —añade— es actualmente quien me tiene atareado. Trabajo en las notas sobre su Príncipe y tengo ya empezado un libro que refutará enteramente sus máximas tanto por lo que atañe a su contraposición con la virtud como con los genuinos intereses de los príncipes. No basta con mostrar la virtud a los hombres, también es preciso activar los resortes del interés, al margen de los cuales hay muy pocos que se hallen inclinados a seguir la recta razón.» (46)

Tras esta exposición programática, donde Federico nos revela que no quiere contentarse con desestimar las tesis de Maquiavelo por su catadura moral (algo que por lo demás no tendría demasiado mérito ni requeriría un gran esfuerzo), sino que se propone desbaratarlas demostrando que atentan contra los verdaderos intereses de todo buen gobernante, apunta el incierto calendario que presume para culminar esta empresa: «No sabría deciros el tiempo que necesitaré para culminar esta labor, porque hay muchas disipaciones que me distraen actualmente y me apartan de tal cometido. Espero, sin embargo, si mi salud me lo permite, y si mis otras ocupaciones así lo consienten, que podría enviaros el manuscrito de aquí a tres meses; Niso y Eurlalo (47) sabrán esperar a que haya terminado con Maquiavelo. Mi

(45) Federico acaba de comprometerse a redactar un prólogo para este libro (cuya dedicatoria le ha ofrendado Voltaire), que quiere hacer publicar en Inglaterra, para que sea primorosamente compuesto por un impresor de su entera confianza, proponiéndose además encargar las ilustraciones del texto al célebre grabador Knobelsdorff. A este respecto comenta: «La posteridad pondrá en mi haber los grabados de la Henriade, tal como se lo ponemos a quienes nos han conservado la Eneida o las obras de Fidias y Praxiteles.»

(46) Carta de Federico a Voltaire del 16.5.1739 (cfr. ed. cit., vol. I, p. 271).

(47) Amigos y fieles compañeros de Eneas que aparecen en el libro V de la Eneida. Voltaire le había dicho recientemente: «Quisiera exhortar una vez más a vuestro ingenio, para que se anime a honrar a Virgilio en Niso y Eurlalo, sin abandonar el proyecto de confundir a Maquiavelo. A vos os corresponde hacer el elogio de la amistad; a vos os compete destruir al infame político que erige el crimen en virtud. La palabra "político" significa, en su origen primitivo, ciudadano, mientras que hoy, merced a nuestra perversidad, viene a significar embaucador de los ciudadanos. Devolvedle, monseñor, su auténtica significación. Haced conocer y amar la virtud a los hombres.» (Carta de Voltaire a Federico del 25.4.1739; ed. cit., vol. I, p. 269.)

ritmo es como el de esos pobres mortales que marchan a paso muy lento y mis brazos no abarcan sino muy escasa materia.» (48)

Además de agradecer al príncipe prusiano los desvelos que se toma para publicar su Henriada, Voltaire no dejará de comentar en sus próximas cartas el proyecto que aquí nos ocupa, «tan digno de un príncipe como él. Si se digna escribir contra Maquiavelo, será comparable al Apolo (49) que aplastó a la serpiente Pitón» (50). Otras veces, de pasada, le describe como «el verdadero enemigo de Maquiavelo» (51). Federico tampoco ha relegado al olvido la empresa, pero se ha visto desbordado por la tarea y el plazo que preveía le resulta imposible de cumplir: «Creí que podría ir bastante rápido en mi escrito contra Maquiavelo, pero he comprobado que los jóvenes tienen la mente calenturienta. Para hacerme una somera idea de todo cuanto se ha escrito sobre Maquiavelo, he tenido que leer una infinidad de libros y todavía precisaré de algún tiempo para digerir todas esas lecturas.» (52) Luego añade:

«Mi meditación contra el maquiavelismo es propiamente una continuación de la Henriada. Los grandes sentimientos de Enrique IV constituyen la fragua donde forjo el rayo que habrá de aniquilar a César Borgia.» (53)

La obra que nos ocupa sigue haciendo acto de presencia en casi toda la correspondencia cruzada en aquellas fechas. Voltaire se dirige a quien apoda «nuevo Marco Aurelio» (54), para comentar la misiva que acaba de recibir (la recepción del correo se ha ralentizado, porque Federico ha emprendido viaje hacia Königsberg): «Vuestra Alteza Real me dice que ha necesitado leer unos cuantos libros para su Antimaquiavelo; lo celebro, ya que sus lecturas nunca quedan sin

(48) Cfr. *ibid.*, vol. I, p. 271.

(49) Apolo se instaló en Delfos tras dar muerte a la serpiente Pitón, deidad que personificaba las fuerzas oscuras del mundo subterráneo

(50) Carta de Voltaire a Federico del 30.5.1739 (cfr. *ed. cit.*, vol. I, p. 273).

(51) Cfr. la carta de Voltaire a Federico fechada en junio del año 1739 (vol. I, p. 276).

(52) Carta de Federico a Voltaire del 26.6.1739 (cfr. *ed. cit.*, vol. I, p. 277).

(53) Cfr. *ibid.*, p. 278.

(54) Cfr. la carta dirigida por Voltaire a Federico en julio de 1739 (vol. I., p. 283).

provecho y serán como metales destinados a transmutarse en oro dentro de vuestro crisol. Los Discursos políticos de Gordon, antepuestos a su traducción de Tácito (55), son dignos de ser hojeados por un lector como es mi príncipe; aunque, por otra parte, ¿qué auxilio precisa Hércules para asfixiar a Anteo (56) y aniquilar a Caco (57)?» (58)

En Julio Federico le había informado de que se proponía seguir trabajando todo cuanto le fuera posible (los viajes no eran entonces muy propicios para la creación literaria) «contra Maquiavelo y en pro de la Henriada» (59). Mes y medio después le comunica lo siguiente: «Se me había dicho que me toparía con la derrota de Maquiavelo en las Notas políticas de Amelot de La Houssaye (60) y en la traducción de Gordon (61). He leído esas dos obras juiciosas y excelentes en su género, pero me ha complacido comprobar que mi plan es radicalmente diferente del suyo. Trabajaré en su ejecución en cuanto regrese. Vos seréis el primero en ver la obra, y el público no la verá a menos que vos la aprobéis. He trabajado en ella todo lo que me han permitido las distracciones de un viaje y ese tributo que, por nacimiento, estamos obligados a pagar al tedio y la ociosidad.» (62)

(55) Se trata del Discurso histórico y crítico sobre Tácito (1728) que Thomas Gordon redactó como prólogo a su versión inglesa de dicho autor.

(56) Anteo era un gigante, nacido de la unión entre Poseidón y Gea, al que Hércules hubo de hacer frente cuando buscaba las manzanas de oro de las Hespérides. Era prácticamente imbatible, puesto que, al ser derribado y entrar en contacto con su madre (la tierra), renovaba su vigor. Por ello Hércules, al pecatarse de lo que ocurría, hubo de izarlo y mantenerlo en vilo, para estrujarlo hasta hacerle morir por asfixia.

(57) Caco era hijo de Vulcano y echaba fuego por la boca. Hércules tuvo que acabar con él, por haberle robado el ganado de Gerión. De ahí que a los ladrones les apodemos "cacos".

(58) Carta de Voltaire a Federico enviada en agosto de 1739 (cfr. ed. cit., vol. I, p. 287).

(59) Carta de Federico a Voltaire del 7.7.1739 (cfr. ed. cit., vol. I, p. 281).

(60) Constituyen el prólogo de su traducción de los Anales de Tácito (1692; 1735²).

(61) Federico no sabe todavía que Voltaire también le ha recomendado este libro, porque no leerá esa carta sino al estar de nuevo en Postdam.

(62) Carta de Federico a Voltaire del 15.8.1739 (cfr. ed. cit., vol. I, pp. 293-294).

Tras un pequeño período de letargo, en el que la Henriada y su prefacio han acaparado el protagonismo de su correspondencia, nuestro tema será retomado en octubre. «Actualmente —dice Federico— trabajo en Maquiavelo, interrumpido a veces por esos inoportunos cuya raza no se ha extinguido aún, a pesar de las puyas que les lanza Molière. Refuto a Maquiavelo capítulo por capítulo; algunos ya están hechos, pero aguardo a terminarlos todos para corregirlos entonces; vos seréis el primero en ver la obra y no saldrá de mis manos hasta que el fuego de vuestro ingenio la haya depurado.» (63) La criatura va cobrando cuerpo, ya da pataditas, y el momento del parto se augura bastante próximo.

Antes de recibir esta carta, Voltaire ya había entrado en materia, proporcionando a Federico algunas claves de las que tomará buena nota en su ensayo: «Estoy releyendo a Maquiavelo en el poco tiempo que mis dolencias y estudios me dejan. Una de las cosas que más os habrán sublevado será, según presumo, su capítulo sobre la Crudeltá, donde este mostruo ingenioso y político se atreve a decir: ‘Deve pertanto un principe non si curare dell’infamia di crudele, aunque acaso quedé superado por el capítulo XVIII: In che modo i principi debbiano osservare la fede. Si me aventuro a expresar mi parecer ante Vuestra Alteza Real, que sin duda es el juez nato en estas materias, tanto por su corazón como por su espíritu y rango, diría que no encuentro ninguna lógica ni razón en este capítulo. No alcanzo a ver la prueba de que un príncipe deba ser un bribón, ¡todo porque Aquiles haya sido alimentado, según la fábula, por un animal mitad bestia y mitad hombre! Si Ulises hubiera tenido a un zorro como preceptor, aún presentaría cierta verosimilitud esta alegoría; mas qué cabe concluir a partir de Aquiles, que no es presentado sino como el más impetuoso y menos político de los hombres? En ese mismo capítulo se nos dice que es preciso mostrarse pérfido, perchè glio uomini sono tristi; y un momento después se añade lo siguiente: Sono tanto simplici gli uomini, che colui che inganna troverà sempre chi si lascerà ingannare. Me parece que el doctor del crimen merecería caer así en una gruesa contradicción. Todavía no tengo en mi poder las Notas de Amelot de La Houssaye, ¿pero qué comentario precisará mi príncipe para de-

(63) Carta de Federico a Voltaire del 10.10.1739 (cfr. ed. cit., vol. I, p. 305).

senmarañar lo falso y denunciar lo injusto.» (64) Como vemos, el papel jugado por Voltaire tiene otro sesgo. Ahora, no sólo alienta el proyecto, sino que participa en él, marcando algunas directrices. E incluso esboza su futura labor como propagandista del texto:

«¡Bendito sea el día —exclama hiperbólicamente Voltaire— en que vuestras amables manos hayan culminado una obra de la que dependerá la felicidad de los hombres, y que deberá ser el catecismo de los reyes!» (65)

A comienzos del mes de noviembre de 1739, Federico anuncia un primer alumbramiento: «Esa refutación de Maquiavelo, por la que vos os interesáis, está terminada. Ahora comienzo a retomarla por el primer capítulo, para corregir esta obra y hacerla —si soy capaz de tal cosa— digna de pasar a la posteridad. Para no haceros esperar más, os envío algunos fragmentos de este mármol en bruto, que todavía no han sido pulidos. Hace ocho días que le he mandado el prólogo a la marquesa; vos recibiréis todos los capítulos y en su orden, en cuanto estén acabados. Aunque no quisiera en modo alguno poner mi nombre a esta obra, me gustaría, sin embargo, por si el público sospechase quién es el autor, que no pueda causarme perjuicio alguno. Os ruego, en consideración a este punto, que me hagáis la merced, en aras de nuestra amistad, de decirme con toda naturalidad cuanto haya de ser corregido. Os daréis cuenta de que vuestra indulgencia, en un caso como éste, no me sería sino perjudicial y nociva. Alguien, a quien participé mi deseo de refutar a Maquiavelo, me aseguro que se trataba de un esfuerzo baldío, puesto que había encontrado una cabal refutación del Príncipe político en las Notas políticas de Amelot de la Houssaye sobre Tácito. Así pues, leí las Notas de Amelot, sin encontrar en ellas lo que se me había dicho; allí se refutan ciertas máximas de este peligroso y detestable político, pero no la obra en cuanto tal.» (66)

En esta misma carta, Federico nos habla del método estilístico que ha utilizado, mostrándose también muy orgulloso de no ser un

(64) Carta de Voltaire a Federico del 18.10.1739 (cfr. ed. cit., vol. I, p. 307).

(65) Cfr. *ibid.*

(66) Carta de Federico a Voltaire del 6.11.1739 (cfr. ed. cit., vol. I, pp. 310-311).

cotilla: «Allí donde la materia me lo ha permitido, he procurado entremezclar la jovialidad con lo serio, introduciendo algunas pequeñas digresiones en aquellos capítulos que no presentaban nada realmente interesante para el lector. Así, aquellos razonamientos, cuya aridez no hubiera dejado de resultar tediosa, han sido completados con algún dato histórico o con algunas observaciones más críticas, para despertar la atención del lector. Me he inhibido respecto a todo cuanto la prudencia ha sellado mis labios y no he permitido a mi pluma traicionar los intereses de mi sosiego. Conozco una infinidad de anécdotas sobre las cortes europeas, que a buen seguro hubieran divertido sobremanera a mis lectores, pero habría compuesto una sátira tanto más ofensiva por cuanto habría reflejado la verdad; y eso es algo que no haré jamás. Creo que no he nacido para denigrar a los príncipes; preferiría volverlos juiciosos y felices. Encontraréis en este paquete cinco capítulos del Maquiavelo que os adeudo desde hace tiempo.» (67)

Exactamente un mes más tarde, Federico envía los doce primeros capítulos a Voltaire, para que vaya corrigiéndolos. El se propone retocar el resto, mientras aguarda su parecer. «Así es —comenta— como canjeo mis endeble producciones con vuestras obras inmortales, poco más o menos como suelen hacer los holandeses, que truecan espejitos y cuentas de vidrio contra el oro de los americanos; si bien estoy muy satisfecho de tener alguna cosa que brindaros.» (68) Además, abrumado por una paternidad que ya le va resultando bastante onerosa, le pide su colaboración, proponiéndole que adopte a la criatura y se convierta en preceptor suyo:

(67) Cfr. *ibid.*, p. 311. La extensión de las citas, al igual que su profusión, sabrán ser sobradamente disculpadas. Es poco frecuente contar con semejante privilegio y poder dejar hablar a los propios coautores de una obra que toca presentar, para rendir cuentas —mejor de lo que nadie sabría hacerlo— de la gestación y el proceso de creación del texto en cuestión. Quien quiera profundizar en esta fecunda correspondencia entre Federico y Voltaire, puede regalarse con el magnífico estudio de Christiane Mervaud, *Voltaire et Frédéric II: une dramaturgie des lumières 1736-1778*, The Voltaire Fondation, Oxford, 1985.

(68) Carta de Federico a Voltaire del 4.2.1739 (cfr. *ed. cit.*, vol. 1, p. 313).

«Es preciso que vos sedís el padre putativo de esos infantes, y que añadís a su educación lo que demande la pureza de la lengua francesa para que puedan ser presentados en público.» (69)

Como suele ocurrir en estos casos, los retrasos irán acumulándose. Federico se disculpa del siguiente modo: «Las disipaciones de la corte y de la ciudad, de las complacencias, de los deberes indispensables, y en ocasiones inoportunos, me distraen de mi trabajo; y Maquiavelo se ve con frecuencia obligado a ceder su sitio a quienes ponen en práctica sus máximas y que, por lo tanto, rechazo.» (70)

A finales de diciembre Voltaire quiere felicitar al príncipe prusiano por el año entrante, pero no sabe qué desear a quien atesora tanta fortuna y talentos. Por eso expresa un deseo para el público en general. 1740 debería quedar significado por un hecho extraordinario: el público podrá leer esa refutación del corruptor de príncipes que ha hecho su buen príncipe (71). Tras indicar que ha devorado los capítulos recibidos, vuelve a jalear al autor para que termine su trabajo: «Monseñor, es menester, por el bien del mundo, que aparezca esta obra; es preciso que se cuente con un antídoto presentado por una mano real. Resulta extraño que los príncipes no hayan usado su pluma para escribir en tal sentido. Pues era su deber, y su silencio sobre Maquiavelo suponía una aceptación tácita de sus doctrinas. Se trata, desde luego, de un libro digno de un príncipe, y no dudo que una edición de Maquiavelo, con este contraveneno al final de cada capítulo, no sea uno de los más preciosos monumentos de la literatura.» (72) A continuación comenta que no ha detectado graves errores gramaticales y, en lugar de acometer una revisión ociosa, prefiere ofrecerse para otra tarea:

*«Si Vuestra Alteza Real se digna condescender al ruego que le hago, y entrega su tesoro al público, le suplico la gracia de permitirme hacer el prefacio, de ser su editor. Tras el honor que me ha conferido al ocuparse de hacer imprimir la *Henriada*, no podría hacerme otro mayor*

(69) Cfr. *ibid.*

(70) Cfr. *ibid.*

(71) Cfr. *la carta enviada por Voltaire a Federico el 28.12.1739 (ed. cit., vol. I, p. 314).*

(72) Cfr. *ibid.*, p. 316.

que confiarme la edición del Antimaquiavelo. En tal caso, mi función será más bella que la vuestra; la Henriada puede complacer a unos cuantos curiosos, pero el Antimaquiavelo debe ser el catecismo de los reyes y de sus ministros.» (73)

Todos estos encomios preceden al verdadero juicio de Voltaire sobre lo que lleva leído. La verdad es que lo encuentra demasiado largo. Un ingenio como el suyo, amante del aforismo y el epigrama, de la frase lapidaria que aniquila en una sola frase los argumentos del adversario, no podía ver las cosas de otro modo. No le parece acertado que los capítulos de la refutación superen en extensión a los del propio Maquiavelo y anuncia ya la poda que se propone hacer, si así se lo consienten (finalmente reducirá en algo más de un tercio las dimensiones originales del manuscrito redactado por Federico). Pero no sabe cómo decirlo, para no desanimar a su ilustre corresponsal. Algo medroso, recluta refuerzos para exponer su opinión: «Permitidme, monseñor, deciros que, según las observaciones de madame de Châtelet, coincidentes con mi propio parecer, hay algunas ramas de este hermoso árbol que se podrían podar sin dañarlo. El afán por oponeros al preceptor de los usurpadores y los tiranos ha devorado vuestro generoso ánimo y os ha embargado en algunas ocasiones. Si es un defecto, más bien parece una virtud. Suele decirse que Dios, infinitamente bondadoso, odia el vicio con igual infinitud; sin embargo, el injuriar con toda honestidad a Maquiavelo no se muestra incompatible con atenerse a las razones. Lo que os propongo es bien sencillo y lo someto a vuestro juicio. Aguardaré las instrucciones precisas de mi señor y conservaré el manuscrito hasta que se me permita disponer del mismo.» (74)

Federico no parece darse por enterado. Su máxima preocupación es otra. No quiere por nada del mundo enemistarse con otros monarcas europeos. Le obsesiona el anonimato. El 6 de enero de 1740 le remite cinco nuevos capítulos del Antimaquiavelo (75), junto a una Oda sobre la adulación (76), excusándose de nuevo por los retrasos

(73) Cfr. *ibid.*

(74) *Ibid.*

(75) Es la primera vez que utiliza este título, aceptando así la propuesta que Voltaire ha ido haciendo en anteriores misivas.

(76) Un tema bien trabajado en su cap. XXIII del Antimaquiavelo.

que le imponen las disipaciones berlinesas e insistiendo en el tema de velar su autoría: «El Antimaquiavelo no debería verse presentado con mi nombre al rey de Francia. Este príncipe posee tan buenas y grandes cualidades que mis endeble escritos resultarían superfluos para desarrollarlas. Además, escribo libremente, y hablo de Francia en pie de igualdad con Prusia, Inglaterra, Holanda y el resto de las potencias europeas. Es bueno que se ignore el nombre de un autor cuando éste no escribe sino en aras de la verdad y, por consiguiente, no pone cortapisas a sus pensamientos. Cuando conozcáis el fin de la obra, convendréis conmigo en que resulta prudente sepultar el nombre del autor en la discreción de la amistad.» (77)

Federico irá entregando nuevos capítulos con cuenta gotas, ya que no puede trabajar sino «sin ton ni son» (78). A finales de Enero Voltaire ha recibido ya el capítulo XXIII, aunque no le ha llegado el XXII, y se pregunta cuál será el contenido del XXVI (79). En Febrero se le remitirán el resto de los materiales: «A pesar del poco tiempo de que dispongo para mí, he conseguido acabar la obra sobre Maquiavelo. Os envío lo que faltaba y os ruego que me participéis vuestras críticas. Estoy decidido a revisar y corregir, poniendo entre paréntesis mi amor propio, todo cuanto juzguéis indigno de ser presentado al público. Hablo demasiado libremente de todos los grandes príncipes como para consentir que el Antimaquiavelo aparezca con mi firma. Así que he resuelto hacerlo imprimir, después de haberlo corregido, como la obra de un autor anónimo. Así pues, meted mano a todas las injurias que deis en considerar superfluas y no toleréis ninguna falta contra la pureza del lenguaje.» (80)

(77) Cfr. *ed. cit.*, vol. I., pp. 317-318. Federico añade: «No persigo interés alguno; y, si puedo servir al público, trabajaré sin esperar de él ninguna recompensa o encomio, como esos hombres desconocidos por la sociedad que le son tan oscuros como útiles.»

(78) Cfr. su carta del 10.1.1740 (vol. I., p. 322).

(79) «No sé si dirá algo en torno al proyecto de cacciari i barbari d'Italia: a mi modo de ver, actualmente hay tantos extranjeros honestos en Italia, que parecería bastante incivil el quererlos expulsar. El cardenal Alberoni acariciaba un bello proyecto, que consistía en constituir un cuerpo itálico sobre el modelo del cuerpo germánico. Pero, cuando se trazan ese tipo de proyectos, no puede uno vendarse los ojos, a no ser que se asemeje al abad de Saint Pierre» (cfr. la carta escrita por Voltaire a Federico el 26.1.1740; vol. I, p. 325).

(80) Carta de Federico a Voltaire del 3.2.1740 (cfr. *ed. cit.*, vol. I, p. 326).

En su acuse de recibo, Voltaire confirma sus primeras impresiones. El texto es excesivamente largo y, sin embargo, ha omitido un par de buenos argumentos. Pero, ¿cómo acertar a ser franco sin herir susceptibilidades? Su franqueza es exhibida de un modo harto diplomático: «Permitidme hablaros con libertad, puesto que vos mismo me lo habéis ordenado y no pertenecéis a esa clase de príncipes que, tras haber deseado que se les hable libremente, vienen a enojarse porque se les obedezca. Temo, por el contrario, que desde ahora en adelante vuestro gusto por la verdad no se vea entremezclado con un poco de amor propio (sic).» (81) Tras este curioso rodeo, en el que se traba y acaba por explicitar el temor que pretendía ocultar, entra en materia: «Me gusta y admiro el fondo de la obra, y parto de ahí para decir atrevidamente a Vuestra Alteza Real que algunos capítulos me parecen demasiado largos; algún que otro transverso calamo signum (82) lo remediará con toda rapidez, y este oro en hilera, vuelto más compacto, tendrá mayor peso y brillantez.» (83)

Pero, como declamos, sus quejas no versan únicamente sobre la extensión del texto, también encuentra que Federico se ha dejado en el tintero un puñado de buenos argumentos: «A veces tengo la impresión de que Maquiavelo se parapeta en un terreno y vos le combatís en otro. Valga como ejemplo lo defendido en el tercer capítulo, donde se vierten estas abominables palabras: "Si ha a notare, che glio uomini si debbono o vezzeggiari o spegnere, perché si vindicano delle leggieri offese; delle gravis non possono". Vuestra Alteza Real se ciñe a mostrar cuán odioso resulta este oráculo de Satán. Mas el maldito florentino no habla sino de lo útil. ¿Permitiríais que añadiese a este capítulo una coletilla, para hacer ver que el propio Maquiavelo no debería considerar estas amenazas como ratificadas por los acontecimientos? Porque, en su misma época, un Sforza usurpador fue asesinado en Milán, mientras otro del mismo nombre lo era en Loches,

(81) Cfr. la carta remitida por Voltaire del 23.2.1740 (vol. I., p. 328).

(82) Cita de Horacio, *ars poetica*, 447.

(83) *Ibid.* Continúa señalando lo siguiente: «Comenzáis la mayoría de los capítulos diciendo lo que Maquiavelo pretende conseguir en ese capítulo a refutar; pero, si V.A.R. tiene la intención de que se imprima el Maquiavelo y la refutación al lado, ¿no se podría, en ese caso, suprimir estos anuncios a los que me refiero, los cuales no dejarían de ser absolutamente necesarios, si vuestra obra fuese impresa por separado?»

dentro de una jaula de hierro; un tercer usurpador, nuestro Carlos VIII, fue obligado a huir de la Italia que había conquistado; el tirano Alejandro VI resultó envenenado con su propio veneno; César Borgia fue asesinado. Maquiavelo estaba rodeado de ilustraciones funestas para el crimen.» (84) Voltaire ha esbozado ya un prefacio (85), que se apresuró a remitirle para obtener su visto bueno.

Hacia esas mismas fechas, Federico le informará de que su padre, Federico Guillermo de Prusia, agoniza (86), lo que significa su inminente acceso al trono. Voltaire le contesta, muy impresionado por esta posible contingencia (87), sin dejar de mencionarle nuestro tema:

«Sigo aguardando vuestras últimas instrucciones respecto del Maquiavelo. Tanto más ahora, que refutaréis a Maquiavelo mediante vuestra conducta; por ello espero vuestro consentimiento para ver impreso el antídoto preparado por vuestra pluma.» (88)

Sólo a mediados de marzo responde Federico a las observaciones hechas por Voltaire un mes antes, reconociéndose obligado por su sinceridad y la colaboración que le brinda. Sin embargo, le confiesa no tener tiempo para corregir el texto y estar sumido en una crisis tan lamentable que más le valdría «pensar en refutar a Maquiavelo con mi conducta que por medio de mis escritos» (89). Cinco días más tarde le comunica que intenta retomar esa tarea, pero que no avanza

(84) Ibid.

(85) Cfr. el Anexo II. y la última nota de nuestra edición castellana.

(86) Cfr. su carta del 26.2.1740 (vol. I, p. 330).

(87) «Ignoro cuál es vuestra situación actual, pero nunca os he apreciado y admirado tanto. Si sois rey, tornareis dichosos a los hombres; si seguís siendo príncipe, les instruireis. Si me tuviera en alguna estima, preferiría, en mi propio interés, que continuarais disfrutando de vuestro feliz ocio y pudierais todavía divertirlos en escribir esas cosas que me encantan y esclarecen. Siendo rey, andaréis muy ocupado en hacer florecer las artes en vuestros Estados, en establecer alianzas juiciosas y ventajosas, en potenciar las manufacturas, en haceros acreedor de la inmortalidad. No oiré hablar sino de vuestros trabajos y vuestra gloria; pero probablemente no recibiré esos gratos versos, ni esa sublime prosa que os proporcionarían otra suerte de inmortalidad. No importa; anhelo un trono para vos, porque me parece más honesto preferir la felicidad de algunos millones de hombres a mi satisfacción individual.» (Carta del 10.3.1740; vol. I., p. 332.)

(88) Cfr. ibid. El subrayado es nuestro.

(89) Cfr. su carta del 18.3.1740 (vol. I., p. 334).

prácticamente nada, por la inquietud en que se halla, intentando «prepararse para sufrir su destino» (90). Pero el quince de abril su progresiva desafección al proyecto que tanto le había ilusionado se hace más patente: «Maquiavelo saldrá cuando sea posible; tendreis a bien esperar que tenga tiempo de meter allí mi mano.» (91) Ésta será la tónica de sus cartas en lo sucesivo (92). Incluso dejará de referirse a él en absoluto.

En cambio, Voltaire no cesará en el empeño. Se lo recuerda en mayo (93) y a primeros de junio vuelve a la carga: «Una de vuestras criaturas me sigue interesando sobremanera; me refiero a la refutación de Maquiavelo. Acabo de releerla; una vez más puedo asegurar a V.A.R. que se trata de una obra necesaria para el género humano. Lejos de mi ánimo el ocultaros que hay repeticiones y que incluso el más bello árbol del mundo requiere una poda. Yo pondré los puntos y las comas al Antimaquiavelo. Quiero aprovechar el permiso que V.A.R. me ha otorgado para ello.» (94)

Voltaire le comunica en esta misma carta que se dispone a realizar una cuarta lectura con la pluma en la mano, comentando que su prefacio podría hacerse eco de los Antimaquiavelos publicados con anterioridad (95), aunque, como son muy difíciles de localizar, quizá

(90) Cfr. su misiva del 23.3.1740 (vol. I, p. 336). «Cuando no puedo leer ni trabajar, soy como esos adictos al tabaco que mueren de inquietud y se llevan cien mil veces la mano al bolsillo, cuando se les ha despojado de su tabaquera. La vida privada resultaría mucho más conveniente para mi libertad que aquella otra a la cual me debo plegar. Vos sabéis cuanto estimo mi independencia y lo duro que me resulta renunciar a ella para someterme a este penoso deber. Lo único que me consuela es la idea de servir a mis conciudadanos y serle útil a mi patria.»

(91) Cfr. vol. I, p. 340.

(92) «En medio de la inquietud que me asola, no encuentro ni el tiempo, ni la tranquilidad de espíritu, para corregir el Maquiavelo.» (Carta del 26.4.1740; vol. I., p. 344.)

(93) «¿No se me dará permiso para ocuparme del Antimaquiavelo? Hay tan poco por hacer, no resta sino la faena del editor; vuestro ingenio ha hecho todo cuanto era preciso. El resto no puede ajustarse más que cuando se confronte con el texto de Maquiavelo, a fin de hacer un volumen que no resulte demasiado grueso.» (Carta de Voltaire a Federico fechada en mayo de 1740; vol. I, p. 350.)

(94) Carta de Voltaire fechada el 1.6.1740 (vol. I., p. 356).

(95) Se refiere a las obra de Innocent Gentillet, *Discours sur les moyens de*

no merezca la pena retrasar por ello su publicación. Para precipitar las cosas, acude a la política de los hechos consumados y ese mismo día escribe a un librero holandés, con objeto de iniciar las negociaciones conducentes a su impresión (96). A fin de suavizar su osadía recurre sin ambages al encomio. En su opinión, y así se lo hace saber al interesado, el inminente rey de Prusia brinda en su Refutación un inigualable retrato de los franceses y del gobierno de Francia; de otro lado, el capítulo dedicado a las potencias eclesiásticas es de sumo interés, así como la comparación hecha entre Holanda y Rusia. Y sus reflexiones sobre esos grandes señores que quieren pasar por soberanos en miniatura son sencillamente cautivadoras (97). Es más, «esta obra ha despertado en mí—asegura— las ganas de acabar la Historia del Siglo de Luis XIV [un proyecto a cuya continuación tanto le había instado Federico tiempo atrás], sintiéndome avergonzado por dedicarme a tantas cosas frívolas, cuando mi príncipe me enseña a hacerlas consistentes» (98). No mucho después, escribirá estas líneas:

«Tengo el honor de comunicar a V.A.R. que estoy a punto de ofrecer al público ese catecismo de la virtud, esa lección de príncipes en donde la falsa política y la lógica de los malvados se ven confundidas con tanta fuerza como ingenio. Me he tomado las libertades que vos me habíais otorgado; he tratado de igualar algo más la longitud de sus capítulos con los de Maquiavelo, y también he lanzado algunos pu-

bien gouverner et de maintenir en bonne paix un royaume ou autre principauté divisés, en trois livres... contra Mr. Macchiavel Florentin (1576) y Didier Herauld, Fragment ou l'examen du Prince de Machiavel (Paris, 1622).

(96) *«Tengo en mi poder un manuscrito singular, redactado por uno de los hombres más singulares de Europa: es una especie de refutación del Príncipe de Maquiavelo, capítulo a capítulo. La obra está preñada de datos interesantes y de atrevidas reflexiones que pican la curiosidad del lector, al tiempo que propician el provecho del librero. Tengo el encargo de hacer algunos retoques e imprimirlo. Os enviaré el ejemplar que poseo, a condición de que los hagáis copiar en Bruselas y me lo devolváis; yo añadiré un prefacio, y no impondré ninguna condición salvo la de imprimirlo bien y enviar en su momento una docena de ejemplares, magníficamente encuadernados, a la corte de Alemania que os será indicada.»* (Carta de Voltaire a Jean Van Duren, fechada el 1.6.1740; cfr. Voltaire, Oeuvres complètes —ed. Molaud—, Paris, 1880; vol. XXXV, p. 443.)

(97) Este pasaje habría de ser luego convenientemente maquillado por él mismo.

(98) Cfr. la carta de Voltaire a Federico del 1.6.1740 (vol. I., pp. 356-357).

ñados de argamasa en uno o dos rincones de un edificio construido con mármol. [...] Ignoro si, para cuando aparezca este Antimaquiavelo, estaréis ya sentado en el trono.» (99)

La respuesta de Federico —ya convertido en monarca— será tan lacónica como rotunda y conminatoria: «Por Dios, adquiera toda la edición del Antimaquiavelo.» (100) Ese mismo día en que Federico escribía esta orden real, el 27 de junio, Voltaire había enviado a Van Duren el último capítulo de la obra y algo se debía maliciar, cuando tiene a bien comunicarle al flamante rey de Prusia que «la obra de Marco Aurelio estará pronto impresa y, si Vuestra Majestad tiene alguna reticencia sobre el particular, debería tener la bondad de apresurarse a darme órdenes, porque, en un país como Holanda, no se puede paralizar la ávida diligencia de un librero convencido de que tiene su fortuna en prensa. Si supierais, Sire, cuán por encima de la de Maquiavelo está vuestra obra, incluso en lo que atañe al estilo, no tendríais la crueldad de suprimirla» (101).

Con todo, en cuanto recibe la instrucción que ya conocemos, Voltaire parte para La Haya e inventa todo un relato literario para calmar al joven monarca. Jean Van Duren se habría negado en redondo a detener la impresión del texto, mostrándose impermeable ante cualquier negociación, por muy ventajosa que pudiera resultarle. Así las cosas, Voltaire habría decidido sabotear la edición, esgrimiendo el pretexto de introducir algunas correcciones. El holandés le habría obligado a realizar esa tarea en su propia casa, bajo la meticulosa vigilancia de toda su familia, pero el astuto Voltaire supo conjurar sus recelos e inutilizar mediante la interpolación de galimatías y patochadas media docena de capítulos. Jaleado por su propia retórica, incluso termina por comparar su ingenioso boicot con una hazaña bélica, digna del más hábil estratega: «A eso se le llama hundir el propio navío, para impedir que sea capturado por el enemigo. Me desesperaba tener que sacrificar una obra tan hermosa, pero no dejé

(99) Cfr. la carta de Voltaire a Federico fechada en junio de 1740 (vol. I., pp. 358 y 361).

(100) Cfr. la carta enviada por Federico a Voltaire el 27.6.1740 (vol. II, p. 11).

(101) Cfr. la carta de Voltaire a Federico fechada en Julio del año 1740 (vol. II, p. 15).

de obedecer a un rey al que idolatro.» (102) «Como ya os dije, yo no había dejado sobre el manuscrito una sola palabra respecto a la cual pudiera quejarse nadie en Europa. Pero, puesto que V.M. deseaba de corazón retirar la edición, yo no tuve otra voluntad ni otro deseo aparte del de complaceros.» (103)

Pocos días después Federico acusará recibo de los versos que Voltaire ha compuesto por su advenimiento al trono, encomiando su buena factura, pero tildándole de adulator y rogándole que en lo sucesivo escatime algo más los elogios hacia su persona. En esa misma carta le dice: «Os quedo muy reconocido por las molestias que habeis tenido a bien asumir en lo tocante a la edición del Antimaquiavelo. La obra no era todavía digna de ser publicada; hay que madurar mucho una obra de esta naturaleza, a fin de que no parezca en modo alguno incongruente a un público siempre inclinado a la sátira.» (104).

A principios de agosto, una vez que conoce su esforzado "sabo-taje", Federico le dará nuevamente carta blanca: «Vuelvo a poner el Antimaquiavelo a vuestra disposición, sin poner en duda que no lo usareis sino de tal forma que no haya lugar para arrepentirme de la confianza que deposito en vos. Así que, se haga o no imprimir, yo delego en mi querido editor.» (105) Una semana más tarde se resigna y enarbola bandera blanca: «Haced rodar la prensa, si es menester castigar así la maldad de un miserable. Suprimid, cambiad, corregid y reemplazad cuanto os plazca. Me pongo en manos de vuestro discernimiento.» (106)

Voltaire ha logrado convencerle de que, ante la inflexibilidad mostrada por Van Duren, la mejor solución es publicar el texto para desautorizar esa edición. El 22 de septiembre le manda la versión que publicará Paupie, comentando que «si quiere modificar alguna cosa», él está presto a recibir sus ordenes (107). El 24 de octubre obrarán

(102) Cfr. la carta mandada por Voltaire desde La Haya el 20.7.1740 (vol. II, p. 18). Sin embargo, todo será inútil, ya que Van Duren supo desactivar este sabotaje gracias a su meticuloso corrector de pruebas.

(103) Cfr. *ibid.*, p. 17.

(104) Carta de Federico a Voltaire del 29.7.1740 (vol. II, p. 20).

(105) Carta de Federico a Voltaire del 2.8.1740 (vol. II, p. 21).

(106) Cfr. su misiva del 8.8.1740 (vol. I, p. 23).

(107) Cfr. la carta enviada por Voltaire a Federico el 22.9.1740 (vol. II, p. 35).

en poder de Federico las dos ediciones (108). Y el 7 de noviembre, el mismo día que cursa las ordenes para invadir Silesia, el rey de Prusia escribe:

«He leído el Maquiavelo de principio a fin; pero, a decir verdad, no estoy en absoluto contento y he resuelto cambiar lo que no me place, así como hacer una nueva edición, bajo mi supervisión, en Berlín. A tal efecto, he redactado un artículo para las gacetas, mediante la cual el autor del Ensayo desaprueba las dos impresiones. Os pido disculpas, pero no he podido actuar de otro modo, porque hay tanto de ajeno en vuestra edición, que ha dejado de ser obra mía. He encontrado los capítulos XXV y XXVI por completo diferentes a lo que yo me había propuesto; refundir esta obra constituirá una buena ocupación para este invierno. Os ruego, sin embargo, que no me anunciéis demasiado; máxime cuando, vos lo sabéis muy bien, desde que os remití el manuscrito exigí un secreto inviolable.» (109)

Por supuesto, el conquistador de Silesia no encontró tiempo ese invierno ni ningún otro para ocuparse de semejante tarea. Y a Voltaire, que tanta ilusión y esfuerzos puso en dicha empresa, esta desautorización le desagradó enormemente (110).

En las Memorias de Voltaire, publicadas póstumamente, pues nunca consintió que vieran la luz antes de su muerte, la crónica de su colaboración con Federico presenta un cariz muy distinto al que hemos ido viendo en las cartas intercambiadas por ambos durante dos años. Los ditirambos que derrochaban sus epístolas dejan paso a la más refinada ironía. Su pluma destila un lacerante sarcasmo y en sólo un par de frases contundentes (tan alejadas del engolado estilo que gustaba cultivar el monarca prusiano), aquel moderno Marco Aurelio que había elaborado un catecismo para uso de gobernantes

(108) Cfr. carta de Federico a Voltaire del 26.10.1740 (vol. II, p. 54, nota 3).

(109) Cfr. Carta de Federico a Voltaire del 7.11.1740 (vol. II, p. 62).

(110) El 18 de Julio de 1741 escribirá Voltaire: «En cuanto ciudadano del mundo, cobro mucho interés por las máximas del Antimaquiavelo; pero son tan poco seguidas y veo la práctica tan poco acorde con la teoría que he abandonado por entero esta obra. Yo la publiqué con la vana esperanza de que produjese algún bien; sin embargo, no ha producido sino dinero para los libreros.» (Cfr. su carta del 18.7.1741 a César de Missy; en Oeuvres Complètes—ed. Moland—Paris, 1880; vol. XXXVI, p. 83.)

y encarnaría sin lugar a dudas la figura del rey filósofo nada más acceder al trono, queda brutalmente desmitificado de un plumazo. Ahora es presentado como un discípulo de Maquiavelo, y no de los más despiertos precisamente:

«Al rey de Prusia, algún tiempo antes de morir su padre, se le ocurrió escribir contra los principios de Maquiavelo. Si Maquiavelo hubiera tenido un príncipe por discípulo, la primera cosa que le hubiera recomendado habría sido escribir contra él. Pero el príncipe heredero no hubiera comprendido tanta sutileza.» (111)

El retrato es demoledor. No duda de su buena fe, cuando, antes de ser soberano, consideraba toda usurpación como un crimen y su padre no le daba razones para poder admirar el poder despótico. Lo malo es que luego habría mudado radicalmente su opinión respecto a todo ello. Federico es presentado como un gran tacaño que, pese a tener sus arcas bien repletas, no quiso rascarse su bolsillo para evitar una publicación que él le había desaconsejado (!). Sin embargo, quien conozca la correspondencia que hemos venido examinando en estas páginas, descubre que miente como un bellaco (112); puesto que, lejos de haberle desanimado a publicar su libro, casi lo había hecho por su cuenta y a sus espaldas, ni tampoco parecía pensar que pudiera conculcar sus preceptos. Voltaire quería presumir justamente todo lo contrario. El 18 de octubre del año 1740 el embajador prusiano en La Haya recibió una nota suya donde le decía lo siguiente: «Tengo sobrados motivos para esperar que la conducta del rey justificará cabalmente al Antimaquiavelo del príncipe.» (113)

Ese mismo día escribe al señor de Cideville, hablándole de «nuestro Marco Aurelio del Norte» (114), para referirse luego al autor del

(111) Cfr. Voltaire, *Memorias* (trad., pról. y notas de Agustín Izquierdo), Valdemar, Madrid, 1994, p. 42.

(112) «Me envió su manuscrito a Bruselas para que se lo corrigiera y mandase imprimirlo. [...] Le advertí que tal vez no fuera conveniente imprimir su libro justamente cuando quedaba colocado en la tesitura de violar sus preceptos. Me permitió que detuviera la edición. Fui a Holanda únicamente para rendirle este pequeño servicio.» (Cfr. *ibid.*, p. 43.)

(113) Cfr. *Oeuvres de Voltaire (avec préfaces, avertissements, notes..., par M. Beuchot)*, Paris, 1831; vol. LIV, p. 225. «Tengo a esta obra en mayor estima que los Césares del emperador Juliano y a las Máximas de Marco Aurelio.» (Ibid.)

(114) Cfr. *ibid.*, p. 235.

Antimaquiavelo como «un hombre joven que piensa como filósofo y un rey que piensa como hombre» (115). Sin embargo, al redactar sus Memorias viene a desdecirse, para suscribir el díptico que Rousseau puso a los pies de un retrato del rey prusiano y que hemos adoptado como lema de la presente introducción: «Su gloria y su provecho, he ahí su Dios, su Ley / Piensa como Filósofo y se conduce como Rey.»

Cualquier aficionado a las explicaciones psicologistas podría querer explicar esta saña rastreando algunas frustraciones vivenciadas por el propio Voltaire, quien habría quedado despechado por no ver satisfecho su anhelo de presidir la Academia berlinesa (116) o incluso no haber sido investido como primer ministro del monarca prusiano, un rumor que recorrió como la polvora todas las cancillerías europeas en su momento (117), serían buenos asideros para caminar en esa dirección. Pero eso no afectaría sino al carácter cruelmente satírico de la descalificación (118). El mentís que las obras de Federico como rey aportaron a una obra escrita en cuanto príncipe quedaría fuera de toda discusión. Pues es un dato incontestable que la conducta del rey de Prusia desmintió con toda rotundidad los buenos deseos expresados por él mismo en su Antimaquiavelo.

«Pronto se vio —sentencia Voltaire— que Federico II, rey de Prusia, no era tan enemigo de Maquiavelo como el príncipe heredero había parecido serlo.» (119)

Raymond Naves, en su introducción a su edición francesa del Antimaquiavelo, se pregunta lo siguiente: «¿Se ha de ver en esta obra una refinada hipocresía, como se ha señalado a veces? ¿Acaso nos hallamos ante la obra maestra del maquiavelismo, decidiéndose a escribir una refutación de Maquiavelo como príncipe heredero, para poder oficiar más impunemente como discípulo suyo al ejercitar sus

(115) *Ibid.*, p. 236.

(116) Cfr. *Christiane Mervaud*, op. cit., p. 105.

(117) Cfr. *ibid.*, p. 106, nota 7.

(118) «Estaba en su naturaleza hacer siempre todo lo contrario de cuanto decía y escribía, no por afectación o disimulo, sino porque escribía y hablaba con una especie de entusiasmo, y obraba a continuación con otra.» (Voltaire, *Memorias*, ed. cit., pp. 44-45.)

(119) Cfr. *ibid.*, p. 44.

doctrinas en tanto que príncipe reinante?» (120) Enseguida contestaremos a esta interrogante.

3. El distingo kantiano entre «moralista político» y «político moral»

*El idilio que matrimonió al filósofo francés y al rey prusiano en la confección del Antimaquiavelo acabó en divorcio. Y el momento en que se produce la ruptura no es casual. Federico pierde todo interés en publicar la obra cuando atisba en el horizonte sus nuevas obligaciones. Una vez instalado en el trono, su lectura del Antimaquiavelo no podía satisfacerle, al margen de la mediación de Voltaire, dado que su óptica es totalmente otra. Ya se hallaba sometido a la implacable lógica del éxito y de la eficacia, en aras de lo cual todo puede quedar justificado desde la perspectiva del poder. En la segunda edición de su ensayo *Hacia la paz perpetua*, Kant introdujo un "artículo secreto" cuyo dictamen es tan sobrio como perfectamente válido y enjundioso:*

«No cabe confiar en que los reyes filosofen o esperar que los filósofos lleguen a ser reyes, pero tampoco hay que deseárselo, porque detentar el poder corrompe inexorablemente el libre juicio de la razón.» (121)

Al entender de Kant, el proyecto platónico de ilustrar al tirano de Siracusa, la idea de que un rey pueda ser filósofo y, por lo tanto, introducir la moralidad en sus considerandos políticos (pues esto es lo que significa para Kant en este punto el invocar a la filosofía) carece de todo sentido. Y el ideal de que los filósofos devengan reyes es igualmente absurdo. Es una quimera suponer la existencia de un "rey filósofo", por la sencilla razón de que son oficios incompatibles (122), que no hay forma de casar.

(120) Cfr. *L'Anti-Machiavel de Frédéric II*, ed. cit., p. xxv.

(121) Cfr. *Immanuel Kant, Zum ewigen Frieden, Ak. VIII, 369; la traducción es nuestra.*

(122) Cfr. nuestro trabajo: «*De la incompatibilidad entre los oficios de filósofo y Rey, o del primado de la moral sobre la política*», estudio introductorio a *Kant, Por la paz perpetua* (trad. de Rafael Montestruc; pról. de Juan Alberto Belloch). Ediciones del Ministerio de Justicia e Interior, Madrid, 1994, pp. ix-xxxiv.

El divorcio entre la política y la moral, del que Maquiavelo quiso levantar acta, es plenamente asumido por quien es reputado como el padre de la modernidad. La índole de la política se presenta como algo completamente incompatible con el talante moral. Desde luego, el poder parece tener un peculiar hechizo, entrañar un sortilegio merced al cual todo quien lo toca queda convertido en una especie de "Mr. Hyde", por muy asentadas que anduviesen sus convicciones antes de semejante transformación. Las reglas de juego suscritas por el "Dr. Jekyll" desaparecen tras esa metamorfosis. La "razón de Estado", una información confidencial y privilegiada que no se puede compartir con el común de los mortales o cualquier otra cosa por el estilo, harán que todo estadista, gobernante o usuario del poder (en cualquiera de sus cuotas o niveles) sepa que debe actuar por encima del derecho y, por descontado, de la ética.

Todos ellos tienen una común advocación, puesto que, como muy bien indicó Maquiavelo, se colocan bajo el amparo de la diosa fortuna. Por muy gruesas que sean sus bribonadas, bastará con que no sean descubiertas o poder canjearlas mediante sobornos y chantajes, para seguir teniendo la sartén por el mango. La hipocresía y los ardidés diplomáticos procurarán convencer; cuando ello no sea posible, la nuda fuerza prescindirá del "con" y se limitarán a vencer—por jugar una vez más con la feliz expresión de D. Miguel—, imponiendo sus arteros criterios, los cuales, bajo el escudo del "bien común", difícilmente dejarán de ocultar inconfesables intereses personales (donde cabe tanto la tentación crematística como la megalomaniaca, cubriendo ambos casos un amplio espectro en lo que atañe al grado).

Kant sabía muy bien todo esto. Sólo tenía un reproche para las reglas de la sagacidad (Klugheit): que dependían del apadrinamiento de la suerte y éste no era seguro. Pues, a su modo de ver las cosas, «la razón es incapaz de iluminarnos lo bastante como para controlar todo ese complejo entramado causal que nos permitiría garantizar certeramente, conforme al mecanicismo de la naturaleza, el éxito favorable o adverso de las acciones u omisiones acometidas por los hombres» (123). De ahí que su ética pivote sobre una voluntad buena en sí misma y emancipada, por lo tanto, de las veleidades dictadas

(123) Cfr. *Zum ewigen Frieden*, AK. VIII, 370; la traducción es nuestra.

por esa caprichosa damisela conocida con el nombre de fortuna. No es otra la clave de su célebre autonomía (124).

Tal como nos mostró Maquiavelo, la política y la moral están absolutamente escindidas, sus exigencias e imperativos obedecen a dos lógicas absolutamente diversas. A la primera sólo le preocupa el éxito de los objetivos perseguidos y nada importan los medios cuando éstos conduzcan al fin apetecido. En cambio, la segunda, no se interesa tanto por las metas, ni siquiera por el método, sino por lo más primordial: la intencionalidad. ¿Significa esto que son dos mundos incomunicables? ¿Acaso esa incompatibilidad entre sus caracteres hace que su divorcio sea completamente irremediable?

Aunque Kant declaró quimérico el mito platónico del rey filósofo, tampoco dejó de dar su peculiar solución a este problema de comunicación en apariencia irresoluble. En el primero de los apéndices de su ensayo sobre la paz perpetua, establece una distinción que no carece de interés para el tema que nos ocupa. Él puede concebir —nos dice allí— un político moralista, mas no un moralista político.

Mientras el moralista político pretenderá forjar una moral útil a sus conveniencias, el político moral intentará conjugar sus reglas de juego con las exigencias éticas. El primero suscribirá la sofística y pondrá en práctica los principios del *fac et excusa* (rebusca una buena coartada para tus actos más impresentables), si fecisti, nega (niega haber cometido las tropelías que hayan sido descubiertas) y divide et impera (divide y vencerás). Por contra, el segundo intentará corregir los errores detectados y no le dolerán prendas a la hora de acometer las reformas oportunas. Este último suscribirá con ello el primado establecido por Kant entre lo moral y la política en *Hacia la paz perpetua* (125). Sus palabras son tan concisas y contundentes que no

(124) Quien se interese por estos temas, puede consultar nuestro trabajo titulado: «La pseudoantinomía entre autonomía y universalidad. Un diálogo con Javier Muguerza», en Roberto R. Aramayo, Javier Muguerza y Antonio Valdecantos, *El Individuo y la Historia. Antinomias de la herencia moderna*, Paidós, Barcelona, 1995, cap. 8.

(125) Cfr. todo su primer apéndice (Ak. VIII, 370-380). Este año se celebra el bicentenario del citado ensayo kantiano, y con esa ocasión se publicará este volumen colectivo: Roberto R. Aramayo, Javier Muguerza y Concha Roldán, *La paz y el ideal cosmopolita de la Ilustración (A propósito del bicentenario de «Hacia la paz perpetua» de Kant)*, Tecnos, Madrid, 1995 (en prensa).

requieren comentario alguno: «La genuina política no puede dar un solo paso sin haber tributado previamente su vasallaje a la moral. El derecho es algo que debe ser salvaguardado como algo sacrosanto, sean cuales fueren los sacrificios que tal cosa pudiese acarrear al poder establecido. A este respecto no cabe partir la diferencia e inventarse una componenda intermedia como sería el híbrido de un derecho pragmáticamente condicionado (a medio camino entre lo justo y lo provechoso, sino que todo político debe doblar su rodilla ante la justicia representada por el derecho.» (126)

Acatemos entonces el análisis kantiano y no acariciemos la quimera de que los filósofos devengan reyes o viceversa. Conformémonos con exigir que se suprima la casta de los moralistas políticos y dejen su lugar al político moral. Confiemos en que sea posible ver cumplido este ruego que Voltaire hizo a Federico, cuando aún le veía como un moderno Marco Aurelio:

«La palabra político significa, originariamente, ciudadano, mientras que hoy, merced a nuestra perversidad, viene a significar embaucador de los ciudadanos. Devolvedle, monseñor, su auténtica significación.» (127)

* * *

Agradecimientos

Quisiera dejar constancia de que una estancia en París y otra en Marburgo, financiadas respectivamente por la Comunidad Autónoma de Madrid y la Deutsche Forschungsgemeinschaft, contribuyeron a recabar los materiales necesarios para realizar este trabajo (enmarcado en el proyecto de investigación que dirijo: PS91-0002).

También me gustaría reflejar el apoyo afectivo recibido por mis amigos (entre los que debo destacar a Concha Roldán y Antonio Valdecantos, si bien se saben también aquí Amparo, Andrea, Antonio Pérez, Begoña, Berta, Candy, Carlos, Carmen, Caty, Clara, Eskarne,

(126) Zum ewigen Frieden, Ak. VIII, 380; la traducción es nuestra.

(127) Carta de Voltaire a Federico fechada el 25.4.1739 (cfr. ed. cit., vol. I, p. 269).

Faustino, Fernando, Imanol, Isabel, Jorge, José Luis Villacañas, Juan Antonio, Julián Sauquillo, María Luisa, Nines, Nuria, Paco Álvarez, otro Paco y un par de Rosas) en unas circunstancias bien adversas para mi estado de ánimo (la derrota de mi único hermano en su lucha contra el cáncer, el fallecimiento de mi padre y, entre medias, un tortuoso naufragio sentimental con tintes «maquiavélicos») y que imprimieron un inesperado retraso a este quehacer hoy por fin acabado. Sin ellos, no habría sabido reconciliarme de nuevo con la fortuna, ni tan siquiera con la vida.

En este capítulo también deben figurar algunos compañeros de trabajo, tales como Viky, Pedro, Paco, María Luisa, Lorenzo, Pepe, Carlos, Javier Echeverría y Javier a secas (alias «Mugui», cuyo significado en euskera le va como anillo al dedo, ya que siempre anda por la línea fronteriza y no hay modo de pillarlo ni a un lado ni al otro de la muga, haciendo gala del don de la «disubicidad»).

Lo demás queda dicho en la dedicatoria.

Pasai Donibane, 14 de julio del 95

NOTA SOBRE LAS NOTAS (Y OTRAS PECULIARIDADES DEL TEXTO)

Ediciones críticas del Texto

El manuscrito del príncipe Federico fue corregido varias veces por Voltaire, a quien se le había confiado su publicación. Dado el obvio interés de poder cotejar ambos textos, hemos optado por la presentación de Charles Fleischauer (I), aunque no hayamos dejado de tener a la vista el texto preparado por Raymond Naves (II). Había una tercera opción, hacia la que no sentíamos inclinación alguna, y que consistía en presentar una tras otra las dos versiones, como ha hecho la editorial Fayard (III). Nos referimos a estas tres ediciones:

- I.** L'Anti-Machiavel, par Frédéric II, roi de Prusse, édition critique avec les remaniements de Voltaire pour les deux versions, publiée par Charles Fleischauer, *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century* (ed. by Theodore Besterman) vol. V, Institut et Musée Voltaire, Les Délices (Genève), 1958.
- II.** Machiavel, Le prince (traduction de Guiraudet revue et corrigée suivi de L'Anti-Machiavel de Frédéric II avec toutes les corrections de Voltaire (introduction et notes par Raymond Naves), Garnier, Paris, 1941.
- III.** Federico II de Prusia, «L'Antimachiavel» (1741) / «Refutation du prince de Machiavel» (1848), en *Oeuvres philosophiques* (texte revu par Jean-Robert Armogathe et Dominique Bourel), Fayard, Tours, 1985.

Fuentes originales

El texto presentado por Fleischauer (I) ha tenido en cuenta todas estas fuentes (identificadas con la sigla consignada en letra negrilla):

- R** *La Réfutation, la versión manuscrita de Federico, a la que le falta el capítulo II y que fue publicada por J.D.E. Preuss en las Oeuvres de Frédéric le grand, Berlín, 1848, vol. VIII, pp. 163-299, (128)*
- C** *Una versión anterior del Prefacio, que fuera enviada en su momento a Mme de Châtelet y había de publicar Hans Droysen bajo el título de "Beiträge zur Textkritik einiger Werke Friedrichs des Grossen aus Voltaires handschriftlichen Nachlasse", Zeitschrift für französische Sprache und Literatur 30 (1906) 118-121.*
- F** *Una versión anterior de los capítulos III y XXVI, que contiene algunas otras pequeñas variantes, publicada por Gottlieb Friedländer, Friedrich des Zweiten Anti-Machiavel, nach einer Originalhandschrift herausgegeben (Hamburg, 1834).*
- X** *L'Anti-Machiavel ou examen du Prince de Machiavel, A La Haye, chez Jean Van Duren, 1741^{3rd} (Enrichie des plusieurs Pièces nouvelles) [1740¹].*
- S** *Anti-Machiavel ou essai de critique sur le Prince de Machiavel, A La Haye, chez Pierre Paupie, 1740.*

Códigos de visualización

Para visualizar las diferencias existentes entre la versión del manuscrito de Federico y el texto elaborado por Voltaire, hemos adop-

(128) *Cuando fueron publicadas las Oeuvres de Frédéric le grand, el editor tuvo en sus manos tres versiones manuscritas de los capítulos XI y XIII, dos de los capítulos III, IV, VII, VIII, IX, XII, XIV, XV, XXI, XXIV, XXV y XXVI; así como una sola del resto y del prefacio, excepción hecha del capítulo II, que faltaba. Preuss dice a este respecto: «Basta echar un vistazo para distinguir las últimas redacciones de los primeros bocetos; son naturalmente aquéllas las que hemos escogido para nuestra edición. Es lógico que todos estos manuscritos fueran encontrados en Berlín, ya que Federico no envió a Voltaire sino las copias, hechas por su amigo Keyserlingk y por uno de sus secretarios llamado Gaillard» (vol. VIII, pp. xv-xvi). Todos estos manuscritos desaparecieron durante la Segunda Guerra Mundial. Las copias enviadas a Voltaire, al igual que sus correcciones, tampoco son localizables ya.*

tado los criterios estipulados por Fleischauer en su edición crítica, encerrando entre corchetes [] los párrafos completamente suprimidos por Voltaire y demarcando con este signo <> aquellos cuya redacción decidió modificar en algo más que su estilo. Hemos omitido las correcciones de orden sintáctico (sólo relevantes para la lectura directa en francés), que han quedado subsanadas por el propio trámite de la traducción.

De otro lado, el asterisco (*) ha sido utilizado para distinguir aquellas notas donde se recogen las variantes al texto introducidas por Voltaire; las que no llevan dicho asterisco contienen aclaraciones o comentarios relativos a los personajes históricos, literarios o míticos mencionados a lo largo del ensayo.

Los lectores pueden abordar así el modo como Voltaire vió el manuscrito de Federico y las modificaciones introducidas en él. A excepción del prefacio, que sigue la versión C (recibida por madame de Châtelet y publicada por Droysen en 1906), la mayoría de los capítulos reproduce R (los capítulos de la Refutación seleccionados por Preuss en 1848), salvo en el caso del ausente capítulo II, donde se transcribe la versión X (la tercera edición —enriquecida— del Examen publicado por Van Duren en 1741). Los capítulos III y XXVI se presentan en dos columnas enfrentadas, para poder cotejar con más comodidad la versión R con una más antigua, la F (editada por Friedländer en 1834) (129). Las discrepancias con la versión S (que lleva por título el Ensayo) (130) comparecerá en las notas correspondientes.

(129) Esto nos permite compulsar la evolución del pensamiento de Federico según se aproxima su advenimiento al trono. La última versión de ambos capítulos han sido enviados a Voltaire tan sólo dos semanas después de la primera, pero Federico Gillerme tiene cada vez más cerca su agonía. La versión R del capítulo III muestra una mayor indignación, si cabe, contra el proyecto de "exterminar la raza de los príncipes" y aporta el concepto del príncipe considerado como "primer principio de actividad". En el capítulo XXVI, por su parte, se subraya la importancia de los tratados y las alianzas, se añaden la vanidad y el orgullo a las razones para hacer la guerra, enfatizándose también el protagonismo de la justicia de la guerra en detrimento del de las desgracias acarreadas por ella.

(130) Esta versión omite un par de pasajes desfavorables a Estanislao (en los capítulos III y XIII) y en el capítulo VI llama "fanáticos" a esos asesinos de los reyes franceses que Federico designa como "monjes". Valga esto como botón de muestra del espíritu que guía la pluma del autor del Ensayo.

al igual que las presentadas por X (131). De S proceden los títulos de cada capítulo consignados en el Índice.

En líneas generales cabe observar que Federico se ha interesado sobre todo por los capítulos XXII («De los secretarios de los príncipes»), XXIV («Por qué los príncipes de Italia han perdido sus Estados»), el XXV, que versa sobre la fortuna, y el XXVI, en torno a la guerra.

Anexos

Nuestra edición incluye dos anexos. El primero es una reseña del Antimaquiavelo, que presumiblemente fue redactada por Voltaire y que, desde luego, ha sido incluida entre sus escritos. En el segundo brindamos un borrador del prefacio, donde se habla expresamente del rey de Prusia como autor de la obra, pasaje que fue suprimido en la versión publicada y que tampoco figura en la recibida por madame de Châtelet.

Traducciones previas al castellano

El texto aquí presentado nunca ha sido editado en castellano de modo independiente, ya que siempre se lo incluía como una especie de apéndice o anexo colocado tras *El Príncipe de Maquiavelo*, ni tampoco nos consta que se haya utilizado a tal efecto la edición crítica de Fleischauer (III). Por lo que sabemos hay dos traducciones de la obra editada por Voltaire: la primera (132) es anónima —quizá con buenos motivos para ello— y fue rescatada por una editorial porteña (1.2.) un siglo después de haber sido publicada en Madrid (1.1.), para ser posteriormente reimpressa durante varios años por Edaf (1.3.); la

(131) El Examen suele añadir observaciones y anécdotas a la manera del Ensayo sobre las costumbres. También se caracteriza por mostrarse más dura para con los príncipes que R.

(132) No tiene para nada en cuenta el manuscrito de Federico, presentando tan sólo el texto editado por Van Duren, esto es, la versión X.

segunda (133) se debe al polifacético e infatigable Juan Bergua (2). He aquí sus datos:

- 1.1. El Príncipe de Maquiavelo, precedido de la biografía del autor y seguido del Anti-Maquiavelo o Examen del Príncipe, por Federico el Grande, rey de Prusia, con un prefacio de Voltaire, y varias cartas de este hombre ilustre al primer editor de este libro no publicado hasta ahora en España, *Madrid, 1854. [No figura el nombre del traductor y la nota introductoria ha sido tomada de una enciclopedia francesa.]*
- 1.2. El Príncipe de Maquiavelo. «Antimaquiavelo» de Federico el Grande, con Prefacio y cartas de Voltaire, *Ibero-Americana, Buenos Aires, 1947. [Se trata de una mera reimpresión de la edición anterior.]*
- 1.3. *Niccolò Machiavelli*, El Príncipe. Seguido de un prefacio de Voltaire y del Antimaquiavelo o Examen del príncipe, por Federico el Grande, rey de Prusia, *Edaf, Madrid/Buenos Aires, 1965 [Salvo la nota preliminar, que ha sido sustituida por una somera presentación bastante más corta, el texto es en todo idéntico al de las dos ediciones precedentes, y será objeto de nuevas reimpresiones hasta 1982.]*
2. *Nicolás Maquiavelo*, El Príncipe, comentado por Napoleón Bonaparte seguido del Antimaquiavelo de Federico II, corregido por Voltaire (*Traducción, estudio preliminar y notas de Juan B. Bergua*), *Ediciones Ibéricas, Madrid, 1971. [Se atiene al modelo de la edición de Raymond Naves.]*

(133) Esta edición presenta el texto de Federico, recogiendo en sus notas las correcciones y adiciones de Voltaire. Utiliza, pues, el mismo método que Raymond Naves.

ANTIMAQUIAVELO

o Refutación del Príncipe de Maquiavelo

PREFACIO DE VOLTAIRE

Tengo para mí que, al publicar este *Ensayo de Crítica sobre Maquiavelo*, rindo un gran servicio a los hombres. El ilustre autor de esta refutación es una de esas almas nobles que el cielo configura muy raramente para conducir al género humano hacia la virtud a través de sus preceptos y de sus ejemplos. Hace ya varios años que puso por escrito estas reflexiones con el único propósito de plasmar ciertas verdades que le dictaba su corazón. Era por entonces muy joven y pretendía formarse con arreglo a la sabiduría y a la virtud; no aspiraba sino a darse lecciones a sí mismo, pero dichas lecciones merecen ser la de todos los reyes y pueden constituir la fuente del bienestar de los hombres. Al honrarme con el envío de su manuscrito, creí mi deber solicitarle su permiso para publicarlo. El veneno de Maquiavelo está demasiado extendido y se hacía preciso propagar igualmente su antídoto. Dieron en proliferar distintas copias manuscritas, entre las que se contaban algunas muy defectuosas y la obra hubiese aparecido definitivamente desfigurada, si yo no me hubiera cuidado de proporcionar esta copia exacta, a la cual espero que se atengan los librerros a quienes se les ha confiado. Sin duda, a los lectores les sorprenderá saber que quien escribe un francés tan esmerado, tan enérgico y a menudo tan puro, es un joven extranjero que jamás ha pisado suelo francés. Incluso se descubrirá que se expresa mejor que Amelot de la Houssaye (1), cuya traducción de *El Príncipe* de Maquiavelo he

(1) Jean Jacques Amelot de la Houssaye [de Chaillou] (1689-1749) llegó a ser ministro de Negocios Extranjeros (entre 1737 y 1744) y miembro de la Academia Francesa (desde 1727). Póstumamente se publicaron sus *Réflexions, Sentences et*

hecho imprimir junto a esta refutación. Se trata de algo inusitado, lo reconozco; pero es así como aquél cuya obra publico ha triunfado en todo cuanto se ha propuesto. Que sea inglés, español o italiano poco importa, pues no es acerca de su patria sobre lo que versa su libro. Lo considero mejor concebido y mejor redactado que el de Maquiavelo, suponiendo una fortuna para el género humano que por fin la virtud se vea mejor adornada que el vicio.

Como responsable de este valioso legado, he decidido respetar algunas expresiones que, aun cuando no sean del todo francesas, bien merecerían serlo y me atrevo a afirmar que este libro puede perfeccionar nuestra lengua a la par que nuestras costumbres. Por lo demás, debo advertir que no todos los capítulos representan propiamente refutaciones de Maquiavelo, dado que este italiano no predica el crimen en todo su libro. En la obra que presento hay ciertos pasajes que constituyen más bien reflexiones sobre Maquiavelo antes que contra Maquiavelo; esa es la razón por la que lo he titulado *Ensayo de Crítica sobre Maquiavelo*.

Por cuanto su ilustre autor ha replicado cabalmente a Maquiavelo, mi modesta contribución aquí se cifrará en contestar brevemente las palabras del prefacio de Amelot de la Houssaye.

Dicho traductor ha querido hacerse pasar por un político; pero puedo asegurar que quien combate aquí a Maquiavelo es ciertamente aquello por lo cual se quiere hacer pasar Amelot.

En favor de Amelot cabría decir que, al traducir *El Príncipe* de Maquiavelo, refrenda sus máximas con la intención de propalar el libro, antes que con la de persuadir. En su dedicatoria habla hasta la saciedad de *razón de Estado*; mas un hombre que, habiendo sido secretario de embajada, no supo dar con el secreto para salir de la miseria, malentendiende —para mi gusto— la razón de Estado.

Pretende justificar a su autor con el testimonio de Justo-Lipsio (2) que —según él— atesoraba tanta piedad y religión como saber y po-

Maximes morales (Amsterdam, 1714), que son una reproducción de las de La Rochefoucauld entremezcladas con las de madame de Sablière y madame de Sablié. Además de *El Príncipe* de Maquiavelo, tradujo la *Storia del Concilio di Trento* de fray Pablo Sarpi (Amsterdam, 1683) y los seis primeros libros de los *Annali* de Tácito (París, 1690).

(2) Justo-Lipsio (1547-1606). Se trata de uno de los eruditos más famosos del

lítica. En relación con esto observaré: 1) que tanto Justo-Lipsio como cualquier otro sabio se alinearán en vano a favor de una doctrina tan funesta para el género humano; 2) que la *piedad* y la religión, tan expresamente mal engalanadas aquí, enseñan todo lo contrario; 3) que Justo-Lipsio, quien, tras nacer católico, se hizo primero luterano y luego calvinista, para terminar volviendo al catolicismo, nunca fue tenido por un hombre religioso, a pesar de los pésimos versos que le dedicó a la Santísima Virgen; 4) que su grueso volumen sobre política es el más menospreciado entre sus obras, dedicado como está todo él a los emperadores, reyes y príncipes; 5) que afirma justamente lo contrario de cuanto Amelot le hace decir. «¡Quiera Dios —asevera Justo-Lipsio en la pág. 9 de la edición de Plantin— que Maquiavelo haya guiado a su príncipe hasta el templo de la virtud y del honor! Sin embargo, al no seguir sino el criterio de la utilidad, se ha desviado en exceso del camino real de la honestidad: *Utinam principem suum recta duxisset ad templum virtutis et honoris...*». Amelot ha suprimido con toda intención estas palabras, siguiendo la moda vigente en su época de citar mal a posta; ahora bien, alterar un pasaje tan esencial no supone ser pedante, ni tampoco significa equivocarse: se trata sin más de una calumnia. El gran hombre del que soy editor no cita nunca; pero, si no me equivoco, él sí será citado en lo sucesivo por todos aquellos que amen la razón y la justicia.

Amelot se esfuerza por demostrar que Maquiavelo no es en absoluto impío. ¡como si se tratase aquí de la *piedad*! Un hombre imparte al mundo lecciones sobre asesinato y envenenamiento, ¡y su traductor se atreve a hablarnos acerca de su devoción!

Los lectores no advierten así el cambalache. Amelot da en decir que su autor alaba sobremanera a los franciscanos y a los dominicos; pero no son los monjes quienes tienen aquí el protagonismo, sino los soberanos, a los que el autor quiere mostrar el arte de ser malvados, algo sobre lo que no sabrían tanto sin él.

siglo XVI y su espíritu, fiel reflejo de su tiempo, sufrió las turbaciones de la transformación religiosa que recorrió Europa, con lo que abrazó, además del catolicismo, tanto la religión luterana como la calvinista. Por otra parte, su esmerada edición de las obras de Tácito hubiera bastado para hacerle conquistar la celebridad.

¿Acaso daría por bueno justificar a Miry-Veis (3), Cartouche (4), Jacques Clément (5) o Ravailleac (6), con el pretexto de que poseían muy buenos sentimientos religiosos? ¿y se servirá en todo momento de este manto sagrado para encubrir las mayores monstruosidades criminales? César Borgia (7) —llega a decir nuestro traductor— es un

(3) Acaso se trate de Mir-Weis (1615-1675), el fundador de la dinastía afgana del Afganistán y de Persia. Perteneciente a la tribu de Kchildji, se convirtió en el favorito del rey de Persia Shah Hosauan, a pesar de ser un mero prisionero suyo; al regresar de una peregrinación a la Meca, consiguió apoderarse de Kandahar (1709) y se declaró independiente de los sufis.

(4) Louis-Dominique Bourguignon, alias Cartouche (1693-1721). Aunque su padre no era sino un simple tonelero, se sacrificó para dar a su hijo una esmerada educación en un colegio de jesuitas. Su temprana inclinación al hurto hizo que se viera expulsado tanto del colegio como de la casa paterna. Sus bandoleros atemorizaron tanto a París que la recompensa por su captura quedó cifrada en doscientas libras y fue condenado a ser descuartizado vivo. Sus hazañas inspiraron sendos dramas a Legrand y Riccobini, así como un poema firmado por Grandvel, cuyo título es *Cartouche ou le vice puni*.

(5) Jacques Clément (1567-1589), monje jacobino que, después de minuciosos preparativos, asesinó a Enrique III en una Francia convulsionada por las guerras religiosas entre católicos y protestantes.

(6) Jean-François Ravailleac (1578-1510), regicida de Enrique IV, a quien se le creía hugonote de corazón, a pesar de haber abrazado la religión católica y se le atribuye proyectar una nueva matanza de San Bartolomé, sólo que dirigida esta vez contra los católicos.

(7) César Borgia, duque de Valentinois (1475-1507), hijo del cardenal Rodrigo Borja (más tarde Papa con el nombre de Alejandro VI) y de Vanozza de Cattani. Destinado inicialmente al sacerdocio fue nombrado obispo de Pamplona por el Papa Inocencio VIII, arzobispo de Valencia en 1492, al poco de que su padre recibiera la tiara papal, y cardenal tan sólo un año después. En 1498 deja el capelo cardenalicio y obtiene la dispensa que le permite abandonar el estado clerical; no mucho después el rey de Francia le hace duque y contrae nupcias con Carlota, hermana del Juan de Albret, rey de Navarra, y pariente de Luis XII, quien guardaba gratitud a los Borgia por la bula que anuló su primer matrimonio y le permitió casarse con la viuda de Carlos VIII. Al sumar el apoyo papal al del rey francés, César Borgia se propuso forjarse un Estado, iniciando una serie de conquistas que culminarían con la concesión del título de duque de Romaña. Su irresistible ascensión se vio truncada con la muerte de su padre y una inoportuna enfermedad que le impidió maniobrar en contra de la elección de Julio II, un error que Maquiavelo le reprochará en el capítulo VII de *El príncipe*. Para no alargar excesivamente la presente nota, nos limitaremos a recomendar las espléndidas páginas de Federico Chabod sobre Maquiavelo y su héroe favorito: César Borgia (cfr. *Escritos sobre Maquiavelo*, F.C.E., Madrid, 1994, pp. 294-321).

buen modelo para los príncipes noveles, es decir, para los usurpadores; mas, por de pronto, no todo príncipe novicio es un usurpador. Los Médicis (8) eran príncipes de nuevo cuño y no cabía reprocharles usurpación alguna. En segundo lugar, el ejemplo de este bastardo de Alejandro VI (9), siempre detestado y con frecuencia desgraciado, supone un pésimo modelo para todo príncipe. En última instancia, Houssaye pretende que Maquiavelo odiaba la tiranía. Sin duda, todo hombre la detesta, pero es tan espantoso como ruin el detestarla e impartirla a un tiempo.

Por lo demás, tampoco diré que se han de prestar oídos al autor virtuoso, cuyos sentimientos y expresiones no quiero desvirtuar aquí.

N.B. Quien suscribe ha depositado el manuscrito original bajo la custodia del señor Cirille le Petit, cura párroco de la Iglesia francesa en La Haya, siendo así que dicho manuscrito se compadece escrupulosamente con el libro titulado *Ensayo de Crítica sobre Maquiavelo*, cualquier otra edición no podrá por menos que mostrarse defectuosa, de suerte que los libreros deberán atenerse siempre a la mencionada copia.

La Haya, 12 de octubre de 1740

F. de Voltaire

(8) Noble familia italiana que desempeñó un importante papel en la historia de Florencia y de la Toscana, cuya soberanía obtuvo en el siglo XVI, conservándola hasta la extinción de la rama principal en 1737.

(9) Rodrigo Borja (1431-1503) accedió al pontificado en 1492 con el nombre de Alejandro VI. Nacido en Játiva (Valencia), fue llamado a Roma por su tío, el papa Calixto III, quien le confirió el capelo cardenalicio en 1456. Antes de ser investido con la púrpura cardenalicia había servido en los ejércitos españoles, llevando una vida disoluta que nunca supo abandonar, como testimonia el hecho de que se le atribuyera una relación incestuosa con su hija Lucrecia Borgia y el nepotismo del que hizo gala con respecto a sus hijos varones. Tras el descubrimiento de América proclamó una bula que dividía las tierras comprendidas a derecha e izquierda de las Azores, para delimitar los territorios que correspondían respectivamente a España y Portugal. En las luchas que sostenían Fernando V de Aragón y Carlos VIII de Francia sobre la posesión del reino de Nápoles, tomó partido por el primero, provocando la invasión de Italia por este monarca francés, cuyo sucesor —Luis XII— le habría de ayudar, sin embargo, a reconquistar los territorios pontificios de la Romaña, en agradecimiento a que anulase su primer matrimonio.

PRÓLOGO (10)*

El Príncipe de Maquiavelo es a la moral lo que la obra de Spinoza (11) en materia de fe. Spinoza socavó los fundamentos de la fe y no propendió sino a derribar el edificio de la religión (12)*; Maquiavelo corrompió la política y se empeñó en destruir los preceptos de la sana moral. Los errores del primero no eran sino especulativos; los del segundo atañen a la praxis. Con todo, lo cierto es que los teólogos han dado la voz de alarma (13)* contra Spinoza, refutando formalmente su obra y salvaguardando a la divinidad de los (14)* ataques [de este impío], en tanto que Maquiavelo sólo se ha visto hostigado por algunos moralistas, quedando —pese a éstos y a pesar de su propia perniciosa moral— bien asentado hasta nuestros días en el púlpito de la política.

(10) X: "Prólogo del examen del Príncipe de Maquiavelo". S: "Prólogo del autor del ensayo crítico en torno al Príncipe de Maquiavelo".

(11) Baruch Spinoza (1632-1677). Este descendiente de una familia de judíos españoles, afincado en Holanda y que se ganaba la vida puliendo lentes, representaría para muchos la figura del filósofo ateo por antonomasia y así, como egregio representante del ateísmo, quedó consagrado por el Diccionario de Pierre Bayle. Mostrarse partidario de interpretar libremente las Escrituras o las tesis de raigambre política vertidas en su *Tratado teológico-político*, fueron posicionamientos que suscitaron siempre la polémica, pero nada produjo tanto escándalo como esa célebre divisa de su sistema filosófico, en el que, al no contemplarse sino una única substancia, se proclamaba esta equivalencia digna del más furibundo anatema: *Deus sive Natura*.

(12) R: "a trastocar toda religión".

(13) X: "han llamado a las armas contra Spinoza".

(14) X: "sus" (omitiendo "este impío").

Me atrevo a salir en defensa de la humanidad contra este (15)* monstruo que la quiere destruir (16); me atrevo a oponer la razón y la justicia contra la iniquidad (17)* y el crimen (18)*, y he aventurado mis reflexiones sobre el Príncipe de Maquiavelo (19)* a continuación de cada capítulo (20)*, a fin de que el antídoto se encuentre justo a la vera (21)* del veneno.

Siempre he considerado *El Príncipe* de Maquiavelo como una de las obras más peligrosas que se han propagado por el mundo; es un libro que se le debe caer espontáneamente de las manos a los príncipes y a todos aquellos que gusten de algún modo de la política; como es bastante fácil que un joven ambicioso, cuyo corazón y juicio no estén aún suficientemente formados para distinguir con seguridad lo bueno de lo malo, se vea corrompido por máximas que acicatean [la impetuosidad de] sus pasiones [cualquier libro que pueda contribuir a ello deber ser visto como absolutamente pernicioso y contrario al bien de los hombres].

Pero, si resulta nocivo seducir la inocencia de un particular que no influye sino ligeramente sobre los asuntos del mundo, tanto más lo será pervertir a príncipes que deben gobernar a sus pueblos, administrar la justicia y dar ejemplo a sus súbditos, siendo por su bondad, magnanimidad y misericordia las imágenes vivientes (22)* de la divinidad [, y que deben ser reyes menos por su grandeza y poderío que por sus cualidades y virtudes].

Las inundaciones [de los ríos] que devastan las comarcas, las tormentas que reducen a cenizas las ciudades con sus rayos flamígeros, el veneno [tan mortífero como contagioso] de la peste que asola las provincias, no resultan tan funestos para el mundo como la da-

(15) R: "un".

(16) En sus *Observaciones* sobre Pascal, Voltaire había escrito: "Me atrevo a tomar el partido de la humanidad contra este misántropo sublime", aserto que Federico tiene claramente presente aquí, al iniciar este párrafo, rindiendo así el discipulo un homenaje a su maestro.

(17) X: "el sofisma".

(18) Estas últimas palabras han sido añadidas por Voltaire.

(19) R: "esta obra".

(20) X: "capítulo a capítulo".

(21) R: "antes".

(22) R: "la imagen viva".

ñina (23)* moral y las pasiones desenfrenadas de los reyes (24)*. Las calamidades enviadas por el cielo no duran demasiado tiempo, no destruyen sino ciertas comarcas y dichas pérdidas, aunque dolorosas, acaban por repararse; pero los crímenes de los reyes infligen sufrimiento (25)* a pueblos enteros [, la desdicha del Estado se anquilosa bajo su brazo de acero, y al pueblo oprimido no le resta sino el débil consuelo de anhelar el término de sus miserias sin caer a su vez en la criminalidad].

Así como los reyes tienen la potestad de hacer el bien, en tanto que así lo quiera su voluntad, de igual forma depende de ellos perpetrar el mal en cuanto así lo decidan. ¡Y cuán deplorable resulta la situación de los pueblos, cuando éstos han de temerle todo, del abuso por parte del poder soberano, cuando sus bienes se hallan a merced de la avaricia del (26)* príncipe, su libertad se halla sometida a su capricho, su reposo a su ambición, su seguridad a su perfidia, y su vida a sus crueldades! Tal es el retablo trágico de un Estado (27)* donde reinara un monstruo (28)* como el que Maquiavelo pretende instruir.

[Es más, incluso aun cuando la ponzoña de Maquiavelo no se propalase hasta el trono, aun cuando no se deslizara sino por los corazones de esos órganos de la política que son cual resortes para ella, mantengo que un solo discípulo de Maquiavelo y de César Borgia en el mundo basta para hacer aborrecer los execrables principios de su abominable política (29)*.]

No debo terminar este prefacio sin decir una palabra a quienes creen que Maquiavelo describía cuanto los príncipes hacen en lugar

(23) R: "mala".

(24) El texto del manuscrito de Federico, salvando la interpolación de Voltaire que nos encontramos a continuación, prosigue con el comienzo del siguiente párrafo (que también ha sido retocado por él). R: "porque, al igual que cuando albergan la voluntad de hacer el bien, pueden hacerlo sin más, si desean el mal, no depende sino de ellos mismos el ejecutarlo. Y qué situación tan deplorable la de aquellos pueblos que deben temerle todo del abuso..."

(25) X: "durante mucho tiempo".

(26) R: "de su".

(27) R: "el retablo de un imperio".

(28) R: "monstruo político". X: "príncipe".

(29) R: "Pero, aun cuando el veneno del autor no se deslizase hasta el trono, sostengo que un solo discípulo de Maquiavelo y de César Borgia bastaría para hacer abjurar de un libro tan abominable".

de aquello que deben hacer. Esta idea ha gozado de un gran predicamento a causa de su carácter satírico [y de que presenta ciertos visos de verosimilitud; esta deslumbrante falsedad resultaba satisfactoria y, una vez enunciada, ha sido profusamente reiterada].

Permitaseme tomar la causa de los príncipes contra quienes pretenden calumniarlos y que salve de la acusación más abominable a quienes tienen por única misión el trabajar en pro de los hombres.]

Quienes han pronunciado esta sentencia decisiva (30)* contra los príncipes (31)* se han visto seducidos, sin duda, por los ejemplos de algunos malos príncipes contemporáneos de Maquiavelo citados por el autor, por la vida de ciertos tiranos (32)* que han sido el oprobio de la humanidad [y por quién sabe qué espíritu sombrío y atrabiliario que no gusta sino de corroer y al que le encanta denigrar]. [A todos estos censores misántropos les aseguro que en todas partes se dan tanto gentes honestas como deshonestas, al igual que en cualquier familia cabe encontrar personas bien constituidas entre otras que son tuertas, jorobadas, ciegas o cojas; de igual suerte hay, hubo y siempre habrá entre los príncipes algunos monstruos que son indignos (33)* del carácter sagrado del cual se hallan revestidos:] estos jueces deberían reparar en el hecho de que, al ser tan poderosa la seducción del trono, se requiere una virtud poco común para resistirse a ella, por lo que no resulta sorprendente (34)* que entre un grupo de príncipes tan nutrido uno se encuentre con algunos malos entre los buenos, siendo así, por otra parte, que incluso entre esos mismos (35)* emperadores romanos donde nos las habemos con Nerones, Calígulas y Tiberios, el universo recuerda con júbilo nombres consagrados por sus virtudes, como es el caso de los Titos, Trajanos y Antoninos.

Atribuir a todo un colectivo aquello que no conviene sino a algunos de sus miembros constituye una flagrante injusticia.

(30) R: omite "decisiva".

(31) X: "soberanos".

(32) R: "tiranos que han puesto en práctica estos peligrosos preceptos de la política".

(33) R: "indignos de portar ese nombre sagrado. Todavía podría añadir..."

(34) R: "encontrar tan pocos príncipes buenos. Sin embargo, quienes juzgan tan a la ligera deben recordar que, entre los Calígulas y Tiberios, se dan también Titos, Trajanos y Antoninos".

(35) X: "los".

La historia no debería conservar en su recuerdo sino los nombres de los buenos príncipes y relegar al olvido a aquellos otros, aniquilándolos así junto a su indolencia, su injusticia y sus crímenes. Ciertamente, los libros de historia se volverían bastante menos gruesos, pero la humanidad se beneficiaría con ello y el honor de pervivir en la historia (36)*, de ver desfilar su nombre hasta la eternidad a través de los siglos venideros, no sería sino la recompensa de la virtud. El libro de Maquiavelo dejaría de infectar las escuelas de la política, se desprendería las [lamentables] contradicciones consigo mismo en las que incurre constantemente, y el mundo se convencería de que la auténtica política de los reyes, fundada únicamente sobre la justicia, la prudencia (37)* y la verdad, es en todo preferible a ese sistema deshilvanado y colmado de horrores [y de crueldad (38)*] que Maquiavelo tuvo la impudicia de presentar al público.

(36) R: "memoria, no sería sino la recompensa de la virtud".

(37) R: omite "prudencia".

(38) R: "y de traiciones".

CAPITULO I (39)*

Cuando se quiere llevar a cabo un razonamiento cabal [en el mundo], hay que comenzar por ahondar en la cuestión a tratar, remontrándose hasta el origen mismo de las cosas para llegar a conocer, en la medida de lo posible, los primeros principios; una vez hecho esto, resulta relativamente sencillo deducir su progresión, así como todas las consecuencias que puedan colegirse. En lugar de indicar las diferencias entre los Estados (40)* [que tienen soberanos], Maquiavelo hubiera estado más acertado —a mi modo de ver— examinando el origen de los príncipes [de donde proviene aquél poder que detentan], para investigar así las razones que hayan podido obligar a los hombres libres a procurarse unos señores (41).

Es posible que, en el seno de un libro donde se pretende dogmatizar al crimen y a la tiranía, no resultase conveniente mencionar aquello que debería aniquilar éstas [de una vez por todas]; hubiese sido un mal servicio por parte de Maquiavelo afirmar que los pueblos, ha-

(39) X: "Capítulo Primero: De cuántas clases de principados existen y de cómo se puede acceder a ellos". S: "Capítulo I: Acerca de los diferentes gobiernos y de cómo se puede llegar a ser soberano".

(40) S: "los gobiernos".

(41) Como bien observa Raymond Naves, esta forma de plantear la cuestión es muy característica del siglo XVIII. Mientras que Maquiavelo reflexiona únicamente al hilo de los ejemplos, Federico, tal como hará un poco después Rousseau en su *Discurso sobre la desigualdad*, reflexiona sobre lo que "ha podido" inclinar al género humano a designar unos mandatarios, esbozando así una suerte de contrato social que legitime a los príncipes; todo su razonamiento gira en torno a la legitimidad moral del poder (*quid juris*) y no en torno a la conquista del mismo (*quid factis*).

biendo encontrado necesario, de cara a su tranquilidad y su mantenimiento, el contar con jueces para dirimir sus diferencias, protectores para salvaguardarles en la posesión de sus bienes frente a los enemigos, soberanos para concitar sus distintos intereses en un interés común, dieron en escoger de entre ellos a los que consideraron más prudentes, más justos, más desinteresados, más humanos y más valerosos, para gobernarlos [y echar sobre sí la pesada carga de tener que velar por todos sus asuntos].

En tal caso habría tenido que reconocer a la justicia como el objeto principal de un soberano; el bien de los pueblos que gobierna debería entonces prevalecer sobre cualquier otro interés; [siendo su dicha y felicidad lo que debe incrementar, cuando no procurar, si es que carecieran de ellas]. ¿Qué resta entonces de las ideas relativas al interés, la grandeza, la ambición o el despotismo? Nos encontramos con que el soberano, lejos de ser el dueño absoluto de los pueblos que se hallan bajo su dominio, no es él mismo sino su primer servidor (42)* [, y que debe oficiar como instrumento de su felicidad, tal como dichos pueblos lo son de su gloria. Maquiavelo era bien consciente de que semejantes observaciones le hubieran cubierto de oprobio y que una indagación así no hubiera servido sino para incrementar el número de lamentables contradicciones que se hallan en su política].

[Las máximas de Maquiavelo son tan contrarias a la buena moral como el sistema de Descartes (43) lo es al de Newton (44). El interés lo es todo a los ojos de Maquiavelo, desempeñando el mismo papel

(42) S: "magistrado".

(43) René Descartes (1595-1690), el padre de la filosofía moderna y del racionalismo, famoso por escribir sus *Meditaciones metafísicas* al calor de una estufa, moriría por un enfriamiento al aceptar la invitación de la reina Cristina de Suecia. Su física consagra una estática dominada por el sistema de las relaciones espaciales, donde son eliminadas las fuerzas insitas en la naturaleza de los cuerpos; domina en ella una perspectiva geométrica. Descartes intenta derivar ciertas teorías físicas —v.g. su teoría de los "torbellinos"— a partir de las propiedades racionales de la materia como substancia extensa.

(44) Isaac Newton (1642-1727), el descubridor de la ley de gravitación universal, que puso las bases de la llamada "mecánica clásica" y representó para Kant el *factum* de la ciencia cuyo modelo debían emular todas las disciplinas, también cultivó, además de las matemática y la física, el campo de la teología, escribiendo algún que otro ensayo sobre las profecías de Daniel y el *Apocalipsis* de San Juan.

que juegan los torbellinos para Descartes. La moral del político es tan depravada como frívolas resultan las ideas del filósofo. Nada puede igualar la desfachatez con la que este abominable político enseña los crímenes más espantosos. Conforme a su manera de pensar, las acciones más injustas y atroces quedan legitimadas en cuanto tengan puestas sus miras en el interés o la ambición. Los súbditos son esclavos cuya vida y muerte depende sin restricción de la voluntad del príncipe, poco más o menos como los borregos de una majada, cuya leche y lana están a disposición de un amo que los desollará cuando le venga en gana.]

Como me he propuesto refutar estos principios [erróneos y] perniciosos con todo detalle, los iré tratando [en su momento] a medida que el contenido de cada capítulo me suministre la ocasión para ello.

Ahora bien, en líneas generales, debo advertir que cuanto acabo de referir (45)* acerca del origen de los soberanos hace de la usurpación un acto más atroz de cuanto lo sería considerando tan sólo su violencia (46)*, ya que contraviene por entero la intención de los pueblos, quienes se han procurado soberanos para que los protejan y que no se hallan sometidos sino bajo esta condición; en lugar de lo cual, obedecer al usurpador significa sacrificarse a sí mismos y a todos sus bienes para saciar la avaricia y los caprichos de un tirano [a menudo muy cruel y siempre detestado]. No existen, pues, sino tres modos legítimos para llegar a ser señor de un país: la sucesión, la elección de los pueblos que tienen potestad para ello o si, mediante una guerra emprendida con toda justicia, se conquistan algunas provincias al enemigo.

Ruego al lector que no olvide en ningún momento estas observaciones sobre el capítulo primero del libro de Maquiavelo, habida cuenta de que constituyen un pivote sobre el cual girarán el resto de mis reflexiones.

(45) S: Omite los pasajes que arrancan de la nota precedente.

(46) S: "Pisotean esta primera ley de los hombres que les congrega bajo un gobierno para verse protegidos, siendo así que dicha ley ha sido establecida en contra de los usurpadores. No existen, pues..."

CAPITULO II (47)*

«DE LOS PRINCIPADOS HEREDITARIOS»

Los hombres muestran cierto respeto por todo cuanto es antiguo hasta el punto de llegar hasta la superstición y, cuando el derecho de herencia se añade a este poder que la antigüedad tiene sobre los hombres, no existe yugo más fuerte ni que se lleve con más soltura. Por ello, disto mucho de replicar a Maquiavelo en algo sobre lo que todo el mundo se mostrará de acuerdo y es que los reinos hereditarios son los más fáciles de gobernar.

Sólo añadiré que los príncipes hereditarios se ven fortalecidos en su posesión por la estrecha ligazón que hay entre ellos y las familias más poderosas del Estado, la mayor parte de las cuales deben su patrimonio o su grandeza a la casa reinante y cuya fortuna es tan inseparable de la del príncipe como para no poder abandonarle a su suerte sin advertir que tal caída conllevaría necesariamente la suya propia.

Hoy en día las numerosas tropas y los poderosos ejércitos que los príncipes sostienen tanto en tiempos de paz como de guerra contribuyen a la seguridad de los Estados; ellos refrenan la ambición de los príncipes vecinos; son espadas desnudas que mantienen envainadas las de los otros.

Mas no basta que el príncipe sea —como dice Maquiavelo— *de ordinaria industria*; a mí me gustaría que además pensase en hacer

(47) Este capítulo sigue la versión X (publicado por el editor Van Duren), al no figurar este capítulo entre los manuscritos encontrados por Preuss y publicados en las *Oeuvres de Frédéric le grand*. S: "De los Estados hereditarios".

dichoso a su pueblo. Un pueblo contento no pensará en sublevarse, un pueblo feliz teme tanto perder a su príncipe, el cual es al mismo tiempo su benefactor, como para que este soberano pueda permitirse no temer la mengua de su poderío. Los holandeses no se hubieran sublevado nunca contra los españoles, si la tiranía de los españoles no hubiese llegado a un exceso tan enorme como para que los holandeses no pudiesen volverse más desdichados de cuanto ya lo eran.

El reino de Nápoles y el de Sicilia han pasado más de una vez de manos de los españoles a las del emperador y del emperador a los españoles; esta conquista siempre ha resultado harto sencilla, porque tanto una dominación como la otra era demasiado rigurosa y esos pueblos siempre esperaban encontrarse con liberadores en sus nuevos señores.

¡Qué diferencia la que media entre los napolitanos y los habitantes de Lorena! Cuando éstos se vieron constreñidos a cambiar de dominación, toda la región fue presa del llanto; lamentaban perder a los vástagos de esos duques que habían estado en posesión de tan floreciente (48)* país durante tantos siglos y entre los que se cuentan algunos tan estimables por su bondad como para servir de ejemplo a los reyes. La memoria del duque Leopoldo (49) sigue siendo tan cara a los de Lorena como para que, cuando su viuda fue conminada a abandonar Luneville, todo el pueblo se postró de rodillas delante de la carroza y, cada vez que se hacía respostar a los caballos, no se oían sino llantos ni se veían sino lágrimas.

(48) S: omite "floreciente".

(49) Leopoldo, duque de Lorena (1679-1729), casado con Isabel de Orleans (fallecida en 1744). En 1737 su hijo, Francisco III tuvo que ceder Lorena a Estanislao Leszczyński, tomando a cambio la Toscana, en donde sucedió justamente a los Médicis; en 1745 contraería matrimonio con María Teresa y se convertiría en emperador de Alemania (con el nombre de Francisco I).

CAPITULO III (50)*

[F] Desde luego, los Estados conquistados recientemente resultarán mucho más penosos de gobernar que aquellos otros cuyo gobierno ha llegado hasta sus manos siguiendo una línea directa desde sus antepasados. Pero como aquí se trata de conquististas, entiendo que sería bueno, antes de entrar en materia, examinar el aserto de Maquiavelo según el cual es connatural al ser humano el anhelo de conquistar, así como que un conquistador no sabría prescindir

[R] El siglo XV representó la infancia de las artes (51)*; [Lorenzo de Médicis (52) las hizo renacer en Italia merced al mecenazgo que las procuró; pero esas artes y ciencias todavía eran débiles en tiempos de Maquiavelo, viéndose aquejadas por una larga enfermedad; la filosofía y el espíritu geométrico no habían progresado mucho, por no decir absolutamente nada, y no se razonaba tan consecuentemente como lo hacemos hoy en día. Incluso los sabios quedaban seducidos por las apariencias y por el destello de los oropeles.] Así las cosas, se mostraba predilección por la funesta gloria de los conquistadores y esas contundentes actuaciones que imponen cierto respeto por su grandeza eclipsaban a la benignidad, la equidad, la clemencia y cuantas virtudes quepa ima-

(50) X: Capítulo Tercero: "En torno a los principados mixtos". S: Capítulo III: "En torno a los Estados mixtos".

(51) X: "El siglo XV, en el que vivió Maquiavelo, se hallaba sumido todavía en la barbarie; entonces se prefería..."

(52) Lorenzo I de Médicis (1449-1492), sucedió a su padre Pedro I en la jefatura de la república florentina, que comenzó gobernando con su hermano Julián. Casado con Clara Orsini, tuvo tres hijos, uno de los cuales habría de ceñirse la tiara pontificia con el nombre de León X. Fue un entusiasta protector de las letras y las artes, cupiendo destacar su enorme afición por la escultura. Protector de Miguel Ángel, también se contaban entre sus íntimos Pico de la Mirándola y Marsilio Ficino. Por su amor a la cultura y el mecenazgo que le dispensó fue apodado el *Magnífico*.

de su afán por adquirir gloria. A mí me parece que lo connatural al hombre es conservar su bien e incrementar sus dominios por vías legítimas, no siendo natural sino para los mal nacidos el envidiar el bien ajeno. ¿Qué sería del mundo si cada cual pretendiera el bien patrimonial de los demás? Nos destruiríamos mutuamente y al final no sería sino el más fuerte quien se haría con los derechos sucesorios de todos los demás; el concepto de conquistador no debe identificarse con la idea de gloria. El conquistador debe poseer grandes cualidades, tales como su competencia para el oficio de la guerra, el valor, el arte de liderar y cuantas cualidades admirables queramos enumerar; mas estas cualidades no merecen elogio moral alguno en tanto que no sirvan sino para la destrucción del género humano y en cuanto que la ambición sea el único principio rector de aquellas acciones que, aisladamente, pueden incluso resultar admirables. La verdadera gloria no se cifra sino en una conducta justa, en mostrarse humanitario y en ejercitar las destrezas bélicas únicamente cuando se trate de nuestro honor, de liberar a los pueblos

ginar; actualmente se prefiere la humanidad por encima de todas las cualidades de un conquistador y ya no cunde la demencia de alentar con encomios aquellas pasiones [furiosas y] crueles, que trastornan al mundo [y que hacen perecer a un incontable número de hombres; se somete todo a la justicia y se aborrece el valor y la capacidad militar de los conquistadores, siempre y cuando ésta resulte fatal para el género humano.]

[Maquiavelo podía afirmar, respecto de su época, que resulta connatural al hombre anhelar la realización de conquistas, así como que un conquistador nunca dejará de adquirir gloria; nuestra réplica es que, actualmente, lo que nos resulta más natural es anhelar la conservación de nuestros bienes, así como el incrementarlos mediante conductos legítimos, pero que la envidia no es connatural sino a las almas de los mal nacidos y que el deseo de prosperar explotando al otro no se presentará con tanta facilidad en el pensamiento de un hombre honesto, ni en el de aquéllos que pretenden verse estimados en el orbe.]

[La política de Maquiavelo no puede verse aplicada sino por un único hombre dedicado a la depredación del género humano en su conjunto; pues ¡menuda confusión se crearía en el mundo, si muchos ambiciosos quisieran erigirse en conquistadores, si pretendiesen apoderarse mutuamente de sus bienes, si, envidiosos de todo cuanto no tienen, no se propusieran sino invadirlo y destruirlo todo, despojando a cada cual de cuanto posee! Al final no quedaría en el mundo sino un amo y señor, el cual se habría hecho con los derechos de sucesión de todos los demás y no los conservaría sino en tanto en cuanto cualquier otro advenedizo así se lo permitiese.]

Me pregunto acerca de lo que puede llevar a un hombre al expansionamiento, en virtud de qué puede acariciar el deseo de incrementar su poderío sobre la miseria y la destrucción de otros hombres, y cómo puede creer que se volverá ilus-

oprimidos y de repeler la violencia. Estas son las ideas relativas tanto a los conquistadores como a la gloria que nos proporciona la recta razón y, si éstas difieren de las de Maquiavelo, no cabe atribuirlo sino a la ignorancia de su siglo; dicha época representaba la infancia de las artes y se tomaba cuanto brillaba por dinero en efectivo; en la hora presente, tras quedar implantados en el mundo la filosofía y el espíritu geométrico, nadie se deja seducir tan fácilmente por el destello de una cosa brillante y mala, las acciones son apreciadas en su justo valor y no se incurre ya en la demencia de encomiar aquellas pasiones tan furiosas como desordenadas que causan el derrocamiento de las monarquías, el destronamiento de los príncipes y la muerte de un incalculable número de hombres.

Examinemos ahora los medios que señala nuestro político para preservar las conquistas. El primero consiste en exterminar la sangre de los príncipes que han reinado en ese país. Se trata de enseñar abiertamente el asesinato; estoy seguro de que ningún lector sabría leer semejante horror sin dejar de estremecerse. Este precepto es a un tiempo tan falso y tan malo que,

tre convirtiéndose en desdichados a cuantos se crucen en su camino. Las nuevas conquistas de un soberano no vuelven a los Estados que ya poseía más opulentos ni más ricos, dado que sus pueblos no se benefician en nada con ello e imaginar que se tornarán más dichosos supone todo un abuso. [Su ambición no se detendrá con esta única conquista, ya que se mostrará insaciable y, por consiguiente, poco satisfecha consigo misma.] Cuántos príncipes no hacen nada por conquistar, si no es merced a sus generales, provincias que no han visto nunca. Se trata, pues, de conquistas imaginarias, muy poco reales para los príncipes que las han ordenado; resulta excesivo el número de gente desdichada necesario para contentar la fantasía de un único hombre que ni siquiera merecería celebridad alguna.

Imaginemos, sin embargo, que este conquistador somete a todo el orbe bajo su dominio. ¿Acaso podría gobernar este mundo postrado a sus pies? Por muy grande que fuere tal príncipe, no deja de ser por ello un ente muy limitado [un átomo, un miserable individuo cuyo arrastrarse por este globo pasa casi desapercibido]. A duras penas será capaz de retener el nombre de sus provincias y su grandeza sólo servirá para evidenciar su genuina pequeñez.

[Por otra parte,] no es en modo alguno el tamaño del país gobernado lo que proporcionará gloria al príncipe, ni serán unas cuantas leguas más de territorio las que le vuelvan más ilustre, puesto que la estima no se cifra en el número de hectáreas poseídas.

[El valor de un conquistador, su capacidad, su experiencia y el arte de liderar suponen cualidades que serán admiradas en su persona por separado; pero nunca pasará de ser un hombre ambicioso y extraordinariamente malvado, si se sirve injustamente de ellas. No puede granjearse la gloria sino empleando sus talentos para sostener la equidad y en tanto sus conquistas obedezcan a la necesidad, no a su temperamento. Hay

con toda certeza, sumirá en la confusión a todos cuantos lo pongan en práctica; si la desgracia les deparara el verse expulsados de sus países habrían de aguardar al talión. Introduciendo todas las violencias que el interés hace perpetrar en el mundo, nadie podría estar a salvo en la posesión de sus bienes y uno habría de esperar verse de un momento a otro expulsado de sus dominios o degollado por un vecino más afortunado, más poderoso y más insaciable tanto en lo tocante a la ambición como al interés; esto nos colocaría en un imperio de lobos donde un tigre como Maquiavelo merecería ser el legislador. Deben enviarse colonos a los nuevos territorios conquistados —dice Maquiavelo— para asegurarse su posesión; el autor parece salir bien parado en este punto concreto, a costa de los seductores ejemplos aducidos y que se basan en un procedimiento aplicado por los romanos, mas esta práctica, por muy inveterada que sea, no deja de ser del todo contraria a la justicia; pues ¿cuál es el derecho que justifica desposeer a una infinidad de habitantes de sus bienes, de sus casas y de sus tierras, para gratificar con ellos a sus antiguos súbditos? ¿Con qué derecho se expulsa a esos

héroes a los que, como a los cirujanos, se les aprecia porque con sus bárbaras operaciones salvan a los hombres de un peligro inminente, pero a los que se detesta si, por un execrable abuso de su oficio, emprenden operaciones sin necesidad alguna y simplemente para ostentar su destreza.]

[Los hombres no deben pensar nunca tan sólo en su interés. Si todo el mundo pensase así, desaparecería la sociedad; puesto que, en lugar de plegar los beneficios particulares al bien común, se sacrificaría el bien común en aras de las prerrogativas personales. ¿Por qué no contribuir en absoluto a esta fascinante armonía que procura la dulzura de la vida y el bienestar de la sociedad, en lugar de hacerse grande a fuerza de violentar a los otros o colmarlos de bienes? Siempre debería tenerse presente la máxima de no hacer a los demás aquello que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros; éste sería un buen método para no apoderarse de las riquezas ajenas y contentarnos con nuestra situación.]

El error de Maquiavelo en lo tocante a la gloria de los conquistadores podía estar generalizado en su época, pero seguramente no lo estaba tanto su maldad. Pocas cosas resultan tan espantosas como algunos de los medios que propone utilizar en orden a preservar lo conquistado; al examinarlos, no hay ninguno que resulte mínimamente razonable o justo. «Se debe —dice este monstruo— aniquilar a la estirpe de los príncipes que reinaban antes de vuestra conquista» ¿Acaso cabe leer preceptos semejantes sin estremecerse de horror e indignación? Esto es tanto como pisotear cuanto hay de sacrosanto en el mundo; [significa trastocar aquella de entre todas las leyes que los hombres deben respetar en primer lugar:] es dejar al interés el camino abierto [a toda violencia y] a todos los crímenes; representa tanto como aprobar el homicidio, la traición, el asesinato y todo cuanto hay de detestable en el universo. ¿Cómo pudo la

miserables de su casa paterna, desterrándolos a un país extranjero, alejado de sus amigos y de sus allegados? La razón alegada por nuestro político es la de que todos los grandes príncipes cometen actos violentos, siendo esto algo que pueden llevar a cabo impunemente, máxima falsa y abominable donde las haya. No, los príncipes no sabrán ocasionar mal alguno impunemente, ya que, aun cuando sus súbditos no les castiguen ni tampoco queden fulminados por rayos celestiales, deben temer a la opinión pública; será su reputación la que quede hecha trizas y su castigo consistirá en ver citado su nombre entre los monstruos que repugnan a la humanidad, además de verse detestado por sus súbditos. Una política que no sabe hacer el mal a medias y extermina totalmente a un pueblo o, cuando menos,

magistratura permitir a Maquiavelo publicar su abominable política? ¿Cómo es posible que el mundo haya podido soportar a este perverso infame que trastoca todo derecho de posesión y de seguridad, aquello que los hombres tienen por lo más sagrado, las leyes por lo más augusto y la humanidad por lo más inviolable? ¡Al apoderarse violentamente de los Estados de un príncipe el ambicioso parece tener derecho a hacerlo asesinar o envenenar! Pero ese mismo conquistador introduce, al actuar así, una práctica en el mundo que no puede volverse sino en contra suya; algún otro, un poco más ambicioso y más astuto que él, le castigará con la ley del talión, invadirá sus Estados y le hará perecer con la misma justicia con que éste hizo desaparecer a su antecesor. <¡Cuánta profusión de crímenes, cuántas crueldades y barbaries vienen a desolar a la humanidad! Semejante monarquía sería comparable a un imperio de lobos, en el que un tigre como Maquiavelo merecería officiar de legislador. De no haber sino crímenes en el mundo, el género humano quedaría destruido; no existe seguridad alguna para los hombres al margen de la virtud.> (53)*

<«Un príncipe debe establecer sus fronteras en sus nuevas conquistas». Tal es la segunda máxima de Maquiavelo para fortificar al conquistador> en sus nuevos Estados. No se da aquí crueldad

(53) X: <> "El siglo de Maquiavelo nos proporciona demasiados ejemplos a este respecto; ¿no vemos al Papa Alejandro VI presto a ser depuesto por sus crímenes, a su abominable bastardo César Borgia despojado de todo cuanto le había envanecido y muriendo miserablemente? A Galeas Sforza asesinado en medio de la Iglesia de Milán, a Luis Sforza, el usurpador, muerto en Francia dentro de una jaula de acero, a los príncipes de York y de Lancastaer, destruyéndose por turnos, a los emperadores de Grecia asesinando unos a otros hasta que los turcos se aprovecharon de su debilidad y exterminaron su tenue poder. Si hoy en día cunden menos las revoluciones entre los cristianos, ello se debe a que los príncipes cultivadores de una sana moral comienzan a estar más extendidos; los hombres han cultivado más su espíritu, son menos feroces y puede que se trate de una deuda contraída con los hombres de letras el que Europa esté más pulida".

trata de reducirlo tras haberlo maltratado mediante un dominio implacable, no puede por menos que resultaros temible. Haga todo el mal que desee, siempre y cuando no tenga nada que temer al hacerlo; ¿cómo es posible que una máxima semejante quede suscrita por alguien razonable? ¿Acaso los hombres constituyen sociedades únicamente para ser las víctimas de un fanático devorado por su interés y su ambición? Y, ¿cuál es el derecho que ampara esos desaguidados, bajo qué apariencia de justicia pueden llevarse a cabo tales maldades?

Con todo, la cuestión es si esas colonias, que le dan pie a Maquiavelo para propalar sus abominables máximas, resultan tan ventajosas como asegura nuestro político; yo sostengo que no es así. Si enviaríais al país conquistado colonias pujantes de vuestros Estados, menoscarbaríais vuestro patrimonio al despojarlos de los súbditos que perdeis para emplazarlos en esa

alguna e incluso parece algo bastante aconsejable desde ciertos puntos de vista; pero se debe considerar que la mayoría de los Estados de los grandes príncipes están situados de tal manera que no pueden abandonar el centro sin que todo el Estado se resentiera por ello; ellos representan el primer principio de actividad en este cuerpo, de suerte que no pueden abandonar el centro sin que las extremidades languidezcan.

La tercera máxima del político es: «se hace preciso enviar colonias que se establezcan en los nuevos territorios conquistados, a fin de asegurar su fidelidad». El autor se basa en la práctica de los romanos, <y cree salir triunfante al encontrar en algún momento de la historia injusticias parecidas a las que enseña. Esta práctica de los romanos es tan injusta como antigua> (54)* [¿Por mor de qué derecho pueden despojar de sus casas, de sus tierras y de sus bienes a quien los poseen en justicia? La razón aducida por Maquiavelo es que esto se puede hacer con total impunidad, dado que aquéllos a quienes se les expropia son pobres e incapaces de vengarse. ¡Menudo razonamiento! Si vos sois poderoso, los que os obedecen son débiles, luego vale oprimirles sin temor. Sólo el miedo es capaz —según Maquiavelo— de contener a los hombres en lo tocante al crimen. Pero, ¿cuál es entonces ese derecho merced al cual puede arrogarse un hombre un poder tan absoluto sobre sus semejantes, como para disponer de su vida y de sus bienes o de postrarlos en la miseria en cuanto se le antoje? Con toda seguridad el derecho de conquista

(54) X: < > "... pero no repara en el hecho de que si los romanos, al establecer sus colonias, no hubieran enviado también sus legiones, hubieran tardado muy poco en perder sus conquistas; no cae en la cuenta de que, al margen de esas colonias y esas legiones, los romanos también sabían conquistar aliados. Los romanos, en los felices tiempos de la república, eran los más juiciosos salteadores que hayan assolado nunca la tierra; conservaban con prudencia lo que adquirían con injusticia; pero, al fin y a la postre, este pueblo corrió la suerte de todo usurpador, viéndose a su vez oprimido finalmente".

colonia; y si, por el contrario, mandais una pequeña colonia a esos Estados, ésta resultaría insuficiente para garantizar en ella la seguridad. Así las cosas, me parece mucho más conveniente mantener en los nuevos territorios conquistados tropas regulares y disciplinadas, que no causarían trastorno alguno al país en cuestión gracias a los acuartelamientos y las ordenanzas, por lo que la objeción de nuestro político queda bien refutada. Sin embargo, no quisiera dejar de señalar un atenuante en este punto concreto, porque en la época en que escribe, y por cuanto atañe a los pequeños príncipes de que nos habla, las cosas eran muy distintas de como son ahora en Europa, pues no se mantenían ejércitos tan grandes ni tampoco existían unas reglas precisas en lo tocante a su alojamiento, manutención y disciplina como hay ahora en Europa. Las tropas de estos pequeños príncipes italianos no eran sino un atajo de maleantes, unos bandidos que desempeñaban un oficio propio de gente honorable, pero que no dejaban de cometer muchos excesos y crueldades. Maquiavelo aconseja después a los príncipes que fijen su residencia durante algún tiempo en sus Estados re-

no llega hasta esos extremos. ¿O es que acaso las sociedades no se han constituido sino para servir de víctimas al furor de un infame interesado y ambicioso? ¿Acaso este mundo no existe sino para saciar la locura y la rabia de un tirano desnaturalizado? No puedo creer que un hombre razonable sostenga nunca una cosa semejante, a menos que una ambición inmoderada le ciegue y oscurezca en él las luces del buen sentido y de la humanidad.]

[Es absolutamente falso que un príncipe pueda hacer el mal impunemente, ya que, aun cuando sus súbditos no le castiguen en un primer momento, aunque los rayos del cielo no le fulminen al instante, su reputación no dejará de verse destrozada por la opinión pública, su nombre será citado entre aquellos que causan horror a la humanidad y la abominación de sus súbditos representará su castigo. ¡Menudas máximas políticas: no perpetrar el mal a medias, exterminar completamente a un pueblo o, al menos, reducirlo, tras haberlo maltratado, a la dura sujeción de no causar temor en lo sucesivo, extinguir hasta los más mínimos destellos de la libertad, extender el despotismo hasta los bienes patrimoniales y la violencia hasta la vida de los soberanos! No cabe nada más espantoso. Estas máximas son tan indignas de un hombre razonable como de uno probo. Como quiera que me propongo refutar este artículo más por extenso a lo largo del capítulo cinco, allí remito al lector.]

Examinemos ahora si esas colonias por cuyo establecimiento hace Maquiavelo perpetrar tantas injusticias a su príncipe son tan útiles como dice el autor. Una de dos, o se envían al país recientemente conquistado colonias poderosas, o se las envía débiles. Si estas colonias son fuertes, despoblareis vuestro Estado considerablemente y ahuyentareis un gran número de vuestros nuevos súbditos [conquistados], lo que debilita vuestras fuerzas [puesto que el mayor poderío de un príncipe consiste

cientemente conquistados. Aunque las razones que aduce para ello me parecen válidas, cabe añadir una consideración adicional, cual es atender a si la situación de los otros Estados de tal príncipe le permitiría establecer su residencia en un lugar demasiado alejado del centro de sus provincias, por ser esto algo que podría dar lugar a muchos inconvenientes. Maquiavelo sostiene finalmente que un príncipe debe saber atraerse hacia él a todos los pequeños príncipes vecinos y protegerles. Esta máxima resultaría muy buena, si no añadiese que también habría de sembrar la discordia entre los mismos en función de sus intereses. Esta mala levadura se abre paso y la deshonestidad se deja sentir en todas las máximas de Maquiavelo al igual que la pestilencia de un retrete infesta todo el ambiente a su alrededor.

Lo que me parece más acertado en este capítulo es esa máxima tan conocida de *praevenire quam praeveniri*. La prudencia de un príncipe demanda que se prevenga contra sus enemigos y

en el número de hombres que le obedecen]. Si enviáis colonias débiles al país conquistado, éstas garantizarán mal la seguridad, puesto que este pequeño número de hombres no puede ser comparable al de sus habitantes.] De esta forma habreis vuelto desdichados a quienes desposeeis [de sus bienes], sin sacar provecho alguno de ello.

Es mucho mejor enviar algunas tropas al país que acaba de ser sometido, ya que, al mediar la disciplina y el buen orden, no oprimirán a los pueblos ni supondrán una carga para las ciudades donde se establezcan las guarniciones. <Con todo, debo decir, para no traicionar a la verdad, que en los tiempos de Maquiavelo las tropas eran una cosa totalmente distinta de lo que son actualmente:> los soberanos no mantenían grandes ejércitos; sus tropas no eran por regla general sino una camarilla de bandidos, cuya existencia no se basaba sino en la violencia y la rapiña; se desconocía por completo lo que suponen los cuarteles y unos reglamentos que <en tiempo de paz ponen freno a la posible licenciosidad y desorden del soldado.> (55)*

[En tales casos, los medios más templados se me antojan siempre como los mejores.]

«Un príncipe debe saber atraer hacia él y proteger a los pequeños príncipes vecinos, sembrando la discordia entre los mismos con el fin de engrandecerlos o empequeñecerlos a su capricho». Esta es la cuarta máxima de Maquiavelo, <la política de un hombre al que se le antojase que el universo no ha sido creado sino para él. La trapacería y la perversidad de Maquiavelo se hallan esparcidas en esta obra como el apestoso olor de un vertedero que se propala al aire del entorno.> (56)* Un hombre honesto

(55) X: < > "que aseguran a un Estado durante la paz y contra sus vecinos, e incluso contra los soldados pagados para defenderlo".

(56) X: < > "... y así es como lo utilizó Covis, el primer rey bárbaro que se hizo cristiano. Ha sido imitado por algunos príncipes no menos crueles; mas qué diferencia media entre esos tiranos y un hombre honesto que oficiara como mediador".

que, si se ve inmerso en una situación en la que no le sea posible eludir la guerra, se apreste a comenzarla llevando la antorcha de la destrucción hasta el país enemigo, antes de esperar a que un ejército enemigo asole sus Estados; cabe acusarle de atacar contra las formas, mas esto no es algo que le deba turbar, si con ello logra que sus enemigos aprendan a no inquietarle, a la vista de que su vigilancia le co-

sabría mediar entre esos pequeños príncipes, salvando amistosamente sus diferencias y ganando su confianza por amor de su probidad y por las trazas de una cabal imparcialidad en sus altercados, así como en base a un perfecto desinterés. Su poder le convertiría en algo así como el padre de sus vecinos en lugar de su opresor y su grandeza le protegería en lugar de acabar con ellos.

Es verdad, por otra parte, que aquellos príncipes que han querido engrandecer a otros se han destruido a sí mismos; nuestro siglo nos ha proporcionado dos buenos ejemplos a este respecto. Uno es el de Carlos XII (57), que elevó a Estanislao (58) al trono de Polonia, y el otro es aún más reciente (59). Con-

(57) Carlos XII (1682-1718), rey de Suecia. Sucedió a su padre con tan sólo quince años, pero su enérgico temperamento disuadió pronto a quienes pensaron aprovecharse de su corta edad. Sus triunfos bélicos, iniciados por defender a su cuñado del acoso de Dinamarca, fueron sucediéndose unos a otros de modo espectacular hasta la batalla de Poltava, que dirigió postrado en una litera por encontrarse herido. Si el arte de la guerra hubiese tenido en su época un mayor grado de perfeccionamiento, sus victorias habrían rivalizado con las de Napoleón, pero si bien el monarca sueco fue un gran capitán, también es cierto que no fue un gran estadista y su reinado sólo sirvió para debilitar a un país que perdió con él su condición de primera potencia europea. Una bala perdida terminó con su vida, cuando pretendía invadir Noruega y su temeridad le hizo inspeccionar personalmente las trincheras de vanguardia.

(58) Estanislao I Lesczynski (1677-1766). Al ser derrotado Augusto II de Sajonia por Carlos XII, el trono de Polonia fue declarado vacante y la Dieta decidió coronar en 1705 al protegido del rey sueco. Sin embargo, el zar de Rusia quiso restablecer en el trono al monarca depuesto y su protector fue derrotado en la batalla de Poltava (1709), por lo que hubo de abdicar. En 1725 se convertía en suegro de Luis XV, al casarse con éste su hija María. A la muerte de su eterno rival (Augusto II) en 1733, fue nuevamente proclamado rey de Polonia casi contra su voluntad y con el apoyo de Francia, viéndose muy pronto nuevamente derrocado por un Augusto III al que sostienen Rusia y Austria. Esto le permitió cultivar sus aficiones literarias y ser un activo corresponsal de Voltaire, Rousseau y Montesquieu.

(59) Se refiere al emperador Carlos VI (1685-1740), al que Federico dedicará estas líneas en el primer capítulo de su *Historia de mi tiempo*: "El placer de otorgar la corona de Polonia le costó al emperador tres reinos y algunas hermosas provincias"; estos tres reinos, perdidos por el tratado de Viena (1738), eran: el ducado

loca en la situación de prevenir constantemente sus malas intenciones. Por otra parte, estoy de acuerdo en que, como dice Maquiavelo, un príncipe que ensalza a otro se busca su propia ruina; tanto la historia como la hora presente nos proporciona muchos ejemplos a este respecto. En líneas generales, y para terminar este capítulo, se me antoja que el medio más seguro para reinar en los Estados ya sean éstos hereditarios o conquistados, es asociar indisolublemente el bienestar de los súbditos con el interés del príncipe, de tal modo que la dicha de los súbditos propicie la del príncipe y la felicidad del príncipe procure la de los súbditos.

cluyo, pues, que la usurpación no merecerá nunca la gloria, que los asesinatos serán siempre aborrecidos por el género humano, así como que los príncipes que cometen injusticias y violencias en la persona de sus nuevos súbditos se enajenarán todos los espíritus [por esa conducta] en lugar de ganárselos. No es posible justificar el crimen y todos cuantos quieran hacer esa apología no podrán por menos que razonar tan lamentablemente como Maquiavelo. [Quien pretenda hacer un uso tan abominable del arte de razonar como para volverlo (60) en contra del bien de la humanidad, merece perder la razón y hablar de un modo insensato; es como lastimarse con una espada que sólo nos ha sido dada para defendernos.

Repito aquí lo que apuntaba en el primer capítulo: los príncipes son jueces natos de los pueblos y extraen su grandeza de la justicia; nunca deben renegar del fundamento de su poder ni del origen de su institución].

de Lorena y el condado de Bar, cedidos precisamente a Estanislao de Polonia, las Dos Sicilias, entregadas a Carlos IV de Borbón y Novara, recibida por el rey de Cerdeña. Nuestro autor no podía dejar de regocijarse con la presente alusión, puesto que ya le consideraba el primer rival a batir y todo lo que mermara su poder representaba una ganancia para Prusia. Esta frase queda omitida en la versión S.

(60) X: "Maquiavelo. Volver el arte de razonar en contra del bien de la humanidad es tanto como lastimarse con una espada..." Según Raymond Naves a estas alturas ya podemos apreciar los dos tipos de argumentos esgrimidos por Federico: los morales y filosóficos, por un lado, y los más apegados a los hechos, que son los acentuados por Voltaire y que invocan el genuino interés del príncipe. Su sinceridad se muestra inversamente proporcional a su grandilocuencia. Si se la pone a la luz de sus actos venideros, comprobaremos que todo cuanto concierne a la censura de los conquistadores y, en general, a la observancia de un comportamiento ético en las relaciones internacionales, queda reducido a mera retórica. Por contra, todo cuanto atañe a los deberes del príncipe para con el súbdito supone una veta mucho más prometedora, de suerte que su indignación contra el crimen y la opresión es mucho más personal y augura una mayor fidelidad.

CAPITULO IV (61)*

Para juzgar con acierto el genio de las naciones, no cabe sino compararlas entre sí. En este capítulo Maquiavelo establece un paralelismo entre los turcos y los franceses, tan diversos en materia de costumbres, hábitos y opiniones; examina las razones que tornan a los primeros un imperio muy difícil de conquistar, pero fácil de mantener, señalando al mismo tiempo todo cuanto puede contribuir a subyugar sin mucho esfuerzo a Francia y aquello que, al colmarla de continuas turbaciones, amenaza sin tregua el sosiego de su dueño.

El autor enfoca las cosas desde una única perspectiva, pues no se detiene sino en la constitución de los gobiernos; parece creer que la fuerza del imperio turco y persa no descansa sino sobre la esclavitud generalizada en dichas naciones, así como sobre la promoción a su jefatura de un solo hombre; alberga la idea de que un despotismo sin restricción alguna, bien asentado, representa el medio más fiable con que cuenta un príncipe para reinar sin problemas y resistir vigorosamente a sus enemigos.

En la época de Maquiavelo los nobles franceses eran considerados como soberanillos que compartían en cierto modo el poder del príncipe, lo cual daba lugar a divisiones que favorecían la creación de facciones, propiciándose así continuas revueltas. Ignoro por completo si el Gran Señor está más o menos expuesto a verse destronado que un rey de Francia. La diferencia entre ambos es que, mientras un emperador turco suele ser estrangulado por los jenízaros, los reyes de Francia muertos en atentado han solido ser asesinados por mon-

(61) X: "Capítulo Cuarto: De por qué el reino de Darío no se sublevó tras la muerte de Alejandro, que lo había conquistado". S: "Capítulo IV: De cómo conservar el trono".

jes (62)*. Sin embargo, en este capítulo Maquiavelo nos habla más bien de revoluciones generales que de casos particulares; a decir verdad, ha vislumbrado algunos resortes de una maquina harto compleja, mas <no habla sino como político. Veamos lo que podría aportar en cuanto filósofo> (63)*.

La diferencia de clima, alimentos y educación de los hombres establece una diferencia radical entre su forma de vivir y de pensar; a ello se debe que un salvaje americano se comporte de una manera por entero diferente a la del chino instruido (64)*, así como que el temperamento de un inglés profundo, pero hipocondríaco, sea completamente distinto del coraje y el orgullo, tan estúpido como ridículo (65)*, de un español o el hecho de que un francés guarde tan poca similitud con un holandés como la vivacidad de un simio con la flemma de una tortuga (66).

Siempre se ha observado que la índole de los pueblos orientales consistía en un espíritu de fidelidad hacia sus antiguos usos y costumbres, de los que no se apartan jamás (67)*. Su religión, tan diferente a la de los europeos, les obliga de algún modo a no favorecer en absoluto la empresa de aquellos que llaman infieles, en detrimento de sus amos, así como a evitar con esmero todo cuanto pudiese acabar por atentar contra su religión y trastocar sus gobiernos. <De esta manera, la sensualidad de su religión y la ignorancia que les apega tan inviolablemente a sus costumbres aseguran el trono de sus amos contra la ambición de sus conquistadores; y su forma de pensar contribuye, mucho más que su gobierno, a perpetuar su poderosa monarquía> (68)*.

(62) X: "o por monstruos que habían formado los monjes". / S: "fanáticos".

(63) X: < > "mas me parece que no ha tratado los principales". Como vemos, Voltaire decide suprimir la confrontación entre *político* y *filósofo*, para destacar esa primera faceta en el autor del *Antimaquiavelo*.

(64) X: "a ello se debe la diferencia entre un monje italiano y un chino instruido". S: "que un monje italiano parezca de una especie diferente a la de un chino instruido".

(65) X: "coraje orgulloso de un español".

(66) Federico se hace aquí eco de la teoría climática suscrita por la ilustración francesa y que se hallaba tan en boga desde hacia dos décadas, esperando que Montesquieu la desarrollase por completo en su *Espíritu de las Leyes* (1748).

(67) X: "casi nunca".

(68) X: < > "He ahí lo que entre los pueblos orientales viene a garantizar la

El talante de la nación francesa, absolutamente diverso del de los musulmanes, es el responsable, al menos en una buena medida, de las frecuentes revoluciones que asolan este imperio (69)*: la ligereza y la inconstancia han configurado [desde siempre] el carácter de esta amable nación; los franceses son inquietos, libertinos y muy propensos a aburrirse de todo [cuanto no les parezca novedoso]; su amor por el cambio se ha puesto de manifiesto incluso en las cosas más graves. Se diría que aquellos cardenales tan odiados como estimados por los franceses, y que han gobernado uno tras otro este imperio, supieron rentabilizar las máximas de Maquiavelo para poner en su sitio a la nobleza y el conocimiento del talante de la nación para desviar esas frecuentes tormentas provocadas por una ligereza de los súbditos que amenazaba sin tregua [al trono] de los soberanos.

La política del cardenal Richelieu (70) no tenía otra meta que la de rebajar a los nobles para elevar el poder del rey, haciendo que dicho poder sirviera de base al despotismo (71)*; tuvo tanto éxito que incluso ahora no quedan en Francia vestigios del poder de señores y nobles, y del que presuntamente abusaba en ocasiones la nobleza según opinión de los reyes.

El cardenal Mazarino (72) caminó sobre las huellas de Richelieu; hubo de hacer frente a una fuerte oposición, pero salió victorioso e

estabilidad del trono, antes que la del monarca, puesto que, aun cuando el monarca se vea destronado con frecuencia, el imperio no se destruye jamás”.

(69) X: “de este reino”.

(70) Armand-Jean du Plessis, cardenal de Richelieu (1585-1642), ofició como director de la política francesa bajo el reinado de Luis XIII. Sus objetivos fueron engrandecer a Francia, concentrar el poder en las manos del monarca y sus ministros (nombrados por él) e instaurar la tolerancia religiosa. Supo defenderse de las intrigas que los nobles urdieron contra él y a su muerte la nación francesa era una potencia militar de primer orden, en la que imperaba una plena libertad de conciencia.

(71) X: “a todas las partes del Estado”.

(72) Julio Mazarino (1602-1661), cardenal italiano que fue primer ministro de Luis XIII, de Ana de Austria (viuda de éste y amante del propio Mazarino) y de Luis XIV. Richelieu le designó como sucesor suyo y, aunque no tuvo su talento (sin ir más lejos Francia perdió con él esa pujanza naval por la que tanto había luchado su predecesor), tampoco puede negarse que fue uno de los grandes hombres de su época, destacando más como diplomático y escritor político que como ministro.

incluso despojó al parlamento de sus antiguas prerrogativas, de suerte que <esta respetable corporación no detenta, en nuestros días, sino la sombra de su antigua autoridad> (73)*; se trata de un espectro a quien todavía se le ocurre imaginarse de vez en cuando que podría tomar cuerpo, si bien se le hace arrepentirse de sus errores.

Esa misma política, que llevó a estos dos grandes hombres (74)* al establecimiento de un despotismo absoluto en Francia, les llevó también a ocuparse de amenizar la ligereza e inconstancia de la nación para tornarla menos peligrosa; mil ocupaciones frívolas (75)*, la bagatela y el placer vinieron a cambiar el carácter de los franceses, de tal forma que aquellos mismos hombres que se habían rebelado contra César (76), que habían llamado (77)* a los extranjeros en auxilio suyo durante la época de los Valois (78), que se coaligaron frente a Enrique IV (79), que tramaron cábalas bajo la mino-

(73) X: < > "esta Congregación no es hoy en día sino un espectro".

(74) X: "ministros".

(75) S: Se omite "mil preocupaciones frívolas".

(76) Cayo Julio César (100 a. C.-44 a. C.), General romano, estadista y dictador, que fue asesinado por una conjura de parte del senado antes de que se le ofreciera la corona imperial y se acabase así con la república. La guerra de las Galias duró un total de nueve años y quedó inmortalizada por sus célebres comentarios a la misma; las rebeliones esporádicas de los galos dieron paso a un levantamiento general, bajo el mando de Vercingetórix, a quien César sólo aplastó tras los enfrentamientos más difíciles de su brillante carrera militar.

(77) X: "que combatieron durante tanto tiempo al gran César, que con tanta frecuencia se sacudieron del yugo bajo los emperadores, que llamaron a los extranjeros".

(78) La casa real de Valois, que ocupó el trono de Francia desde 1328 hasta 1589, era una rama de los Capetos que tenía su origen en Carlos Valois, hijo de Felipe III. A la muerte de Carlos IV, que no dejó descendencia masculina, subió al trono el mayor de los hijos de Carlos de Valois, con el nombre de Felipe IV, por ser el descendiente más próximo de los Capeto.

(79) Enrique IV, rey de Francia (1553-1610), primer monarca de la dinastía borbónica. Casado con Margarita de Valois, a la muerte de su cuñado, Enrique III, fue proclamado rey por una parte del ejército. En contra suya estaban los Guisays y la Liga Santa, apoyada por Felipe II y el papa Gregorio XIV. París le cerró sus puertas y no se las abrió hasta que abjuró del protestantismo con el fin de abrazar la religión católica; de ahí la leyenda que le atribuye haber dicho: "París bien vale una misa". Aseguró a los calvinistas la libertad religiosa con el edicto de Nantes, expulsó a los jesuitas y murió asesinado por un fanático llamado Ravallac. Su muerte fue llorada por el pueblo francés, cuyo corazón supo conquistar a pesar del inicial rechazo que le procuraron sus convicciones religiosas.

ría (80), estos [mismos] franceses —digo— sólo se ocupan ahora de seguir el torrente de la moda, de cambiar con sumo esmero los gustos, de menospreciar hoy lo que admiraban ayer, de colocar la inconstancia y la ligereza en todo cuanto dependa de ellos, en cambiar de señores, de lugares, de diversiones, [de sentimientos] y de manías. Esto no es todo, ya que unos ejércitos poderosos y un elevado número de fortalezas aseguran para siempre la posesión de este reino a sus soberanos, no teniendo en la hora presente nada que temer por cuanto atañe a las guerras intestinas, ni tampoco en lo relativo a posibles conquistas por parte de sus vecinos.

[Cabe creer que el ministro francés, tras haberse topado con algunas máximas de Maquiavelo, no seguirá transitando tan hermoso camino y no dejará de poner en práctica todas las lecciones de semejante política. Tampoco hay lugar para poner en duda su éxito, a la vista de la prudencia y habilidad mostradas por el ministro que se halla hoy al timón de sus asuntos (81). Pero, como diría el cura de Colignac, terminemos aquí por miedo a decir alguna que otra tontería.]

(80) Debe referirse a las *frondas* (la fronda parlamentaria y la fronda de los príncipes), nombre con el que se conocen las guerras civiles que se desarrollaron en Francia entre 1648 y 1653, durante "la minoría de edad" de Luis XIV. Los nobles y el parlamento, descontentos del poder acumulado por el privado (Mazarino) de la regente (Ana de Austria), se alzaron contra la regencia y lograron su caída. Sin embargo, las desavenencias entre sus líderes debilitaron al movimiento y resultó finalmente aniquilado.

(81) Este ministro timonel, al que se refiere Federico, no puede ser otro que André-Hercule de Flèury (1653-1743), quien fue, sucesivamente, preceptor, consejero y ministro de Luis XIV. Su labor fue sumamente beneficiosa para la prosperidad del país. Tolerante en materia religiosa, protegió las letras, las artes y las ciencias, por lo que fue elegido miembro de sus respectivas academias. Dejó el recuerdo de un hombre bondadoso y honrado.

CAPITULO V (82)*

[El hombre es un animal racional, bípedo e implume; esto es lo que somos en términos académicos. Esta definición puede resultar acertada en relación con unos cuantos individuos, pero es harto mendaz por lo que atañe a la inmensa mayoría, pues no hay muchas personas que se muestren razonables e incluso, aun cuando lo sean sobre un asunto en particular, dejan de serlo respecto a un sinnúmero de otras cuestiones. El hombre es un animal —cabría decir— que concibe y combina ideas; esto es lo que se compadece con todo el género humano y lo que puede asemejar al sabio con el insensato, al hombre bienpensante con el malpensante, al amigo de la humanidad con su acosador, al respetable arzobispo de Cambray (83) con el infame político de Florencia.]

[Si Maquiavelo renuncia de una vez por todas a la razón, si alguna vez ha pensado de una manera del todo indigna, es en este capítulo; en él propone tres medios para conservar un Estado libre y republicano que haya sido conquistado por un príncipe.]

[El primero carece de garantías para el príncipe; el segundo sólo es utilizable por un poseo furibundo; y el tercero, menos malo que los otros dos, tampoco carece de obstáculos.]

(82) X: Capítulo Quinto: "De cómo se han de gobernar las ciudades, o los principados, que se gobernaban por sus propias leyes antes de ser conquistados". S: "De los Estados conquistados".

(83) Se refiere a Fenelón, que fue nombrado arzobispo de Cambray en 1695. Este contraste con "el político de Florencia" nos avanza la confrontación que Federico apuntará en el segundo párrafo del capítulo VIII entre su *Telémaco* y *El príncipe*.

[¿Cuál es la razón de conquistar esta república?, ¿por qué cargar de cadenas a todo el género humano?, ¿cuál es el sentido que justifica esclavizar a unos hombres libres? Ninguno salvo el de manifestar vuestra injusticia y vuestra maldad sobre la tierra, además de someter a vuestro interés un poder que debía propiciar la dicha de los ciudadanos; máximas abominables que no dejarían de aniquilar el universo, si lograsen suficiente número de seguidores. Todo el mundo ve bastante claro cuánto atenta Maquiavelo contra la buena moral; veamos ahora cómo atenta contra el sentido y la prudencia.]

[«Un Estado libre recién conquistado debe hacerse tributario, instaurando allí como autoridad a un pequeño número de personas que os lo conserven». Ésta es la primera máxima del político, mediante la cual un príncipe no encontraría jamás seguridad alguna; pues no resulta para nada evidente que una república retenida tan sólo por el freno de unas cuantas personas ligadas al nuevo soberano permanezca fiel a éste. Como es natural, dicha república debe preferir su libertad a la esclavitud y sustraerse al poder de quien la ha vuelto tributaria; la revolución difícilmente se haría esperar y tendría lugar en la primera ocasión favorable que se le presentara.]

«No hay mejor modo de conservar un Estado libre recién conquistado que destruirlo». Desde luego, se trata del modo más seguro para no temer una revuelta. Hace algunos años un inglés tuvo la demencia de suicidarse en Londres; sobre su mesa se encontró una nota donde justificaba su [extraña] acción y en la que manifestaba haberse quitado la vida para no llegar a estar nunca enfermo. <No sé si el remedio era peor que la enfermedad.> (84)* No cabe hablar de humanidad con [un monstruo como] Maquiavelo, pues eso sería tanto como profanar el nombre demasiado respetable de una virtud [que procura el bien de los hombres. Sin el auxilio de la religión y de la moral,] puede confundirse a Maquiavelo con sus propias armas, con ese interés que impregna el ánimo de su libro, ese dios de la política y del crimen [, el único dios al que adora].

Vos decís, Maquiavelo, que un príncipe debe destruir un país libre recientemente conquistado, para poseerlo con una mayor seguridad; mas, respondedme: ¿con qué objeto se ha emprendido entonces esa

(84) X: < > "He ahí el caso de un príncipe que arruina un Estado para no perderlo".

conquista? Me contestaréis que para incrementar su poderío y para volverse más formidable. Eso es cuanto querfá oír, para probaros que, siguiendo nuestras máximas, se consigue justo lo contrario; pues, tras arruinarse al emprender la conquista, arruina seguidamente al único país que podría indemnizarle de sus pérdidas. Habréis de reconocerme que un país [devastado,] saqueado [y] privado de habitantes, [de gente, de ciudades y, en una palabra, de todo lo que constituye un Estado,] no lograrfá hacer a un príncipe [formidable y] poderoso a costa de su posesión. Entiendo que un monarca que poseyera los vastos desiertos de Libia y del Barca serfá poco temible y que un millón de panteras, de leones y de cocodrilos no vale tanto como un millón de súbditos, de ciudades ricas, de puertos navegables repletos de navíos, de ciudadanos industriosos, de tropas y de todo cuanto produce un país densamente poblado. Cualquiera convendrá en que la fuerza de un Estado no radica en la extensión de sus fronteras, sino en el número de sus habitantes. Compárese a Holanda con Rusia; en el primer caso, no se verá sino unas cuantas islas cenagosas y estériles que afloran del océano, una pequeña república que no tiene sino cuarenta y ocho leguas de ancho sobre cuarenta de largo (85)*; pero este pequeño cuerpo es todo nervio, está habitado por una inmensa población y este industrioso pueblo es tan poderoso como rico; incluso se sacudió del yugo de la dominación española, que constituía por aquel entonces la monarquía más formidable de toda Europa. El comercio de esta república se extiende hasta los confines del mundo, figura inmediatamente después de los reyes y, en tiempos de guerra, puede sostener un ejército de cien mil (86)* soldados, sin contar una flota numerosa y bien equipada.

Detengamos ahora nuestra mirada en Rusia; se trata de un país inmenso; es un mundo semejante al universo antes de salir del caos. Es un país limítrofe, por un lado, de la Gran Tartaria (87) y de las

(85) R: Contiene la siguiente anotación: "las cifras indicadas han sido tomadas de las ediciones publicadas por Voltaire, pues no figuran en el manuscrito".

(86) X: "cincuenta mil".

(87) En todos los mapas publicados hasta fines del siglo XVIII las inmensas regiones del centro y del norte asiático son designadas con el nombre de Tartaria. En la *Carte Générale de toutes les Costes du Monde et les pays nouvellement découverts*, editado en Amsterdam en 1710 por Juan Covens y Cornelio Mortier.

Indias, por el otro, del mar Negro y de Hungría, [por la vertiente europea] sus fronteras se extienden hasta Polonia, Lituania y Curlandia; Suecia la limita por el norte (88)*. Rusia puede tener trescientas millas alemanas (89) de largo sobre trescientas (90)* millas de anchura; el país es fértil en trigo y suministra todos los productos necesarios para la vida, principalmente en los alrededores de Moscú y en torno a la Pequeña Tartaria; sin embargo, a pesar de todas esas ventajas, no contiene más de quince millones (91)* de habitantes. Esta nación [otrora bárbara, y] que comienza hoy a figurar en Europa, apenas es más poderosa que Holanda en cuanto a tropas marítimas y terrestres, mostrándose mucho más inferior en materia de riquezas y recursos.

[Así pues,] la fuerza de un Estado no consiste en la extensión de un país, ni en la posesión de una vasta soledad o un inmenso desierto, sino en la prosperidad de sus habitantes y en el número de estos. El interés de un príncipe reside, por tanto, en poblar el país y volverlo floreciente, no en devastarlo y destruirlo. Si la maldad de Maquiavelo causa horror, sus razonamientos inspiran piedad, y hubiera hecho mucho mejor en aprender a razonar antes de ponerse a impartir su monstruosa política (92).

«Un príncipe debe fijar su residencia en una república recién conquistada». Ésta es la tercera máxima del autor; es mucho más moderada que las otras y en el capítulo tercero hice ver las dificultades que pueden ser esgrimidas en su contra.

A mi modo de ver, un príncipe que haya conquistado una república después de haber tenido razones justas para declararle la guerra, debería contentarse con haberla castigado y retrotraerle de inmediato

la Gran Tartaria abarca desde el mar de Amoen, que se extiende frente a la desembocadura del río Amur, hasta el Volga.

(88) X: "noroeste".

(89) La cual equivale a casi siete kilómetros y medio.

(90) X: "más de quinientas".

(91) Este dato tampoco figura en el manuscrito.

(92) En opinión de Raymond Naves, este razonamiento relativo a las condiciones de la riqueza y del poderío de un Estado, aunque no responda exactamente al problema planteado por Maquiavelo, constituye uno de los mejores pasajes de la refutación. Voltaire debió encontrar en él ideas que le resultaban muy gratas, particularmente acerca de Holanda, país al que admiraba y cuya constitución le parecía envidiable.

su libertad; muy pocos pensarán así. Quienes alberguen otras convicciones, podrían conservar la posesión estableciendo guarniciones en las principales plazas de su nueva conquista, permitiendo, por lo demás, disfrutar al pueblo de toda su libertad.

¡Qué insensatos somos! Nos gustaría conquistarlo todo, como si tuviéramos tiempo para poseerlo todo y como si nuestra existencia no tuviera fin; nuestro tiempo transcurre demasiado deprisa y, muy a menudo, cuando se cree trabajar en pro de uno mismo, no se trabaja sino en pro de sucesores indignos e ingratos (93).

(93) Estas reflexiones no impidieron que Federico se convirtiera en conquistador sólo un año más tarde. En cambio, su pesimista parecer sobre unos herederos incapaces e indignos habrá de verse confirmado durante su vejez, cuando pudo hacerse una idea de su propio sucesor.

CAPITULO VI (94)*

Si los hombres careciesen de pasiones, cabría exculpar a Maquiavelo por pretender proporcionárselas; se trataría de un nuevo Prometeo que arrebatara el fuego celeste para animar a los autómatas [insensibles e incapaces de producir el bien del género humano]. Pero, de hecho, las cosas no son así en modo alguno, ya que ningún hombre carece de pasiones. En tanto que son moderadas, dichas pasiones contribuyen en su conjunto al bienestar (95)* de la sociedad, mas, en cuanto se suelta su freno, se tornan perjudiciales e incluso muy perniciosas (96)*.

De entre todos los sentimientos que tiranizan nuestra alma, no hay ninguno más funesto para quienes experimentan esa pulsión, tan adversa para la humanidad y tan fatal para la paz del mundo, que una ambición desordenada, que un excesivo deseo de falsa gloria.

Un particular que tenga la desgracia de haber nacido con semejantes disposiciones resulta más miserable que un loco. Se muestra del todo insensible para la hora presente y no existe sino en la proyección de los tiempos futuros; [su imaginación le alimenta sin cesar de vagas ideas instaladas en el porvenir; y como su funesta pasión carece de límites,] nada en el mundo es capaz de satisfacerle y el ajenjo de la ambición mezcla siempre su amargura con el dulzor de sus placeres.

(94) X: "Capítulo Sexto: De los nuevos Estados que el príncipe adquiere por su valor y por sus propias armas".

(95) X: "constituyen el alma de la sociedad".

(96) X: "y nos llevan hacia la destrucción".

Un príncipe ambicioso es [cuando menos] tan desgraciado como un particular, puesto que su locura, al ser proporcional a su grandeza, no resulta sino más vaga, indómita e insaciable. Si los honores y el prestigio sirven como alimento para las pasiones de los particulares, son las provincias y los reinos lo que alimenta la ambición de los monarcas; y como resulta más fácil obtener cargos y empleos que conquistar reinos, los particulares pueden satisfacer sus ambiciones con más facilidad que los príncipes.

[¿Cuánto menudean por el mundo estos espíritus bulliciosos e inquietos cuya impetuosidad y deseo de engrandecerse querrían poner la tierra cabeza abajo, y donde el amor hacía una tan falsa como vana gloria ha echado raíces demasiado profundas! Estas son las antorchas que se habría de tener sumo cuidado en apagar y que se debería evitar secundar por temor a un incendio. Las máximas de Maquiavelo resultan tanto más peligrosas en tanto que halagan tales pasiones y las hacen nacer de ideas que acaso no se hubieran patentizado sin su auxilio.]

Maquiavelo les propone los ejemplos de Moisés (97), Ciro (98), Rómulo (99), Teseo (100) e Hierón (101); cabría engrosar muy fácilmente semejante catálogo con aquellos creadores de sectas como Ma-

(97) Moisés, nombre del legislador y libertador del pueblo de Israel. Nacido cuando el faraón de Egipto había mandado arrojar al Nilo a todos los hijos varones de los israelitas, fue adoptado por una de las hijas del rey, quien lo adoptó. Moisés recibió de Dios las Tablas de la Ley e inspiró el Pentateuco.

(98) Ciro el Grande (579-529 a.C.), rey de Persia, conquistador del Asia Menor, Babilonia, Asiria, Siria y Palestina.

(99) Rómulo, el mítico fundador de Roma en el año 753 d.C. y que, según la leyenda, fue amamantado, junto a su hermano gemelo (Remo) por una loba.

(100) Teseo es famoso por haber propiciado la unión de las diversas comunidades áticas en un Estado, con Atenas como capital. Hijo de Egeo, rey de Atenas (o de Poseidón, según otro episodio de sus hazañas), realizó proezas tan célebres como la de dar muerte al minotauro, gracias al hilo tendido por Ariadne para poder salir del laberinto, o participar en la expedición contra las amazonas.

(101) Hierón I, tirano de Siracusa entre los años 478 y 467 a.C., que acrecentó su esplendor cultural y se hizo famoso gracias a las Odas de Píndaro. Tras ganar las guerras civiles auspiciadas por ambiciosos miembros de su propia familia, logró instaurar una época de paz y esplendor, imponiéndose a sus enemigos tanto por la fuerza de las armas como con el ejercicio de la diplomacia. *Hierón* es el título de un diálogo imaginario debido a Jenofonte, cuyos personajes (el tirano y el poeta Simónides) hablan acerca de las miserias inherentes al poder.

homa (102), William Penn (103); y los jesuítas del Paraguay (104) me permitirán brindarles aquí un pequeño lugar, que no puede sino resultarles glorioso, incluyéndolos en esta heroica nómina (105)*.

La mala fe con la que el autor se sirve de estos ejemplos merece ser desvelada, siendo bueno descubrir todas las sutilezas y los ardides de este [infame] seductor.

[Un hombre honrado no puede limitarse a presentar las cosas desde un único punto de vista; bien al contrario, debe mostrar todas las facetas, a fin de que nada pueda disfrazar la verdad ante los lectores, aun cuando dicha verdad se mostrase contraria a sus principios.] [Por contra,] Maquiavelo oculta la ambición [cuyo maquillado rostro no se deja ver sino al atardecer, a la luz de las velas, cuando se esconde de los rayos del sol;] y no habla sino de los ambiciosos que han sido secundados por la fortuna, guardando un profundo silencio sobre aquellos que han sido víctimas de sus pasiones [, de modo parecido a como en los conventos de vírgenes, cuando enrolan a las muchachitas, les hacen degustar de antemano todas las delicias del cielo, sin hablarles para nada de la amargura y los fastidios que les preparan en este mundo]. A esto se le llama imponer su santa voluntad a la gente, [querer engañar al público,] y nadie sabría negar que Maquiavelo juega en este capítulo el [miserable] papel de charlatán del crimen.

(102) Mahoma (570-632), el fundador del islamismo. *La Hégira*, o el abandono de la Meca (ciudad en que nació), para trasladarse a Medina (donde su predica había de ser muy fecunda), tuvo lugar en el año 622 y constituirá el comienzo de la era musulmana. Los primeros actos de hostilidad contra La Meca consistieron en atacar sus caravanas de mercaderes, hasta que sus ciudadanos decidieron presentarles batalla. Este triunfo marcó el inicio de un poder militar que iría incrementándose con extraordinaria rapidez.

(103) William Penn, fundador de Pensilvania y de la ciudad de Filadelfia. Tras obtener una concesión por parte de Carlos II, organizó un éxodo hacia América del Norte, donde asentó la secta de los cuáqueros, que Fox había creado en 1647 dentro de Inglaterra.

(104) Como vemos por la siguiente nota, Voltaire suprimirá las referencias a los jesuítas, en aras de la conveniencia, y también al cuáquero William Penn, esta vez por simpatía. A cambio nos hablará del fundador de la dinastía inca en Perú (Mango Kapac) y de una figura mitológica escandinava (Odín).

(105) X: "De Mahoma en Asia, de Mango Kapac en América, de Odín en el Norte, de tantos sectarios en todo el universo".

¿Por qué, al hablar [del conductor, del príncipe,] del legislador de los judíos, del liberador de los griegos (106)*, del conquistador de los medos, del fundador de Roma, a quienes el éxito correspondió a sus deseos, Maquiavelo no agrega el ejemplo de algunos jefes de fila más desafortunados, para mostrar que, si bien la ambición hace medrar a algunos hombres, suele significar la perdición de la mayoría? <De esta forma se podría oponer a la fortuna de Moisés la desgracia de esos primeros pueblos godos que asolaron el imperio romano; al éxito de Rómulo el infortunio de Masaniello (107), el carnicero de Nápoles, que se hizo rey a costa de su intrepidez, pero que fue la víctima de su propio crimen; a la ambición coronada de Hierón, la ambición castigada de Wallenstein (108); tras el trono sangrante de Cromwell (109), asesino de su rey, se colocaría el trono derrocado del soberbio Guisa (110), que fue asesinado en Blois. De esta forma, el

(106) X: "del primer monarca de Atenas".

(107) Tomás Aniello, alias Masianello (1623-1647), cabeza de una sublevación del pueblo napolitano contra el virrey español, el duque de Arcos, motivada por la imposición de nuevas cargas tributarias. Abandonada la ciudad a los rebeldes, su caudillo ejerció un poder ilimitado y sus sentencias de muerte eran ejecutadas cada día en la plaza pública. Ciertos indicios de locura le hicieron perder el favor popular y esto posibilitó que fuera muerto en una celada que le tendió su rival.

(108) Alberto Eusebio Wenceslao de Wallenstein, duque de Friedland (1583-1634). Se dio a conocer en la guerra de los Treinta Años, en la que, al frente de un ejército mercenario, obtuvo brillantísimas victorias, por las que obtuvo el título del Sacro Imperio. En pugna más tarde con el emperador Fernando II, fue asesinado en Eger. Su vida inspiró una conocida tragedia de Schiller.

(109) Oliver Cromwell (1599-1658), estadista inglés, recibió el título de lord protector de las repúblicas de Gran Bretaña, Irlanda y Escocia. Brillante parlamentario, se reveló también como un invencible capitán que destruyó al ejército realista, en la guerra mantenida por éste contra el parlamento, e hizo que Carlos I fuese condenado a muerte (1649), proclamando así una república cuyo cetro supo retener.

(110) El edicto de Nemours, que puso al protestantismo fuera de la ley, dió lugar a una guerra civil conocida como la de los tres *Enriques* (los cuales compartirían el común destino de ser morir apuñalados), pues en ella se vieron concernidos, Enrique III de Francia (el último de los Valois), Enrique de Navarra (futuro Enrique IV y primero de los Borbones reinantes en Francia) y Enrique de Guisa, el caudillo de los franceses católicos y de la llamada *Liga Santa*, protegida por el papa. La sublevación de París en favor suyo, le hizo acariciar la idea de acceder al trono. Murió asesinado por sicarios de Enrique III, con quien se había reunido para negociar.

antídoto, colocado tan cerca del veneno, prevendría sus peligrosos efectos; sería como aquella lanza de Aquiles (111), que hacía el mal y lo curaba.> (112)*

Se me antoja, por añadidura, que Maquiavelo casa bastante desconsideradamente a Moisés con Rómulo, a Ciro con Teseo. Una de dos, o Moisés estaba inspirado o no lo estaba en modo alguno. Si no lo estaba <, no se puede ver a Moisés sino como un archibribón, un trapacero, un impostor que se servía de Dios como los poetas de los dioses-máquinas, que vienen a poner un desenlace en el drama, cuando el autor está en un aprieto.> (113)* Moisés, además, era tan poco hábil como para conducir al pueblo judío durante cuarenta años por un camino que bien podrían haber hecho en seis semanas; no supo rentabilizar demasiado las luces de los Egipcios y, en este sentido, era mucho más inferior que Rómulo y Teseo. Si Moisés estaba inspirado por Dios, no cabe considerarlo sino como el órgano ciego de la omnipotencia divina; y el conductor de los Judíos era bien inferior (114)* al fundador del imperio romano, al monarca persa y a los héroes [griegos], quienes hacían merced a su propio valor y gracias a sus propias fuerzas aquellas grandes acciones que el otro no ejecutaba sino con la inmediata asistencia de Dios (115)*.

(111) Se alude aquí al episodio de Telefos, herido por el hijo de Tetis en el curso de la primera expedición a Troya.

(112) X: < > "¿Acaso no existió un Jean de Leyde, líder de los anabaptistas, que fue torturado, quemado y exhibido dentro de una jaula en Münster? Si bien es verdad que Cronwell fue afortunado, ¿no fue destronado su hijo, quien hubo de ver llevar a la horca el cadáver exhumado de su padre? Tres o cuatro judíos que se decían Mesías no han perecido víctimas de terribles suplicios y el último de ellos no acabó por ser cocinero en el palacio del Gran Señor después de hacerse musulmán. Si Pepino destronó a su rey con la venia del Papa, ¿no es menos cierto que Guisa 'el acuchillado', al querer destronar al suyo con idéntica aprobación, fue asesinado? No hay, cuando menos, más de treinta caudillos, así como miles de ambiciosos algo menos conocidos, que murieron violentamente".

(113) X: < > "Si no lo estaba (algo que no se ha evitado suponer) no se le podría ver entonces sino como un impostor, que se sirve de Dios poco más o menos como los poetas emplean sus Dioses como máquinas en cuanto les falta un desenlace".

(114) X: "en cuanto hombre".

(115) S: < > "Moisés, contemplado como un instrumento único de la Provi-dencia, en tanto que era tal, no tiene nada en común con los Legisladores que no

Confieso sin ambages que, por lo general, se requiere mucho ingenio, destreza y liderazgo, para igualar a los hombres que acabamos de citar, pero me pregunto si les cuadra el epíteto de "virtuosos". El valor y la destreza se concitan tanto en los ladrones de camino como en los héroes; la diferencia entre ambos es que el conquistador es un ladrón ilustre, [que impacta por la grandeza de sus acciones, que se hace respetar por su poder,] mientras que el ladrón corriente es un oscuro bellaco [al que se le desprecia tanto más por su carácter abyecto]; el uno recibe laureles como premio a sus violencias, el otro es castigado con la última pena. [Nunca juzgamos las cosas en su justo valor, una infinidad de nubes nos embelesan, admiramos en los unos lo que despreciamos en los otros y, en cuanto un bribón sea ilustre, puede contar con los sufragios de la mayoría de los hombres.]

Aun cuando sea cierto que, a cada vez que se pretenda introducir alguna novedad en el mundo, se concitarán mil obstáculos para impedirlo, así como que un profeta a la cabeza de un ejército hará más prosélitos que no combatiendo sino con argumentos (observese aquí que la religión cristiana fue débil y oprimida, mientras se sostenía en meros argumentos, y sólo se extendió por toda Europa tras haber derramado mucha sangre), no es menos cierto que también se ha visto dar curso a opiniones y novedades sin grandes quebrantos. ¡Cuántas religiones y sectas se han impuesto con infinita facilidad! No hay nada más indicado que el fanatismo para acreditar las novedades, pareciéndome que Maquiavelo se refiere a este asunto con un tono demasiado taxativo (116)*.

disponían sino de la sabiduría humana; mas Moisés, contemplado únicamente como hombre, no es comparable a los Ciro, Teseos o Hércules. Se limitó a conducir a su pueblo a través de un desierto, no edificó ciudades, no fundó ningún imperio, no instituyó comercio alguno, no promovió las Artes ni hizo más floreciente a su Nación; se impone adorar en él a la Providencia y examinar la prudencia de los otros".

(116) Este párrafo queda del siguiente modo en S: "Quien quiera que pretenda someter a sus iguales es un bribón sanguinario. Los Jefes de los Fanáticos de Cévennes decían estar inspirados por el Espíritu Santo y masacraban puntualmente a quienes habían condenado dicho Espíritu. Estos pillastres que, refugiados en sus montañas, se burlaban tanto de Dios como de los hombres eran muy valerosos; en tiempos de Fohé y de Zoroastro hubieran sido considerados como dioses. Cuando los hombres eran salvajes, un Roland, un Cavalier, un Jean de Leyde,

Me resta hacer algunas reflexiones sobre el ejemplo de Siracusa, que Maquiavelo propone a quienes consigan sus objetivos con el concurso de sus amigos y de sus tropas.

Desconfió de sus amigos y soldados que le habían ayudado en la ejecución de sus deseos; trabó nuevas amistades y reclutó nuevas tropas. Yo sostengo, a despecho de Maquiavelo y de los ingratos en general, que la política de Hierón era muy mala y que hubiera mostrado mucha más prudencia fiándose de sus tropas, cuyo valor había experimentado, y de sus amigos, cuya fidelidad había comprobado, antes que fiarse de unos desconocidos sobre cuyo valor y fidelidad no tenía ninguna garantía. Dejo aquí este razonamiento para que sea desarrollado por el lector; todos los que abjuran de la ingratitud y son lo suficientemente dichosos como para conocer la amistad no dejarán de lado un asunto como éste.

Con todo, debo advertir al lector que preste atención a los diferentes sentidos asignados por Maquiavelo a las palabras. Que no se llame a engaño cuando dice: «Sin la ocasión, la virtud se aniquila»; para el bribón esto significa que, sin circunstancias favorables, los pillos y los temerarios no sabrían servirse de sus talentos; la clave del crimen es la única que puede explicar las oscuridades de este [despreciable] autor (117)*.

Para concluir este capítulo, dire que, a mi modo de ver, las únicas ocasiones en que un particular puede soñar con su fortuna sin recurrir mano de la criminalidad, se presentan (118)* cuando ha nacido en un reino electivo <o en tanto que un pueblo oprimido le escoge como su liberador.> (119)* [El colmo de la gloria consistiría en devolver la libertad a un pueblo, después de haberlo salvado. Mas no pintemos a

habrían sido Alcides u Osiris; hoy en día un Osiris o un Alcides no acertarían a descollar en el mundo.

(117) S: "Los italianos llaman *virtu* a la Música, la Pintura o la Geometría; mas la *virtu* en Maquiavelo equivale a la perfidia".

(118) X: "al elevarse a la realeza".

(119) X: <> "libere a su patria. Sobiesky en Polonia, Gustavo Vaza en Suecia, los Antoninos en Roma, he ahí héroes de ambas clases; que César Borgia sea el modelo de los maquiavélicos, el mío es Marco-Aurelio".

los hombres conforme a los héroes de Corneille (120); contentémonos con los de Racine (121) y aún así nos excederemos.]

F

(120) Pierre Corneille (1616-1684), dramaturgo francés que alcanzó su fama con una obra basada en Guillén de Castro: *El Cid*, lo cual nos da idea de la índole de sus personajes y del contraste que Federico hace con Racine.

(121) Jean-Baptiste Racine (1639-1699), poeta dramático francés. Amigo de La Fontaine, Boileau y Molière, se hizo célebre con tan sólo veintiséis años con su tragedia *Andrómaca*, confirmando su reputación con obras tales como *Británico* y *Berenice* y *Mitridates*. También compuso un *Resumen de la Historia de Port Royal*.

CAPITULO VII (122)*

[A un autor le resulta muy difícil ocultar el fondo de su carácter; habla tanto, al definirse sobre las más diversas cuestiones, como para dejar entrever con imprudencia ciertos rasgos que vienen a retratar de modo tácito sus costumbres.]

Compárese al príncipe de Fenelón (123) con el de Maquiavelo. En el primero se observará el carácter de un hombre honesto, donde se dan cita la bondad, la justicia, la equidad y, en una palabra, todas las virtudes elevadas a un grado eminente; se diría que nos encontramos ante una de esas inteligencias puras programadas por la naturaleza para velar por el gobierno del mundo. En el segundo nos toparemos con la perversidad, el engaño, la perfidia, la traición y todos los crímenes imaginables; se trata, en definitiva, de un monstruo que ni siquiera el infierno acertaría bien a engendrar. Mientras que, al leer el *Telémaco* de Fenelón, se diría que nuestra naturaleza se asemeja a

(122) X: "Capítulo Séptimo: De las principales novedades que uno adquiere a costa de las fuerzas de algún otro, o por fortuna". S: "Capítulo VII: Del gobierno de un Estado adquirido recientemente".

(123) François Salignac de La Mothe-Fénelon (1651-1715). En 1699 apareció sin su consentimiento una especie de manual para príncipes titulado *Aventures de Télémaque*, lo que le hizo perder el favor de la corte, pues en los consejos de Mentor se quiso ver una crítica del gobierno de Luis XIV. Esta obra ejerció un gran influjo en el *Antimaquiavelo*, donde caben observar algún eco directo de los diálogos mantenidos por Telémaco y ese consejero amigo de su padre llamado Mentor, quien le hace ver, por ejemplo, que un príncipe ha de ser el primer servidor del Estado. Su escrito *Directions pour la conscience d'un roi* (Amsterdam, 1734), en el que se adelanta la idea de un contrato entre el príncipe y su pueblo, fue prohibido por el cardenal Fleury y autorizado de nuevo en 1774 por Luis XVI.

la de los ángeles, cuando uno lee el *Príncipe* de Maquiavelo, parece aproximarse más a la de los demonios del infierno. César Borgia, o el duque de Valentinois, es el modelo en que nuestro autor se basa para formar a su príncipe, teniendo la impudicia de proponer como ejemplo a los que descollan en el mundo gracias al auxilio de sus amigos o de sus armas. Se hace, pues, imprescindible conocer quién fue César Borgia, a fin de formarse una idea de semejante héroe, así como del autor que lo celebra como tal.

No existe crimen alguno que César Borgia haya dejado de cometer, [ninguna maldad que no haya ejecutado paradigmáticamente, ningún tipo de atentado del que no sea culpable.] Hizo asesinar a su hermano y a su rival de gloria [mundana], que también era un rival amoroso respecto de su propia hermana; masacró a la guardia suiza del Papa, para vengarse de unos suizos que habían ofendido a su madre; despojó a [una infinidad] de cardenales y de hombres ricos, para saciar su codicia; invadió la Romagna del duque de Urbino (124), su legítimo dueño, y causó la muerte de Orco (125), su vicetirano; <perpetró una horrible traición, en Sinigaglia, contra> (126)* algunos príncipes cuya

(124) Guidobaldo Montefeltro, duque de Urbino desde 1482 y cuyo gobierno se vio interrumpido por la usurpación de César Borgia en 1502. Casado con Isabel de Gonzaga, supo continuar la tradición establecida por su padre Federico, protegiendo a los artistas y haciendo que su corte fuera una de las más espléndidas de Europa. Sólo la muerte de Alejandro VI y la sucesión de Julio II favorecieron la restauración de Guidobaldo, que su pueblo había intentado vanamente por dos veces bajo la tiranía de Borgia.

(125) Debe referirse al español Ramiro de Lorca (que acaso había sido apodado de *Orco*, porque más pareciera proceder directamente del "infierno" que de *Lorca*), quien se ufanaba de haber arrojado cierta vez a un paje insolente al fuego y haberlo retenido dentro de las llamas hasta que se hubo calcinado por completo. En el capítulo VII de *El príncipe*, Maquiavelo nos dice que César Borgia, después de haber sabido rentabilizar su crueldad para someter a la Romaña una vez conquistada, habría decidido congraciarse con el pueblo ajusticiando a su ministro. Dice literalmente: "juzgó que ya no era necesaria tan gran autoridad, pues se corría el peligro de que resultara odiosa; así que, cuando tuvo ocasión, lo hizo llevar una mañana a la plaza de Cesena partido en dos mitades con un pedazo de madera y un cuchillo ensangrentado al lado. La ferocidad del espectáculo hizo que aquellos pueblos permanecieran durante un tiempo satisfechos y estupefactos" (cfr. Nicolás Maquiavelo, *El príncipe* —trad. y pról. de Miguel Ángel Granada—, Alianza, Madrid, 199513, p. 55.).

(126) X: <> "hizo asesinar, mediante la espantosa traición de Sinigaglia, a". S: <> "hizo perecer, por medio de la más execrable traición, a".

vida creía contraria a sus intereses (127); hizo ahogar a una dama veneciana de la que había abusado. ¡Las crueldades cometidas por mandato suyo son tan innumerables que nadie sería capaz de inventarlas con exactitud! Así era el hombre que Maquiavelo prefería a todos los grandes genios de su tiempo y a los héroes de la antigüedad, el modelo donde encuentra la vida y las acciones dignas de servir como ejemplo a los que sonríe la fortuna.

[Me atrevo a tomar el partido de la humanidad en contra de quien quiere destruirla,] y debo combatir a Maquiavelo de un modo contundente, con el objeto de que quienes piensan como él se queden sin subterfugios y no se mantenga en pie ningún baluarte para su maldad.

César Borgia cimentó el deseo de su grandeza en la disensión de los príncipes de Italia [; resolvió sembrar la discordia entre ellos, a fin de apresar sus despojos. Es ésta una espantosa complejización del crimen. Borgia no hallaba nada injusto en el momento que su ambición tomaba la palabra; una bajeza llevaba a otra y así sucesivamente]. Para usurpar los bienes de mis vecinos, es preciso debilitarlos y, para ello, se hace necesario sembrar la discordia entre ellos: tal es la perversa lógica de los bribones.

Borgia quería asegurarse un apoyo; esto imponía que Alejandro VI acordase una dispensa matrimonial para Luis XII (128), para que éste le prestase su auxilio. Así es cómo los eclesiásticos se involucran demasiado (129)* en los asuntos del mundo y no piensan sino en sus intereses, haciéndolos pasar por lo más ligado a los intereses celes-

(127) Maquiavelo escribió un opúsculo a esta hazaña de su héroe, cuyo título contiene los nombres de sus víctimas y antiguos capitanes de sus huestes: *Descripción de cómo el duque de Valentinois ha hecho matar a Vitellozzo Vitelli, Oliverio de Fermo, el señor Pablo y el duque de Gravina Orsini*.

(128) Luis XII, rey de Francia (1462-1515), apodado *el Padre del Pueblo*. En 1483 sucedió en el trono a su primo, Carlos VIII, cuyo delfín había muerto. Luis XI le había obligado a casarse con su hija Juana, contrahecha y enfermiza, por lo que, pretextando que Bretaña pudiera querer separarse de la corona francesa, obtuvo del papa Alejandro VI una bula en que se declaraba nulo su matrimonio con la fea Juana y quedaba con ello autorizado para casarse con la bella viuda de Carlos VIII, Ana de Bretaña. En agradecimiento a esta decisión César Borgia recibirá el ducado de Valentinois.

(129) X: "en términos políticos".

tiales (130)*. Si el matrimonio de Luis XII hubiera sido disoluble por naturaleza, el Papa hubiera debido romperlo, sin que la política entraría en juego; y, si la naturaleza de dicho matrimonio no exigía su disolución, nada hubiera debido llevar a tomar la determinación contraria al jefe de la Iglesia (131)* [y vicario de Cristo].

Era lógico que Borgia precisara de paniaguados y por ello corrompió a la facción de los Urbinos con presentes [merced a su prodigalidad]. [El corruptor es en alguna medida tan criminal como el corrupto, puesto que desempeña el papel de la tentación y sin ésta no se podría sucumbir a ella.] Pero no rebusquemos más crímenes en Borgia y hagamos caso omiso de sus corrupciones, aunque sólo sea porque tienen cierto (132)* parecido con lo bien hecho [obviando la diferencia de que el corruptor es generoso para consigo mismo y que el benefactor no lo es sino para con los demás]. Borgia quería deshacerse de algunos príncipes de la casa de Urbino, de Vitellozzo, de Oliverotto de Fermo (133)*, etc.; y Maquiavelo asegura que tuvo la prudencia de hacerles venir a Sinigaglia, donde les liquidó a traición.

Abusar de la buena fe de los hombres, [disimular su maldad,] utilizar ardidés infames, traicionar, perjurar, asesinar: esto es lo que el doctor en perversidad llama «prudencia». [No dialogo con él sobre religión, ni en torno a la moral, sino simplemente acerca del interés; esto me bastará para confundirlo.] Me pregunto si el mostrar cómo se puede faltar a la palabra dada y cómo jurar en falso tiene algo que ver con la prudencia. Si vos socavais la buena fe y el juramento, ¿cuáles serán las garantías de que dispondréis sobre la fidelidad de los hombres? [Si vos incumplís los juramentos, ¿con qué medios pretendéis obligar a los súbditos y a los pueblos a respetar vuestra dominación? Si aniquilais la buena fe, ¿cómo podréis tener confianza en quien quiera que sea y cómo podréis contar con las promesas que se os hacen?] Al dar vos ejemplos de traición, siempre habrá traidores que os imitarán, [Dando vos ejemplos de perfidia, ¿cuántos pérfidos

(130) S: "Así es como quienes deben edificar el mundo utilizan a menudo el interés celestial como pantalla del suyo propio".

(131) X: "romana".

(132) X: "falso".

(133) : "Vitellozzo, de Oliveto di Fermo". S: "Vitellozzo, de Oliviero di Fermo".

no os darán la réplica! Al enseñar vos el asesinato, habréis de temer que uno de vuestros discípulos practique lo aprendido con vuestra propia persona, de suerte que no os quede sino el privilegio de tener la preminencia en el crimen y el honor de haber mostrado el camino a monstruos tan desnaturalizados como vos mismo. Así es como los vicios se confunden y cubren de infamia a quienes los cultivan, tornándose perjudiciales y peligrosos para ellos mismos. Nunca tendrá un príncipe el monopolio del crimen; de tal modo que nunca encontrará impunidad para su perfidia. El crimen es como un peñasco del que se desprende una roca, la cual hace añicos todo cuanto encuentra en su camino hasta que, finalmente, se rompe por su propio peso. ¿Cuál es el error abominable, el extravío de la razón que puede hacer a Maquiavelo saborear unas máximas tan detestables y depravadas como contrarias a la humanidad?]

Borgia nombró gobernador de la Romagna al cruel Orco para reprimir los desordenes, [tales como los robos y los asesinatos que se cometían. ¡Qué lamentable contradicción!] Borgia debía ruborizarse al castigar en otros los vicios que toleraba en él mismo (134)*. Acaso podía el más violento de los usurpadores, el más falso de los perjuros, el más cruel de los asesinos y de los envenedadores, castigar con la muerte a unos rateros y bribonzuelos que copiaban, a una escala miniaturizada, el carácter de su nuevo maestro y en función de sus pequeñas fuerzas.

Ese rey de Polonia cuya muerte vino a causar tantos problemas en Europa (135) se comportó mucho más consecuente y noblemente con sus súbditos sajones. Las leyes de Sajonia castigaban con la decapitación a cualquier libertino (136)*. No profundizaré en el origen de esta bárbara ley que parece compadecerse más con los celos italianos que con el temperamento alemán. Un infortunado transgresor de dicha ley [, a quien el amor había hecho afrontar el suplicio, lo que no es poco,] resultó condenado. Augusto debía firmar la pena de muerte; pero Augusto era sensible al amor y a la humanidad, por lo que concedió su gracia para el criminal y derogó una ley que le con-

(134) X: "castigaba con crueldad en otros crímenes mucho más insignificantes que los suyos".

(135) Augusto II (1670-1733), elector de Sajonia y rey de Polonia.

(136) X: "adúltero".

debaba tácitamente a él mismo [cada vez que debía firmar este tipo de penas. Pasado un tiempo, la galantería obtuvo el privilegio de la impunidad en Sajonia].

La conducta de este rey era la de un hombre sensible y humano; la de César Borgia era la propia de un malvado tirano. [El primero, en tanto que padre de sus pueblos, se mostraba indulgente con esas debilidades que consideraba indisociables de la naturaleza humana; el segundo, siempre riguroso y feroz, perseguía implacablemente a sus súbditos sin reparar en la semejanza que tales vicios guardaban con los suyos propios; mientras uno era capaz de sostener la mirada frente a sus debilidades; el otro no se atrevía a ver sus crímenes.] Borgia hizo descuartizar al cruel Orco, que había ejecutado cabalmente sus designios, con el fin de hacerse grato a su pueblo castigando al órgano (137)* de su barbarie [y de su crueldad]. El peso de la tiranía no se hace sentir nunca tanto como cuando el tirano pretende revestirla con el ropaje de la inocencia y la opresión se ejecuta a la sombra de las leyes. [El tirano ni siquiera le permite al pueblo el débil consuelo de conocer sus injusticias; en orden a disculpar sus crueldades, hace que otros aparezcan como culpables y carguen con la pena. Me parece ver a un asesino que, creyendo engañar al público para hacerse absolver, arroja a las llamas el instrumento de su furor. Esto es lo que les cabe aguardar a los ministros indignos por parte del crimen de los príncipes; aunque se vean recompensados cuando hacen falta, tarde o temprano acabarán por ser víctimas de sus señores; lo que supone una buena lección para quienes confían con ligereza en pérfidos bribones como César Borgia, así como para quienes se colocan al servicio de sus soberanos sin reservas y sin ningún miramiento para con la virtud. Esa es la forma en que el crimen lleva siempre consigo su propio castigo.]

Borgia, preveyendo lo que sucedería tras la muerte del Papa, su padre, empezó a exterminar a todos aquellos a quienes él mismo había despojado de sus bienes, con el fin de que el nuevo Papa no pudiera utilizarlos en contra suya. Obsérvese la cascada del crimen; para cubrir gastos, hace falta procurarse bienes; para tenerlos, hay que despojar a sus propietarios; y para disfrutarlos con entera seguridad, han de

(137) S: "instrumento".

ser exterminados (138)*. El conde de Horn (139), ejecutado en Grève, no lo hubiera dicho mejor. Con las malas acciones ocurre como con una horda de ciervos, en cuanto uno franquea las lonas, todos los demás le siguen. Por lo que uno debe guardarse mucho de los primeros pasos.]

Borgia, para envenenar a algunos cardenales, los invitaba a cenar con su padre. Tanto el Papa como él mismo bebieron ese brebaje por descuido: Alejandro VI murió y Borgia se salvó de milagro (140)*, siendo éste un digno salario para envenenadores y asesinos.

He ahí la prudencia, la habilidad y las virtudes que Maquiavelo no sabía dejar de alabar. El famoso obispo de Meaux (141)*, el célebre obispo de Nîmes (142)*, el elocuente panegirista de Trajano (143)*, no habrían sabido decir nada mejor a propósito de sus héroes que Maquiavelo respecto de César Borgia. Si el elogio que hace a este respecto no era sino una oda o una figura retórica, cabría admirar su sutilidad y despreciar al mismo tiempo su elección (144)*; pero nos las hemos justamente con todo lo contrario: estamos ante un tratado político que debe pasar a la posteridad, se trata de una obra muy seria, en donde Maquiavelo es tan desvergonzado como para prodigar alabanzas al monstruo más abominable que el infierno haya vomitado sobre la tierra. Es tanto como exponerse al odio del género humano [y al horror de las gentes honestas].

[César Borgia hubiera sido perfecto, según Maquiavelo, si no hubiera suscrito la elevación al pontificado del cardenal de Saint-Pierre-aux-liens (145), «puesto que —según dice— entre los grandes hombres

(138) X: "razonamiento propio de un salteador de caminos".

(139) Antoine-Joseph, conde de Horn (1698-1720). Noble belga que había servido en el ejército austriaco y llegó a París cuando el sistema de Law tenía excitados todos los ánimos. Citó a un corredor en la taberna donde le había citado para comprarle cien mil escudos de acciones y le asesinó a puñaladas para robarle su cartera de valores. Por este crimen fue condenado al suplicio de la rueda, sin que la influencia de sus poderosos parientes pudiera salvarle tan siquiera de tener una muerte algo menos cruel.

(140) X: "para acarrear una vida desgraciada".

(141) S: "Bossuet".

(142) S: "Fléchier".

(143) S: "Plinio".

(144) X: "cabría ensalzar su sutilidad a la par que se detesta su elección".

(145) Se refiere al Papa Julio II.

los favores actuales no borran jamás las injurias pasadas». No comparto en modo alguno la definición de «gran hombre» que nos da el autor. Todos los bien pensantes renunciarán de una vez para siempre al título de «grande», si no cabe merecerlo sino mediante un espíritu vengativo, la ingratitud o la perfidia.]

[Las aflicciones y los cuidados de César Borgia por su engrandecimiento y su ambición se vieron mal recompensadas, ya que, tras la muerte del Papa, perdió la Romagna y todos sus bienes; buscó refugio en España con el rey de Navarra, donde pereció por una de esas traiciones que tanto había practicado a lo largo de su vida.]

[Así es como se desvanecen tantos deseos ambiciosos, tantos proyectos prudentemente concebidos y secretamente ocultados; así es como tantos combates, muertes, crueldades, perjurios y perfidias se vuelven inútiles; tantos peligros personales, tantas situaciones enojosas, tantos casos embarazosos de los que Borgia salió airoso, no sirvieron de nada a su fortuna, sino que sólo sirvieron para hacer más dura su caída. Tal es la índole de la ambición: este fantasma promete cosas que no está en condiciones de proporcionar y que ni tan siquiera detenta él mismo. El hombre ambicioso se asemeja a un segundo Tántalo (146), el cual no puede ni podrá jamás saciar su sed inmerso en el río donde nada.]

[¿Acaso es la gloria lo que busca un ambicioso? Esto es falso, puesto que la falsa gloria es aquella tras la que se corre y la verdadera no pasa de ser sino una onza de humo. Los grandes hombres de nuestros días se pierden entre el sinnúmero de quienes han llevado a cabo magnas acciones heroicas, como las aguas de esos pequeños ríos que son apreciables mientras discurren sobre su lecho, pero que desaparecen de la vista en su desembocadura, cuando se confunden entre las olas de un inmenso océano.]

(146) Tántalo fue castigado por los dioses, de cuya mesa habría robado néctar y ambrosía. Hambriento y sediento, se hallaba sobre un estanque lleno de agua que se vaciaba en cuanto intentaba beber y sobre él había unos frutales cuyas ramas apartaba el viento cada vez que intentaba comer. Otra variante de su castigo era que tenía una piedra inmensa suspendida sobre su cabeza, la cual amenazaba constantemente con aplastarlo, y el miedo le impedía disfrutar de los exquisitos manjares que habían sido puestos a su disposición.

[¿Es entonces la felicidad lo que buscan los ambiciosos? Todavía la encontrarán menos que la gloria: su camino está sembrado de zarzas y espinas, no encontrando en él sino cautelas, pesadumbres e innumerables trabajos. La genuina felicidad se halla tan poco ligada con la fortuna como el cuerpo de Héctor (147) lo estaba al carro de Aquiles. No existe otra felicidad para el hombre que la inserta en su fuero interno, siendo la sabiduría lo que nos hace descubrir ese tesoro.]

(147) Héctor, el hijo mayor de Príamo, rey de Troya, es el principal protagonista de las victorias troyanas, que culminan con la muerte de Patroclo a sus manos. Al enfrentarse a Aquiles, es engañado por la diosa Atenea y se da cuenta de que debe morir. Aquiles lo mata y mutila su cuerpo al arrastrarlo con su carro hasta las naves griegas. El héroe troyano es así despojado de sus cualidades cuasidivinas hasta llegar a ser un simple cádaver mutilado

CAPITULO VIII (148)*

[Las *Philippiques* de La Grange (149) son consideradas en Europa como uno de los libelos difamatorios más potentes que se han redactado jamás, y no faltan razones para ello. Sin embargo, lo que yo debo decir en contra de Maquiavelo resultará mucho más incisivo que cuanto haya dicho La Grange, ya que su obra no era propiamente sino una calumnia dirigida contra el rey de Francia y lo que yo debo reprochar a Maquiavelo son verdades.] Me sirvo de sus propias palabras para confundirlo. Pues, ¿qué podría decir acerca de él más atroz, sino que ha dado reglas para quienes se elevan mediante sus crímenes a la grandeza suprema? Tal es el título del presente capítulo.

Si Maquiavelo enseñase el crimen en un seminario de bribonzuelos, si disertase dogmáticamente sobre la perfidia en una universidad de traidores, no sería extraño que tratara temas de semejante naturaleza; pero él habla a todos los hombres. Porque un autor que pasa por la imprenta se comunica con [todo] el universo; y se dirige principalmente a aquellos hombres que deben ser los más virtuosos, puesto que se hallan destinados a gobernar a los demás. ¿Que hay [pues] más infame y más insolente que enseñarles la traición, la perfidia, el asesinato [y todos los crímenes]? Sería preferible, por el bien del uni-

(148) X: Capítulo Octavo: "Sobre los que han devenido príncipes a costa de crímenes".

(149) François-Joseph Chancel, más conocido como Lagrange-Chancel (1677-1758). Sus *Philippiques*, publicadas en 1720, son una colección de odas en las que se atacaba violentamente al duque de Orleans, a sus hijos y a sus amigos, por lo que se le recluyó en la isla de Santa Margarita.

verso (150)*, que ejemplos tales como los de Agatocles (151) y Oliverotto da Fermo (152), que Maquiavelo gusta de citar, no se volvieron a invocar nunca más (153)*, [o al menos pudiese borrarse su recuerdo de la memoria de los hombres.]

[Nada resulta más seductor que el mal ejemplo.] En el caso de un hombre cuyo instinto se halle inclinado hacia la maldad, las biografías de un Agatocles o de un Oliverotto de Fermo son capaces de cultivar ese peligroso germen al que presta cobijo dentro de su fuero interno sin tan siquiera saberlo. ¡Cuántos jóvenes que han arruinado su espíritu por la lectura de ciertas novelas no veían ni pensaban sino como Gandalin o Medor (154)! Hay cierto aspecto epidémico en la forma de pensar, si se me permite decirlo así, que se comunica de un espíritu a otro. Ese hombre extraordinario, ese rey aventurero digno de la antigua caballería, ese héroe vagabundo cuyas virtudes, llevadas a cierto exceso, degeneraban en vicios, me refiero a Carlos XII (155), llevaba consigo desde su más tierna infancia la vida de Alejandro Magno (156) y muchos de cuantos conocieron bien a este Alejandro del Norte aseguran que fue Quinto-Curcio (157) quien asoló Polonia,

(150) X: "de los hombres".

(151) Agatocles (361-289 a.C.). De humilde familia, pasó de ser un simple soldado a ser primero tirano (317) y luego rey (305) de Siracusa, distinguiéndose por su crueldad y malos instintos. Murió envenenado por su nieto Arcagetes.

(152) Oliverotto da Fermo (1475-1503), uno de los lugartenientes de César Borgia que éste hizo asesinar en Sinigaglia.

(153) X: "permanezcan ignorados de una vez por todas".

(154) Personajes del *Orlando furioso* (1516) de Ariosto.

(155) Voltaire había escrito en 1731 una *Historia de Carlos XII*, cuya personalidad tenía fascinado a Federico desde aquella lectura.

(156) Alejandro Magno, Alejandro III de Macedonia (356-323 a.C.), quien tuvo como preceptor al mismísimo Aristóteles. Junto a la hagiográfica *Anábasis* de Arriano (que utilizó los escritos redactados por varios de sus generales) y la *Vida de Alejandro* de Plutarco (cuyas fuentes fueron bien heteróclitas), hay también una tradición de historiadores y biógrafos hostiles a su figura, que le representan como a un tirano corrompido por el poder y cuyo máximo exponente no es otro que Quinto Curcio.

(157) Quinto Curcio Rufo, historiador romano del siglo I d.C., que escribió una historia sobre Alejandro Magno en diez volúmenes, de los cuales se han perdido los dos primeros. Los que se conservan arrancan en el año 333 a.C. con la marcha de Alejandro a través de Frigia y el corte del nudo gordiano. La narración resulta dramática y novelesca, con detalles reales, pero con poco sentido crítico y cierto desconocimiento del papel de Alejandro en la historia.

que Estanislao fue hecho rey conforme a Poro (158)* y que la batalla de Arbela (159) provocó la derrota de Poltava (160).

¿Se me concederá descender de tan magno ejemplo a otros más menudos? Se me antoja que, cuando se trata de la historia del espíritu humano, las diferencias de las condiciones y de los estados desaparecen, los reyes no son sino hombres [desde un punto de vista filosófico] y todos los hombres son iguales; no se trata en general sino de impresiones o modificaciones que han producido ciertas causas externas sobre el espíritu humano.

Toda Inglaterra sabe lo que ocurrió en Londres hace unos años; se representó una comedia bastante mala con el título de *Cartouche*; el protagonista de dicha pieza era una imitación de la destreza y las fullerías del célebre ladrón. Al salir de ver esas representaciones, muchas personas comprobaban que se les había sustraído sus anillos, sus tabaqueras o sus relojes: Cartouche había logrado hacer discípulos con tanta prontitud como para que practicasen sus lecciones en el propio patio de butacas, [lo que obligó a la policía a interrumpir la peligrosa representación de dicha comedia]. A mi modo de ver, esto pueba bastante bien [que nunca se deben escatimar la circunspección y la prudencia a la hora de proporcionar ejemplos, así como] cuán pernicioso resulta citar lo malo.

La primera reflexión de Maquiavelo sobre Agatocles y sobre Fermosa versa sobre las razones que les sostienen en sus Estados a pesar de sus crueldades. El autor lo atribuye al hecho de que habían cometido dichas crueldades a propósito; ahora bien, mostrarse prudentemente bárbaro y ejercer consecuentemente la tiranía significa, según esta [abominable] política ejecutar sin ambages todas las violencias y todos los crímenes que uno juzgue útiles a sus intereses.

(158) X: "Abdolomino". Voltaire corrige aquí un lapsus de Federico, pues fue Abdolomino a quien Alejandro hizo rey de Tiro, tal como Carlos XII puso a Estanislao Lesczynski en el trono de Polonia. Poro era un rey de la India, que poseía unos terribles elefantes, a pesar de lo cual fue derrotado por Alejandro, si bien éste perdió a su caballo Bucéfalo en esa batalla.

(159) Arbela es una ciudad de Asiria en cuyas proximidades tuvo lugar en el 331 a.C. la batalla de Gaugamela (también conocida como batalla de Arbela), con la que Alejandro venció definitivamente a Darío.

(160) En esta batalla, que tuvo lugar en 1709, el hasta entonces victorioso Carlos XII de Suecia se vio derrotado por el zar Pedro I de Rusia, quien sólo se atrevió a hacerle frente cuando tuvo noticia de que se hallaba herido.

Haced asesinar a quienes os resulten sospechosos, a todo aquel que os inspire desconfianza y a los que se declaren vuestros enemigos, pero no pospongais en absoluto vuestra venganza. Maquiavelo aprueba acciones tales como las *Vísperas Sicilianas* (161) o la espantosa matanza de San Bartolomé (162), en donde se cometieron crueldades que avergüenzan a la humanidad. Este monstruo [desnaturalizado] no tiene para nada en cuenta el horror de esos crímenes, habida cuenta de que su comisión se impone al pueblo y que, al tratarse de acontecimientos recientes en aquel momento, resulta si cabe más espantoso; la razón aducida para ello es que las ideas desaparecen con más facilidad en el público que estas crueldades sucesivas y continuadas por parte de los príncipes, [por las que protegen toda su vida el recuerdo de su ferocidad y de su barbarie:] como si no fuese igualmente malo [y abominable] hacer perecer a mil personas en un día que hacerlas asesinar a intervalos. [La barbarie determinada y pronta de los primeros imprime mayor pavor; la maldad más lenta y reflexiva de los segundos inspira una mayor aversión. La vida del emperador Augusto (163) debería haber sido citado por Maquiavelo; este emperador ascendió al trono manchado por la sangre de sus ciudadanos y manchado por la perfidia de sus proscripciones, pero, siguiendo los consejos de Mecenas (164) y Agripa (165), derrochó tanta dulzura después

(161) Matanza que puso fin en el año 1282 al gobierno de Carlos de Anjou.

(162) La noche de San Bartolomé del año 1572 tuvo lugar en Francia una matanza contra quienes abrazaban la causa protestante.

(163) Augusto (63 a.C.-14 d.C.), primer emperador romano, hijo de la sobrina de Julio César, fue adoptado por éste y declarado su heredero. Al ser deificado César en el año 42 se convirtió en el hijo de un Dios. Cuando Lépido fue conminado a dejar el triunvirato se hizo con el control total del imperio romano occidental, posición que se afianzó todavía más con el romance mantenido por su cuñado, Marco Antonio, con Cleopatra, a quienes derrotará en la batalla naval de Actio. En el año 31 es elegido cónsul con la tarea de restaurar la república; su verdadero logro fue llevar a cabo tal cometido sin renunciar al poder absoluto que por entonces ya ostentaba. Más adelante recibiría los títulos de *imperator*, que se convertiría en la designación oficial de sus sucesores, y de *princeps* o "primer ciudadano".

(164) Mecenas, además de oficiar como consejero áulico del emperador Augusto, haría famoso su nombre como protector de un círculo literario que contaba con Virgilio y Horacio.

(165) Marco Vipsanio Agripa (64-12 a.C.), el más íntimo amigo y mayor partidario del emperador Augusto, fue quien derrotó a Pompeyo en el año 36 y a

de tamañas crueldades como para hacer decir de él que no debía haber nacido ni tampoco haber muerto. Puede que Maquiavelo lamente este giro en Augusto y que por ello mismo le haya encontrado indigno de figurar entre sus grandes hombres.]

[¡Mas qué abominable política es la de este autor! El interés de un único particular desquiciará al mundo y su ambición optará por la maldad, determinándole a los crímenes; ¡espantosa prudencia la de unos monstruos que no se conocen ni se aman sino a ellos dentro del universo y que conculcan todos los deberes de la justicia o de la humanidad al perseguir el furioso torrente de sus caprichosos desenfrenos!]

No basta con tornar confusa la espantosa moral de Maquiavelo; también se hace imprescindible certificar su falsedad y su mala fe.

En primer lugar, falsa es la crónica de Maquiavelo según la cual Agatocles habría gozado en paz del fruto de sus crímenes, pues nunca dejó de guerrear contra los cartagineses e incluso se vió obligado a separarse de su ejército en Africa y sacrificar a sus hijos antes de su partida, muriendo después envenenado por su propio nieto. Oliverotto de Fermo pereció por la perfidia de Borgia, suponiendo esto un digno salario para sus crímenes; y como esto sucedió un año después de su ascensión (166)*, da la impresión de que su caída fue muy acelerada, como si con este castigo se hubiera precipitado aquel que le tenía reservado el odio popular.

El ejemplo de Oliverotto de Fermo no debía haber sido citado por el autor, puesto que no prueba nada. Maquiavelo quería que el crimen fuese dichoso y se ufana por tener alguna buena razón para acreditar tal cosa o, cuando menos, un argumento mínimamente plausible que aducir.

Pero supongamos que el crimen pueda perpetrarse con seguridad y que un tirano pueda ejercer impunemente su maldad; incluso aun cuando no tema en absoluto una muerte trágica, será igualmente desdichado al verse convertido en el oprobio del género humano; no podrá

Marco Antonio en la batalla de Actio. Cuando en el año 23 Augusto cayó enfermo, intentó que Agripa le sucediera. Hasta su muerte fue la mano derecha de Augusto en el gobierno del Imperio, revelándose un administrador tan honesto como capaz.

(166) X: "usurpación". S: "así un pérfido castiga a otro y anticipa con su odio particular aquello que disponía para Oliviero el odio público".

reprimir ese testimonio interno de su conciencia que declara en contra suya (167)*; no será capaz de silenciar esa potente voz que se deja oír sobre los tronos de los reyes [al igual que sobre los tribunales de los tiranos]; no podrá evitar esa funesta melancolía que <, golpeando su imaginación, le hará ver salir de sus tumbas a esos manes sangrientos que su crueldad había enterrado en ellas y no le parecerá que fuerzan las leyes de la naturaleza sino para officiar como sus verdugos en este mundo, vengando así después de su muerte aquel fin desgraciado y trágico que él les granjeó.> (168)*

Léase la vida de un Dionisio (169), de un Tiberio (170), de un Nerón (171), de un Luis XI (172) o de un Iván Vasilievich (173), y se comprobará que tales monstruos, equiparables tanto en insensatez como en impetuosidad, acabaron de una manera [harto funesta y] sumamente desgraciada. El hombre cruel es de un temperamento mi-

(167) En S el resto del presente párrafo presenta esta versión: "un suplicio real e insoportable que lleva siempre en el fondo de su corazón. No, no se compadece con la naturaleza de nuestro ser el que un malvado pueda ser dichoso".

(168) X: < > "que golpeará su imaginación y será su verdugo en este mundo". S: < > "constituye un suplicio real, un suplicio insoportable que lleva en el fondo de su corazón. No, el que un bribón sea dichoso no se compadece para nada con la naturaleza de nuestro ser".

(169) Dionisio I o *Dionisio el Viejo*, tirano de Siracusa del 405 al 367 a.C. Platón visitó su corte y, según dice la leyenda, Dionisio planeó venderlo como esclavo, destino del que sólo se vio salvado por sus amigos.

(170) Tiberio Claudio Nerón César (42 a.C.-37 d.C.). Hijo de Livia, esposa de Augusto, sucedió a éste al frente del Imperio, al haber ido muriendo todos los herederos que habían sido designados previamente.

(171) Nerón (37-68 d.C.), emperador romano a partir del año 54 hasta su muerte. El desastroso incendio que destruyó media Roma en el año 64 probablemente no fue instigado por él, pero el caso es que lo aprovechó para tomar a los cristianos como autores de la desgracia; también permitió que su propia casa fuera destruida por el fuego para construirse un fastuoso palacio.

(172) Luis XI (1423-1483), rey de Francia. Antes de subir al trono en 1461 había intervenido en sublevaciones contra su padre, Carlos VII. Sus primeras medidas para someter a los nobles provocaron la formación de la liga del Bien público, capitaneada por Carlos el Temerario, a quien derrotó uniéndose a sus aliados.

(173) X: "tirano Basilewits". S: "Jean Basilowitz". Iván Vasilievich (1441-1505), gran príncipe de Rusia, que fue llamado *el Grande* por ensanchar sus Estados con la fuerza de las armas. Sus crueldades también le hicieron acreedor del apodo de *El Terrible*, que le sería después arrebatado por Iván IV.

sántropo y atrabiliario; si no combate desde su más temprana juventud esta malhadada disposición de su cuerpo, no sabrá dejar de tornarse tan impetuoso como insensato. Incluso aun cuando no existiera ninguna justicia sobre la tierra ni divinidad alguna en los cielos, sería tanto más necesario que los hombres fuesen virtuosos, puesto que la virtud les une y les resulta absolutamente necesaria para su conservación, mientras que el crimen no puede sino tornarles desdichados y destruirlos.

[Maquiavelo adolece de sentimiento, de buena fe y de razón. Hasta el momento he explicitado su mala moral y su infidelidad a la hora de citar ejemplos. Ahora señalaré ciertas burdas y patentes contradicciones en las que incurre. Dejemos en manos del más intrépido de los comentaristas y el más sutil de los interpretes la tarea de conciliar a Maquiavelo consigo mismo en este punto. En un pasaje del capítulo que nos ocupa, cabe leer lo siguiente: «Agatocles sostuvo su grandeza con un coraje heroico; sin embargo, no puede concedersele el nombre de 'virtud' a los asesinatos y a las traiciones que ha cometido». En cambio, en el capítulo séptimo ha dicho a propósito de César Borgia: «Esperó la ocasión para deshacerse de los Ursinos y los utilizó prudentemente; al examinar globalmente todas las acciones de César Borgia, resulta difícil censurarlas, pues no podía conducirse de otro modo a como lo hizo». ¿Se me permitirá preguntar al autor qué hace diferente a Agatocles de César Borgia? Yo no veo en ellos sino los mismos crímenes e idéntica maldad. De establecerse un paralelismo, resultaría embarazoso decidir cuál de los dos fue más perverso.]

[No obstante, la verdad impone que Maquiavelo vierta de vez en cuando declaraciones donde parece retractarse y pedir perdón de un modo honorable a la virtud. La fuerza de lo evidente le hace decir: «Que un príncipe debe conducirse de una manera siempre uniforme, a fin de que durante los tiempos adversos no se vea obligado a ceder en algo para satisfacer a sus súbditos, pues en tal caso su arrebatada benignidad caería de mérito alguno y sus pueblos no se lo agradecerían en absoluto». Así pues, querido Maquiavelo, la crueldad y el arte de hacerse temer no son en modo alguno los únicos resortes de la política, tal como vos mismo pareceis insinuar, al convenir que el arte de conquistar los corazones representa el fundamento más sólido de la seguridad de un príncipe y de la fidelidad de sus súbditos. No preciso hacer más indagaciones; este testimonio en labios de mi ene-

migo debe bastarme. Supone respetarse muy poco tanto a uno mismo como a su público el redactar y publicar una obra informe, sin ilación, sin orden y plagada de contradicciones. *El Príncipe* de Maquiavelo, aun cuando se haga abstracción de su perniciosa moral, no puede merecer sino el menosprecio del autor, no constituyendo propiamente sino un sueño donde se entrechocan toda clase de ideas, cual accesos de rabia de un insensato que de vez en cuando tiene atisbos de buen sentido.]

[Tal es la recompensa de la maldad: quienes cultivan el crimen en perjuicio de la virtud, incluso aun cuando escapen al rigor de las leyes, pierden el juicio y la razón, al igual que Maquiavelo.]

CAPITULO IX (174)*

No existe un sentimiento más indisoluble de nuestro ser que el de la libertad; desde el hombre más civilizado hasta el más bárbaro, todos se hallan igualmente impregnados por él; al igual que nacemos sin cadenas, también pretendemos vivir al margen de cualquier coacción [, y como no queremos depender sino de nosotros mismos, no deseamos en modo alguno doblegarnos a los caprichos ajenos]. Es este espíritu de independencia y de dignidad el que ha producido tantos grandes hombres en el mundo y que ha dado lugar <a esa clase de gobiernos llamados republicanos que, con el apoyo de sabias leyes, mantienen la libertad de los ciudadanos frente a todo cuanto pueda oprimirla, y que> (175)* establecen una especie de igualdad entre los miembros de una república, lo que les aproxima mucho al estado natural.

Maquiavelo brinda, en este capítulo, buenas [y excelentes] máximas políticas a quienes ascienden hasta el poder supremo mediante la asistencia (176)* de los jefes de una república [o del pueblo]; <algo que me suscita un par de reflexiones, una por lo que atañe a la política y otra por lo que concierne a la moral.> (177)*

[Aunque las máximas del autor sean muy convenientes para quienes ascienden merced al favor de sus conciudadanos, sin embargo se me antoja que los ejemplos de esta clase de ascensos son muy raros

(174) X: "Capítulo Noveno: Del principado civil".

(175) X: < > "a los gobiernos republicanos, los cuales".

(176) X: "el consentimiento".

(177) X: < > "he ahí casi el único caso que permite ser un hombre honesto, si bien por desgracia esto no sucede casi nunca".

en la historia.] El espíritu republicano, celoso hasta el extremo de su libertad, cobra desconfianza respecto de todo cuanto pueda procurarle trabas u obstáculos y se revela contra la sola idea de un señor. Hay en Europa pueblos que se han sacudido el yugo de sus tiranos para disfrutar de una gozosa independencia, pero no hay muestras de lo contrario, es decir, de pueblos que, siendo libres, se hayan sometido a una esclavitud voluntaria.

Diversas repúblicas han vuelto a caer, pasado un tiempo, bajo el despotismo; e incluso parece tratarse de una desgracia inevitable que les aguarda a todas [no siendo sino un efecto de esas vicisitudes y cambios que padecen todas las cosas de este mundo]. Porque, ¿cómo resistiría eternamente una república a todas las causas que minan su libertad? ¿Cómo podría contener en todo momento la ambición de los grandes que alimenta en su seno? [esa ambición que renace sin cesar y que no muere jamás]? ¿Cómo puede esperar salir siempre airosa de las guerras que habrá de sostener? ¿Cómo podrá prevenir esas coyunturas enojosas para la libertad, esos momentos críticos y decisivos, así como esos azares que favorecen a los temerarios y a los audaces? Si sus tropas son mandadas por jefes cobardes y tímidos, se convertirá en fácil presa para sus enemigos; y si cuentan a su cabeza con hombres valientes y audaces, <éstos no serán menos emprendedores en tiempos de paz que en tiempos de guerra;> (178)* [las fallas de su constitución les hará perecer tarde o temprano.]

[Pero, si las guerras civiles resultan funestas para un Estado monárquico, todavía lo son mucho más para un Estado libre; se trata de una enfermedad que les es mortal: en su pro, los Sila (179) conservaron la dictadura en Roma, los César se volvieron señores merced a las armas que les habían puesto en sus manos y los Cromwell estuvieron a punto de ascender al trono.]

(178) X: <> "resultarán peligrosos en la paz, después de haber servido durante la guerra".

(179) Sila, Lucio Cornelio (138-78 a.C.), general romano cuya crueldad vengativa se hizo proverbial. Tras gobernar tiránicamente en Grecia y Asia, regresó a Italia con un ejército cargado de botín. Se apoderó de Roma en el año 82 y fue proclamado dictador. Decidió exterminar a sus enemigos mediante la proscripción, lo que le permitía escribir en una lista los nombres de quienes habían de ser ejecutados sin juicio, así como confiscar sus propiedades, para recompensar a sus asesinos y delatores.

Casi todas las repúblicas han salido del abismo (180)* de la tiranía para subir a la cima de la libertad y casi todas ellas han vuelto a perder esa libertad para caer de nuevo en la esclavitud. Esos mismos atenienses que, en tiempos de Demóstenes (181), ultrajaron a Filipo de Macedonia (182), se arrastraron ante Alejandro; esos mismos romanos que abjuraron de la realeza tras desterrar a sus reyes, sufrieron pacientemente, tras la revolución de unos cuantos siglos, todas las crueldades de sus emperadores; y esos mismos ingleses que se ilusionaron con la muerte de Carlos I (183), porque éste usurpaba sus derechos, plegaron la rigidez de su coraje bajo el altivo poder (184)* de su protector. Así pues, no fueron esas repúblicas las que eligieron darse unos señores, sino que fueron unos hombres emprendedores, ayudados por algunas coyunturas favorables, los que las sometieron contra su voluntad [y a la fuerza].

Del mismo modo en que los hombres nacen, viven un tiempo y mueren por enfermedad o por la edad, también las repúblicas se forman, florecen algunos siglos y perecen finalmente por la audacia de un ciudadano o por las armas de sus enemigos. Todo tiene su momento, todos los imperios y las más grandes monarquías no disponen sino de un tiempo muy limitado <, y no hay nada en el universo que no se halle sometido a las leyes del cambio y de la destrucción.> (185)* [El despotismo propina el golpe mortal a la libertad y acaba más pronto o más tarde con la suerte de una república. Unas se sostienen más tiempo que otras, según la fuerza de su temperamento; en todo cuanto depende de ellas retrasan el momento fatal de su ruina y se sirven de

(180) S: "la servidumbre".

(181) Demóstenes (384-322 a.C.) fue sin duda el más brillante de los oradores atenienses y su nombre se ha convertido en sinónimo de la elocuencia. Ejerció una notable influencia en la política de Atenas y pronunció las famosas arengas conocidas como *Filípicas*, para combatir a Filipo de Macedonia. Cicerón habría de dar este título a sus catorce discursos dirigidos contra Marco Antonio.

(182) Filipo de Macedonia (359-336 a.C.), padre de Alejandro Magno y al que los atenienses detuvieron en la célebre batalla de las Termópilas.

(183) Carlos I (1600-1649), rey de Inglaterra, fue derrocado y ejecutado a muerte por Cromwell.

(184) S: "la fiera y diestra tiranía".

(185) X: "todas las Repúblicas sienten que ese tiempo llegará y ven en cualquier familia demasiado poderosa el germen de la enfermedad que les debe propinar el golpe mortal".

todos los remedios que les dicta la prudencia para prolongar su destino; pero al fin y a la postre se ha de ceder a las leyes eternas e inmutables de la naturaleza, haciéndose necesario que perezcan cuando la cadena de los acontecimientos acarree su pérdida.]

[Por otra parte, no es a los hombres concedores de lo que es ser feliz, y que quieren serlo, a quienes se debe proponer renunciar a la libertad.]

Nunca se persuadirá a <un republicano, a Catón (186) o a Littleton (187), que el gobierno monárquico es la mejor forma de gobierno cuando un rey alberga la intención de cumplir con su deber, habida cuenta de que su voluntad y su poder vuelven eficaz su bondad.> (188)* [De acuerdo, os dirá; ¿mas donde se encuentra este fénix de los príncipes? Se trata del hombre de Platón (189), de aquella Venus

(186) Catón de Utica (95-46 a.C.), bisnieto de Marco Porcio Catón *el Viejo* o *el Censor*, cuyo carácter austero se ha hecho proverbial, fue un hombre de principios estoicos inflexibles y absoluta integridad, que se vio empujado, por su devoción a la tradición romana y su deseo de emular la virtud de su bisabuelo, a apoyar al gobierno senatorial y la causa republicana. Fue el principal opositor al primer triunvirato de César, Pompeyo y Craso. Al comprobar que la victoria de César era inevitable, decidió suicidarse, tras dedicar toda la noche a leer el *Fedón* de Platón. Su muerte confirió su propia nobleza al bando republicano perdedor, hasta el punto de lograr infundir en los romanos un ideal republicano mucho después de que hubiera muerto el republicanismo.

(187) Sir Thomas Littleton (1407-1481), jurisconsulto inglés en cuya obra (*Tratado de las tenencias territoriales*) se basarían las leyes inglesas relativas a la propiedad.

(188) X: < > "a republicanos verdaderamente libres de darse un señor, y me refiero al mejor de los señores; pues, a su juicio, siempre vale más depender de las leyes que del capricho de un solo hombre". S: ... "Las leyes son justas por su naturaleza y el hombre ha nacido injusto; ellas constituyen el remedio para nuestros males y este remedio puede tornarse muy fácilmente en un veneno mortal en manos de quien así lo quiera. Comoquiera que la libertad es un bien con el cual nacemos, por qué razón —dirán los republicanos— hemos de despojarnos de tal bien. Tan criminal es rebelarse contra un soberano establecido por las leyes como querer sojuzgar a una república".

(189) Platón (427-347 a.C.), el fundador del idealismo filosófico y uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos. Su vida y sus escritos reflejan la enorme influencia ejercida por Sócrates. Al regresar de sus viajes por Egipto y la Magna Grecia, donde trabó conocimiento con los pitagóricos, fundó en Atenas una escuela cerca de un pequeño bosque consagrado al héroe Academo, del cual tomó su nombre la Academia platónica. En ella Platón y sus discípulos, entre los que se

de Médicis que un hábil escultor formó con el ensamblaje de cuarenta bellezas diferentes y que nunca existió sino en mármol. Sabemos lo que comporta la humanidad y cuán pocas virtudes resisten al poder ilimitado de satisfacer sus deseos y a las seducciones del trono. Vuestra monarquía metafísica sería un paraíso sobre la tierra, si existiera alguna; mas el despotismo, tal como es realmente, troca este mundo en un verdadero infierno.]

[Mi segunda reflexión atañe a la moral de Maquiavelo. No sabría dejar de reprocharle su tesis según la cual el interés constituye el nervio de todas nuestras acciones, tanto de las buenas como de las malas. Es cierto, según avala una opinión muy generalizada, que el interés cuenta mucho en un sistema despótico, mientras que la justicia y la probidad no entran para nada en juego; pero se debería exterminar de una vez por todas aquella espantosa política que no se pliegue a las máximas de una moral sana y depurada. Maquiavelo pretende que todo cuanto se hace en el mundo es realizado por mor del interés, al igual que los jesuítas quieren salvar a los hombres únicamente por el temor al diablo, soslayando el amor de Dios. La virtud debería ser el único motivo de nuestras acciones, porque quien habla de la virtud está hablando de la razón; se trata de cosas inseparables y que lo serán siempre que se quiera obrar consecuentemente. Seámos, pues, razonables, puesto que no es sino un poco de razón lo que nos distingue de las bestias y no es sino la bondad lo que nos acerca a ese ser infinitamente bueno al cual debemos toda nuestra existencia.]

contaba Aristóteles, se dedicaron al estudio de las matemáticas, la dialéctica y de todos los campos que parecían relevantes para la educación de los futuros estadistas o políticos. Al final de la guerra del Peloponeso (uno de los Treinta Tiranos era tío suyo) y durante la restauración de la democracia Platón había pretendido entrar en política, pero la repugnancia por los actos criminales cometidos por los tiranos y la condena de Sócrates en el segundo intento le disuadieron, concluyendo que la única esperanza para las ciudades era que los filósofos se convirtieran en gobernantes o los gobernantes en filósofos. Con este propósito acudirla por dos veces a Siracusa, para formar un rey-filósofo.

CAPITULO X (190)*

Desde los tiempos en que Maquiavelo escribió su *Príncipe político*, el mundo ha cambiado tanto, que casi es irreconocible. [Las artes y las ciencias, que comenzaban por entonces a renacer de sus cenizas, se resentían todavía de la barbarie donde el establecimiento del cristianismo, las frecuentes invasiones godas en Italia y una sucesión de guerras tan crueles como sangrientas las habían sumido. Hoy por hoy, casi todas las naciones han renovado sus costumbres, los príncipes débiles se han vuelto poderosos, las artes se han perfeccionado y la faz de Europa es por entero diferente de como lo era en el siglo de Maquiavelo.]

[Si un filósofo de aquellos lejanos tiempos retornase al mundo, se encontraría a sí mismo harto idiota e ignorante y ni tan siquiera sería capaz de comprender la nueva jerga filosófica; hasta el cielo y la tierra le serían poco familiares, pues, en lugar de aquella quietud que él suponía para nuestro globo, vería el mundo y todos los astros sometidos a las leyes del movimiento propulsor y de la atracción que, configurando diferentes elipses, giran alrededor del sol, el cual tiene un movimiento espiral sobre su eje; en lugar de aquellos extraños vocablos cuyo carácter enfático recubría con su oscuridad el sinsentido de sus pensamientos y que ocultaban su soberbia ignorancia, se le enseñaría a conocer la verdad y la evidencia simple y claramente; y su miserable relato sobre la física se vería canjeado por experiencias admirables, ciertas y sorprendentes.]

(190) X: "Capítulo Décimo: De cómo es necesario calibrar la fuerza de todos los principados". S: "Capítulo X: De las fuerzas de los Estados".

Si algún diestro capitán de Luis XII reapareciera en nuestros días, estaría completamente desorientado: comprobaría que la guerra se hace con ejércitos (191)* copiosísimos, que con frecuencia son difíciles de hacer subsistir en plena campaña a causa de su número, pero que los príncipes mantienen tanto durante la paz como en la guerra; no como en los tiempos de nuestro capitán, cuando bastaba un puñado de gente, a la que se licenciaba en cuanto acababa la guerra, para ejecutar grandes empresas. En lugar de aquellas mallas y armaduras, de esas lanzas y mosquetones [cuyo uso conocía], se toparía con uniformes, fusiles con ballonetes, nuevos métodos para <hacer la guerra, una infinidad de inventos letales para el ataque y la defensa de las plazas> (192)*, así como todo cuanto es necesario en la hora presente para pertrechar a las tropas.

Mas, ¡qué no diría el propio Maquiavelo si pudiese ver la nueva forma del cuerpo político europeo, con tantos grandes príncipes que figuran ahora en el mundo y que no existían entonces, con el poder de los reyes sólidamente establecido, la forma de negociar de los soberanos, [con esos espías privilegiados mutuamente mantenidos en todas las cortes,] y esta balanza que establece en Europa la alianza de algunos príncipes considerables para oponerse a los ambiciosos, [que subsiste por prudencia, que mantiene la igualdad,] y cuyo único objetivo es el reposo del mundo!

Todas estas cosas han provocado un cambio tan universal y generalizado que vuelven a la mayoría de las máximas de Maquiavelo inaplicables a nuestra política moderna. Esto es lo que principalmente pone de manifiesto este capítulo. Debo aportar algunos ejemplos.

Maquiavelo supone: «Que un príncipe cuyo país sea tan extenso como para contar por ello con mucho dinero y muchas tropas puede sostenerse merced a sus propias fuerzas, sin contar con la asistencia de ningún aliado, contra los ataques de sus enemigos».

Esto es lo que me atrevo a contradecir [muy modestamente]; cualquier príncipe, por muy temible que resulte, no sabría resistir por sí solo a enemigos poderosos y le sería necesario el auxilio de algún aliado. Si [el más grande,] el más formidable, el más poderoso príncipe

(191) S: "tropas".

(192) X: < > "para acampar, asediar y librar una batalla".

de Europa, si Luis XIV (193) estuvo a punto de sucumbir en la guerra de sucesión española y, falto de alianzas, casi no pudo resistir a la coalición de una infinidad de reyes y príncipes, que pretendían aplastarlo, con mayor razón todo soberano menos poderoso que éste no puede, sin arriesgarse mucho, permanecer aislado y sin tener [buenas] y fuertes alianzas.

Suele decirse, y esto se repite de un modo irreflexivo, que los tratados son inútiles, puesto que casi nunca se satisfacen todos sus puntos, mostrándose nuestro siglo mucho menos escrupuloso que cualquier otro sobre este particular. Mi respuesta para quienes piensan así es que, si bien no dudo en modo alguno que cabe encontrar ejemplos, tanto antiguos como mucho más recientes, de príncipes que no hayan cumplido exactamente con sus compromisos, no deja de resultar hartamente ventajoso firmar tratados, pues esos aliados siempre serán [, si no otra cosa,] unos cuantos enemigos a descontar y, en caso de no prestar ninguna ayuda, observarán una exquisita (194)* neutralidad.

Maquiavelo habla a continuación de los *principini*, de esos soberanos en miniatura que, no poseyendo sino pequeños Estados, no pueden ni tan siquiera poner un ejército en campaña; y el autor hace mucho hincapié en la necesidad que dichos principillos tienen de fortificar su capital, a fin de encerrarse allí con sus tropas en caso de guerra.

Los príncipes (195)* de los que habla Maquiavelo no son propiamente sino hermafroditas de soberanos y particulares, que no juegan el papel de grandes señores sino con sus domésticos. El mejor consejo que se les podría dar, a mi parecer, es el disminuir bastante la infinita opinión que tienen respecto de su grandeza, sobre la extrema veneración que profesan a su antigua e ilustre raza y el inviolable celo que tienen por sus blasones. Las personas sensatas aseguran que harían mejor no figurando en el mundo sino como simples particulares bien

(193) Luis XIV (1638-1715) de Francia, *el Rey Sol*. La vida errante de la corte durante las revueltas de la Fronde explica la profunda desconfianza que profesó hacia París, el parlamento y los grandes, a quienes mantuvo alejados de toda función política. En 1700 decidió defender los derechos de su nieto, el duque de Anjou (futuro Felipe V de España), en la guerra de sucesión española, empresa que habría de durar diez largos años y arruinaría sus finanzas.

(194) S: "observarán cuando menos por algún tiempo la neutralidad".

(195) X: "italianos".

asentados y abandonaran de una buena vez los zancos sobre los que les sube su orgullo, que no deberían mantener sino una guardia suficiente para detener a los allanadores de sus castillos, en caso de que hubiera tantos necesitados como para ir a buscar en ellos su subsistencia, eliminando las rampas, las murallas y todo cuanto pueda dar el aire de una plaza fuerte a su residencia.

He aquí las razones: la mayor parte de los pequeños príncipes, señaladamente los de Alemania, se arruinan por el gasto, excesivo en proporción a sus rentas, que les hace librar la embriaguez de su vana grandeza; se hunden para sostener el honor de su casa, tomando por vanidad el camino de la miseria y el hospital; hasta el segundón del segundón de cualquier linaje se imagina ser algo comparable a Luis XIV; contruye su Versalles, besa a su Maintenon (196) y sostiene sus ejércitos.

Hoy en día cierto príncipe [alemán] (197) descendiente de una gran casa, por un prurito de grandeza, mantiene a su servicio exactamente el mismo cuerpo de tropas que componen la casa del rey (198)*, pero en una forma tan diminuta que se precisa un microscopio para percibir cada uno de tales cuerpos en particular; su ejército sólo sería lo bastante fuerte como para representar una batalla en el teatro de Verona (199).

(196) Françoise d'Aubigné, marquesa de Maintenon (1635-1719), esposa clandestina de Luis XIV. En 1669 se le confió el cuidado de los dos hijos que la marquesa de Montespán tenía con Luis XIV. Al entrar ellos en palacio, también lo hizo su institutriz, cuyo distinguido porte y talento no tardaron en hacerla suplantar a la de Montespán. En 1674 compró la finca de Maintenon y desde 1680 fue abiertamente la "mejor amiga" del rey, hasta que, una vez muerta la reina María Teresa (1685), se unieron secretamente en matrimonio. Voltaire cambiará el nombre propio y hablará de que: «construye su Versalles, tiene sus dueñas, y sostiene sus ejércitos» (X).

(197) Preuss (el editor de las obras de Federico) cree que aquí se alude al príncipe Ernesto-Augusto, duque de Saxe-Weimar, el cual mantenía un batallón de setecientos hombres, un escuadrón de ciento ochenta mercenarios y una compañía de caballería, con tan sólo cuatrocientos mil escudos de renta. Federico había visto estas tropas en 1703 cerca de Mühlberg.

(198) X: "de un gran rey."

(199) El razonamiento de Federico no es descabellado, pero tampoco lo era la postura contraria, si se toma en consideración al Imperio en cuyo seno todos estos minúsculos príncipes podrían agruparse y dotar así de sentido a sus gastos militares.

Decía, en segundo lugar, que los pequeños príncipes hacían mal en fortificar su residencia y la razón para ello es bien sencilla (200)*: no se hallan en el caso de poder verse asediados por sus pares, puesto que los vecinos más poderosos no dejan de entremezclarse en sus altercados, brindándoles una mediación que no pueden rehusar, de tal modo que, en lugar de verterse la sangre, dos plumazos acaban con sus pequeñas querellas.

¿De qué le servirían sus fortalezas? Pues, aun cuando fueran capaces de sostener un asedio tan largo como el de Troya frente a sus pequeños enemigos, no soportarían uno como el de Jericó ante los ejércitos de un monarca poderoso. Si, por otra parte, las grandes guerras tuvieran lugar cerca de sus dominios, no depende de ellos el permanecer neutrales o quedar arruinados; al abrazar la causa de una de las potencias beligerantes, su capital se troca en el campo bélico de dicho príncipe.

[Victor-Amadeo (201), infinitamente superior por su poderío al tenor de los príncipes de que venimos hablando, sufrió en todas las

A decir verdad, esta fórmula había funcionado en más de una ocasión. Sin embargo, Federico está interesado en su desaparición y sus diatribas no carecen de maquiavelismo; su divisa será —como se vería bien pronto— destruir Alemania para dar paso a Prusia.

(200) S: "Si no estuviesen rodeados sino por príncipes tan débiles como ellos, tendrían motivos para fortificar sus pequeñas plazas; dos bastiones y doscientos soldados representarían tanto para ellos como para sus vecinos lo que auténticas fortalezas y cien mil hombres para los grandes reyes. Pero si estos señores están en la misma situación que los barones de Francia o Inglaterra, si son señores del Imperio, tales tropas y fortalezas pueden arruinarlos antes que engrandecerlos. El fasto de la soberanía es peligroso cuando falta el poder de la misma: con frecuencia uno arruina su casa para sostener en demasía la grandeza; más de un príncipe linajudo ha hecho esta triste experiencia. Tener una especie de ejército, cuando no se debe contar sino con una pequeña guardia o mantener ésta, cuando bastan unos cuantos lacayos, no denota ambición, sino una vanidad que puede conducir a la indigencia."

(201) Victor-Amadeo II (1670-1732), décimoquinto y último duque de Saboya. Habiendo entrado en la Liga de los Ausburgo contra Luis XIV, estuvo a punto de perder todos sus Estados, ya que los franceses invadieron Saboya y el Piamonte, devastando cuanto encontraban a su paso y sólo abandonaron esos territorios cuando Victor-Amadeo comprometió su neutralidad. En 1701 entró con España y Francia en la Liga contra el emperador, siendo nombrado general en jefe de los ejércitos aliados, pero ciertas desavenencias con los franceses le hicieron colo-

guerras de Italia una suerte muy enojosa para sus fortalezas: la propia Turfn experimentó el flujo y el reflujo de la dominación francesa e imperial.]

[La ventaja de las ciudades abiertas es que en tiempos de guerra nadie se preocupa de ellas, puesto que se las ve inútiles y nadie está interesado en disputar su posesión.]

La idea que nos da Maquiavelo de las ciudades imperiales alemanas es completamente diversa de como son ahora: bastaría un petardo y, en su defecto, un mandato del emperador para hacerse dueños de tales ciudades. Todas están mal fortificadas, la mayoría con antiguas murallas flanqueadas en algunos emplazamientos por gruesas torres y rodeadas por fosos casi tapados por los desprendimientos de tierras. Disponen de pocas tropas y las que hay carecen de disciplina; sus oficiales son, o la hez de Alemania, o vejestorios que ya no prestan servicio alguno. Algunas de tales villas imperiales cuentan con una buena artillería, pero esto no resulta suficiente para oponerse al emperador, que está acostumbrado a hacerles sentir con bastante frecuencia su inferioridad.

En una palabra, hacer la guerra, librar batallas, atacar o defender las fortalezas, es únicamente tarea de los grandes príncipes; y quienes quieren imitarlos sin igualar su poder incurrir en la ridícula postura de Domiciano (202)*, quien, remedando el sonido del trueno, pensaba persuadir con ello al pueblo romano de que él era Júpiter.

carse al lado de Austria. Francia y España invadirían más tarde sus dominios, que sólo pudo recuperar gracias a la intervención del célebre general austriaco Eugenio de Saboya. Por los tratados de Utrecht y Rastadt aumentó sus posesiones, llegando a recibir el título de rey de Sicilia, que cambió después por el de rey de Cerdeña.

(202) X: "poder, asemejándose a quien..." Voltaire ha suprimido el nombre de Domiciano, sin sustituirlo por la referencia correcta: Salmoneo, ese hijo de Eolo a quien Virgilio situó en los abismos más profundos del Tártaro a causa de su impía arrogancia de pretender compararse con Júpiter, conduciendo de un lado a otro su carruaje de bronce para imitar el trueno y arrojando antorchas para simular sus rayos. Zeus los destruyó a él y a su ciudad fulminándolos.

CAPITULO XI (203)*

<Siempre he considerado algo muy extraño que quienes se proclaman sucesores de los apóstoles, es decir, de unos indigentes que predicaron la humildad y el arrepentimiento, posean muchos bienes, gusten de lujosos refinamientos y cubran puestos más propios para satisfacer la vanidad del siglo o la ostentación de los grandes que para ser ocupados por hombres destinados a meditar sobre la vacuidad de la vida humana o sobre su salvación. Vemos, en cambio, que el clero de la Iglesia romana es abrumadoramente rico, que los obispos detentan el rango de príncipes soberanos y que el poder tanto temporal como espiritual del primer obispo de los cristianos le convierte en una especie de árbitro para los reyes, encarnando algo así como una cuarta persona de la divinidad.>

<Los eclesiásticos y los teólogos distinguen con más minuciosidad que nadie entre los atributos del alma y del cuerpo; pero deberían retocar sus argumentos por lo que atañe a su ambición. Vos, podría decirse, cuya vocación entraña los deberes de vuestro ministerio espiritual, cómo habéis podido confundirlo tan groseramente con el temporal? Vos que empleáis tan sutilmente el *distingo* cuando se trata del espíritu, que no conocéis en absoluto, y de la materia, que conocéis bien poco, ¿a qué obedece hacer caso omiso de tales distinciones en cuanto se trata de vuestro interés? Estos señores se preocupan muy poco de la jerga ininteligible que hablan y mucho de las gruesas rentas que se procuran. Su forma de razonar debe ser tan conforme a la

(203) X: "Capítulo Undécimo: De los principados eclesiásticos". S: "Capítulo XI: De los Estados eclesiásticos."

ortodoxia como su forma de actuar lo es a las pasiones que les animan y los objetos palpables de la naturaleza se superponen sobre lo estrictamente intelectual tanto como la felicidad real de esta vida prima sobre la dicha ideal del otro mundo.>

<Este sorprendente poder de los eclesiásticos representa el tema del presente capítulo, al igual que todo cuanto concierne a su gobierno temporal.>

<Maquiavelo entiende que los príncipes eclesiásticos son muy dichosos, pues no han de temer ni la sublevación de sus súbditos ni la ambición de sus vecinos: el respetable e impositivo nombre de la divinidad les pone al abrigo de todo cuanto pudiera oponerse a su interés y a su grandeza; los príncipes que les atacasen temerían la suerte de los Titanes (204) y los pueblos que les desobedecieran correrían con el destino de los sacrílegos. La piadosa política de esta especie de soberanos se aplica a persuadir al mundo de lo que Despréaux (205) expresa tan bien en este verso: «Quien no ama a Cotin (206) no ama ni a Dios ni al rey».>

<Lo más extraño es que tales príncipes topan con bastantes ingenuos cuya credulidad se basa en la buena fe y que se adhieren sin examen alguno a lo que los eclesiásticos gusten de hacerles creer.> (207)*

Sin embargo, en ningún país prolifera tanto la mendicidad como

(204) Los Titanes, hijos de Urano (el Cielo) y Gea (la Tierra) constituyen una generación anterior a los dioses olímpicos. Cuando Zeus, ayudado por su madre Rea, incitó a Cronos a vomitar a sus otros hijos, se entabló una ardua batalla entre los Titanes y los hermanos de Zeus capitaneados por éste. La batalla duró diez años e hizo temblar el universo hasta sus cimientos, hasta que finalmente los Titanes resultaron vencidos y Atlas fue condenado a soportar la bóveda celeste sobre sus hombros.

(205) Nicolás Boileau-Despréaux (1636-1711), poeta y crítico francés, cuya casa era lugar de reunión para todas las celebridades del momento. Entre sus obras destacan sus *Sátiras*, sus *Epístolas* y *El arte poético*. Por su temible mordacidad, extraordinaria cultura y buen gusto, ejerció una considerable influencia entre los literatos de su época.

(206) Charles Cotin (1604-1682), predicador y escritor francés, particularmente conocido por las sátiras que le dedicaron Boileau y Molière, quien le presentó en escena bajo el nombre de Trissotin en sus *Femmes savantes*.

(207) Estos cuatro primeros párrafos del presente capítulo fueron modificados así en X: < > "En la antigüedad los sacerdotes no solían hacerse soberanos. De todos los pueblos de los que tenemos algún conocimiento, creo que sólo entre los

en los eclesiásticos; es el mejor lugar para ver un cuadro relativo a todas las miserias humanas, que no es la de esos pobres atraídos por la liberalidad y las limosnas de los soberanos, de esos insectos que se pegan a los ricos y que se arrastran en pos de la opulencia, sino la de esos pordioseros famélicos a quienes la caridad de los obispos priva de todo lo necesario, para prevenir la corrupción y los abusos que el pueblo tiene costumbre de hacer con lo superfluo.

Sin duda, son las leyes de Esparta, donde el dinero estaba prohibido, sobre las que se fundan los principios de esos gobiernos eclesiásticos, con la diferencia de que los prelados se reservan para sí el uso de aquellos bienes devotamente arrebatados a los súbditos. ¡Dichosos —dicen— los pobres, porque ellos heredarán el reino de los cielos! Y como quieren que todo el mundo se salve, se cuidan de que todo el mundo sea indigente. ¡Oh piedad eclesiástica, cuán incomprendida se ve vuestra sabia previsión!

Nada debería resultar más edificante que la historia de los jefes de la Iglesia, dada su condición de vicarios de Jesucristo; uno está convencido de encontrar en ellos ejemplos de costumbres irreprochables y santas; sin embargo, sucede todo lo contrario: no nos encontramos sino con obscenidades, abominaciones y fuentes de escándalo; nadie sabría leer la vida de los papas sin detestar sus crueldades y sus perfidias (208)*.

Su ambición por aumentar su poder temporal y su grandeza resulta

judíos tuvieron una serie de pontífices despóticos. No es extraño que en la más supersticiosa e ignorante de todas las naciones bárbaras, quienes estaban a la cabeza de la religión usurparan el manejo de los asuntos; pero, por lo demás, creo que los sacerdotes no se mezclaban en algo ajeno a su función. Hacían sacrificios, percibían un salario, gozaban de ciertas prerrogativas, pero no instruían ni gobernaban; y esto era así, a mi modo de ver, porque carecían de dogmas para dividir a los pueblos, así como del poder para abusar de ellos, razón por la cual entre los antiguos no se dio jamás ninguna guerra de religión. Cuando Europa, en la decadencia del Imperio romano, se convirtió en una anarquía de bárbaros, todo fue dividido en mil pequeñas soberanías; muchos obispos se hicieron príncipes y el obispo de Roma fue el primero en dar este ejemplo. Se diría que bajo esos gobiernos eclesiásticos los pueblos deberían vivir bastante dichosos, porque los príncipes electores, los príncipes elevados a la soberanía en una edad avanzada, los príncipes cuyos Estados son muy poco extensos, como es el caso de los eclesiásticos, deben cuidar de sus súbditos, si no por religión, al menos por política."

(208) Los dos últimos párrafos rezan así en la versión S: "Se diría que los

tan descarada como su avaricia por transferir buenos patrimonios [bajo pretextos injustos y deshonestos] a sus familias, para enriquecer a sus sobrinos, sus amantes o sus bastardos (209)*.

Quienes no reflexionan mucho encuentran bastante singular que los pueblos sufran con tanta docilidad y paciencia la opresión de esa especie de soberanos, los cuales no abren los ojos sobre los vicios y los excesos de los eclesiásticos [que les degradan], soportando de una cabeza tonsurada lo que no consentirían a una cabeza coronada de laureles. Este fenómeno parecerá menos extraño a quienes conocen el poder de la superstición sobre los idiotas y del fanatismo sobre el espíritu humano; éstos saben que la religión es una vieja máquina que no se desgastará jamás y a la que siempre se ha recurrido para asegurar la fidelidad de los pueblos colocando un freno a la indocilidad de la razón humana; saben que el error puede cegar a los hombres más penetrantes y que no hay nada más triunfante que la política de quienes colocan cielo e infierno en ella. Tanto Dios como los demonios son puestos en marcha para conseguir sus deseos. Hasta tal punto esto es así que incluso la [verdadera] religión, la más pura fuente de nuestros bienes, se vuelve a menudo, merced a un deplorable abuso de la misma, el origen y el principio de todos nuestros males (210)*.

pueblos de estos países viven bajo las leyes de Esparta, que prohibían el oro y la plata; ley de la que prácticamente sólo quedan exentos sus soberanos. La razón general es que, habiendo llegado tarde al gobierno y teniendo tan pocos años para disfrutar de tal condición como muchos herederos a enriquecer, raramente tienen la voluntad, y nunca el tiempo, de ejecutar empresas largas y útiles. Las grandes instituciones, el comercio, todo cuanto exige comienzos lentos y penosos, no son acometidos por ellos, que se ven a sí mismos como viajeros alojados en una casa prestada. Su trono les es extraño, pues no lo han recibido de sus padres ni tampoco lo legan a su posteridad. No pueden albergar ni los sentimientos de un rey, de un padre de familia que trabaja por los suyos, ni tampoco los de un republicano que inmola todo por su patria; es más, si alguno de ellos pretende officiar como padre de su pueblo, habrá de morir antes de fertilizar el campo que sus predecesores han dejado cubrirse de zarzas y espinas."

(209) Este párrafo es distinto en S: "Ésa es la razón de que se haya murmurado durante tan largo tiempo contra ciertos soberanos eclesiásticos, los cuales cebaban con la sustancia del pueblo a sus amantes, sobrinos o bastardos. La historia de los jefes de la Iglesia no debería proporcionar sino monumentos de virtud. Pero ya sabemos lo que cabe detectar en ella y cuántas veces se ha corrompido lo que debería ser extremadamente puro."

(210) A partir de la segunda frase del presente párrafo el texto ha sido retocado

El autor señala muy atinadamente aquello que más contribuye al ascenso hasta la Santa Sede. Atribuye la razón principal a la hábil conducta de Alejandro VI, de ese pontífice que llevaba su crueldad y su ambición hasta unos excesos inimaginables, y que no conocía otra justicia salvo la perfidia (211)*. <Así pues, no debería confundirse sin caer en la blasfemia el edificio de la ambición de dicho pontífice con la obra de la divinidad. El cielo no sabría tener arte ni parte en la elevación de esa grandeza temporal, que sólo es la obra de un hombre pérfido y depravado; con los eclesiásticos, y al margen del rango que ocupen, nada vale más que distinguir cuidadosamente entre el chalán de la palabra de Dios, en tanto que anuncian las órdenes divinas, y el hombre corrupto, en cuanto que no piensan sino en satisfacer sus pasiones.> (212)*

El elogio de León X (213) ocupa la conclusión de este capítulo <; pero dicho laudo carece prácticamente de peso específico alguno, al ser Maquiavelo contemporáneo de tal Papa. Toda alabanza vertida

en S: "Maquiavelo atribuirá esta docilidad del pueblo a la gran habilidad de sus maestros, que eran a un tiempo sabios y malvados; en mi opinión la religión ha contribuido demasiado a que los pueblos quedaran retenido bajo el yugo. Un mal papa podía resultar odioso, pero su carácter era reverenciado; el respeto debido a su cargo llegaba hasta su persona. El espíritu de los nuevos romanos acarició cien veces la idea de cambiar de señor; pero éste portaba en sus manos un arma sagrada que les paralizaba. Algunas veces se han dado revueltas contra los papas, pero nunca se dieron en la Roma sumisa bajo la tiara la céntesima parte de las revoluciones acontecidas en la Roma pagana; ¡cuánto pueden cambiar las costumbres de los hombres!"

(211) X: "su propio interés".

(212) X: < > "Ahora bien, ¿si uno de los hombres más malvados que haya portado nunca la tiara es quien más se ha aferrado al poder papal, qué debe pensarse de los héroes de Maquiavelo?"

(213) Juan de Médicis (1475-1521), sumo pontífice desde 1513 con el nombre de León X. Hijo del famoso Lorenzo de Médicis, este Papa se distinguió por ese amor a las artes y las letras que parecía hereditario en su familia, llamando a Roma a artistas tan insignes como Rafael de Urbino y Miguel Ángel. En los asuntos políticos de Francia procuró la paz entre Luis XII y el emperador Maximiliano, pero no pudo impedir la guerra que terminó con la derrota de los franceses y sus aliados venecianos. Cuando en 1515 Francisco I invadió Milán, el Papa se alió con el emperador y el rey de España, si bien la victoria del monarca francés en Marignan le obligó a negociar con éste. El encomendar a los dominicos, en lugar de a los agustinos, la predicación de las indulgencias, dió pie a las tesis de Lutero, quien sería excomulgado en el último año de su pontificado.

por un súbdito hacia su señor, o de un autor a un príncipe, es sospechosa de caer en la lisonja. Nuestra suerte no debe ser decidida sino por la posteridad, que juzga sin interés ni pasión algunos. Maquiavelo debería caer en el defecto de la adulación menos que cualquiera otro, al no ser un juez competente del auténtico mérito ni conocer tan siquiera lo que es la virtud; por ello no sé si hubiera resultado más ventajoso verse alabado o reprobado por su pluma. Dejo esta cuestión abierta, para que sea el lector quien la juzgue.> (214)*

(214) X: < > "cuya ambición, desenfrenos e irreligión son sobradamente conocidos. Maquiavelo no lo alaba expresamente por estas cualidades, pero sí lo hace su corazón: tales príncipes bien merecen semejantes cortesanos. Si no hubiese ensalzado a León X sino como un príncipe magnífico y restaurador de las artes, llevaría razón; pero es que lo alaba como político. S: < > "Tenía talentos, mas no sé si virtudes; sus excesos, su mala fe, sus caprichos, son bastante conocidos. Maquiavelo no lo alaba expresamente por estas cualidades, pero sí lo hace su corazón: tales príncipes bien merecen semejantes cortesanos. Maquiavelo alaba a León X y regatea elogios a Luis XII, el padre de su pueblo."

CAPITULO XII (215)*

Todo es variado dentro del universo: <la fecundidad de la naturaleza se complace en manifestarse mediante productos que, incluso dentro de un mismo género, difieren los unos de los otros; esto no se aprecia tan sólo en las plantas, los animales, los paisajes, los rasgos, el colorido, la figura y la constitución de los hombres, sino que esta operación de la naturaleza es tan universal, está tan generalizada, que se extiende hasta el temperamento de los imperios y de las monarquías, si se me permite expresarme así.> (216)* En términos generales, entiendo por temperamento de un <imperio su extensión, el número de pueblos que lo habitan, su situación con respecto a sus vecinos, así como> (217) su comercio, sus costumbres, sus leyes, sus puntos fuertes y sus puntos flacos, sus riquezas y sus recursos.

Esta reflexión me conduce [de modo natural] a examinar los sentimientos de Maquiavelo en relación con las tropas extranjeras y mercenarias. El autor desestima enteramente su uso, aduciendo ejemplos mediante los cuales pretende [probar] que, lejos de prestar auxilio alguno, dichas tropas han resultado sumamente perjudiciales a los Estados para quienes han prestado sus servicios.

Resulta obvio, tal como la experiencia ha venido a demostrar en términos generales, que las mejores tropas de un Estado [cualquiera

(215) X: "Capítulo Duodécimo. De los tipos de milicia y de cuánto cuesta la soldadesca mercenaria". S: "Capítulo XII. De las milicias".

(216) X: < > "los temperamentos de los hombres son diversos, y la naturaleza establece la misma variedad —si se me permite expresarlo así— en el temperamento de los Estados."

(217) X: < > "Estado, su situación, su extensión, el número y el ingenio de sus pueblos, sus comercio, sus costumbres."

que sea su índole] son las nacionales. Esta impresión podría sustentarse con el ejemplo de la valerosa resistencia de Leónidas (218) en las Termópilas, [dada la inferioridad que los lacedemonios tenían con respecto de los demás griegos cuando eran sus esclavos y combatían por ellos,] así como por los sorprendentes progresos del imperio romano (219)* [mientras que sus legiones no se componían sino de ciudadanos romanos. Fueron las naciones, y no los extranjeros, quienes sumieron al mundo entero bajo la dominación de esa soberbia y orgullosa república.] Esta máxima de Maquiavelo podría entonces convenir a todos los pueblos (220)* con bastantes habitantes como para suministrar un contingente de soldados apto para su defensa. Al igual que el autor, estoy convencido de que un imperio (221)* está mal servido por mercenarios y que tanto la fidelidad como el arrojo de los soldados autóctonos del país los sobrepasa con mucho (222)*. Resulta particularmente peligroso dejar languidecer en la inacción y consentir que los súbditos se afemenen por efecto de la molición, corriendo unos tiempos en los que las fatigas de la guerra y los combates tornan aguerridos a sus vecinos.

Según se ha observado más de una vez, los Estados que salen de una guerra civil suelen ser infinitamente superiores a sus enemigos, puesto que cualquiera oficia como soldado en una guerra civil y el mérito se distingue nítidamente del trato de favor, <dado que los hombres son animales de costumbres donde el hábito lo decide todo.> (223)*

No obstante, se dan casos que parecen imponer la excepción a esta regla. Si los reinos o los imperios no producen una multitud de hombres como la requerida por los ejércitos y que se ve consumida

(218) Leónidas, rey de Esparta y jefe de las tropas griegas en la batalla de las Termópilas (480 a.C.), donde resistió heroicamente, hasta morir, al nutrido ejército persa con sólo trescientos hombres.

(219) X: "y de los árabes".

(220) S: "países".

(221) X: "el Estado".

(222) S: "los compatriotas sientes redoblar el valor por las ataduras que les religan".

(223) X: < > "para lo que se desarrollan todos los talentos, siendo así que los hombres cogen el hábito de deplorar todo cuanto tienen merced al arte y al coraje".

en una guerra, la necesidad obliga a recurrir a los mercenarios como el único medio de suplir el déficit del Estado.

Cabe hallar entonces expedientes que obvian la mayor parte de las dificultades detectadas por Maquiavelo en esta clase de milicia, entremezclándola, por ejemplo, cuidadosamente (224)* con las tropas nacionales, para impedir que se constituyan en una facción independiente y habituarles [en este sentido] a la misma disciplina y a la misma lealtad, cuidándose especialmente de que el número de extranjeros no exceda al de nacionales.

Hay un rey en el Norte (225) cuyo ejército está compuesto por esta mezcla y que no resulta por ello menos poderoso ni formidable. La mayoría de las tropas europeas están compuestas de nacionales y de mercenarios; quienes cultivan las tierras y quienes habitan en las ciudades no van a la guerra, siempre y cuando satisfagan ciertas tasas abonadas para el mantenimiento de las tropas que deben defenderlos. Los soldados no provienen sino de la parte más vil del pueblo, de holgazanes que prefieren la ociosidad al trabajo, de libertinos que buscan la licenciosidad y la impunidad en las tropas, de quienes adolecen de docilidad y obediencia para con sus padres,] de jóvenes desenfadados que se enrolan [por mor del libertinaje y que no sirven sino] por ligereza, presentan tan escasa inclinación y apego para con su señor como para con los extranjeros. ¡Cuánto difieren estas tropas de aquellos romanos que conquistaron el mundo! La frecuentes deserciones que se dan actualmente en todos los ejércitos eran un fenómeno desconocido entre los romanos; esos hombres que combatían por sus familias, por sus penates, por la burguesía romana y por todo cuanto estimaban en esta vida, no pensaban en traicionar tantos intereses a la vez con una cobarde deserción.

La seguridad de los grandes príncipes europeos estriba en que todas sus tropas son más o menos parecidas y no presentan, en este sentido, ninguna ventaja las unas sobre las otras. Tan sólo las tropas suecas cuentan al mismo tiempo entre sus filas a burgueses, campesinos y

(224) X: "las tropas extranjeras".

(225) Se trata del propio rey de Prusia, Federico Guillermo I, padre de Federico. Según la *Historia de mi tiempo*, Prusia disponía en 1740 de un ejército compuesto por setenta y seis mil hombres, de los que veintiseismil eran extranjeros.

soldados (226), de suerte que, cuando van a la guerra, no queda casi nadie para cultivar la tierra. Con lo cual su poderío dista mucho de ser formidable, pues no pueden mantener esa situación durante mucho tiempo sin arruinarse a sí mismos antes que a sus enemigos.

De ahí los mercenarios. Por cuanto atañe al modo en que un gran príncipe debe hacer la guerra, suscribo sin reservas el parecer de Maquiavelo. En efecto, [cómo no debería] un gran príncipe (227)* hacerse cargo de la conducta de sus tropas y presidir su ejército como su residencia. Su interés, su deber y su gloria están comprometidos en ello. Al ser el jefe de la justicia distributiva, también es el defensor y el protector de sus pueblos, por lo que debe contemplar la defensa de sus súbditos como uno de los objetos más importantes de su ministerio y no confiar esa misión sino a sí mismo. Su interés parece requerir necesariamente que haga acto de presencia entre su ejército, puesto que, al emanar todas las ordenes de su persona, el consejo y la ejecución se suceden con una rapidez extrema. La presencia [augusta del príncipe] pone fin, por otra parte, a esa desavenencia entre los generales que tan funesta resulta para los ejércitos y es extremadamente perjudicial para los intereses del señor; dicha presencia también impone un mayor orden en todo lo relativo a la intendencia, las municiones y las provisiones de guerra, algo sin lo cual ni todo un César puesto a la cabeza de cien mil combatientes no lograría hacer nada [memorable o heroico]; como quiera que es el príncipe quien hace librar las batallas, parece incumbirle también a él dirigir su ejecución y comunicar con su presencia un espíritu valeroso a las tropas; <a él le compete mostrar cómo la victoria es inseparable de sus deseos y cómo la fortuna se halla encadenada por mor de su prudencia, correspondiéndole igualmente el brindarles un ilustre ejemplo de cómo es preciso menospreciar los peligros, los riesgos e incluso la propia muerte, cuando así lo demandan el deber, el honor y una fama inmortal> (228)*.

[¡Qué gloria no se halla ligada a la habilidad, a la sensatez y al valor de un príncipe, en tanto que preserve a sus Estados de la in-

(226) Según el Federico de la *Historia de mi tiempo*, los suecos contaban con siete mil hombres en las tropas regulares, a los que podían sumar treinta y tres mil de milicia.

(227) X: "debe".

(228) X: < > "no está a su cabeza sino para dar ejemplo".

cursión de sus enemigos, toda vez que triunfe merced a su coraje y destreza sobre las empresas violentas de sus adversarios o siempre que sostenga con su firmeza, su prudencia y sus virtudes militares los derechos que se le impugnan mediante la injusticia y la usurpación!]

[El conjunto de todas estas razones debe, a mi modo de ver, obligar a los príncipes a ocuparse ellos mismos de la conducta de sus tropas y compartir con sus súbditos los riesgos a los que se expongan.]

Pero —se pretextará— no todo el mundo ha nacido soldado y muchos príncipes no poseen ni el ánimo ni la experiencia (229)* necesarios para mandar un ejército. Esto es cierto, lo reconozco; sin embargo, se trata de un objeción que no debe azorarme demasiado, puesto que todo ejército cuenta siempre con generales avezados en la materia y el príncipe no habrá sino de seguir sus consejos; la guerra siempre se verificará mejor que cuando el general está bajo la tutela de un ministro ausente, el cual no se halla en situación de juzgar las cosas e impide dar muestras de su capacidad al más hábil de los generales.

Terminaré este capítulo subrayando una frase de Maquiavelo que me ha parecido muy singular: «Los venecianos, al desconfiar del duque de Carmagnole (230), que mandaba sus tropas, se vieron obligados a hacerle abandonar este mundo».

No comprendo —debo confesarlo— qué significa verse obligado a hacer abandonar este mundo a alguien, salvo que se trate de traicionarlo, envenenarlo, asesinarlo [, en una palabra, darle muerte]. Así es cómo el doctor de la maldad cree volver inocentes las acciones más negras y culpables, limitándose a dulcificar la terminología.

Los griegos tenían la costumbre de utilizar perfrasis cuando hablaban de la muerte, porque no podían dejar de horrorizarse ante

(229) X: "ni el talante ni el coraje".

(230) Francesco Bussone, conde de Carmagnola, había vencido a los milaneses en el año 1425, pero nunca volvió a tener éxito como general y perdió la confianza que los venecianos habían depositado en él.

todas las cosas espantosas entrañadas por ese tránsito; Maquiavelo parafrasea los crímenes, porque su corazón, indignado contra su ánimo, no sabría digerir completamente cruda la execrable moral que enseña.

¡Cuán lamentable situación se crea cuando uno se sonroja por mostrarse a los demás tal cual es y se rehuye a toda costa la más mínima introspección!

CAPITULO XIII (231)*

[De entre todos los filósofos de la antigüedad, los más sensatos, juiciosos y modestos eran, sin lugar a dudas, los pertenecientes a la nueva Academia (232); circunspectos en sus decisiones, jamás se precipitaban a negar o afirmar cosa alguna y no consentían que sus sufragos quedasen escorados ni por el error de la presunción ni por la fogosidad de su temperamento.]

[Hubiera sido deseable que Maquiavelo hubiese aprovechado la moderación de dichos filósofos, en lugar de abandonarse a los impetuosos desmanes de su imaginación, que le han apartado tan a menudo del camino de la razón y del buen sentido.]

Maquiavelo extrema la hipérbole, cuando sostiene que un príncipe prudente preferiría perecer con sus propias tropas antes que vencer merced al auxilio de otros. [No cabe llevar más lejos la extravagancia y para mí que, desde que el mundo es mundo, no se ha dicho nada tan absurdo como que *El Príncipe* de Maquiavelo es un buen libro.]

[Una tesis tan arriesgada como ésta del autor no puede merecer sino la más taxativa de las censuras, ya que se compecede tan poco

(231) X: "Capítulo Decimotercero: Acerca de las tropas auxiliares, mixtas y propias". S: "Capítulo XIII: Acerca de las tropas auxiliares".

(232) El período de la Nueva Academia suele datarse a partir de mediados del siglo II a.C., cuando al frente de la misma se hallaba Carnéades. Usando la terminología estoica, defendió que la realidad sólo puede ser comprendida mediante percepciones y que nuestra conducta debe guiarse por percepciones persuasivas, es decir, que parezcan verdaderas o probables. Al admitir la probabilidad como pauta de conducta, la Nueva Academia se diferencia del escepticismo en sentido estricto, el cual puede abocar en la suspensión del juicio por falta de criterio para demostrar que una percepción es verdadera.

con la política como con la experiencia. ¿Dónde está ese soberano que no escogería la conservación de sus Estados en vez de su ruina, al margen de los medios y personas que debiera emplear para ello?)

A mi modo de ver, un hombre en trance de ahogarse difícilmente prestará oídos a quienes encuentren indigno el deber la vida a alguien que no sea uno mismo, prefiriendo así perecer antes de aferrarse a la cuerda o al bastón que otros le tienden para salvarlo. La experiencia nos hace ver que la primera preocupación de los hombres es la de su conservación y el de su bienestar la segunda, lo que viene a destruir por completo el enfático paralogismo del autor.

Al profundizar en esta máxima de Maquiavelo, advertimos que este infame corruptor se esfuerza por insuflar a los príncipes una envidia encubierta, siendo así que la envidia de los príncipes hacia sus generales o hacia unos refuerzos [que venían en su auxilio y] que se han negado a esperar, por temor a tener que compartir su gloria, es algo que siempre se ha revelado como extremadamente perjudicial para sus intereses. Una infinidad de batallas se han perdido por esta razón y este tipo de pequeñas envidias o rivalidades han causado mucho más entuertos a los príncipes que la superioridad numérica o cualesquiera otras ventajas de sus enemigos (233)*.

<La envidia es uno de los vicios más dañinos para la sociedad y sus consecuencias tienen uno u otro alcance según se vea ostentada por los príncipes o por meros particulares. Un Estado donde gobierna un príncipe envidioso de sus súbditos no suministrará sino ciudadanos tímidos, en lugar de hombres diestros y capaces de acometer grandes acciones. Los príncipes envidiosos se asfixian y les ocurre como a esos genios que el cielo parece haber formado para empresas ilustres pero que no germinan jamás; eso explica también la decadencia y arruinamiento de los imperios. El imperio de Oriente debe su ruina tanto a la envidia testimoniada por los emperadores hacia el éxito de sus generales como a la pedantería religiosa de los últimos príncipes

(233) Este párrafo reza de otro modo en S: "Al profundizar en esta máxima de Maquiavelo, advertimos que este infame corruptor se esfuerza por insuflar a los príncipes una envidia encubierta. Pretende que desconfíen de sus súbditos, tanto más de sus generales y de sus tropas auxiliares. Esta desconfianza se ha revelado siempre como enormemente funesta y más de un príncipe ha perdido batallas por no haber querido compartir la gloria con sus aliados."

allí reinantes; en vez de recompensar a los generales más diestros, se les castigaba por sus éxitos, de modo que los capitanes poco experimentados acababan por acelerar la ruina del Estado. Así las cosas, este Imperio no podía dejar de perecer.> (234)*

[El primer sentimiento que un príncipe debe profesar el es del amor hacia la patria y la única voluntad que le conviene es la de llevar a cabo cuanto sea útil para el bien del Estado. En aras de tal cosa tanto su amor propio como sus pasiones deben verse sacrificados, debiendo aprovechar cuantos recursos y grandes hombres encuentre, en una palabra, rentabilizar cuanto sea capaz de contribuir a ejecutar sus buenas intenciones para con la felicidad de sus súbditos.]

Las potencias que pueden prescindir de tropas mixtas o auxiliares hacen bien en excluirlas de sus ejércitos; pero como muy pocos príncipes se hallan en una situación semejante, no creo que arriesguen demasiado con las auxiliares, siempre y cuando el número de las nacionales sea superior.

Maquiavelo no escribía sino para los pequeños príncipes. <Su obra no está compuesta sino por conceptos políticos; casi es imposible localizar un pasaje donde el autor no tenga la experiencia en contra suya. Yo podría citar aquí una infinidad de ejemplos de ejércitos compuestos por tropas auxiliares que han sido afortunados y de príncipes que se hallan muy satisfechos con sus servicios.> (235)*

<Esas guerras de Brabante, del Rin y de Italia, en las que el emperador reunió junto al imperio a Inglaterra y Holanda, ganando batallas a los franceses, a quienes se les expulsaba de Alemania e Italia y se les dominaba en Flandes, no se hicieron sino con tropas

(234) X: <> "Un príncipe no debe, sin lugar a dudas, hacer la guerra contando únicamente con tropas auxiliares; pero él mismo debe prestar tal servicio y brindar a otros el auxilio que reciba por ello. Esto es lo que dicta la prudencia: colocarse en situación de no temer ni a tus enemigos ni a tus amigos; mas cuando hayas firmado un tratado, se impone serle fiel. En tanto que el Imperio, Inglaterra y Holanda se han coaligado contra Luis XIV, en tanto que el príncipe Eugenio y Malborough estuvieron bien unidos, siempre salieron vencedores, pero, cuando Inglaterra abandonó a sus aliados, Luis XIV levantó cabeza al instante."

(235) X: <> "Confieso que no encuentro en él sino pequeñas ideas; y no hay nada importante ni verdadero, porque no se trata de un hombre honesto."

auxiliares.> (236)* La empresa merced a la cual tres reyes del Norte despojaron a Carlos XII de una parte de sus Estados alemanes, se ejecutó paralelamente con tropas de diferentes señores reunidos mediante alianzas; y en la guerra del año 1734, que Francia comenzó con el pretexto de sostener los derechos de ese rey de Polonia tantas veces electo como destronado (237)*, los franceses (238)* estuvieron al lado de los savoyardos [a la hora de conquistar Milán y la mayor parte de Lombardía].

¿Qué queda de Maquiavelo después de tantos ejemplos y a qué se reduce la alegoría [, innegablemente ingeniosa,] de las armas de Saúl que David (239) rechazó por su peso cuando debía combatir a Goliat (240)? Mera espuma. Reconozco que las tropas auxiliares incomodan algunas veces a los príncipes, mas me pregunto si uno se incomoda de buen grado, cuando se conquista gracias a ellas ciudades y provincias.

A propósito de dichas tropas auxiliares, Maquiavelo vierte su veneno sobre los suizos que se hallan al servicio de Francia; debo decir algo sobre estas aguerridas tropas, pues es indudable que Francia ha ganado más de una batalla merced a su concurso, que han prestado señalados servicios a este imperio y que, si Francia licenciase a los suizos y a los alemanes que sirven en su infantería, sus ejércitos serían mucho menos temibles de lo que lo son actualmente.

Lo dicho hasta el momento atañe a sus errores de juicio; veamos ahora los relativos a la moral. Los malos ejemplos que Maquiavelo

(236) X: < > "Quien no hace la guerra sino apoyado por otros, no es sino débil; quien la hace conjuntamente con otro es muy fuerte. Sin mencionar la guerra de 1701 de los aliados contra Francia."

(237) En S queda suprimida esta nueva mención a Estanislao Lecszinsky.

(238) X: "y los españoles".

(239) David, rey de Israel, hizo de Jerusalén la capital principal de todo su reino, convirtiéndola también en su centro religioso. Saúl había sido el primero en ocupar ese trono en sustitución de los Jueces.

(240) Goliat era un gigante que formaba parte de las huestes filisteas, cuando éstas invadieron el territorio israelita. Confiado en su fuerza y convencido de que Israel no podría presentarle un contrincante con quien medirse, les retó a un combate singular que decidiría la suerte de los dos pueblos. Sin embargo, el joven David logró derribarlo con una simple onda y supo aprovecharse de la inmovilidad que le causaba su prolijo pertrechamiento para darle muerte.

propone a los príncipes son maldades difícilmente excusables (241)*. En este capítulo aduce el ejemplo de Hierón de Siracusa, quien, al considerar que sus tropas resultaban igualmente peligrosas conservándolas que licenciándolas, las hizo trizas. Hechos como éste nos escandalizan cuando los encontramos en la historia, pero uno se siente indignado al verlos referidos en un libro destinado a la instrucción de los príncipes.

La crueldad y la barbarie resultan fatales para los particulares, y horrorizan a la mayoría; pero los príncipes, a los que la providencia ha emplazado tan lejos de los destinos más corrientes, tienen hacia ellas tanta menos aversión cuanto carecen de razones para temerlas. Justamente por eso, debería inculcarse en quienes deben gobernar a los hombres el mayor distanciamiento respecto de todos los abusos que pueden acometer al ostentar un poder ilimitado (242)*.

[Este mismo Maquiavelo que afirma en este capítulo: «Nada hay tan frágil como el crédito y la reputación de quienes ostentan esa buena fama sin que se halle fundamentada en su propia virtud», prueba hoy en día que su frágil reputación se ha desvanecido y que, si su espíritu le hizo ser estimado durante su vida, su maldad le ha hecho detestable tras su muerte. Cuán cierto es que no cabe deslumbrar a los ojos del público sino durante algún tiempo; ese público, buen apreciador de reputaciones, aun cuando dispense sus favores en un momento determinado, no los consagra permanentemente, y suele

(241) S: "maldades reprobadas al mismo tiempo por la sana política y por la moral".

(242) Desde la tercera frase del segundo párrafo hasta el final del capítulo el texto queda modificado así en S: "no quisiera avalar la historia de tiempos tan remotos; pero, si lo que se cuenta de Hierón II de Siracusa es cierto, no aconsejaría a nadie el imitarlo. Se supone que en una batalla contra los marmetinos dividió su ejército en dos cuerpos, separando a las tropas auxiliares de las nacionales, para propiciar el exterminio de las primeras y alcanzar la victoria con las segundas. Imagino que en la última guerra de 1701, si el emperador hubiese sacrificado así a los ingleses, también se habría asegurado la victoria contra Francia. Pero esto de cortarse el brazo izquierdo para combatir mejor con el derecho, se me antoja una locura bastante cruel, cuando no harto peligrosa".

juzgar a los hombres después de su muerte, al margen del rango que hayan ocupado, como se dice que eran juzgados los antiguos reyes de Egipto después de su muerte.]

[Sólo existe un único medio seguro e infalible para conservar una buena reputación en el mundo y no consiste sino en ser de hecho tal como uno quiere aparecer ante los ojos del público.]

CAPITULO XIV (243)*

Cunde una especie de pedantería común a todos los oficios, que no proviene sino del exceso y la intemperancia de quienes los cultivan [, una pedantería que hace disparatar y torna ridículos a quienes se ven afectados por ella].

[Suele mirarse con indulgencia a estos porteadores de la república de las letras que se entierran en la docta polvareda de la antigüedad para el progreso de las ciencias, derramando —por decirlo así— su luz sobre el género humano desde el fondo de esas tinieblas con los difuntos autores de la antigüedad, a quienes conocen sobradamente, en aras de la utilidad de los vivos y de las gentes de su siglo, a quienes conocen muy poco.]

[Esa pedantería, que se excusa de alguna forma entre los sabios de primera fila, habida cuenta de que su profesión les impide irrumpir en la cotidianeidad y en un mundo que podría civilizarlos, esa pedantería —digo— se hace completamente insoportable entre los combatientes, y esto por la razón de los contrarios.]

Un soldado resulta pedante cuando se doblega demasiado a las minucias más insignificantes o cuando se muestra fanfarrón y practica el donquijotismo. [Estos defectos le tornan tan ridículo en su profesión como polvo del gabinete y los amanerados latinajos pueden volver tal a un sabio.]

El entusiasmo de Maquiavelo expone a su príncipe a este ridículo; exagera tanto las cosas, que no quiere hacer de su príncipe sino un

(243) X: "Capítulo Decimocuarto: Instrucción para el príncipe concerniente a la milicia". S: "Capítulo XIV: De si es preciso no aplicarse sino a la guerra. Digresión sobre la caza".

soldado única y exclusivamente; hace de él un perfecto Don Quijote, cuya imaginación está colmada de campos de batalla, de baluartes, del modo como sitiar una plaza fuerte, de batallas [de postas, de fortificaciones. Me extraña que el autor no decida alimentarlos con sopas de vanguardia, con patés de bombas y con tartas de fortificaciones o que no le haga combatir contra los molinos de viento, corderos y avestruces, como el entrañable extravagante de Miguel de Cervantes (244)].

[Tales son los traspiés que uno da cuando se aleja de ese sensato término medio, el cual representa desde el punto de vista de la moral lo mismo que el centro de gravedad para la mecánica.]

Un príncipe no colma sino la mitad de su vocación, si no se aplica sino al oficio de la guerra; desde luego, es rotundamente falso que no deba ser sino soldado y cabría recordar aquí lo apuntado en relación con el origen de los príncipes en el primer capítulo de esta obra. Son jueces institucionales y, si son también generales, esta condición supone un mero aditamento. Maquiavelo se asemeja a los dioses homéricos, quienes eran descritos como fuertes, robustos y poderosos, pero nunca como [justos y] equitativos. Este autor ignora incluso el catecismo de la justicia; no conoce sino el interés y la violencia (245)*.

El autor no presenta sino ideas de muy corto alcance; su achicado ingenio no abarca sino temas propios de la política de los pequeños príncipes. Pocas cosas resultan tan deplorables como las razones esgrimidas para recomendar la caza a los príncipes; a su parecer, los príncipes aprenderán por ese medio a conocer los enclaves de su país.

Si un rey de Francia o un emperador pretendieran familiarizarse con sus Estados de esta manera, necesitarían dedicar a sus partidas de caza tanto tiempo como el universo emplea en la revolución (246)* del año solar.

Permitaseme entrar en este asunto con algo más de detalle. Lo que sigue puede ser tomado como una digresión a propósito de la caza; y como quiera que este placer representa una pasión muy generalizada

(244) Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), padre del inmortal personaje a que se alude aquí: Don Quijote.

(245) Esta última línea es remplazada por esta otra en S: "Luis Sforza hacía bien en no ser sino un guerrero, ya que sólo era un mero usurpador".

(246) X: "de los astros".

entre los nobles, los grandes señores y los reyes, me parece que merece alguna atención.

[La mayoría de los reyes y de los príncipes pasan cuando menos tres cuartas partes de su vida en recorrer los bosques, perseguir animales y matarlos. Si esta obra cae entre sus manos, aunque yo no tenga bastante amor propio para presumir que quieran sacrificar a esta lectura un tiempo empleado tan útilmente en pro del género humano, les ruego que vean en el amor a la verdad al mejor apologeta de mis sentimientos, en caso de que éstos se revelen contrarios a los suyos. No quiero cultivar el hueo halago, mi pluma no es en absoluto venal, mi único deseo, al escribir esta obra, es el de complacerme en proclamar con toda la libertad posible aquellas verdades de las que estoy convencido y manifestar aquellas cosas que me parecen razonables. Si, a pesar de todo, se encontrase un lector lo suficientemente depravado como para no gustar de la verdad o no desear en modo alguno que se combata su forma de pensar, no tiene más que tirar mi libro, pues nadie le obligará a leerlo.]

[Vuelvo a mi tema.] La caza es uno de esos placeres sensuales que agitan mucho al cuerpo y que no dicen nada al espíritu; [se trata de un ejercicio y de una destreza mortífera que se pone en práctica a costa de los animales salvajes; representa una disipación continua, un placer tumultuoso que llena el vacío del alma, secuestrándola de cualquier otra reflexión;] supone un deseo [vivo y] ardiente de perseguir a una fiera y una satisfacción cruel [y sanguinaria] el matarla; [en una palabra,] se trata de una diversión que curte al cuerpo y lo deja en forma, a la par que deja al espíritu yermo y sin cultura.

Los cazadores me reprocharán, sin duda, que mi tono es demasiado solemne, que hago una crítica [grave y] severa, y que no dejo de imitar a los sacerdotes, quienes cuentan con el privilegio de hablar en solitario desde sus púlpitos y prueban fácilmente cuanto se les antoja como bueno sin temer desacuerdo alguno.

Para no prevalerme de tales prerrogativas, indicaré de buena fe las especiosas razones alegadas por los aficionados a la caza. En primer lugar, me dirán que la caza es el placer más noble y antiguo de los hombres; que los patriarcas y muchos grandes hombres (247)* han

(247) S: "y héroes.

sido cazadores; y que, al cazar, los hombres continúan ejerciendo ese mismo poder (248)* sobre las bestias que el propio Dios se dignó conceder a Adán. [Estoy dispuesto a conceder que, si así lo quieren, la caza puede ser incluso más antigua que el mundo; esto prueba que se ha venido cazando desde tiempos inmemoriales; mas] no todo lo que es viejo es mejor por esa sola razón (249)*. Hay grandes hombres que han amado (250)* la caza, lo reconozco; dichos hombres no han dejado de tener defectos y debilidades: imitemos lo que tuvieron de grande y no copiemos sus minucias.

Los patriarcas han cazado, es verdad; también reconozco que se han casado con sus hermanas y que la poligamia se estilaba en sus tiempos. Pero esos buenos patriarcas y nuestros queridos antepasados se resentían [mucho] de los siglos bárbaros en que les había tocado vivir; eran muy groseros e ignorantes; eran gentes muy ociosas que, no sabiendo en qué ocuparse y para matar un tiempo que les parecía siempre demasiado largo, agotaban su tedio con la caza; malgastaban en los bosques, con la persecución de animales, los momentos que no tenían la capacidad ni el ánimo de pasar en compañía de personas razonables.

Si Adán recibió o no el imperio de las bestias, es algo que no me interesa poner en cuestión; sin embargo, sí sé muy bien que nosotros somos mucho más crueles y rapaces que las propias bestias, y que nos servimos muy tiránicamente de ese presunto imperio. Si algo debía concedernos alguna ventaja sobre los animales, es a buen seguro nuestra razón; y, por regla general, quienes hacen profesión de la caza (251)*, no tienen el cerebro amueblado sino de caballos, de perros de caza y de toda clases de animales. Son, de ordinario, muy groseros, [y contraen el peligroso hábito de entregarse sin reservas al entusiasmo de sus pasiones;] habiéndose de temer que se vuelvan tan inhumanos para con los hombres como lo son respecto a las bestias o que, cuando menos, la cruel costumbre de infligir dolor con total indiferencia no

(248) X: "derecho".

(249) S: "... que los patriarcas y muchos grandes hombres han sido cazadores. Puede ser así y yo no condeno sino el exceso; lo que hoy en día supone un placer de varias horas, constituía una ocupación cotidiana en los tiempos bárbaros".

(250) X: "estado apasionados por".

(251) S: "quienes hacen de la caza su única profesión".

les torne menos compasivos hacia los infortunios de sus semejantes. ¿Es éste el placer del que tanto se nos jacta la nobleza? ¿Acaso es ésta una ocupación tan digna de un ser pensante?

Quizá se me objete que la caza resulta beneficiosa para la salud; la experiencia demuestra que quienes cazan llegan a viejos; que se trata de un placer inocente y que conviene a los grandes señores, porque les permite lucir su magnificencia, disipa sus pesadumbres y en tiempos de paz les presenta imágenes de guerra, además de que un príncipe, al cazar, se familiariza con la situación del terreno, las rutas y, en una palabra, con todo lo que concierne a un país.

<Si me dijeseis que la caza es una pasión, os compadecería por el hecho de que prevaleciera sobre cualquier otra, incluso os excusaría de alguna manera y me limitaría a aconsejaros el moderar una pasión que no acertaríais a destruir. Si me dijeseis que la caza es un placer, replicaría que haríais bien en frecuentarlo sin exceso, ¡pues no permita Dios que yo condene placer alguno! Bien al contrario, me gustaría abrir todas las puertas del alma por las cuales el placer puede acceder al hombre. Pero, desde el momento en que me decís que la caza es muy útil y muy buena, en base a cien razones que os sugiere la ilusión de vuestro amor propio y el engañoso lenguaje de las pasiones, os respondo que no me dejo burlar por vuestras frívolas razones, por ese disfraz con que enmascarais un rostro ruin, a fin de ocultar la deformidad y que, al ser incapaz de justificar, pretendéis al menos cegarnos a los demás con grandes alharacas. ¿De qué puede servir a la sociedad la larga vida de un hombre ocioso y holgazán? Recordemos estos versos: «No midamos por el número de años la carrera de los héroes».> (252)*

Desde luego, no se trata de que un hombre arrastre hasta la edad de Matusalén el hilo indolente e inútil de sus días; sino que cuanto más haya reflexionado, tantas más acciones bellas y útiles habrá realizado, y tanto más habrá vivido.

(252) X: < > "Disto mucho de condenar un ejercicio moderado, pero advirtiéndolo que el ejercicio sólo es necesario para los intemperantes. Pocos príncipes han vivido más que el cardenal de Fleury, el cardenal Ximenez y el último Papa, pese a lo cual ninguno de ellos era cazador. ¿Es preciso escoger una profesión cuyo único mérito es prometer una larga vida? Los monjes suelen vivir más que los otros hombres; ¿acaso hay que hacerse monje por ello?"

Por otra parte, la caza es de entre todas las diversiones la que menos conviene a los príncipes. Estos pueden manifestar su magnificencia de una manera mucho más útil para sus súbditos; y si se comprueba que la abundancia de caza arruina a los campesinos, la misión de destruir a esos animales podría muy bien quedar encomendada a cazadores (253)*. Los príncipes no debieran ocuparse propiamente sino de intruirse, a fin de adquirir el mayor número posible de conocimientos y poder combinar así muchas más ideas. Su profesión consiste en pensar bien y de un modo justo; [a esto es a lo que deberían consagrar su espíritu; como los hombres dependen mucho de los hábitos que contraen y sus ocupaciones influyen infinitamente sobre su modo de pensar, parece natural que prefieran la compañía de personas sensatas, que les confieran dulzura, a la de las bestias, que no pueden volverles sino feroces y salvajes. ¡Cuán inconmensurable es la ventaja de quienes han acompasado su espíritu al tono de la reflexión sobre aquellos que sujetan su razón al imperio de los sentidos! La moderación, esa virtud tan necesaria para los príncipes, no se encuentra en modo alguno entre los cazadores y esto debería bastar para hacer de la caza algo odioso.]

Todavía debo añadir, para responder [a todas las objeciones que pudieran hacerse y para retornar] a Maquiavelo, que no es en absoluto necesario ser cazador para ser un gran capitán; tanto Gustavo-Adolfo (254), como [mylord] Marlborough (255) y el príncipe Eugenio (256), a quienes nadie sabrá regatear la condición de hombres

(253) X "pagados a tal efecto".

(254) Gustavo II Adolfo (1594-1632), rey de Suecia, hábil estratega que supo hacer de su país una de las grandes potencias europeas, gracias tanto a sus victorias militares como a su prudente reformismo político. Notable orador, escribió poesías en alemán y sueco, así como una historia de su propio gobierno.

(255) John Churchill, duque de Marlborough (1650-1722), estadista inglés, que aunó a sus dotes diplomáticas la condición de brillante jefe militar. En 1702, al ser ocupar el trono la reina Ana, se convirtió en el hombre más influyente de Inglaterra, habida cuenta de que la reina estaba completamente dominada por su esposa.

(256) Francisco-Eugenio de Saboya-Carignan (1663-1736), general austriaco más conocido como el *Príncipe Eugenio*. Su decidida vocación militar chocó con las pretensiones de Luis XIV, quien había decidido dedicarle a la Iglesia. Puesto al servicio del emperador Leopoldo I, llegó a ser la primera figura militar del Imperio y los esfuerzos posteriores del monarca francés por atraerlo de nuevo

ilustres y de diestros oficiales (257)*, no eran cazadores (258)*; y es que, paseando simplemente, se pueden hacer reflexiones más juiciosas y sólidas sobre las diferentes situaciones relativas al arte de la guerra que, mientras os distraen las perdices, los perros corredores, los cervatillos, una jauría de toda clase de animales y el ardor de la caza. Un gran príncipe que hizo la segunda campaña de Hungría [junto a las tropas imperiales] estuvo a punto de ser hecho prisionero por los turcos durante una batida de caza (259). Bien mirado, debería prohibirse la caza en los ejércitos, dados los desordenes que muchas veces ha causado en las marchas [pues los oficiales han descuidado su deber y abandonado a su tropa por esa causa. Destacamentos enteros han estado expuestos a verse sorprendidos y aniquilados por el enemigo merced a este tipo de razones].

Concluyo, pues, dictaminando como algo excusable el hecho de que los príncipes vayan a la caza, siempre que no sea sino muy raramente y para distraerse de sus graves <y penosas> ocupaciones.

<La caza suele ser para quienes la profesan el instrumento de su interés; pero los hombres razonables están en el mundo para pensar y actuar, y su vida es demasiado breve como para que puedan prodigar tan mal unos momentos tan preciosos.> (260)*

[He afirmado más arriba que el primer deber de un príncipe era la administración de justicia; añado ahora que el segundo, que le sigue inmediatamente, es la protección y defensa de sus Estados.]

hacia Francia siempre resultaron infructuosos. Jugó un importante papel dentro de la guerra de Sucesión de España, en el escenario centroeuropeo, donde, tras poderarse de Baviera junto a Marlborough, ganó la batalla de Turín, siendo nombrado entonces generalísimo de los ejércitos imperiales. Sus numerosas victorias le hicieron acreedor del mayor prestigio militar y tuvo una extraordinaria influencia en los destinos de la Europa de su época.

(257) X: "generales".

(258) X: "ni tampoco nos consta que lo hayan sido César, Alejandro o Scipión".

(259) Se trata del duque de Lorena, quien en 1737, durante una batida de caza en Serbia, se extravió y tuvo muchas dificultades para regresar a su campamento.

(260) X: < > "Repetiré una vez más que no es mi deseo prohibir ningún placer honesto; sin embargo, la diligencia por gobernar bien, por hacer prosperar a su Estado, protegerlo y ver el florecimiento de todas las artes, representa sin lugar a dudas el mayor de los placeres; y pobre de aquel que precise otros."

[Los soberanos están obligados a mantener el orden y la disciplina entre las tropas; deben aplicarse con seriedad al oficio de la guerra, a fin de que sepan mandar sus ejércitos, hacer que puedan afrontar las fatigas, organizar los campamentos y el abastecimiento de víveres, dictar sabias y buenas disposiciones, tomar prontas y justas resoluciones, encontrar dentro de sí expedientes y recursos para los casos más embarazosos, aprovecharse tanto de la buena como de la mala fortuna y no adolecer nunca de consejo ni de prudencia.]

[Es en verdad exigir mucho de la humanidad; sin embargo, antes cabe esperar todo esto de un príncipe cuya atención esté centrada en sacar provecho de su espíritu que de aquellos quienes no piensan sino materialmente y según los impulsos más o menos groseros de los sentidos. En definitiva, con el espíritu pasa lo mismo que con el cuerpo; si le ejercitais en la danza, se volverá grácil, flexible y diestro; si lo descuidais, se encorvará, perderá su gracia, se tornará torpe y pesado, volviéndose incapaz de ejercicio alguno con el paso del tiempo.]

CAPITULO XV (261)*

Los pintores y los historiadores tienen algo en común (262)*, pues mientras los primeros immortalizan los trazos y los colores de los hombres, los segundos hacen lo propio con sus caracteres, sus acciones [y la historia del espíritu humano, para transmitirlo a la posteridad más remota.] <Hay pintores cuyo pincel, guiado por la mano de las gracias, corrige las negligencias de la bella naturaleza, suplida por los defectos de la edad, y reduce la deformidad de sus originales. La elocuencia de un Bossuet (263) o de un Fléchier (264) han dado más de una vez estos golpes de gracia; esa elocuencia ha enderezado los defectos de la humanidad y ha hecho aparecer como héroes a quienes no eran grandes hombres. Hay pintores que, por el contrario, no captan sino lo feo; su colorido ensucia las azucenas y las rosas teñidas de los más bellos colores; imprimen no sé qué falta de gracia a los contornos y a los trazos más regulares, de suerte que en sus copias se hacen irreconocibles cosas tales como la Venus griega y el

(261) X: Capítulo Decimoquinto: Aquello que hace alabar o denigrar a los hombres y particularmente a los príncipes”.

(262) X: “: el copiar la naturaleza”.

(263) François-Antoine Bossuet (1627-1724), ilustre obispo de Meaux y uno de los más célebres oradores franceses del siglo XVII, cuya elocuencia sólo sería parangonable según algunos con la de Demóstenes o Cicerón.

(264) Esprit Fléchier (1632-1710), escritor, prelado y orador francés, en cuyos escritos cabe advertir, por encima del predicador, al hombre de mundo exquisitamente irónico, como cabe advertir en su tratamiento de temas tales como los matrimonios de conveniencia o las vocaciones forzadas. Desde 1687 fue obispo de Nîmes.

pequeño Amor, las obras maestras de Praxíteles (265). La toma de partido hace caer a los escritores en el mismo defecto. El padre Daniel (266), en su historia de Francia, desfigura enteramente aquellos acontecimientos que atañen a sus correligionarios, al igual que algunos autores protestantes, tan poco moderados y juiciosos como este reverendo padre, cometen la villanía de preferir las mentiras que les sugieren sus pasiones al testimonio imparcial debido a la verdad, sin considerar que el primer deber de un historiador es relatar fielmente los hechos sin tergiversarlos o cambiarlos. Algunos pintores adscritos a las tendencias recién aludidas entremezclan la realidad con la ficción para representar unos monstruos tan repelentes que ni siquiera el infierno sabría alumbrar; sus pinceladas sólo parecen prestas para captar figuras diabólicas; su tela tiene la impronta de cuanto la imaginación más fecunda y funesta a un tiempo ha podido crear entre sombras hurañas en relación con los condenados y los monstruos del infierno. Lo que Callot (267) y Pierre Testa (268) suponen para este género de pintura, es lo que Maquiavelo viene a significar en este género de autores.> (269)* Maquiavelo representa el universo como un infierno y a todos los hombres como demonios (270)*; se diría que este político [misántropo e hipocondriaco] ha querido calumniar a todo el género humano por odio hacia toda la especie o que ha asumido la

(265) Praxíteles, nacido en Atenas hacia el 390 a.C., es uno de los más famosos escultores griegos. Federico debe referirse a sus dos esculturas conocidas como la Afrodita de Cnido y el Apolo Sauróctono.

(266) Gabriel Daniel (1649-1728), filósofo, historiador y teólogo jesuita. Federico debe referirse aquí a su *Histoire de France depuis l'établissement de la monarchie française dans les Gaules* (París, 1713).

(267) Jacques Callot (1592-1635), célebre dibujante y grabador lorenés, hijo del médico de cabecera de la esposa de Francisco I. Entre 1611 y 1622 se estableció en Florencia, pensionado por Cosme II de Médicis; allí realizó una serie de grabados sobre las exequias de Margarita de Austria, esposa de Felipe III de España y cuñada del duque de Florencia. En 1629 trabajó en París para Luis XIII, comenzando una serie de trabajos sobre el asedio de La Rochelle, el bloqueo de la isla de Ré y los combates mantenidos por los navíos ingleses contra los de Richelieu.

(268) Pierre Testa (1617-1650), pintor italiano conocido como el *Lucchesino*.

(269) X: < > "Hay pintores muy singulares que no han pintado sino monstruos y diablos."

(270) X: "condenados".

tarea de aniquilar la virtud, acaso para convertir a todos los habitantes de este continente en congéneres suyos.

[Maquiavelo, al hablar de la virtud, se expone al ridículo de quienes razonan sobre algo que no entienden en absoluto y, por lo demás, cae en el exceso que censura en los otros; porque, si bien es cierto que algunos autores han descrito un mundo demasiado bueno, no lo es menos que él exagera hasta el paroxismo los rasgos de su maldad; partiendo de un príncipe arrebatado por su embriaguez, no puede extraer sino falsas consecuencias; resulta tan imposible razonar de un modo justo sin que el paradigma del príncipe sea legítimo como dibujar un círculo sin un centro común.]

[La moral política del autor se reduce a no tener otros vicios que los aprovechables por el interés, sacrificando los otros a la ambición y conformándose a la maldad del mundo para evitar una pérdida que de otro modo sería infalible.]

[El interés es la palabra clave del enigma de este sistema político; hace las veces del torbellino de Descartes o de la gravitación de Newton. Según Maquiavelo, el interés es el alma de este mundo y a él debe plegarse todo, incluidas las propias pasiones. Suponer que los hombres puedan darse o abolir sus pasiones es pecar gravemente contra el conocimiento del mundo. El mecanismo del cuerpo humano demuestra que nuestra alegría, nuestra tristeza, nuestra dulzura, nuestra cólera nuestro amor, nuestra indiferencia, nuestra sobriedad o nuestra intemperancia, en una palabra, todas nuestras pasiones no dependen sino de la avenencia de ciertas partes de nuestro cuerpo, de la construcción más o menos sutil de algunas pequeñas fibras y de ciertas membranas, de la espesura o fluidez de nuestra sangre, de la facilidad o el embarazo de su circulación, de la fuerza de nuestro corazón, de la naturaleza de nuestra bilis, del tamaño de nuestro estómago, etc. Ahora bien, me pregunto si todas estas partes de nuestro cuerpo se mostrarán lo suficientemente dóciles como para conformarse a las leyes de nuestro interés o si no es más razonable pensar que no harán nada en tal sentido. Por otra parte, Maquiavelo se encontraría con muchos heréticos que preferirían el dios de Epicuro (271) al dios de César.]

(271) Epicuro (341-271 a.C.). Impresionado por la filosofía de Demócrito, el

[La única razón legítima que puede comprometer a un ser razonable a luchar contra las pasiones que le deleitan, es el propio bien que él saque de ello, así como la ventaja que reporte a la sociedad. Las pasiones envilecen nuestra naturaleza en cuanto nos abandonamos a ellas y arruinan nuestro cuerpo, si les soltamos el freno; es preciso moderarlas sin destruirlas y orientarlas al bien de la sociedad haciéndolas únicamente cambiar de objeto; e incluso aun cuando no consigamos ganarles la batalla, la menor ventaja debe bastarnos para encararla como el comienzo del imperio que ejercemos sobre nosotros mismos.]

[Debo hacer reparar al lector en una grave contradicción que Maquiavelo desliza a lo largo de su obra. Justo al comienzo del capítulo que nos ocupa dice: «Media tanta distancia entre lo que se hace y lo que se debe hacer, que cualquier hombre dispuesto a regular su conducta según la idea del deber no dejará de fracasar». El autor parece haber olvidado lo afirmado por él mismo en su sexto capítulo, donde afirma: «Como es muy difícil ajustarse perfectamente al modelo que uno se propone, se impone que un hombre juicioso no se proponga sino grandes metas, a fin de que, si carece de la fuerza necesaria para imitarlas en todo, pueda cuando menos teñir con ellas sus acciones». Hay que lamentar en Maquiavelo la infidelidad de su memoria y todavía más la falta de conexión entre sus razonamientos e ideas.]

[Maquiavelo lleva aún más lejos sus errores, así como las máximas de su abominable y falsa sabiduría.] Comienza por advertir que no es posible ser bueno en un mundo tan malvado y corrupto como el del

año 307 compró en Atenas una casa con un huerto que dio su nombre, el Jardín, a la escuela filosófica que allí se formó. Se asemejó a Sócrates en lo tocante al afecto y el respeto que inspiraba en sus discípulos. Fue un autor prolífico, pero la mayor parte de su obra ha desaparecido. Gracias a Diógenes Laercio conservamos tres cartas y cuarenta sentencias aforísticas donde se resume su doctrina; de su ingente obra *Sobre la naturaleza* (compuesta por treinta y siete libros) se han reconstruido algunos fragmentos, a partir de los rollos de papiro carbonizado localizados en una villa de Herculano. El propósito de Epicuro era la dirección sabia de la vida, que debía lograrse mediante la confianza en los datos aportados por los sentidos y la eliminación de toda superstición. La felicidad consistiría en alcanzar el sosiego aportado por una exacta comprensión de la naturaleza. Deben satisfacerse todos los placeres que sean naturales y necesarios, evitando aquellos que acarrearán dolor.

género humano (272)*, sin que uno perezca en el intento. [Se ha dicho que si los triángulos concibieran un Dios éste tendría tres lados; este mundo tan malvado y corrupto también se resiente de la creación de Maquiavelo.]

<Un hombre honesto puede albergar un espíritu transcendente, además de ser circunspecto> (273)* y prudente, [sin que eso derogue su candor; su previsión y su penetración bastan para hacerle conocer los deseos de sus enemigos, y su sensatez, fecunda en recursos, puede hacerle evitar siempre las trampas que le tiende su malicia.]

<Mas, ¿qué significa no ser del todo bueno entre los malvados? Nada salvo ser a su vez un malvado más. Un hombre que comienza por no ser del todo bueno acaba, por lo general, siendo muy malo, corriendo así la misma suerte del Danubio, ese río que, al recorrer el mundo, no se hace nada mejor, pues empieza por ser suizo y termina siendo tártaro.>

<Leyendo a Maquiavelo, lo reconozco, se aprenden muchas cosas nuevas y harto singulares; antes de leer su *Príncipe*, yo era lo bastante estúpido como para ignorar que había casos en donde a un hombre honesto se le permite volverse perverso; sumido en mi simplicidad, ignoraba que los Catilinas, los Cartouches o los Mir-Weis habían de servir de modelos al mundo y también estaba persuadido, al igual que la mayoría de los hombres, que era a la virtud a quien le tocaba dar ejemplo y al vicio el recibirlo.>

<¿Será necesario polemizar, se hará preciso argumentar para demostrar las ventajas de la virtud sobre el vicio, de las acciones benéficas sobre las ganas de hacer daño o de la generosidad sobre la traición? Yo pienso que todo hombre razonable conoce bastante sus intereses como para sentir cuál es el más aprovechable entre ambos y para aborrecer a un hombre que no pone nada de todo esto en cuestión, que no titubea en absoluto, pero que se decanta por el crimen.> (274)*

(272) S: Omite "como el del género humano".

(273) X: < > "Y yo digo que para no perecer se ha de ser bueno y prudente."

(274) En X los tres últimos párrafos desaparecen y en su lugar se lee lo siguiente: "Los hombres, y los reyes como todos los demás, no son nunca del todo buenos ni malos; pero tanto los buenos, como los malos y mediocres, se pondrán de acuerdo en perfilar un príncipe poderoso, justo y diestro. Yo preferiría guerrear

contra un tirano que contra un rey bueno, contra un Luis XI que contra un Luis XII, contra un Domiciano que contra un Trajano; porque, mientras el buen rey estará bien servido, los súbditos del tirano se sumarán a mis tropas. Si yo marcho sobre Italia con diez mil hombres contra un Alejandro VI, la mitad de Italia estará de mi parte; sin embargo, aun cuando dispusiera de cuarenta mil hombres para batallar contra Inocencio XI, toda Italia se alzaría en armas para acabar conmigo. Nunca se ha destronado en Inglaterra a ningún buen rey ni siquiera contando con grandes ejércitos y, en cambio, todos sus malos reyes han sucumbido a manos de competidores que comenzaron la guerra con tan sólo cuatro mil hombres. No se trata de ser malvado con quienes ya lo son, sino virtuoso e intrépido para con ellos, pues así volverás a tu pueblo tan virtuoso como tú mismo, tus vecinos querrán emularte y los malvados temblarán."

CAPITULO XVI (275)*

Dos escultores famosos, Fidias (276) y Alcámenes (277), esculpieron sendas estatuas de Minerva entre las que los atenienses debían escoger la más bella para emplazarla sobre lo alto de una columna. Las dos fueron expuestas al público; la de Alcámenes resultó la más votada; la otra —se decía— estaba trabajada de un modo demasiado grosero. Fidias, sin dejarse conturbar por el juicio popular, pidió que, puesto que las estatuas habían sido hechas para ser emplazadas sobre una columna, se las colocase así [para decidir luego sobre su belleza. Al ponerse en un alto ambas estatuas, resultó] entonces [que las reglas de la proporción, de la perspectiva y de la elegancia del diseño resultaban mucho más observables en] la de Fidias que en la de su adversario (278)*.

Fidias debió su éxito al estudio de la óptica y de las proporciones [; pues cuanto debe ser visto sobre un alto pedestal se halla sometido a reglas diferentes que cuanto ha de ser visto al mismo nivel del observador]. Esta regla de la proporcionalidad debe ser contemplada en la política [al igual que en la escultura. En la política,] los diferentes contextos imponen diversas máximas; querer aplicar una en general,

(275) X: "Capítulo Decimosexto: De la liberalidad y la economía".

(276) Fidias (490-432 a.C.), uno de los más grandes artistas atenienses, célebre sobre todo como escultor, pero que también mostró su talento como pintor o arquitecto. Fue el responsable de muchas obras que adornaron Atenas a mediados del siglo V a.C., bajo el gobierno de su amigo Pericles, y muy particularmente de la construcción del Partenón.

(277) Alcámenes, escultor griego conocido precisamente por ser el rival de Fidias.

(278) X: "la de Fidias resultó galardonada".

sería tanto como corromper su naturaleza; lo que puede ser admirable en un gran reino no tiene por qué convenir a un pequeño Estado; [lo que pudiera servir al ensalzamiento del primero, bien podría contribuir a la ruina del segundo. Si se confunden intereses tan diversos, se incurrirá en extrañas faltas, dándose lugar a falsas aplicaciones por parte de príncipes que de suyo serían buenos y saludables.] El lujo que nace de la abundancia y que hace circular las riquezas por las venas de un Estado, es lo que multiplica las necesidades de los ricos [y de los opulentos] para terminar igualándolos en menesterosidad con los pobres [e indigentes; el lujo es, en relación con un gran imperio, lo que el movimiento de sístole y diástole atribuido al corazón, en relación con el cuerpo humano. Se trata del resorte que envía la sangre a través de las grandes arterias hasta las extremidades de nuestros miembros y que la hace circular por las venas, las cuales la conducen al corazón para que la distribuya de nuevo por las diferentes partes de que se compone nuestro cuerpo] (279).

Si algún político torpe intentase desterrar el lujo de un gran Estado, éste se desplomaría [y se debilitaría considerablemente; el dinero se volvería inútil, quedaría en los cofres de los ricos, el comercio languidecería, las manufacturas caerían por falta de venta, la industria perecería, las familias ricas lo serían a perpetuidad y los indigentes no tendrían recurso alguno para salir de su miseria.]

El lujo, por el contrario, haría perecer a un pequeño Estado; [los particulares quedan consumidos por sus gastos y] el dinero, al salir del país con mucha mayor abundancia en proporción a lo que entra, haría caer este delicado cuerpo en consunción, dándose lugar a una muerte ética. Supone, pues, una regla fundamental para todo político el no confundir jamás los pequeños Estados con los grandes, y esto es algo de lo que Maquiavelo peca gravemente a lo largo de este capítulo.

La primera falta que debo reprocharle es el tomar la palabra «liberalidad», tomada como sinónimo de largueza o magnanimidad, en

(279) Esta teoría del lujo es la suscrita por la mayoría de los filósofos del siglo XVIII; se trata de lo que Diderot dará en llamar "lujo del bienestar". La polémica a favor y en contra del lujo jugó un gran papel en la Ilustración francesa; como no podía ser de otro modo, Voltaire tomó parte en ella, recomendando el lujo para los grandes Estados.

un sentido muy vago; <hay una diferencia sensible entre un hombre pródigo y un hombre liberal: el primero derrocha todos sus bienes con profusión, desorden y sin propósito alguno; se trata de un exceso censurable, de una especie de locura, de un defecto del juicio y, por consiguiente, no es propio del carácter de un príncipe juicioso el ser pródigo. El hombre liberal, por el contrario, es generoso, hace todo siguiendo los dictados de su razón, los ingresos constituyen para él el barómetro del gasto y aunque su economía resulte bienhechora, su compasión para con los infortunados le lleva a sentirse incómodo y a privarse de lo superfluo para mostrarse caritativo con ellos. Su bondad carece de otros límites que sus fuerzas. Esta es, en mi opinión, una de las primeras cualidades de un gran príncipe y de todos cuantos han nacido para socorrer o aliviar las miserias ajenas.> (280)*

[La segunda falta que reprocho a Maquiavelo es un error de carácter. Llamo así a la ignorancia que le hace atribuir a liberalidad los defectos de la avaricia. «Un príncipe —asegura—, para sostener su reputación de hombre liberal, sobrecargará a sus súbditos, rebuscará medios de confiscación y se verá obligado a recurrir a vías indignas para llenar sus cofres.» Éste es precisamente el carácter de un avaro; fue Vespasiano (281), y no Trajano (282), quien decretó impuestos al pueblo romano. La avaricia es un hambre devoradora que no se sacia jamás; es un chancro que roe constantemente su entorno hasta consumirlo todo. Un hombre avaro desea las riquezas; envidia a quienes

(280) X: < > "no distingue bien entre la liberalidad y la prodigalidad. 'Un príncipe —dice Maquiavelo—, para hacer grandes cosas, debe pasar por liberal y también debe serlo'. No conozco a ningún héroe que no lo haya sido. Apegarse a la avaricia es tanto como decir a los hombres que no esperen nada de mí, pues siempre pagaré mal vuestros servicios; es tanto como apagar el ardor con que todo súbdito ha de servir naturalmente a su príncipe. Sin duda, únicamente el hombre económico, el que administra prudentemente sus bienes, puede ser liberal".

(281) Tito Flavio Sabino Vespasiano (9-79 d.C.), emperador romano a partir del año 69. Gracias a una política económica prudente, supo restablecer las finanzas del imperio, que habían sido arruinadas por los derroches de Nerón y la guerra civil.

(282) Marco Ulpio Trajano, emperador romano entre los años 98-117 d.C. Fue un gobernador concienzudo y un gobernante competente que logró alcanzar una gran reputación. Asignó considerables cantidades de dinero para proyectos de construcción en Roma, tales como su foro, unos nuevos baños o la biblioteca Ulpia. Su reinado fue recordado como una época de paz y prosperidad.

las poseen y, si le es posible, se las apropia. Los hombres interesados se dejan asignar una renta con el cebo de la ganancia y los jueces avaros son sospechosos de corrupción. Tal es el carácter de este vicio, que eclipsa las mayores virtudes cuando se concita en un mismo objeto.]

[El hombre liberal es justamente lo opuesto del avaro; la bondad y la compasión sirven de base a su generosidad. Si hace el bien, es para socorrer al infortunado y para contribuir a la felicidad de aquellas personas de mérito a quienes la fortuna no se ha mostrado tan favorable como la naturaleza. Un príncipe de este carácter, lejos de oprimir a los pueblos y de malgastar en sus placeres lo que sus súbditos han reunido mediante su industria, no piensa sino en aumentar los recursos de su opulencia; las acciones malas e injustas no se cometen sino a sus espaldas, y su buen corazón le incita a procurar a todos los pueblos bajo su dominio toda la dicha que pueda comportar la coyuntura bajo la cual se hallen.]

[He ahí el sentido que se suele dar normalmente a la liberalidad y a la avaricia. Aquellos príncipes cuyos dominios son muy limitados, y que además se ven sobrecargados de familia, hacen bien en llevar la economía hasta un punto en que las personas poco sutiles no pueden distinguirla de la avaricia. Aquellos soberanos que, por el mero hecho de poseer algunos Estados, no son grandes príncipes, están obligados a administrar sus rentas metódicamente y a sopesar sus liberalidades con arreglo a sus fuerzas; pero cuanto más poderosos sean los príncipes, más liberales deben ser.]

Podría objetarse el ejemplo de Francisco I (1517-1547), rey de Francia, cuyos excesivos gastos fueron en parte la causa de sus desgracias. [Es bien conocido que] los placeres de Francisco I absorbían los re-

(283) Francisco I (1494-1547), rey de Francia. A la muerte del emperador Maximiliano, se convirtió en el perpetuo rival de Carlos V por la supremacía de Europa. Sin embargo, el estado de su hacienda era ruinoso, ya que toda su corte le imitaba en su derroche, malgastando en lujo y ostentación incluso los fondos destinados a la guerra. La fastuosa vida que llevaba el monarca costaba anualmente un millón y medio de escudos. Sin embargo, esa prodigalidad también tuvo sus facetas positivas, como el desarrollo de la imprenta, la fundación del Colegio de Francia o la creación de numerosas bibliotecas y cátedras universitarias. A su corte habrían de llegar algunos representantes del Renacimiento italiano tan eximios como Benvenuto Cellini o Leonardo da Vinci.

cursos de su gloria. [Mas hay dos cosas que responder a esta objeción; la primera es que, en tiempos de este rey, Francia no era en absoluto comparable por lo que atañe a su poderío, sus rentas y sus fuerzas, a lo que es actualmente; y la segunda es que] este rey no era liberal, sino pródigo.

<Lejos de querer condenar el buen orden y la economía de un soberano, soy el primero en ensalzarla. Un príncipe, en cuanto tutor de sus súbditos, tiene a su cargo la administración de los denarios públicos; él es el responsable ante sus súbditos y, si es juicioso, habrá de allegar fondos suficientes para que en tiempos de guerra pueda afrontar los gastos necesarios sin verse obligado a imponer nuevas cargas. En la administración de los bienes del Estado se requiere tanto la prudencia como la circunspección; pero que un príncipe sea liberal y generoso siempre redundan en pro del Estado; con ello incentiva la industria, confiere consistencia a la gloria y anima la virtud misma.

No me queda sino levantar acta de un error moral en el que Maquiavelo incurre. «La liberalidad —dice— le hace a uno pobre y consecuentemente despreciable».> (284)* [¿Qué deplorable razonamiento, cuán falsas ideas acerca de lo que es digno de elogio y de censura! Según Maquiavelo, los tesoros de un rico servirán de equilibrio a la estima pública. ¡Menudo considerando! ¡Un metal en sí mismo despreciable, cuyo precio es arbitrario, volverá digno de elogio a quien lo posee! ¡No es, pues, el hombre, sino un montón de oro el depositario

(284) X: < > "... y al final de su vida se vuelve un poco avaro; en lugar de ser un buen administrador, esconde sus tesoros en sus cofres; pero no son tesoros sin circulación lo que hace falta, sino una amplia renta. Todo rey que no sabe sino amontonar y enterrar el dinero, no entiende nada de todo esto; es preciso hacerlo circular para ser verdaderamente rico. Los Médicis se hicieron con la soberanía de Florencia sólo porque el gran Cosme, padre de la patria, un simple comerciante, fue hábil y liberal. Todo avaro no pasa de ser un geniecillo y, a mi modo de ver, el cardenal Retz lleva razón al decir que, en los grandes asuntos, nunca hay que tener en cuenta el dinero. Si el soberano se coloca en situación de adquirir muchas cosas, favoreciendo así el comercio y las manufacturas de sus súbditos, a fin de que pueda gastar, será amado y estimado. Maquiavelo dice que la liberalidad le volverá despreciable; éste podría ser el juicio de un usurero, ¿pero es así cómo debe hablar un hombre que pretende dar lecciones a los príncipes?". S añade (para finalizar el capítulo): "Un príncipe, si se me permite decirlo así, es como el cielo que cada día derrama sus rocíos y sus lluvias, y que cuenta con un fondo inagotable, destinado a la fertilidad de la tierra".

del honor! ¿Acaso puede concebirse que semejante idea pueda caber en el cerebro de una cabeza pensante? Las riquezas se adquieren por industria, por sucesión o, lo que todavía es mucho peor, por violencia. Todos esos bienes adquiridos están fuera del hombre, los posee y puede perderlos. ¿Cómo puede confundir objetos tan diferentes en sí mismos como la virtud y el vil metal? El duque de Newcastle (285) o Samuel Bernard (286) son conocidos por sus riquezas, pero hay una gran diferencia entre ser conocido o ser estimado. El orgulloso Creso (287) y sus tesoros, el avaro Craso (288) y sus riquezas han impactado al pueblo por su opulencia como fenómenos muy singulares, sin que con ello dijeran nada a su corazón o fuesen estimados. El justo Aristides (289), el sabio Filopemén (290), el mariscal de Turen-

(285) William Cavendish (1592-1676), duque de Newcastle, cuyos fastuosos banquetes se han hecho universalmente célebres. Tras la ejecución de Carlos I, fue el encargado de velar por la seguridad personal del futuro Carlos II, en pro de cuya causa dilapidó su inmersa fortuna.

(286) Samuel Bernard (1651-1739), conde de Coubert. Financiero francés que se interesó por todas las empresas bancarias y comerciales de fines del siglo XVII y principios del XVIII. En varias ocasiones Luis XIV tuvo que recurrir a él para obtener cuantiosos préstamos.

(287) Creso, el último rey de Lidia (entre los años 560-546 a.C.), cuya fabulosa riqueza se ha hecho proverbial. Hizo ricas ofrendas a los santuarios ricos, especialmente a Delfos. Envalentonado por un oráculo delfico, que resultó falso, emprendió una expedición contra el rey de Persia, en la que fue derrotado por Ciro. La leyenda pretende que Apolo le salvó de la pira funeraria en agradecimiento por las ofrendas hechas a Delfos.

(288) Marco Licinio Craso (115-53 a.C.), miembro del primer triunvirato junto con Pompeyo y Julio César. Craso buscó el éxito a través de la riqueza y la influencia que ésta podía reportarle; poseía minas de plata y llegó a ser dueño de una buena parte de Roma; se dice que disponía de muchos esclavos, prestos a reconstruir las casas dañadas por el fuego que solía comprar a muy buen precio ante la desesperación de sus atribulados dueños.

(289) Aristides (muerto hacia el 468 a.C.), estadista ateniense conocido como *el Justo*, famosos por su rectitud, patriotismo y moderación. Su mayor logro se cifró en el reparto de la Liga Dética (la alianza creada por los Estados griegos contra los persas en el año 478), estipulando la contribución de cada miembro con un gran sentido de la justicia.

(290) Filopemén (250-182 a.C.), nacido en Megalópolis (Arcadia) y vigoroso general de la confederación aquea (constituida por las ciudades del Peloponeso que se habían liberado de la hegemonía macedónica), es calificado por Plutarco como "el último de los griegos".

ne (291) y el señor de Catinat (292), dignos de las costumbres que se suponen a los primeros siglos, fueron objeto de admiración entre sus contemporáneos y sirven de ejemplo a las gentes honestas de todas las épocas, a pesar de su proverbial frugalidad y su desinterés.]

[No son, por lo tanto, el poder, la fuerza o la riqueza, lo que gana el corazón de los hombres, sino que son las cualidades personales, la bondad y la virtud las que tienen este privilegio. Así, ni la pobreza ni la indigencia sabrían envilecer la virtud, al menos en tan escasa medida como las ventajas externas sabrían ennoblecer o rehabilitar el vicio.]

[El vulgo y los indigentes profesan un cierto respeto por la riqueza, debido a que no la conocen, así como a la ignorancia; las personas ricas, por el contrario, y quienes piensan de un modo justo, albergan un soberano desprecio por todo cuanto viene de los favores de la fortuna o del azar, y, para poseer los bienes de este mundo, dan en conocer mejor la vanidad y la nada.]

[No se trata de deslumbrar al público para sorprender, por decirlo así, su estima; sino que se trata de llegar a merecer ésta.]

(291) Henri de Latour d'Auvergne, vizconde de Turenne (1611-1675), mariscal de Francia. Luis XIV le tenía en mucha estima y le consultaba frecuentemente sobre cuestiones de política exterior. Bondadoso para con todos, sus soldados le llamaban "nuestro padre", y esta bondad hacía que fuese adorado por un ejército que le obedecía ciegamente. Por lo demás, era muy generoso y con frecuencia repartía entre sus tropas dinero de su peculio particular. Para Napoleón era el primer hombre de su siglo.

(292) Nicolás de Catinat (1637-1712), mariscal de Francia. Su desinterés y generosidad le hicieron tan popular como escasamente apreciado en la corte.

CAPITULO XVII (293)*

El depósito máspreciado que se ha confiado en manos de los príncipes es el de la vida de sus súbditos. Su cargo les confiere el poder de condenar a muerte o de perdonar a los culpables; son los árbitros supremos de la justicia (294)*. [Una palabra de su boca activa ante ellos esos órganos siniestros de la muerte y de la destrucción, una palabra de su boca hace prodigar el auxilio a los agentes de sus gracias, a esos ministros que portan buenas nuevas. ¡Mas un poder tan absoluto exige circunspección, prudencia y sabiduría para no abusar de él!

[Los tiranos no tienen para nada en cuenta la vida de los hombres. El elevado puesto en donde les ha colocado la fortuna les impide compartir infortunios que les son desconocidos; son como esos miopes que no ven sino a dos pasos; no se ven sino a sí mismos e ignoran al resto de los humanos; quizá, si sus sentidos se vieran impresionados por el horror de los suplicios infligidos por su mandato, por las crueldades que hacen cometer bien lejos de su vista, por todo cuanto precede y acompaña a la muerte de un desgraciado, puede que sus corazones no se endurecieran lo bastante como para renegar constantemente de la humanidad y tampoco tuvieran una sangre fría tan desnaturalizada como para que nada les conmueva.]

Los buenos príncipes contemplan este poder ilimitado sobre la vida de sus súbditos como el peso más penoso de su corona. Saben que son hombres como los que deben juzgar; saben que los errores, las injusticias y las injurias pueden verse reparadas en el (295)* mundo,

(293) X: "Capítulo Decimoséptimo: De la crueldad y de la clemencia, y de si vale más ser amado que temido". S: "Capítulo XVII: De la crueldad y de la clemencia, y de si vale más ser temido que amado".

(294) Esta última frase ha sido suprimida en S.

(295) X: "este".

pero que una condena a muerte precipitada es un mal irreparable; sólo se muestran severos para evitar un rigor más enojoso, que preven si se comportan de otro modo; no adoptan esas resoluciones funestas sino en casos desesperados y similares a aquellos en los que un hombre con un miembro gangrenado, a pesar de la ternura que siente por sí mismo, se resuelve a dejárselo amputar, para garantizar y salvar por medio de esa dolorosa operación el resto de su cuerpo.

[Sólo en caso de extrema necesidad debe un príncipe atentar contra la vida de sus súbditos, siendo esto algo sobre los que debe mostrarse máximamente circunspecto y escrupuloso.]

Maquiavelo trata como si fueran bagatelas cosas sumamente graves, serias e importantes. Para él, la vida de los hombres no cuenta para nada y el interés, ese único dios al que adora, cuenta para todo; prefiere la crueldad a la clemencia y su consejo para quienes acceden a la soberanía es menospreciar ante todo la reputación de ser crueles.

Estos son los verdugos que colocan al héroe de Maquiavelo sobre el trono y que lo mantienen en él [a costa de la fuerza y de la violencia]. César Borgia es el refugio de este político cuando busca ejemplos de crueldad [, tal como Telémaco (296) lo es de Fenelón cuando enseña el camino de la virtud].

Maquiavelo se permite citar algunos versos que Virgilio (297) pone en boca de Dido; pero esta cita está enteramente desplazada, porque Virgilio hace hablar a Dido (298) como Voltaire (299) hará hablar a Yocasta (300) en su *Edipo*. El poeta confiere a esos personajes un

(296) Telémaco, el hijo de Ulises y Penélope. Homero lo presenta en su *Odisea* como un personaje tímido, carente de la energía y la resolución de su padre, hasta que, finalmente, asombrará a su madre, al tomar las riendas de la casa y luchar decididamente contra sus pretendientes.

(297) Publio Virgilio Marón (70-19 a.C.), poeta latino que, bajo la protección de Mecenas y Octavio Augusto redactó su inmortal *Eneida*, poema concebido para ensalzar el origen y crecimiento del imperio romano, partiendo de Eneas, el héroe troyano que sobrevivió a la caída de Troya y sería el antepasado de Julio César o del propio Augusto.

(298) Las palabras a que aquí se hacen referencia y que Virgilio hace decir a Dido en su *Eneida* son éstas: "*Res dura, et regni novitas me talia cogunt / Moliri, et late fines custode tueri.*" (I, 563-564.)

(299) X: "alguien". S: "un autor moderno". Como vemos, Voltaire decide suprimir su propio nombre, refiriéndose a sí mismo de forma perifrástica.

(300) Yocasta es la madre y luego incestuosa esposa de Edipo.

lenguaje que conviene a su carácter. No es la autoridad de Dido ni la de Yocasta lo que debe valer en un tratado de política, donde se impone el ejemplo de hombres excepcionales y virtuosos.

[Para responder concisamente al autor, me bastará con esta reflexión: los crímenes tienen una funesta concatenación que se sigue inexorablemente en cuanto ha sido dado el primer paso. Así, la usurpación conlleva tras de sí el destierro, la proscripción, la confiscación y la muerte. Me pregunto si no hay una espantosa crudeza, si no supone una ambición execrable el aspirar a la soberanía, preveyendo los crímenes que se habrán de cometer para mantenerse en ella. Me pregunto si existe un interés personal en el mundo que deba hacer resolver a un hombre el hacer perecer a los inocentes que se resistan a su usurpación y qué atractivo puede tener una corona bañada en sangre. A buen seguro, estas reflexiones harían poca mella en Maquiavelo, pero estoy convencido de que no todo el mundo está tan corrompido como él.]

El político recomienda sobre todo rigor para con las tropas; contraponen la indulgencia de Escipión (301) a la severidad de Aníbal (302), prefiere el cartaginés al romano y concluye a renglón seguido que la crueldad (303)* es el móvil del orden, de la disciplina y, en consecuencia, de los triunfos de un ejército. Maquiavelo no actúa de buena fe en esta ocasión, pues escoge a Escipión, el menos enérgico de todos los generales en lo tocante a la disciplina, para oponerlo a Aníbal; para favorecer la crueldad [, la elocuencia del político la contrasta con

(301) Publio Cornelio Escipión Africano el Mayor (236-183 a.C.), conquistador de Hispania y vencedor de la Segunda Guerra Púnica. Derrotó a Aníbal en la batalla de Zama en el año 202. Sin embargo, Catón el Censor les acusó de mala gestión en los asuntos públicos y, aunque finalmente los pleitos no llegaron a término, la influencia de los Escipiones quedó pulverizada por ello.

(302) Aníbal (247-182 a.C.) era el hijo mayor de Amílcar Barca y ofició de comandante supremo en la Segunda Guerra Púnica contra Roma. Tras extender el dominio cartaginés en Hispania, su osado plan consistía en invadir Italia antes de que Roma estuviera preparada y a punto estuvo de tener éxito. Después de guerrear durante dieciséis años por Italia, tuvo que regresar a Africa con su ejército invicto para defender Cartago de la invasión romana. Su habilidad estratégica le hacía combinar a la infantería y a la caballería para rodear al enemigo. También supo mantener la lealtad de las tropas mercenarias incluso ante las dificultades y la derrota.

(303) X: "el rigor".

la debilidad de ese Escipión, a quien —como él mismo reconoce— Catón (304) le llamaba el corruptor de la milicia romana; y pretende fundar un juicio sólido sobre el diferente éxito de dos generales, con el fin de desprestigiar a la clemencia, que suele confundir con el vicio de un ruinoso exceso de bondad].

Confieso que el orden de (305)* un ejército no puede subsistir sin severidad; ¿pues, cómo circunscribir en su deber a los libertinos, a los disolutos, a los pérfidos, a los cobardes, a los temerarios, a los animales groseros y mecánicos, si el miedo a los castigos no los detiene en alguna medida?

Todo cuanto pido a Maquiavelo sobre este particular es moderación. Ha de saber que, si la clemencia de un hombre honesto le conduce a la bondad, la sensatez no deja de conducirlo al rigor. Pero se trata de un rigor similar al de un hábil piloto, a quien no se le verá cortar el mástil o los cordajes de su navío, salvo si se ve forzado a ello por el peligro inminente al que le expone la tormenta o la tempestad (306)*.

Pero Maquiavelo no se ha agotado todavía; me hallo ahora ante su argumento más capcioso [, el más sutil y el más sorprendente]. En su opinión, un príncipe acierta más haciéndose temer que haciéndose amar, puesto que la mayoría de la gente se inclina por la ingratitud, la veleidad, el disimulo, la cobardía y la avaricia; el amor sería un vínculo de obligación que la malicia y la bajeza del género humano han convertido en algo muy frágil, mientras que el temor al castigo constituye un magnífico aval del deber de las gentes; los hombres son dueños de su benevolencia, pero no de su temor; y un príncipe prudente procurará depender de él mismo más que de los demás.

[Yo respondo a todo esto que] no niego que se den en el mundo hombres ingratos e hipócritas; tampoco niego que el temor (307)* sea

(304) Marco Porcio Catón (234-149 a.C.), *el Viejo o el Censor*. Su austera moralidad se hizo proverbial. Se dedicó por completo a reformar las disipadas costumbres de la nobleza romana, intentando poner freno a los excesos de los ricos. El regreso a la sencillez primitiva de un Estado fundamentalmente agrario constituía su mayor ideal.

(305) S: "en".

(306) X: "Hay ocasiones en las que es menester mostrarse severo, pero nunca es necesario ser cruel. En plena batalla yo preferiría ser amado antes que temido por mis soldados."

(307) X: "severidad".

muy poderoso (308)* en algunos momentos; pero también adelanto que todo rey cuya política no tenga por meta sino el hacerse temer sólo reinará sobre esclavos y que no podrá esperar grandes cosas de sus súbditos, puesto que cuanto se hace por temor y timidez queda estigmatizado por este carácter; por el contrario, un príncipe que tenga el don de hacerse querer reinará sobre los corazones, dado que a los súbditos les convendrá tenerle como señor, cupiendo encontrar en la historia un gran número de ejemplos de grandes acciones ejecutadas por amor y fidelidad. Añadiré que la moda de las sediciones y las revoluciones parece haber pasado por completo en nuestros días; no se aprecia ningún reino, excepto el de Inglaterra, donde el rey tenga nada que temer por parte de sus pueblos; e incluso en Inglaterra el rey nada ha de temer, si no es él mismo quien promueva la tempestad.

Concluyo, pues, que un príncipe cruel se expone más a ser traicionado que un príncipe bonachón, puesto que la crueldad es algo insoportable y resulta temible, mientras que la bondad nunca deja de ser amable.

Sería deseable, en aras de la dicha del mundo, que los príncipes fueran buenos sin ser demasiado indulgentes, a fin de que la bondad constituyera en ellos siempre una virtud y jamás una debilidad.

(308) X: "útil".

CAPITULO XVIII (309)*

[Corresponde a la naturaleza de las cosas que todo cuanto es profundamente malo lo sea para siempre. Los Cicerones y Demóstones extenuarán en vano su arte para imponerse a este respecto al mundo; se alabará su elocuencia, al tiempo que se censura el deplorable abuso que cometen con ella. La meta de un orador debe ser el defender al inocente contra el opresor o contra quien le calumnia, el exponer los motivos que deben hacer tomar a los hombres un partido o una resolución preferiblemente sobre otra, el mostrar la grandeza y la bondad de la virtud junto a lo que el vicio tiene de abyecto y deforme; pero se ha de abjurar de la elocuencia cuando es utilizada para un uso totalmente opuesto.]

[Maquiavelo, el peor, el más perverso de los hombres, emplea en este capítulo todos los argumentos que le sugiere su furor, para acreditar el crimen, pero tropieza y cae tan a menudo en esta infame carrera, que mi única ocupación consistirá en señalar sus caídas. El desorden, los falsos razonamientos que se encuentran en este capítulo, son innumerables; es aquel donde más predominan al mismo tiempo la malicia y la debilidad. La lógica es tan mala como depravada la moral. Este sofista de los crímenes (310)* se atreve a afirmar que los

(309) X: "Capítulo Decimoctavo: De si los príncipes deben mantener su palabra". S: "De cómo los príncipes deben mantener su palabra".

(310) X: "El preceptor de tiranos".

príncipes pueden abusar de la gente para sus disimulos; comencemos por aquí.

Se sabe muy bien hasta qué punto es curioso el público; es un animal que lo ve todo, que lo oye todo, y que divulga cuanto ha visto y oído. Si la curiosidad de este público examina la conducta de los particulares, es para entretener su ociosidad; pero cuando juzga el carácter de los príncipes, lo hace siguiendo su propio interés. También los príncipes se hallan expuestos, y más que el resto de los hombres, a los juicios y razonamientos de la gente; son como astros hacia los que un pueblo de astrónomos hubiese dirigido sus telescopios y astrolabios; los cortesanos que les observan [de cerca] hacen cada día sus observaciones; un gesto, un guiño, una mirada les traiciona (311)*; y los pueblos se familiarizan con ellos a base de conjeturas; en una palabra, en tan escasa medida como el sol puede cubrir sus manchas, [la luna sus fases, saturno sus anillos] poco pueden hacer los grandes príncipes por ocultar sus vicios y el fondo de su carácter a los ojos de tantos observadores.

Aun cuando la máscara del disimulo cubriera por un tiempo la deformidad natural de un príncipe, no podría conservar esta máscara continuamente, aunque sólo la levantase a veces para respirar; y una sólo ocasión puede bastar para contentar a los curiosos.

El artificio y la simulación se instalarán, pues, en vano sobre los labios de este príncipe; la astucia de sus discursos y de sus acciones le será inútil. No se juzga a los hombres por sus palabras, pues ése es el camino para equivocarse siempre, sino que se pondera el conjunto de sus acciones, cotejándose más tarde sus acciones y sus discursos, siendo esto algo contra lo que la falsedad y el disimulo no pueden nunca nada.

No se es sino uno mismo; y es preciso tener de hecho el carácter que se desea ver reconocido por la gente; quien piense burlarse así del público, no se engaña sino a sí mismo.

(311) S: "... los astros que los astrónomos observan. La corte hace sus observaciones a diario, un guiño, una mirada, un gesto, les traiciona". Al comienzo del tercer acto de su *Edipo*, Voltaire escribirá: "Una sola palabra, un suspiro, un guiño nos traiciona."

Sertorio-Quinto (312), Felipe II (313) o Cromwell serán recordados como hombres [astutos,] hipócritas y emprendedores, pero no serán tenidos jamás por virtuosos. [Así no cabe travestirse; así] un príncipe, por muy hábil que sea, no puede, aun cuando cumpla con todas las máximas de Maquiavelo, revestir con el carácter de una virtud de la cual adolece a los crímenes que le son propios.

Maquiavelo [, ese corruptor de la virtud.] no razona mejor sobre las razones que deben conducir a los príncipes hasta la perfidia y la hipocresía; la aplicación falsa e ingeniosa de la fábula del centauro no concluye nada; ¿por qué ha de seguirse que los príncipes deban ser astutos y feroces del hecho de que un centauro sea un híbrido compuesto de hombre y caballo? Hay que tener muchas ganas de dogmatizar el crimen, para emplear argumentos tan débiles y tan traídos por los pelos.

Pero he aquí un razonamiento aún más deplorable que todos cuantos llevamos vistos. El político dice que un príncipe debe tener las cualidades del león y del zorro; del león para deshacerse de los lobos y del zorro para ser astuto; su conclusión es la siguiente: «Lo cual hace ver que un príncipe no está obligado a mantener su palabra». Nos hallamos ante un ejemplo paradigmático de una conclusión sin premisas; [un escolar de secundaria sería castigado con rigor por su maestro, si se le ocurriera argumentar así,] ¿cómo puede no darle vergüenza al doctor del crimen el farfullar así sus lecciones de impiedad?

Si se quisiera prestar la probidad y el buen sentido a los enmarañados pensamientos de Maquiavelo, habría que plantearlos más o menos así. El mundo es como una partida de algún juego en donde, junto a los jugadores honestos, también hay bribones que hacen trampa; para que un príncipe, que deba jugar esta partida, no se vea engañado, es preciso que sepa el modo cómo se hacen las trampas en

(312) Sertorio-Quinto, distinguido soldado romano, partidario de Mario. En el año 80 a.C. aceptó acaudillar a los lusitanos en una rebelión contra Roma. Con el apoyo de algunos exilados romanos tuvo algún éxito contra diversos comandantes, como Pompeyo, y llegó a ocupar en cierto momento la mayor parte de la Hispania romana. Tras desvanecerse su popularidad, fue asesinado por su lugarteniente.

(313) Felipe II (1527-1598), rey de España y Portugal, hijo del emperador Carlos I de España y V de Alemania, y de su esposa doña Isabel, hija del rey de Portugal.

el juego, no para que llegue a poner en práctica semejantes lecciones, sino para no quedar burlado por los demás.

Retornemos a los traspies de nuestro político: «Como todos los hombres —asegura— son unos bribones y faltarán a su palabra en todo momento, vos tampoco estáis obligado a mantener la vuestra». Nos hallamos en primer lugar ante una contradicción [en los términos]; porque el autor asegura, un instante después, que los simuladores siempre encontrarán hombres lo bastante simples como para abusar de ellos. ¿Cómo conciliar ambos asertos? ¡Todos los hombres son unos bribones, pero siempre toparéis con algunos lo bastante ingenuos como para abusar de ellos! [Esto por lo que atañe a la contradicción. En cuanto al razonamiento, tampoco le va mucho mejor, pues] es muy falso que el mundo sólo esté compuesto por bribones. Hace falta ser un verdadero misántropo para no darse cuenta de que en toda sociedad hay mucha gente honesta, que la mayoría de las personas] no son ni buenas ni malas [, así como que hay algunos tunantes a quienes persigue la justicia y son severamente castigados, si los atrapa]. Pero si Maquiavelo no partiese de la suposición de un mundo depravado, ¿sobre qué hubiera fundamentado su abominable máxima? [Es obvio que su compromiso por dogmatizar la trapacería le obligaba a actuar así; y creyó que era lícito abusar de los hombres mientras se les enseñaba a engañar.] Aun cuando supusiéramos que los hombres son tan malos como pretende Maquiavelo, de ahí no se colegiría que debamos imitarlos. Si Cartouche roba y asesina, mi conclusión es que Cartouche es un desgraciado [tunante,] y no que yo deba regular mi conducta con la suya. Si dejase de haber honor y virtud en el mundo, dice un historiador (314)*, sería entre los príncipes donde se deberían volver a encontrar sus huellas. [En un palabra, ninguna consideración sabría ser lo suficientemente poderosa como para obligar a un hombre honesto a apartarse de su deber.]

Una vez que el autor aprueba la necesidad del crimen, quiere jalearse a sus discípulos con la facilidad de cometerlo. «Quienes comprendan bien el arte de disimular —advierte— siempre encontrarán hombres lo bastante ingenuos como para ser engañados»; lo que vale tanto como decir: vuestro vecino es tonto y vos, en cambio, estáis bien

(314) X: "Carlos el sabio".

dotado de inteligencia, luego es preciso que lo engañéis, puesto que es tonto. Estos son algunos de los silogismos por los que algunos alumnos de Maquiavelo han sido colgados o atormentados en la rueda.

El político, no contento con haber mostrado a su modo la facilidad del crimen, realza a continuación la dicha de la perfidia; lo único enojoso es que César Borgia, el mayor de los bribones, [el más grande entre los traidores,] el más péfido de los hombres, ese César Borgia que es sinónimo del héroe de Maquiavelo, fue de hecho harto desgraciado. Maquiavelo se guarda muy bien de hablar de él en esta ocasión. Le hacen falta los ejemplos; pero, ¿de dónde los habría tomado, del registro de los procesos criminales o de la historia de los papas? (315)*. [Se inclina por estos últimos y] asegura que Alejandro VI, el hombre más falso e impío de su tiempo, siempre tuvo éxito en sus engaños, ya que conocía perfectamente la debilidad de los hombres por la credulidad.

Me atrevo a afirmar que no fue tanto la credulidad de los hombres como ciertos acontecimientos y determinadas circunstancias cuanto hizo tener éxito a los deseos de este Papa; se concitaron la confrontación entre las ambiciones francesa y española, la desunión y el odio de las principales familias de Italia, las pasiones y la debilidad de Luis XII, [así como las sumas de dinero que arrebató Su Santidad y que le volvieron muy poderoso, las cuales] no contribuyeron menos a ello.

La trapacería es incluso un defecto estilístico en política, cuando se la lleva demasiado lejos. Citaré la autoridad de un gran político (316)*; se trata del cardenal Mazarino, quien decía de Luis de Haro (317) que tenía un gran defecto político, cual era el ser en todo momento un redomado bribón. Cuando Mazarino quiso emplear al mariscal de Fabert (318) para una negociación escabrosa, éste le dijo: «Disculpad, monseñor, que me niego a engañar al duque de Saboya, tanto más cuanto que se trata de una bagatela; todo el mundo sabe

(315) X "y de los Nerones".

(316) S: "ministro".

(317) Luis Méndez de Haro y Sotomayor (1598-1661) trató con Mazarino, como ministro de Felipe IV, la paz de los Pirineos.

(318) Abraham de Fabert (1599-1662), mariscal de Francia. Tan leal como valeroso, se negó a entrar en la conspiración del 5 de marzo contra Luis XIV. Federico había dejado en blanco el nombre de Fabert, que será puesto por Voltaire.

que soy un hombre honesto; reservad, pues, mi probidad para una ocasión en la que se trate de la salvación de Francia.»

No hablo ahora de la honestidad ni de la virtud, sino que, considerando tan sólo el interés de los príncipes, se me antoja una pésima política por su parte el actuar como bribones y embaucar a la gente; sólo podrán engañar una vez, pues luego perderán la confianza de todos los demás príncipes.

Sea el caso de cierta potencia (319) que declara [positivamente] en un manifiesto las razones de su conducta y luego actúa de un modo completamente opuesto [a este manifiesto]. Yo confieso que rasgos tan chocantes como éste alienan completamente la confianza, pues la contradicción se sigue muy de cerca y es demasiado grosera. La Iglesia romana, para evitar una contradicción de este estilo, ha fijado muy sabiamente para quienes hace engrosar la nómina de santos un noviciado de cien años tras su muerte; en ese tiempo la memoria de sus defectos y extravagancias perece con quienes les conocieron; los testimonios de su vida y quienes podrían declarar en su contra desaparecen por completo, con lo cual nada se opone a la idea de santidad que se le quiera dar al público.

Espero que se me disculpe esta digresión. Reconozco, por otra parte, que existen situaciones enojosas en las cuales un príncipe no sabría dejar de romper sus tratados y alianzas; sin embargo, debe hacerlo con buenas maneras, no dejando de advertir a sus aliados y nunca sin que los exija la salvación de su pueblo u otra perentoriedad por el estilo.

[Estas contradicciones tan próximas que acabo de reprochar hace un momento a una determinada potencia se encuentran por doquier en Maquiavelo; en un mismo párrafo, dice primero: «Es necesario parecer compasivo, fiel, dulce, religioso y justo»; para añadir luego: «No es posible para un príncipe observar todo cuanto hace pasar a

(319) Se alude aquí a Francia, embarcada en la guerra de sucesión de Polonia para otorgar el trono a Estanislao Leczinski y renunciar a ella seguidamente, con el fin de darle Lorena y retener dicha provincia una vez muerto éste. Federico debe tener un sentimiento ambivalente ante semejante jugada maestra de Fléury; sin duda, el moralista censura el que se haya faltado pérfidamente a la palabra dada, pero, con todo, no dejará de suponer un modelo a imitar por el futuro monarca prusiano, cuya praxis política se inspirará en él a la hora de asegurarse la posesión de Silesia.

los hombres por hombres de bien; así que debe apostar por acomodarse a los vaivenes y al capricho de la fortuna, y, si le es posible, no alejarse nunca del bien; pero, si la necesidad le obliga a ello, puede aparentar en ocasiones apartarse de él.» Estos pensamientos apuntan, hay que reconocerlo, a todo un galimatías; un hombre que razona así, no puede comprenderse a sí mismo y no merece la pena intentar adivinar su enigma o desenredar su caos.]

Acabará este capítulo con una única reflexión. Que se observe la fecundidad con la cual se propagan los vicios entre las manos de Maquiavelo. [No le basta con que un príncipe tenga la desgracia de ser incrédulo.] todavía pretende coronar su incredulidad con la hipocresía; piensa que los pueblos estarán más pendientes de la preferencia que un príncipe [da a Polignac (320) sobre Lucrecio (321)] (322) que de los malos tratos que sufran a costa suya. Hay personas que están de acuerdo con él; a mí me parece que debe concederse cierta indulgencia con los errores especulativos, cuando no conllevan la corrupción del corazón y que el pueblo amará más a un príncipe incrédulo (323)*, pero honesto y artífice de su dicha, que a uno ortodoxo y maligno. No son los pensamientos de los príncipes, sino sus acciones, lo que vuelve dichosos a los hombres.

(320) Melchor de Polignac (1661-1742), célebre cardenal y hábil diplomático francés, que substituyó a Bossuet en la Academia francesa. Voltaire no le regatea elogios en su *Temple du goût*. Escribió un poema, titulado *Antilucretius sive de Deo et natura*, donde pretende refutar a Lucrecio y al filósofo Bayle.

(321) Tito Lucrecio Caro (98-55 a.C.), poeta y filósofo romano, célebre autor de su *De rerum natura* (Sobre la naturaleza de las cosas), poema didáctico donde se comenta la doctrina filosófica de Epicuro. El propósito de la obra es liberar al hombre del complejo de culpa y del miedo a la muerte, demostrando que todo cuanto sucede obedece a leyes mecánicas no regidas por ninguna providencia. Sin embargo, la libertad es preservada, estableciendo que los átomos se desvían ocasionalmente de su camino al margen de su propia voluntad.

(322) El príncipe aludido no es otro que Luis XIV, quien ya había leído el *Anti-Lucrecio* del cardenal Polignac, cuyo manuscrito, todavía inédito (no se publicará sino en 1745) había circulado por la corte.

(323) S: "escéptico".

CAPITULO XIX (324)*

[El espíritu de sistema ha sido desde siempre un escollo fatal para la razón humana; ha dado la alternativa a quienes han creído asir la verdad y que se hallan infatuados de alguna idea ingeniosa convertida en la base de sus opiniones; les han preocupado los prejuicios que serán siempre mortales en la búsqueda de la verdad, sean cuales sean éstos, de suerte que los artesanos de sistemas han compuesto novelas antes que realizado demostraciones.]

[Los cielos planetarios de los antiguos, los torbellinos de Descartes y la armonía preestablecida de Leibniz (325) son errores del espíritu causados por el espíritu sistemático. Estos filósofos han pretendido trazar el mapa de un país que desconocen y que tan siquiera se han

(324) X: "Capítulo Decimonoveno: Cómo evitar el ser menospreciado y odiado".

(325) Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716), el filósofo de Leipzig, fue diplomático en París, bibliotecario en Hannover y primer presidente de la Sociedad de Ciencias de Berlín. Los campos del saber que cultivó fueron igualmente polifacéticos. A sus intereses filosóficos, políticos o religiosos, todavía hay que añadir sus inquietudes lingüísticas o los descubrimientos realizados en el campo de las matemáticas. Se trata, sin duda, del más egregio representante de la protoilustración alemana. Entre nosotros, está pronto a publicarse un magnífico estudio, titulado *A través del laberinto de la libertad. Un estudio en torno al pensamiento moral de Leibniz*, a cargo de Concha Roldán. Su teoría sobre la existencia de una «armonía preestablecida» entre los reinos de la naturaleza y la gracia (y, en última instancia, entre alma y cuerpo) se forjó para combatir el ocasionalismo, esto es, para combatir las teorías de quienes propugnaban un constante intervencionismo por parte de Dios en la marcha de las cosas. Éste habría hecho las cosas demasiado bien desde un principio, como para tener que tomarse la molestia de volver sobre su creación a cada rato.

tomado la molestia de reconocer; sabedores del nombre de algunas ciudades y de ciertos ríos, los han situado según mejor le ha parecido a su imaginación. A continuación ocurrió algo bastante humillante para estos pobres geógrafos y es que algunos curiosos han viajado por estos países tan bien descritos; dichos viajeros han contado con dos guías, cuyos nombres son la analogía y la experiencia, descubriendo para su sorpresa que esas ciudades y esos ríos, las localizaciones y las distancias entre los distintos lugares diferían grandemente de cuanto los otros habían contado.]

La afición por los sistemas no ha sido una locura particular de los filósofos y ha prendido también entre los políticos. Maquiavelo se ha contagiado más que nadie, queriendo probar que un príncipe debe ser malvado y pérfido; tales son las palabras sacramentales de su deplorable sistema. Maquiavelo tiene toda la maldad de los monstruos que abatió Hércules (326), pero carece de su fuerza; tampoco hay que tener la maza de Hércules para abatirlo; pues, ¿qué hay más simple, natural y conveniente para los príncipes que la justicia y la bondad? No creo que sea necesario malgastar argumentos para probarlo [; pues todo el mundo está convencido de ello]. La política (327)* debe perder necesariamente al sostener lo contrario. Porque, si sostiene que un príncipe afirmado sobre el trono debe ser cruel, pérfido, traidor, etc., lo hará malo con tanta perdición; y si quiere revestir con todos esos vicios a un príncipe que se encarama al trono, para afirmar su usurpación, el autor le da consejos que sublevarán a todos los soberanos y a todas las repúblicas en contra suya. Pues, ¿cómo puede un particular elevarse hasta la soberanía, si no es desposeyendo a un príncipe soberano de sus Estados o usurpando la autoridad en una república?

(326) Hércules es la adaptación romana del dios griego Heracles, el más famoso de los héroes griegos. Los cénicos y estoicos veían en él un ejemplo de fortaleza, olvidándose de sus otras cualidades. Al ser considerado un protector para todo, se le invocaba en toda ocasión y se lo denominaba "el que aparta la desgracia". Se convirtió en un ideal del comportamiento humano, al representar a un simple mortal (aunque se trataba de un semidios) que, al final de una vida de trabajo y esfuerzo, tiene la esperanza de unirse tras la muerte a la compañía de los dioses. Los mitos en torno a su figura fueron acumulándose, ya que se le transferían las hazañas de héroes menos conocidos (como sería el caso de sus "trabajos"), aumentando así su creciente popularidad.

(327) S: "está confundida".

No es así cómo lo entienden los príncipes de Europa; [y] si Maquiavelo hubiera confeccionado un recuento de trapacerías para uso de salteadores [de caminos], no habría redactado una obra más censurable que ésta.

Sin embargo, debo dar cuenta de los falsos razonamientos [y contradicciones] que se encuentran en este capítulo. Según Maquiavelo, lo único que vuelve odioso a un príncipe es apoderarse injustamente de los bienes de sus súbditos y atentar contra la castidad de sus mujeres. Es seguro que un príncipe interesado, injusto, violento y cruel no dejará de ser odiado y de volverse detestable ante sus pueblos; mas no ocurre lo mismo con la galantería. Julio César, a quien Roma apodaba el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos, Luis XIV, que gustaba muchísimo de las mujeres, o Augusto I, rey de Polonia, que las tenía en común con sus súbditos, fueron príncipes que no fueron odiados a causa de sus amoríos; y si César fue asesinado, si la libertad romana hundió el puñal en su torso, se debió a que César era un usurpador y no un galanteador.

Puede que se me recuerde la expulsión de los reyes de Roma con motivo del atentado cometido contra la castidad de Lucrecia (328), para apuntalar el parecer de Maquiavelo; pero mi respuesta es que no fue el amor del joven Tarquinio por Lucrecia, sino la manera violenta de plasmarlo, lo que dió lugar a la sublevación de Roma; y como quiera que esa violencia refrescó en la memoria del pueblo otras violencias perpetradas por los Tarquinos, esto es lo que les hizo acariciar la idea de vengarse.

No quiero excusar con ello la galantería de los príncipes, que puede ser moralmente mala; mi único propósito es insistir en que tal cosa no tornaba odiosos a los soberanos. Entre los buenos príncipes el amor es considerado una debilidad, <al igual que los más cultivados incluyen el comentario del *Apocalipsis* entra las restantes obras de Newton.> (329)*

(328) Lucrecia era la mujer de Tarquinio Colatino. Según la leyenda fue violada por Sexto, hijo de Tarquinio el soberbio y, tras revelárselo a su marido, se quitó la vida. Este incidente condujo a la insurrección encabezada por Junio Bruto y a la expulsión de Roma de los Tarquinos. La historia fue relatada por Livio y fue dramatizada por Shakespeare en *El rapto de Lucrecia*.

(329) X: < > "debilidad excusable, siempre que no se vea acompañada de

[Pero lo que me parece digno de alguna reflexión, es la condición de florentino profesada por este doctor que recomienda a los príncipes abstenerse de las mujeres; ¿o es que se habrá de incluir entre las buenas cualidades atribuibles a Maquiavelo la de ser jesuíta?]

[Reparemos ahora en los consejos prescritos a los príncipes para que no se vuelvan despreciables. Pretende que no sean ni caprichosos, ni veleidosos, ni cobardes, ni afeminados, ni indecisos; en todo lo cual seguramente lleva razón; pero prosigue aconsejándolos el aparentar mucha grandeza, gravedad, valor y firmeza. El valor es bueno; pero, ¿por qué los príncipes deben contentarse con aparentar estas virtudes?, ¿por qué no las deben poseer de hecho? Si los príncipes no poseen estas cualidades efectivamente, harán muy mal en aparentarlas, notándose mucho que el actor y el héroe representado son dos personajes bien distintos.]

[Maquiavelo quiere además que un príncipe no se deje gobernar, para que no pueda presumirse que nadie posee un ascendiente sobre su espíritu como para hacerlo cambiar de opinión. Lleva razón; pero, a mi modo de ver, no hay nadie en el mundo que no se deje gobernar en uno u otro grado. Se dice que una vez la ciudad de Amsterdam fue gobernada por un gato. ¿Por un gato? —nos preguntaremos—; ¿cómo puede una ciudad verse gobernada por un gato. Atiéndase a lo que sigue y júzguese luego en consecuencia. El primer burgomaestre de la ciudad lideraba el consejo de la misma y era muy estimado. Este primer burgomaestre tenía una mujer cuyos consejos seguía ciegamente; una sirvienta poseía un ascendiente sin paliativos sobre el ánimo de esta mujer, y un gato lo tenía a su vez sobre el espíritu de la sirvienta; por lo que el gato era quien gobernaba la ciudad en última instancia.]

[Hay ocasiones en las que incluso resulta glorioso para un príncipe el cambiar de conducta e incluso así debe hacerlo siempre que advierta sus faltas. Si los príncipes fueran infalibles, como cree serlo el Papa, harían muy bien en profesar una firmeza estoica respecto de sus sentimientos; mas como poseen todas las debilidades propias de la humanidad, deben pensar sin desmayo en corregirse y perfeccionar su conducta. Recuerdese, por ejemplo, que fue la exagerada firmeza y

injusticia alguna. Se puede hacer el amor como Luis XIV, Carlos II de Inglaterra o Augusto, mas no se ha de imitar a Nerón ni a David”.

obstinación de Carlos XII las causantes de su derrota en Bender, así como que esta firmeza inquebrantable arruinó aún más sus asuntos que la pérdida de algunas batallas.]

[He aquí otros errores de Maquiavelo. El dice: «A un príncipe no le faltarán buenas alianzas en tanto que pueda confiarse en sus ejércitos»; y esto es falso, a menos que se apostille lo siguiente: en sus ejércitos tanto como en su palabra; porque el ejército depende del príncipe, resultando que a fin de cuentas es de su honestidad o deshonestidad de lo que dependen la realización de alianzas y los movimientos de este ejército.]

Pero he nos aquí ante una contradicción en toda regla. La política quiere «que un príncipe se haga querer por sus súbditos, para evitar las conspiraciones», cuando en el capítulo diecisiete se ha dicho: «Que un príncipe debe hacerse temer, contando así con algo que depende de él, lo que no sucede con el amor de los pueblos». ¿Cuál de los dos asertos responde mejor al verdadero sentir del autor? Al hablar el lenguaje de los oráculos cabe interpretarlo como a uno le plazca; pero este lenguaje de los oráculos, dicho sea de paso, es el de los bribones.

A propósito de todo esto debo decir que, en líneas generales, las conjuras y los asesinatos casi se han dejado de cometer en el mundo; por este lado, los príncipes están más seguros que antes, pues estos crímenes han pasado de moda y las razones alegadas por Maquiavelo son muy buenas; únicamente el fanatismo de ciertas religiones (330)* puede inducir a cometer un crimen tan deplorable, en aras de la devoción o de la santidad. Entre las acertadas cosas que Maquiavelo dice sobre las conjuras, hay una muy buena que se vuelve mala en su boca: «Un conjurado —dice— está turbado por el temor a los castigos que le amenazan, de modo que los reyes se ven sostenidos por la majestad del imperio y por la autoridad de las leyes». No creo que el autor político tenga derecho a hablar de leyes, al no hablar sino del interés, la crueldad, el despotismo y la usurpación. Maquiavelo hace como los protestantes, quienes se sirven de los argumentos de los incrédulos para combatir la transustanciación de los católicos y rebaten a los incrédulos con los argumentos esgrimidos por los católicos. ¡Qué flexibilidad de espíritu!

(330) X: «ciertos eclesiásticos».

Maquiavelo aconseja, pues, a los príncipes el hacerse querer y actuar con arreglo a este objetivo, conquistando igualmente la benevolencia de los grandes y de los pueblos; lleva razón al aconsejar el descargar sobre otros lo que podría atraerle el odio de esos dos estamentos y al señalar la conveniencia de establecer, a tal efecto, magistraturas que sirvan de mediación entre el pueblo y los notables. Pone como modelo al gobierno de Francia, de suerte que este desafortunado amigo del despotismo y de la usurpación de la autoridad aprueba el poder que el parlamento de Francia tuvo en su momento. A mí me parece que, si hay un gobierno que la sensatez podría tildar de modélico hoy día, es el de Inglaterra; allí el parlamento es el árbitro del pueblo y del rey, y el rey detenta todo el poder para hacer el bien, mas no para lo contrario (331).

Maquiavelo [se apresura a responder a las objeciones que, según él, cabría hacerle sobre cuanto ha indicado respecto al carácter de los príncipes, y] entra en una gran discusión sobre los emperadores romanos, desde Marco-Aurelio (332) hasta los dos Gordianos (333). [Sígámsle para examinar su razonamiento.] El político atribuye la causa de estos frecuentes cambios a la venalidad del Imperio. <Desde que el cargo de emperador fue gestionado por la guardia pretoriana, los emperadores no estaban seguros de su vida. Los hombres de armas disponían de este cargo y quien era revestido con él perecía, si no protegía sus vejaciones ni oficiaba como ministro de sus violencias; de modo que los buenos emperadores eran masacrados por los soldados, mientras que los malos lo eran por mor de una conspiración y ejecutando órdenes del senado. Tengamos también en cuenta que la

(331) Federico y Voltaire vienen a coincidir aquí. Ambos consideran bastante acertado el modelo de gobierno inglés, como cabe comprobar acudiendo a la octava de las *Cartas filosóficas* de Voltaire.

(332) Marco-Aurelio (121-80 d.C.), emperador romano cuyo reinado se caracterizó por continuas guerras defensivas que hubo de acometer contra ejércitos invasores en todas las fronteras importantes del imperio. Sus célebres *Meditaciones* fueron escritas, en griego, durante los diez últimos años de su vida, mientras estaba en campaña. Este filósofo y emperador es el modelo elegido tanto por Federico como por Voltaire (cfr. la nota 118).

(333) Gordiano I (158-238) fue proclamado emperador a los ochenta años de edad y se suicidó al tener noticia de la muerte de su hijo, que ostentó el título de Gordiano II por haber sido nombrado asociado suyo; Gordiano III (226-244) era nieto del anterior y fue designado sucesor suyo con tan sólo doce años.

facilidad de aquel entonces para hacerse investir como emperador contribuyó enormemente a estos frecuentes cambios y que se impusiera en Roma la moda de matar emperadores, como sucede todavía hoy en algunos países de América, donde los hijos asfixian a sus padres demasiado entrados en años. Tal es el poder de la costumbre sobre los hombres, que incluso se superpone a los sentimientos de la propia naturaleza, cuando se trata de obedecerla. Veamos una pequeña reflexión sobre la vida de Pertinax (334), que no responde bien a los preceptos dados por el autor al comienzo del capítulo. Allí se lee: «Un soberano que quiera conservar a cualquier precio su corona, se verá obligado alguna vez a distanciarse de los términos de la justicia y la bondad». Creo haber hecho ver que en aquellos malhadados tiempos ni la bondad ni los crímenes de los emperadores les ponían a salvo de los asesinatos.» (335)* <Cómodo (336), sucesor de Marco-Aurelio, del todo indigno de su predecesor, se ganó el desprecio del pueblo y de los soldados, siendo muerto por ellos. Me reservo hablar al final del capítulo de Severo.> (337)* [Qué decir sobre Caracalla (338), que

(334) Publio Helvio Pertinax, proclamado emperador a la muerte de Cómodo, sólo estuvo en el poder desde el 1 de enero hasta el 28 de marzo del año 190.

(335) X: < > "pero no es ésta la única causa. Calígula, Claudio, Nerón, Galba, Otón y Vitelio tuvieron un final funesto, sin haber comprado Roma como Didio Juliano. La venalidad fue, después de todo, una razón más para asesinar a los emperadores; pero el verdadero trasfondo de esas revoluciones era la forma de gobierno. Los guardias pretorianos se convirtieron en algo equivalente a los mamelucos egipcios, los jenízaros turcos o los strelitz moscovitas. Constantino disolvió con habilidad a la guardia pretoriana, pero las desgracias del Imperio siguieron exponiendo a sus señores al asesinato y al envenenamiento. Observaré tan sólo que los malos emperadores perecieron de muertes violentas, pero un Teodosio murió en su cama y Justiniano vivió ochenta y cuatro felices años. Este es mi caballo de batalla: no hay muchos ejemplos de príncipes malvados y dichosos a un tiempo, y Augusto no conoció la tranquilidad sino cuando se volvió virtuoso".

(336) Lucio Elio Aurelio Cómodo (161-192 d.C.), el hijo mayor de Marco-Aurelio, fue emperador romano a partir del año 180 hasta su muerte. En los últimos tiempos de su reinado se volvió loco y dio a Roma el nombre de Colonia Commodiana. Creía ser una reencarnación de Hércules; cuando decidió aparecer en público como gladiador, fue asesinado por sus más íntimos colaboradores.

(337) X: < > "El tirano Cómodo, sucesor del divino Marco-Aurelio, fue asesinado a pesar del respeto que se profesaba hacia su padre".

(338) Aurelio Antonino, apodado Caracalla (por la capa céltica, larga y con capucha, cuyo uso introdujo), emperador romano entre los años 211-217 d.C. Su

no pudo mantenerse a causa de su crueldad <, pese a que repartió entre sus soldados la fortuna amasada por su padre, para hacer olvidar la muerte de su hermano Geta que él mismo había llevado a cabo. Guardaré silencio sobre Macrino (339) y Heliogábalo (340), asesinados ambos, a la par que indignos de cualquier atención por parte de la posteridad. Alejandro (341), su sucesor, poseía buenas cualidades; Maquiavelo cree que perdió la vida por ser afeminado, pero la perdió de hecho por haber querido restablecer entre los soldados una disciplina que sus antecesores habían echado a perder por completo. En cuanto esas tropas desenfundadas oyeron que se les pretendía hablar de orden, se deshicieron del príncipe. Maximino (342) siguió a Alejandro; era un gran guerrero, pero no supo conservar el trono.> (343)* <Maquiavelo atribuye esto a que era de muy baja cuna y muy cruel; lleva razón en cuanto a la crueldad, pero yerra respecto al otro extremo. Suele suponerse que hace falta un mérito extraordinario que se promociona sin apoyo y que se hace a sí mismo, en lugar de debérselo a sus ancestros, estimándose tanto más cuando su esplendor no obedece sino a su virtud; con frecuencia se menosprecia a personas

logro más significativo fue conceder la ciudadanía a todos los habitantes libres del Imperio. Sin embargo, su mente era muy inestable y asesinó a Geta, su hermano menor.

(339) Marco Opilio Macrino (164-218) se mostró ajeno al asesinato de Caracalla y se proclamó emperador. Su pacifismo en la guerra con los partos le hizo perder prestigio y una parte de sus tropas nombró emperador a Heliogábalo, quien le venció en una batalla y le hizo dar muerte por sus soldados.

(340) Heliogábalo (o Elagábalo, según otra grafía), emperador romano entre los años 218-22 d.C. Su parecido con Caracalla le valió ser proclamado sucesor suyo cuando sólo tenía quince años, en la creencia de que era hijo bastardo de Caracalla. Tomó su nombre del dios sol sirio-fenicio, venerado en la forma de una piedra cónica negra y del cual era un fanático devoto. Sus absurdos excesos pusieron al ejército en contra suya y fue asesinado por la guardia pretoriana.

(341) Alejandro Severo (208-235), primo de Heliogábalo, fue proclamado emperador con tan sólo trece años a la muerte de éste. Derrotó a Atarjejes, rey de Siria, y combatió contra los germanos. Fue asesinado por una soldadesca descontenta con el rigor que quiso emplear con ella.

(342) Aurelio Maximino (250-310) prestó grandes servicios como general a Diocleciano, quien le asoció al trono imperial en el año 286.

(343) X: < > "Alejandro Severo fue asesinado por la traición de Maximino de Tracia, quien parece haber sido una especie de gigante, y éste fue asesinado a su vez, al sublevar a todo el mundo con su barbarie".

de alta cuna, cuando no hay nada grande en ellas ni nada que responda a la idea de su nobleza.>

<Detengámonos ahora en Severo (344), del que Maquiavelo dice «que era feroz como un león y astuto como un zorro». Severo poseía grandes cualidades; su falsedad y su perfidia no pueden verse aprobadas sino por Maquiavelo; por lo demás, hubiera podido ser un gran príncipe, si hubiera sido bueno. Nos recuerda que Severo fue gobernado por Plauto (345), su favorito, como Tiberio lo fue por Sejano (346), y que ninguno de los dos príncipes resultó ser objeto de desprecio. Como le sucede a menudo al autor político, nuevamente incurre en falsos razonamientos a propósito de Severo; ya que sobre la reputación de este emperador afirma lo siguiente: «Su grandeza supo borrar la magnitud de sus extorsiones y le puso a cubierto del odio popular.» A mi modo de ver, son las extorsiones y las injusticias presentes las que borran la grandeza de una reputación actual; pero es al lector a quien le compete juzgar esto. Si Severo se mantuvo en

(344) Septimio Severo (146-211), jurista y senador que fue proclamado emperador romano en el año 193. Ordenó la disolución de las cohortes pretorianas, culpables del asesinato de Pertinax y hubo de luchar contra varios competidores que le habían opuesto los ejércitos, haciendo capitular a los partidarios de Pescennio Níger en Bizancio y derrotando posteriormente a Albino, apoyado por las legiones de Bretaña. De nuevo en Roma eliminó a sus adversarios y asesinó a "los enemigos del pueblo romano". Restauró las finanzas y el patrimonio imperial mediante confiscaciones. Murió en el curso de una expedición a Britannia, a la que le habían acompañado sus hijos Caracalla y Geta.

(345) Tito Maccio Plauto (250-184 a.C.), comediógrafo latino, cuyo éxito residió en su habilidad para adaptar los originales griegos y saber ganarse la aprobación de cualquier auditorio, al margen de su nivel cultural. La agudeza de su ingenio y el sagaz conocimiento sobre la naturaleza humana que revelaban sus obras fueron redescubiertas en el Renacimiento, época en la que fue ampliamente traducido. Shakespeare aprovechó el argumento de *Menaechmi* en *La comedia de los errores* (1594) y Harpagón, el célebre personaje de *El avaro* (1668) de Molière, se inspira en el Euclión de su *Aulularia*.

(346) Lucio Elio Sejano, prefecto de la guardia pretoriana que tuvo un gran ascendiente sobre el emperador Tiberio, sobre todo cuando persuadió a éste de que se retirase a Capri en el año 27. Sospechoso en su día de haber envenenado al hijo de Tiberio, para lograr un matrimonio dinástico con su viuda, su conspiración para acceder al trono se hizo patente cuando deportó a Agripina con su hijo Nerón. Después de ser ejecutado, el pueblo despedazó el cadáver antes de arrojarlo al Tíber. *La calda de Sejano* de Ben Johnson fue puesta en escena el año 1603 contando entre su reparto con Shakespeare.

el trono, ello se debió en gran medida al emperador Adriano (347), que instauró la disciplina militar; y, si los emperadores que sucedieron a Severo no pudieron conservarlo, la causa estriba en el relajamiento de dicha disciplina impuesto por el mismo Severo. Severo cometió todavía un gran error político: a causa de sus proscripciones, muchos soldados del ejército de Pescennio Niger (348) se retiraron al territorio de los partos y les enseñaron el arte de la guerra; lo que, a continuación, comportó un gran prejuicio para el Imperio. Un príncipe prudente no debe pensar únicamente en su reinado, sino que debe prever las funestas consecuencias de sus equivocaciones actuales para los reinados sucesivos.> (349)*

(347) Publius Aelius Hadrianus, Adriano, fue emperador romano entre los años 117 y 138. Nacido en Hispania, al quedar huérfano, entró a formar parte de la casa de Trajano, con quien se hallaba lejanamente emparentado. Su adopción por parte del emperador en el lecho de muerte no agradó a todos por igual, si bien el Senado sancionó la sucesión. Pasó varios años visitando provincias como Britannia y también recalcó algún tiempo en su querida Atenas. Estos viajes reforzaron su intención de afianzar la paz y reforzar la defensa como claves de la política exterior. Intelectual cultivado se dedicó a introducir importantes reformas en la administración del Imperio, reorganizando el ejército y mejorando las condiciones de los esclavos, además de codificar la legislación privada, para poner bridas al omnímodo poder de los magistrados.

(348) Caius Pescennio Niger (135/140-194), gobernador de Siria que fue proclamado emperador por sus soldados en Antioquia y al que Septimio Severo sólo pudo derrotar después de una larga campaña.

(349) X: < > "Maquiavelo pretende que éste pereció a causa del menosprecio inspirado por su baja cuna; Maquiavelo se equivoca enormemente; un hombre encumbrado a la cabeza del Imperio por su valor deja de tener parientes; se tiene en cuenta su poder, y no su extracción. Pepino era hijo de un centurión, Probo de un jardinero, Diocleciano de un esclavo, Valentiniano de un cordelero, y todos ellos fueron respetados. El Sforza que conquistó Milán era un campesino, Cromwell, quien tomó las riendas de Inglaterra e hizo temblar Europa, era hijo de un comerciante. Mahoma, el fundador de la religión más floreciente del universo, era un chico de los recados; Samon, el primer rey de Eslovenia, era un comerciante francés. El famoso Piast, cuyo nombre todavía es reverenciado en Polonia, fue elegido rey calzando todavía sus zuecos y vivió largos años siendo sumamente respetado. ¡Cuántos generales, ministros y cancilleres tienen un origen plebeyo! Europa está llena y eso no le hace sino más dichosa, al corresponderse dichos cargos con los méritos de sus destinatarios. Yo no digo esto para menospreciar la sangre de los Witkinds, de los Carlomagnos y de los Otomanos; muy al contrario, debo por más de una razón amar la sangre de los héroes, pero todavía profeso mayor estima hacia el mérito."

No debemos perder de vista lo mucho que yerra Maquiavelo, cuando cree que en la época de Severo bastaba con ganarse a los soldados para sostenerse, pues la historia de casi todos los emperadores citados le contradice (350)*. En los tiempos en que vivimos (351)*, es preciso que un príncipe trate igualmente bien a todos los estamentos a quienes debe mandar, sin establecer diferencias que causen celos funestos para sus intereses.

El modelo de Severo, propuesto por Maquiavelo para quienes acceden a la cabeza del Imperio, es tan malo como el de Marco-Aurelio podría resultarle ventajoso. Pero, ¿cómo se puede proponer conjuntamente a Severo, César Borgia y Marco-Aurelio como modelos? Es tanto como querer reunir la sabiduría y la virtud más puras con la más espantosa de las maldades.

No puedo acabar [este capítulo sin (352)* hacer una última observación. Y es la de que César Borgia, pese a su crueldad y perfidia (353)* tuvo un fin harto desdichado, mientras que Marco-Aurelio, ese filósofo coronado, siempre bueno y virtuoso, no experimentó hasta su muerte ningún revés de la fortuna.

(350) X: "Cuanto mejor se trataba a los pretorianos indisciplinados, más sentían éstos su fuerza; resultaba tan peligroso halagarles como reprimirlos. Hoy en día las tropas no son de temer, al hallarse divididas en pequeñas guarniciones que se vigilan unas a otras, además de que los reyes designan a quienes ocupan todos los puestos y que la fuerza de las leyes está más sólidamente establecida. Si los emperadores turcos siguen expuestos al cordel, es porque no han sabido servirse todavía de esta política. Los turcos son esclavos del sultán y éste lo es de los jenízaros."

(351) X: "En la Europa cristiana".

(352) X: "insistir de nuevo en que César Borgia..."

(353) X: "con su crueldad, tan hábil".

CAPITULO XX (354)*

El paganismo representaba a Jano (355) con dos caras, significándose así el perfecto conocimiento que éste poseía tanto del pasado como del porvenir. La imagen de este dios, tomada en sentido alegórico, puede aplicarse muy bien a los príncipes. Los príncipes deben, al igual que Jano, escudriñar tras de sí en la historia de todos esos siglos que han transcurrido hasta el momento y que les proporcionan saludables lecciones tanto en materia de comportamiento como en el plano del deber; también deben, como Jano, ver prospectivamente merced a su penetración y a un animoso discernimiento, siempre bien dispuesto a combinar todas las relaciones y a leer en las coyunturas actuales aquellas que deben seguirlas.

[El estudio del pasado es hartamente necesario para los príncipes, habida cuenta de que les proporciona ejemplos de hombres ilustres y virtuosos; es como una escuela de la cordura (356); el estudio del porvenir

(354) X: "Capítulo Vigésimo: Si las fortalezas, y muchas otras cosas que los príncipes hacen a menudo, son útiles o perjudiciales". S: "Capítulo XX: Cuestiones varias de política."

(355) Jano representaba en la religión romana el dios de todo lo que comienza, el dios de las puertas y entradas. La palabra designa el arco o pórtico que se usaba en un principio con fines ceremoniales. Originariamente era el primero en ser mencionado en cualquier lista de dioses, incluso antes que Júpiter, y el primero en recibir una porción del sacrificio. El primer mes del calendario romano recibía su nombre. Su símbolo era una cabeza con dos caras que miraban en direcciones opuestas.

(356) El interés que presenta para los príncipes el estudio de la historia será recalcado por Federico en más de una ocasión. En 1751, en el discurso preliminar a sus *Memorias para la historia de Brandenburgo* escribirá: "La historia es con-

les resulta útil, al hacerles prever las desdichas que han de temer y los golpes de fortuna que han de regatear; es como una escuela de la prudencia; cordura y prudencia, dos virtudes que les son tan necesarias a los príncipes como la brújula y el compás, que guían a las gentes del mar, lo son a los pilotos.]

[El conocimiento de la historia se muestra también útil por cuanto sirve para multiplicar el número de ideas que tienen de sí mismos; enriquece al espíritu y proporciona algo así como un retablo de todas las vicisitudes de la fortuna, además de saludables ejemplos relativos a toda suerte de recursos y arbitrios.]

[La penetración en el porvenir es una cosa buena, porque nos hace descifrar de alguna manera los misterios del destino; y, al encarar todo cuanto nos podría llegar a ocurrir, nos preparamos para actuar del modo más sensato posible al sobrevenir el acontecimiento en cuestión.]

Maquiavelo propone [en este capítulo] cinco cuestiones a los príncipes, válidas tanto para quienes hayan efectuado nuevas conquistas como para aquellos cuya política no exige sino el encerrarse dentro de sus posesiones. Veámos cuál sería el mejor consejo a dar por parte de la prudencia, conjugando el pasado con el futuro y determinándose, en todo momento, en base a la razón y la justicia.

He aquí la primera cuestión, la de si un príncipe debe, o no, desarmar a los pueblos conquistados.

Mi respuesta no puede perder de vista lo mucho que ha cambiado la manera de hacer la guerra desde los tiempos de Maquiavelo. Son los ejércitos de los príncipes, más o menos poderosos, quienes defienden su país; una tropa formada por campesinos armados resulta menospreciada a estos efectos y todavía no es corriente que la burguesía empuñe las armas en los asedios; [pero] los sitiadores no per-

siderada como la escuela de los príncipes; ella pinta en su memoria los reinos de aquellos soberanos que han sido los padres de la patria y de los tiranos que la han devastado; ella les indica las causas del engrandecimiento de los imperios y las de su decadencia..." Hacia el final del prefacio de 1775 a la *Historia de mi tiempo*, nos encontramos con esta misma idea: "La historia representa la escuela de los príncipes; a ellos les corresponde instruirse sobre los errores de los siglos pasados, para evitarlos y aprender que hace falta formarse un sistema para seguirlo a pie juntillas; y aquél que mejor haya calculado su conducta es el único que puede imponerse sobre quienes actúan de modo menos consecuente que él."

miten [, usualmente, que los burgueses oficien como soldados, y, para impedirselo, se les amenaza con bombardeos y una guerra sin cuartel. Por otra parte, parece prudente desarmar en un primer momento a los burgueses de una ciudad tomada, sobre todo si hay algo que temer de su parte. Los romanos, tras haber conquistado Gran Bretaña y no ser capaces de retenerla pacíficamente, a causa del humor turbulento y belicoso de esos pueblos, decidieron afeminarlos, a fin de moderar en ellos este instinto belicoso y feroz, lo que vino a dar el resultado apetecido por Roma. Los corsos son un puñado de hombres tan bravos y resueltos como los ingleses; nunca se les domeñará con agallas, sino más bien mediante la bondad (357)*. [Creo que,] para mantener la soberanía de esta isla, sería indispensable desarmar a sus habitantes y ablandarlos (358)*. De pasada y a propósito de los corsos, diré que cabe apreciar con su ejemplo cómo el arrojo y la virtud [no] confiere [en absoluto] a los hombres el amor hacia la libertad, resultando tan injusto como peligroso el oprimirlo.

La segunda cuestión [del político] versa sobre la confianza que un hombre debe tener [preferiblemente], tras haberse convertido en dueño y señor de un nuevo Estado, bien en aquellos de entre sus nuevos súbditos que le han ayudado a realizar dicha conquista, bien en aquellos que, permaneciendo fieles a su príncipe legítimo, [le han sido completamente adversos].

Cuando se toma una ciudad por medio del entendimiento y de la traición de algunos ciudadanos, sería harto imprudente fiarse de los traidores. <Esa mala acción que han hecho en vuestro favor, estarían siempre dispuestos a realizarla para con cualquier otro, siendo únicamente la ocasión quien decide a este respecto. Por contra, aquellos que han enarbolado una inquebrantable fidelidad para con sus soberanos legítimos dan un ejemplo de constancia y cabe contar con ellos, pues debe presumirse que profesarán hacia sus nuevos señores aquella misma lealtad de la cual han hecho gala hacia quienes únicamente la necesidad les ha hecho abandonar. La prudencia quiere, sin embargo, que no se pueda uno confiar a la ligera, sin tomar antes las debidas precauciones.> (359)*

(357) X: "y la prudencia".

(358) X: "y suavizar sus costumbres".

(359) X: < > "... traidores, que probablemente os traicionarán; y debe pre-

Pero supongamos [por] un momento que los pueblos oprimidos y forzados a sacudirse el yugo de sus tiranos llamasen a otro príncipe para gobernarlos, [sin que éste haya intrigado para ello.] Entiendo que este príncipe debe responder sin ambages a la confianza que se le testimonia y que si, en un caso así, faltase a ella para con quienes le han confiado aquello que más estiman, esto constituiría el gesto más indigno de una ingratitud que no debiera dejar de marchitar su memoria (360)*. Guillermo, príncipe de Orange (361), conservó hasta el fin de su vida su amistad y su confianza en quienes pusieron en sus manos las riendas del gobierno de Inglaterra; y quienes se le opusieron abandonaron Inglaterra, siguiendo al rey Jacobo (362).

En los reinos electivos, donde la mayoría de las elecciones se hacen mediante artimañas y el trono es venal, por decirlo así, creo que el nuevo soberano no encontrará dificultades, tras su ensalzamiento, para comprar a quienes se le han opuesto, al igual que antes se ganó el favor de quienes le han elegido. Polonia nos ha dado muchos ejemplos en este sentido; allí se trafica de un modo tan grosero con el trono, que parece sometido a una subasta pública, [y] la liberalidad

sumirse que quienes se han mostrado fieles hacia sus antiguos señores, lo serán a sus nuevos soberanos, ya que suele tratarse de personas sensatas, de hombres asentados que anhelan el bien del país y son amantes del orden, para quienes todo cambio resulta perjudicial en sí mismo; sin embargo, no conviene confiar en nadie a la ligera”.

(360) S: “una ingratitud funesta para su poder y su gloria”.

(361) Guillermo III (1650-1702), rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda entre 1689 y 1702. Hijo póstumo de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, y de María Estuardo, hija mayor de Carlos I de Inglaterra, fue protegido por su tío Carlos II y educado por el más destacado enemigo de su familia, el republicano John de Witt. Casado con la hija de Jacobo II, en 1688 decide derrocar a su suegro.

(362) Jacobo II (1633-1701), rey de Inglaterra y Escocia. En 1679 se le atribuyó la organización de una conspiración católica y sus enemigos propusieron al Parlamento su exclusión al trono de Inglaterra, proposición que fue aprobada en la Cámara de los Pares, mas no en la de los Lores. A la muerte de su hermano Carlos II, Jacobo fue coronado, tras garantizar al consejo de Estado que respetaría las libertades del país, si bien pronto se comprobó que sus medidas fortalecían la monarquía absoluta y el predominio de la Iglesia católica. La oposición se dirigió al hijo político del soberano, el príncipe Guillermo de Orange, para derrocarlo, como así se hizo. El monarca se desterró a Francia, donde fue magníficamente recibido por Luis XIV. Sus reiterados intentos por derrotar militarmente a su yerno fueron siempre vanos.

de un rey de Polonia aparta de su camino toda oposición; es capaz de ganarse a las grandes familias mediante palatinados y cualesquiera otros cargos que confiera. Mas, como los polacos tienen flaca memoria para los favores, es preciso reciclar continuamente la provisión de cargos; en una palabra, la república de Polonia es como el tonel de las Dánaides (363); el rey más generoso derramará vanamente sus favores sobre ellos, sin llegar a colmarlos jamás. Sin embargo, como un rey de Polonia tiene muchas gracias que conferir, puede administrar sus recursos, limitándose a prodigar sus liberalidades en las ocasiones requeridas por las familias a quienes enriquece (364).

La tercera cuestión de Maquiavelo atañe propiamente a la seguridad de un príncipe en un reino hereditario, y es la de si vale más que él favorezca la unión o la animosidad entre sus súbditos.

Esta cuestión puede haber tenido algún sentido en la época de los ancestros de Maquiavelo, en Florencia; pero ahora no creo que ningún político la adoptase tal cual sin matizarla cuidadosamente. Me contentaré con citar la célebre apología de Menenio Agripa (365), por medio de la cual reunificó al pueblo romano. Las repúblicas, sin embargo, deben mantener de alguna forma la rivalidad entre sus miembros, puesto que, si se uniesen todos, la forma de su gobierno se volvería una monarquía. [Esto no concierne a los particulares, para quienes la desunión resulta perjudicial, sino tan sólo a quienes pudieran, al unirse con facilidad, arrebatar la autoridad suprema.]

Hay príncipes quienes creen necesaria la desunión de sus ministros en aras de su interés; piensan verse menos engañados por unos hombres cuya mutua inquina les mantiene unos a otros en guardia [sobre su conducta]. Pero, si estos odios producen este efecto [por un lado], también producen otros que resultan harto perjudiciales a los intereses de esos mismos príncipes; pues estos ministros, en lugar de aunar

(363) Las hijas de Dánao fueron condenadas a rellenar perpetuamente de agua cántaros rotos, como castigo por haber apuñalado a sus maridos en la noche de bodas, siguiendo instrucciones de su padre.

(364) Este pasaje sobre Polonia tiene un tono satírico que denota el supremo desprecio de Federico hacia el gobierno polaco y anuncia sus futuras actuaciones con respecto a este país.

(365) Menenio Agripa, cónsul de Roma en el año 503 a.C. Según Tito Livio, habría sabido convencer a los plebeyos de que regresaran a Roma, relatándoles la parábola del estómago y los miembros.

esfuerzos, intentan neutralizarse mutuamente, arruinando así sus planes más convenientes para el Estado y confundiendo en sus querellas particulares el provecho del príncipe y el del pueblo.

Nada contribuye más a la fuerza de una monarquía que la unión íntima e inseparable de todos sus miembros, debiendo constituir el objetivo de todo príncipe juicioso el establecimiento de dicha unión.

Lo que acabo de señalar respecto a la tercera cuestión apuntada por Maquiavelo, podría en cierto modo servir de solución a su cuarto problema; examinemos pese a ello, aun cuando sea para considerarla muy sucintamente, la cuestión de si un príncipe debe fomentar las facciones contra él mismo, o si más bien debe granjearse la amistad de sus súbditos.

Forjar monstruos para combatirlos es tanto como hacerse enemigos para vencerlos: resulta más natural, más razonable, más humano, el granjearse amigos.

Llegamos así a la última cuestión de Maquiavelo; a saber, si un príncipe debe contar con fortalezas y ciudadelas o, por el contrario, debe arrasarlas.

Creo haber expresado mi parecer en el capítulo décimo por lo que atañe a los pequeños príncipes; veamos ahora lo que interesa a la conducta de los reyes.

Durante la época de Maquiavelo el mundo se hallaba en una ebullición generalizada; el espíritu de sedición y de revuelta imperaba por doquier; no se veían sino <ciudades rebeldes, pueblos que cambiaban de lugar, así como súbditos belicosos para con los soberanos y para con sus Estados. Estas> (366)* frecuentes y continuas revoluciones obligaban a los príncipes a edificar ciudadelas sobre los altos de las ciudades, para contener, por este medio, el espíritu inquieto de los habitantes [, y para acostumarlos a la constancia].

Después de este siglo bárbaro, ya sea porque los hombres hayan dejado de destruirse mutuamente [y de derramar su sangre], ya sea porque se han vuelto más razonables (367)*, se ha dejado de oír hablar de sediciones y revueltas, y se diría que este espíritu de inquietud, después de haber trabajado bastante, se ha tomado unas merecidas

(366) X: < > "no se veían sino facciones y tiranos".

(367) X: "... destruirse mutuamente, ya sea más bien porque los soberanos tienen en sus países un poder más despótico".

vacaciones; de suerte que ya no se necesitan ciudadelas para responder de la fidelidad de las ciudades y del país. Y allí donde existen [tales ciudadelas y] esas fortificaciones están destinadas a precaverse de los enemigos, mucho más que a asegurar el sosiego del Estado.

Los ejércitos y las fortalezas presentan una utilidad parecida para los príncipes; pues pueden confrontar sus ejércitos a los de sus enemigos y salvar dicho ejército con los cañones de sus fortalezas en el caso de una batalla perdida; y el asedio que el enemigo somete a esta fortaleza les concede tiempo para rehacerse, así como para reclutar nuevas fuerzas que pueden emplear, si todavía es tiempo, para hacer levantar el sitio al enemigo.

Las últimas guerras de Brabante, entre el emperador y Francia, no avanzaban casi nada, debido a la multitud de plazas fuertes en liza; y batallas de cien mil hombres enfrentados a otros tantos no eran seguidas sino por la toma de una o dos ciudades; en una campaña posterior, el adversario, habiendo tenido tiempo de reparar sus pérdidas, reaparecía de nuevo para volver a disputar cuanto se había decidido el año anterior. En aquellos países donde proliferen las plazas fuertes, ejércitos que cubren dos millas de terreno guerrearán durante treinta años y, si son afortunados, no conquistarán como premio sino diez millas de terreno cada veinte batallas.

En los países abiertos, la suerte de un combate o de dos campañas decide la fortuna del vencedor y hace que reinos enteros queden bajo su mandato. Alejandro, César (368)* o Carlos XII, debieron su gloria al escaso número de plazas fuertes encontradas en los países que conquistaron; el vencedor de la India (369) no hizo sino dos asedios en sus gloriosas campañas; el árbitro de Polonia (370) tampoco necesitó hacer muchos más. Eugenio, Villars (371), Marlborough,

(368) X: "César, Gengis Khan o".

(369) Alejandro Magno.

(370) Carlos XII de Suecia.

(371) Claudio Luis Héctor, duque de Villars (1653-1734), fue mariscal de Francia.

Luxembourg (372), eran también (373)* capitanes [como Carlos y Alejandro]; pero las fortalezas eclipsaron el brillo de sus éxitos [, los cuales, bien mirado, resultan preferibles a los de Alejandro y Carlos]. Los franceses conocen bien la utilidad de las fortalezas y, desde Brabante hasta el Delfinado, hay como una doble cadena de plazas fuertes; la frontera de Francia, del lado de Alemania, se asemeja a las fauces abiertas de un león, que presenta dos hileras de amenazantes [y terribles] colmillos, [y] que parece querer engullirlo todo (374).

Esto resulta suficiente para hacer ver la gran utilidad de las ciudades fortificadas.

(372) Podría referirse a Francisco Enrique de Montmorency (1595-1632), almirante y mariscal de Francia, que aceptó llevar el nombre y las armas de Luxemburgo al casarse con la heredera de dicho título. Sublevado contra Richelieu con el duque de Orleans, fue herido y hecho prisionero en el combate de Castelnaudary.

(373) X: "grandes".

(374) Esta imagen pone de manifiesto los celos del príncipe prusiano hacia el creciente poderío francés. Rebajar éste y el del imperio constituirá la base de su futuro programa político. Cabe observar cómo nos hemos alejado del texto de Maquiavelo, para dar paso a una serie de confidencias sobre la Europa contemporánea cuyo despliegue no pierde interés por ello, sino más bien al contrario, en cuanto que nos brindan la cosmovisión del futuro rey de Prusia.

CAPITULO XXI (375)*

[Hay una gran diferencia entre hacer ruido en el mundo y adquirir gloria. El vulgo, que no sabe apreciar bien las reputaciones, se deja seducir fácilmente por las apariencias de cuanto es grande y maravilloso, llegando a confundir las buenas acciones con las extraordinarias, la riqueza con el mérito, aquello que relumbra con lo que posee solidez. Las gentes ilustradas y sensatas tienen un juicio completamente distinto; supone una dura prueba pasar por su crisol, ya que diseccionan la vida de los grandes hombres como los taxonomistas hacen con sus cadáveres. Examinan si su intención fue honesta, si fueron justos, si hicieron más mal que bien a los hombres, si su coraje estuvo supeditado a su sensatez o si se debió a un ardor de su temperamento; enjuician los efectos por sus causas y no a las causas por sus efectos; no se dejan cegar por vicios deslumbrantes, y no encuentran digno de gloria sino al mérito y a la virtud.]

[Aquello que Maquiavelo considera grande y digno de reputación es ese falso refulgor que puede sorprender al juicio del vulgo; transige con el espíritu del pueblo, bien entendido que del pueblo más vil y más abyecto; pero le resultará tan imposible como a Molière (376) el conciliar esta manera de pensar con la nobleza y el gusto de las gentes honestas; quienes saben admirar el *Misántropo* tanto más despreciarán el *Scapin*.]

(375) X: "Capítulo Vigésimoprimer: De cómo debe gobernar el príncipe para hacerse estimar".

(376) Jean-Baptiste Poquelin (1622-1673), que firmaba sus obras con el nombre de Molière y es el Shakespeare del teatro francés.

Este capítulo de Maquiavelo contiene cosas buenas y cosas malas. Reseñaré en primer lugar sus errores; refrendaré cuanto ha dicho de bueno y de laudatorio, aventurando a continuación mi parecer sobre algunas cuestiones que conciernen a este asunto.

El autor propone la conducta de Fernando de Aragón (377) y de Bernabé de Milán (378) como modelos de quienes quieren distinguirse merced a grandes empresas y acciones raras y extraordinarias. Maquiavelo cifra este presunto carácter maravilloso en la audacia de las empresas, así como en la rapidez de su ejecución. Convengo en que sea grande, mas no será loable sino en tanto que la empresa del conquistador sea justa. «Tú que te ufanas de haber exterminado a los ladrones, le dijeron los embajadores escitas a Alejandro, no eres a tu vez sino el más grande de entre ellos, puesto que has saqueado a todas las naciones que has vencido. Si eres un dios, deberías hacer bien a los mortales, y no arrebatarles lo que tienen; si eres un hombre, no pierdas nunca de vista que lo eres» (379).

Fernando de Aragón no se contentaba con hacer la guerra, sino que se servía de la religión como de un velo para cubrir sus propósitos. <Si este rey era religioso, cometía una enorme profanación al hacer servir la causa de Dios como pretexto para sus furores; si era incrédulo, se comportaba como un impostor, como un bribón que rentabilizaba hipócritamente para su provecho la credulidad de los pueblos.> (380)*

(377) Fernando V (1452-1516), rey de Castilla y Aragón, más conocido como *Fernando el Católico*. Fue el precursor del llamado equilibrio europeo, coaligando unos poderes contra otros y debilitarlos así por medio de continuas luchas. Sus manejos diplomáticos le hicieron acreedor de ser favorablemente descrito por Maquiavelo en *El príncipe*. Voltaire dejó escritas estas líneas al respecto: «Maquiavelo habla allí de la maña que se dió Fernando de Aragón para sacarle dinero a la Iglesia con el pretexto de guerrear contra los moros. La reina de España acababa de hacer otro tanto. Fernando forzó todavía más la hipocresía y decidió expulsar a los moros para conquistar el título de buen católico, de forma que así cobraba impunidad tanto para hurgar en las bolsas de los necios católicos como para saquear a los moros.» (Carta de Voltaire a Federico fechada en junio del año 1740; cfr. ed. cit., vol. I, p. 359.)

(378) Bernabò Visconti (1323-1385), señor de Milán. Su crueldad para con sus súbditos se hizo legendaria.

(379) Cfr. Quintus Curtius Rufus, *Historiae Alexandri Magni Macedinis*, VII, 8.

(380) X: «abusaba de la fe en los juramentos; no hablaba más que de justicia

[Resulta muy peligroso para un príncipe enseñar a sus súbditos que es justo combatir con tales argumentos; es hacer al clero de una manera indirecta señor de la guerra y la paz, árbitro del soberano y de los pueblos. El imperio de Occidente debe parcialmente su pérdida a las guerras de religión y ya se ha visto en Francia, bajo el reinado de los últimos Valois, las funestas consecuencias del espíritu del fanatismo y del falso celo. La política de un soberano aspira —me da la impresión— a no entremezclarse con la fe de sus pueblos y a propiciar, cuanto dependa de él, el espíritu de tranquilidad y tolerancia tanto en el clero como en los súbditos de sus Estados. Esta política no sólo es acorde con el espíritu del Evangelio, que no predica sino la paz, la humildad y la caridad hacia sus hermanos; sino que también se compeade muy bien con los intereses de los príncipes, puesto que desarraigan el falso celo y el fanatismo de sus Estados, alejando así de su camino el peor de los obstáculos y más temible de los escollos; ya que la fidelidad y la buena voluntad del vulgo no se sostienen contra el furor de la religión y el entusiasmo del fanatismo, que abre los cielos de par en par a los asesinos como premio a sus crímenes y les promete la palma del martirio como recompensa de sus suplicios.]

[Siempre resultará escaso todo el desprecio que pueda manifestar un soberano hacia esas frívolas disputas eclesiásticas, que no son propiamente sino polémicas nominalistas, y nunca sobraré el celo que ponga en sofocar la superstición y los furores religiosos que acarrear tras de sí.]

Maquiavelo alega, en segundo lugar, el ejemplo de Bernarbé de Milán, para insinuar a los príncipes que deben recompensar y castigar de una manera efectista, a fin de que todas sus acciones se caractericen por la impronta de la grandeza. Los príncipes generosos no andarán faltos de reputación, sobre todo cuando su liberalidad sea una consecuencia de su grandeza de ánimo y no de su amor propio.

La bondad de sus corazones puede volverlos más grandes que todas sus demás virtudes. Cicerón le dijo a César: «El mayor don de vuestra fortuna es poder salvar a tantos ciudadanos y no hay nada más digno de vuestra bondad que la voluntad para llevar a cabo dicha

y no cometía sino injusticias. Maquiavelo alaba en él todo cuanto resulta más censurable”.

salvación» (381). Así pues, haría falta que los castigos impuestos por un príncipe se vieran siempre por debajo de la ofensa y que sus recompensas anduvieran siempre por encima del servicio prestado.

Nos encontramos aquí con una nueva contradicción: el doctor de la política quiere, en este capítulo, que los príncipes mantengan sus alianzas, mientras que en el décimooctavo les absolvía formalmente de mantener la palabra dada. Hace como esos adivinadores de la buena ventura que dicen blanco a los unos y negro a los otros.

Si Maquiavelo razona muy mal sobre todo cuanto acabamos de señalar, acierta sin embargo al hablar de la prudencia que los príncipes deben observar para no comprometerse a la ligera con otros príncipes más poderosos, los cuales, en lugar de prestarles auxilio, podrían causar su ruina.

Esto lo sabía bien un gran príncipe alemán (382), al que estimaban por igual tanto sus amigos como sus enemigos. Los suecos entraron en sus Estados, aprovechando su ausencia, puesto que había partido con todas sus tropas para socorrer al emperador en el bajo Rin. Los ministros de este príncipe le aconsejaron, a la vista de tan repentina irrupción, que pidiese auxilio al zar de Rusia. Pero dicho príncipe, mostrándose mucho más perspicaz que sus ministros, les respondió que los moscovitas eran como esos osos a quienes no se les quita las cadenas por temor de no poder ponérselas nuevamente, no quedando lugar para el arrepentimiento, una vez que ha prodigado generosamente su afán de venganza [, tras verse despojado de sus cadenas] (383).

Si yo viviese a lo largo del futuro siglo, seguramente alargaría este artículo con algunas reflexiones que podrían resultar pertinentes; pero no me corresponde a mí el juzgar la conducta de los príncipes modernos y hay que saber cuando conviene hablar o callarse.

El tema de la neutralidad es tratado por Maquiavelo tan bien como el de los compromisos de los príncipes. La experiencia viene demos-

(381) Cicerón, *Pro Ligario*, cap. XII.

(382) Se refiere a Federico Guillermo de Brandenburgo (1620-1688).

(383) Esta historia es una invención. En realidad, Federico Guillermo de Brandenburgo solicitó en apoyo del zar sin conseguirlo. En sus *Memorias sobre la historia de Brandenburgo* Federico pasa por alto el episodio en cuestión, como si se hubiese dado cuenta del error cometido en el *Antimaquiavelo* y no estuviera dispuesto a rectificarse.

trando desde tiempos inmemoriales que un príncipe neutral se expone a las injurias de las dos partes beligerantes, que sus Estados acaban por convertirse en el escenario de la guerra y que, al fin y a la postre, termina por perder sus neutralidad sin ganar absolutamente nada con ello.

Hay dos maneras mediante las cuales puede engrandecerse un soberano: digamos algo sobre la segunda, mucho más inocente, justa e incluso útil que la primera.

Las artes más necesarias para la vida son la agricultura, el comercio y las manufacturas; las ciencias que honran más al espíritu humano son: la geometría, la filosofía, la astronomía, la elocuencia, la poesía (384)* y todo cuanto queda comprendido bajo el rótulo de bellas artes.

Como los países difieren mucho entre sí, en unos prima la agricultura, en otros las vendimias, en otros las manufacturas y en otros el comercio; en algunos países todas estas artes llegan a prosperar conjuntamente.

Los soberanos que escojan esta dulce y amable manera de tornarse más poderosos se verán obligados a estudiar ante todo la configuración de su país, a fin de saber cuáles son las artes con más posibilidades de florecer y que, por lo tanto, deben propiciar. Los franceses y los españoles se dieron cuenta de que su comercio era deficitario, y por ellos se aprestaron a socavar el de los ingleses. <Si Francia consiguiera echar a perder el comercio de Inglaterra> (385)*, su poder aumentaría mucho más considerablemente que con la conquista de veinte ciudades y un millar de aldeas; de igual suerte, Holanda e Inglaterra, los países más bellos y ricos del mundo, languidecerían insensiblemente, como un enfermo que se muere de consunción.

Los países cuyo trigo y viñas constituyen sus riquezas han de observar dos cosas; la una consiste en roturar cuidadosamente todas las tierras, a fin de aprovechar hasta el más pequeño palmo de terreno; la otra es mejorar cuanto sea posible los circuitos comerciales, transportando esas mercancías al menor costo posible, para poderle dar la mejor salida en el mercado.

(384) X: "... la poesía, la pintura, la música, la escultura, la arquitectura, los grabados y...".

(385) X: < > "Si tienen éxito, Francia se hará más grande".

Puede que las manufacturas de todo tipo sean lo más útil y rentable para el Estado, puesto que responden tanto a las necesidades como al lujo de sus habitantes e incluso los vecinos acaban por verse obligados a rendir tributo a vuestra industria; las manufacturas impiden, por una parte, que el dinero salga del país y, por la otra, le hacen entrar (386).

Siempre me he mostrado convencido de que el déficit de manufacturas había propiciado en una buena medida esas prodigiosas emigraciones desde los países del norte, de esos godos y vándalos que inundaron con tanta frecuencia los países meridionales. <En esa época pretérita no se conocían otras artes> en Suecia, Dinamarca y buena parte de Alemania, al margen de la agricultura; las tierras de labor estaban repartidas entre cierto número de propietarios que las cultivaban y se alimentaban gracias a ello.

Pero como la raza humana ha sido desde siempre muy fecunda en estos países fríos, se dió el caso de que los habitantes del país en cuestión doblaban en número a quienes podían subsistir con la labranza; así las cosas los hijos menores de las buenas casas se agruparon entonces y se convirtieron por necesidad en estafadores, que devastaban otros países para espoliar a sus dueños. La historia nos enseña que tanto en el imperio de Occidente como en el de Oriente, los bárbaros no solían buscar sino campos cultivables para proveer su subsistencia. Actualmente los países del norte no están menos poblados que lo estaban entonces; pero como el lujo ha sabido multiplicar muy juiciosamente nuestras necesidades, dando lugar a las manufacturas y a todas esas artes que hacen subsistir a pueblos enteros, los cuales se verían obligados de otro modo a buscar su subsistencia en algún otro lugar.

Estas maneras de hacer prosperar a un Estado son como talentos confiados al buen juicio del soberano y que éste debe saber rentabilizar del mejor modo posible. La mejor señal de que un país es dichoso,

(386) Federico escribirá en otro lugar: "Cuando un país cuenta con pocos productos para exportar, necesitando recurrir a la industria de sus vecinos, la balanza comercial le resultará harto desfavorable... Para obviar este inconveniente, no hay otro medio que el de potenciar las manufacturas." (*Memorias tras la paz de Huberstbourg*, cap. II.) Ésta fue, sin duda, una de sus preocupaciones más sinceras y eficaces. En 1773 había propiciado ya 264 nuevas fábricas.

abundante y rico, por hallarse bajo un gobierno prudente, viene dada por el hecho de que las bellas artes [y las ciencias] florecen en su seno: éstas son flores que arraigan en un terreno fértil y bajo un cielo propicio, pero que mueren enseguida por la sequía o el soplo [impetuoso] de los aquilones (387).

Nada ilustra mejor un reino que las artes florecidas bajo su abrigo. El siglo de Pericles (388) es tan famoso por Fidias, Praxíteles y tantos otros grandes hombres que vivían en Atenas, como por las batallas que libraron entonces esos mismos atenienses. El de Augusto es más conocido por Cicerón (389), Ovidio (390), Horacio (391) y Virgilio que por las proscripciones de ese cruel emperador, el cual debe, después de todo, buena parte de su reputación a la lira de Horacio. El de Luis el Grande (392)* es más célebre por los Corneille, los Racine, los Molière, los Boileau, los Descartes, [los Coytel (393)],

(387) Los aquilones son los vientos que vienen del norte o del ártico (pues eso es lo que significa *aquilo* en latín) y al que los griegos llamaban *boreas*.

(388) Pericles (495-429 a.C.), estadista ateniense bajo cuya dirección Atenas adoptó una política imperialista gracias a la Liga Délica, creada en un principio para mantener a los persas más allá de las fronteras de Grecia. Tal como señala Tucídides, aunque Atenas era formalmente una democracia, lo cierto es que se hallaba regida por su primer ciudadano, un hombre de carácter firme, reservado e incorruptible, que tenía una gran elocuencia y se relacionó con todos los hombres cultos de su época, tales como Fidias, Anaxágoras, Sófocles y Heródoto.

(389) Marco-Tulio Cicerón (106-64), político romano cuya elocuencia se haría legendaria. Es quizá el personaje más íntimamente conocido del mundo antiguo, gracias a una copiosa correspondencia que no había sido escrita para ser publicada y que supone una fuente histórica de incalculable valor. Su prosa fue modelo para la posteridad y contribuyó a modelar el estilo de muchos escritores en distintas lenguas europeas. Acertó a difundir los sistemas filosóficos griegos, introduciendo nuevas palabras latinas para expresar las ideas y conceptos filosóficos de los pensadores helenos.

(390) Publio Ovidio Nasón (43 a.C.-17 d.C.), autor del *Ars Amatoria*; su ingenio e inventiva hicieron de él el más entretenido de los poetas romanos y un brillante autor de epigramas, además de un excelente narrador de leyendas.

(391) Quinto Horacio Flavio (65-8 a.C.), poeta latino del que se conserva casi toda su producción y cuya vida nos es conocida gracias a una biografía de Suetonio. Augusto le ofreció un puesto de secretario privado, pero él prefirió disfrutar sin más del patrocinio de Mecenas.

(392) X: "Luis XIV".

(393) Voltaire decidió suprimir de la presente enumeración al pintor Antoine Coytel (1661-1722).

los Le Brun (394) o los Ramondon (395)*, que por ese paso del Rín tan exagerado posteriormente, por ese asedio de Mons donde Luis estuvo en persona o por aquella batalla de Turín que el señor de Marsin (396) hizo perder al duque de Orleans (397) por orden del gabinete.

Los reyes honran a la humanidad al distinguir y recompensar a quienes le rinden el mayor de los honores; ¿y quiénes son éstos sino esos espíritus superiores que se dedican a perfeccionar nuestros conocimientos, que se consagran al culto a la verdad [y que descuidan cuanto tienen de material para afinar más cabalmente en ellos el arte del pensamiento? Al igual que los sabios iluminan el universo, también merecerían ser sus legisladores].

Dichosos los soberanos que cultivan ellos mismos tales ciencias y que piensan con Cicerón, ese cónsul romano liberador de su patria y padre de la elocuencia: «Las letras forman la juventud y hacen las delicias de la vejez. Con ellas, la prosperidad se torna más brillante, la adversidad recibe consuelos y tanto en nuestras casas como en las de otros, en los viajes, en la soledad, en todo tiempo y lugar, nos procuran la dulzura de nuestra vida.» (398)

(394) Charles Le Brun o Lebrun (1619-1690), pintor muy valorado por Luis XIV y su ostentosa corte de Versalles.

(395) Voltaire cambia este nombre por el del del escultor François Girardon (1628-1715).

(396) Ferdinand, conde de Marsin (1656-1706), mariscal de Francia que murió en la toma de las trincheras de Turín por el príncipe Eugenio, a las órdenes del duque de Orleans.

(397) Felipe II, duque de Orleans (1674-1723) y sobrino de Luis XIV, fue regente de Francia durante la minoría de edad de Luis XV. Se le confió el mando del ejército que debía sitiar Turín en 1706, delante de cuyos muros resultó herido, perdiendo aquella batalla por culpa de los mariscales La Feuillade y Marsin. Posteriormente tomó parte en la guerra de Sucesión española, esperando reemplazar a Felipe V. Una vez obtenida la regencia de Francia, arrancó plenos poderes al Parlamento y se hizo tristemente famoso por sus orgías. Valiéndose de su influencia, logró la purpura cardenalicia y el arzobispado de Cambrais para el abate Dubois, su antiguo preceptor, que tan nefastamente había influido en su educación. En 1723, proclamada la mayoría de edad de Luis XV, el duque de Orleans continuó ejerciendo el poder por mediación del arzobispo de Cambrais, para el que había conseguido el puesto de primer ministro del nuevo soberano, cargo que asumió personalmente al morir Dubois.

(398) Cicerón. *Pro Archia poeta*, VII. La traducción que da Federico es la de Voltaire en una carta a Madame de Châtelet y sirve de lema a *Alzire*.

Lorenzo de Médicis, el hombre más grande de su nación, era el pacificador de Italia y el restaurador de las ciencias; su probidad le granjeó la confianza general de todos los príncipes; y Marco-Aurelio, uno de los más grandes emperadores de Roma, no era menos afortunado guerrero que juicioso filósofo, gracias a lo cual supo conjugar la más rigurosa puesta en práctica de la moral con la profesión que desempeñaba. Acabemos citando sus propias palabras: «Un rey personifica el templo de la justicia, en donde las gentes de bien ofician al mismo tiempo como sacerdotes y como quienes ofertan sacrificios» (399).

(399) Cfr. Marco-Aurelio, *Meditaciones*, II, 4. Preuss da esta referencia, comentando que se trata de una libre adaptación del texto; habría que superlativizar el adjetivo. El pasaje aludido dice lo siguiente: «Recuerda cuántas veces has recibido avisos de los dioses sin aprovecharlos. Preciso es que a partir de este momento te des cuenta de qué mundo eres parte y de qué gobernante del mundo procedes como emanación.» (Cfr. Marco Aurelio, *Meditaciones*, trad. de Ramón Bach Pellicer, Gredos, Madrid, 1983, p. 60.)

CAPITULO XXII (400)*

Existen dos clases de príncipes en el mundo (401) [, a saber]: los que ven todo a través de sus propios ojos y gobiernan sus Estados ellos mismos; y los que se apoyan sobre la buena fe de sus ministros y se dejan gobernar por aquellos que han adquirido cierto ascendiente sobre su espíritu.

Los soberanos del primer tipo son como el alma de sus Estados; el peso de su gobierno no descansa sino sobre ellos, como el mundo sobre la espalda de Atlas (402); resuelven tanto los asuntos internos como los extranjeros; [todas las ordenanzas, todas las leyes, todos los edictos emanan de ellos, y] cubren al mismo tiempo los puestos de primer magistrado de la justicia, de comandante en jefe de los ejércitos, de intendente de las finanzas [y, en general, de todo cuanto pueda tener alguna relación con la política]. Cuentan (siguiendo el ejemplo de Dios, que se sirve de inteligencias superiores al hombre para operar su voluntad) con espíritus penetrantes y laboriosos para ejecutar sus deseos y para ocuparse de los detalles del proyecto que han trazado a grandes rasgos; sus ministros [no son propiamente [sino] instrumentos en manos de un sabio y diestro señor.

(400) X: "Capítulo Vigésimosegundo: De los secretarios de los príncipes".

(401) Con esta división antinómica Federico va más allá de Maquiavelo y anuncia su propio papel político en cuanto futuro monarca, que no querrá delegar ninguna de sus atribuciones. En el otro grupo estaría Luis XV, acostumbrado durante su minoría de edad a un regente que siguió conservando el poder tras acceder éste al trono.

(402) Atlas, el hijo de los Titanes que fue condenado a soportar sobre sus hombros el peso de la bóveda celeste.

Los soberanos del segundo tipo se hallan como sumidos, por un defecto caracteriológico o una indolencia natural, en una indiferencia letárgica [y como se sabe los cuerpos desvanecidos vuelven a la vida merced a olores fuertes, espirituosos y balsámicos]. Así las cosas, un Estado sumido en el desfallecimiento por la debilidad del soberano tiene que verse sostenido por la prudencia y la vivacidad de un ministro [capaz de suplir los defectos de su señor. En tal caso], el príncipe no es sino [el órgano de su ministro y a todo los más sólo sirve para representar ante los ojos del pueblo] el vano fantasma de la majestad real; y su persona es tan inútil al Estado como necesaria para su ministro (403)*. [Entre los soberanos de la primera especie, la buena elección de sus ministros puede facilitar su trabajo, sin influir demasiado en la felicidad del pueblo; entre los de la segunda especie, tanto la salvación del pueblo como la suya propia depende de la buena elección de los ministros.]

A un soberano de bien no le resulta tan sencillo como se cree profundizar en el carácter de aquellos que quiere emplear para todo tipo de asuntos, pues los particulares tienen tanta facilidad para enmascararse ante sus señores como muchos son los obstáculos con que tropiezan los príncipes para disimular su interior ante los ojos del público (404)*.

(403) X: "... majestad real, pero un fantasma necesario, porque representa al Estado; todo cuanto cabe desear es que haga una elección afortunada".

(404) S: "Los soberanos del segundo tipo se hallan como sumidos por un defecto caracteriológico, no habiendo recibido los mismos talentos que la providencia, pueden suplirlos con una elección afortunada. El rey que goza de una buena salud, y cuyo organismo es al mismo tiempo tan vigoroso como sutil para sobrellevar el penoso trabajo del gabinete, falta a su deber si se da un primer ministro; pero, a mi modo de ver, un príncipe que no posea esos dones de la naturaleza, falta contra sí mismo y contra su pueblo, si no emplea todo cuanto tiene de razón para escoger a un hombre sabio que porte esa carga cuyo peso resulta excesivo para su señor. Los talentos no están en el haber de cualquiera; pero todo hombre, si quiere, contará con el suficiente discernimiento como para reconocerlos en otro y servirse de ellos. La ciencia más universal de los hombres es reconocer el genio en los demás con toda rapidez; uno no se encuentra sino con dicretos artistas que juzgan muy bien a los más grandes maestros. Los soldados más insignificantes conocen todo lo que valen sus oficiales más notables; lo más grandes ministros son apreciados por sus cometidos. Un rey sería, por lo tanto, ciego, si no distinguiera el genio de aquellos a quienes emplea. Lo que no resulta

[Con el carácter de los cortesanos ocurre como con el rostro de las mujeres maquilladas; con ayuda del artificio, se guardan perfectamente las apariencias. Los reyes no ven jamás a los hombres como son en su estado natural, sino tal como ellos quieren aparecer. Un hombre que haya ido a misa y se halla en el momento de la consagración, un cortesano en medio de la corte y ante la presencia de su príncipe, se comportarán de modo muy distinto a como lo hacen entre sus amigos; y aquél a quien se tomaría por un Catón en la corte será tildado de Anacreonte (405) una vez en la ciudad; quien se muestra juicioso en público puede ser un loco en su casa y quien proclama en alta voz la fastuosa ostentación de su virtud no dejará de oír por lo bajini el vergonzoso desmentido que le brinda su corazón.

[Éste no es sino un retablo del disimulo más usual; mas ¡qué no sucede cuando se concitan el interés y la ambición, cuando un puesto vacante es codiciado tan ávidamente como lo podía ser Penélope (406) por su numerosa corte de pretendientes! La avaricia del cortesano le hace tratar asiduamente al príncipe e incrementar sus atenciones para con él; emplea todas las vías de seducción que su espíritu puede sugerirle para tornarse agradable; adula al príncipe, suscribe sus gustos, aprueba sus pasiones: es como un camaleón que adopta todos los colores que refleja.]

Después de todo, si Sixto V (407) pudo engañar a setenta cardenales que debían conocerle, cuánto más fácil no resultará para un

nada sencillo es hacerse cargo a primera vista de la extensión de su probidad; un ignorante no puede ocultar su ignorancia; pero un corazón falso puede imponerse largo tiempo a un rey al que tenga interés en engañar y al que asedia con sus artimañas."

(405) Anacreonte (nacido hacia el año 570 a.C.), poeta lírico griego que es conocido por su exaltación del erotismo.

(406) La *Odisea* de Homero nos presenta a Penélope, la esposa de Ulises, como una fiel mujer que aguarda pacientemente durante veinte años (diez en el sitio de Troya y otros tantos en el azaroso regreso) el retorno de su marido, a pesar de los continuos requerimientos de numerosos pretendientes de la nobleza local. Con el pretexto de que no podía volver a casarse hasta que hubiese terminado de tejer una mortaja para Laertes, su suegro, por las noches destejía lo hecho durante el día, para que la obra nunca se completara. Al ser denunciado el ardid por una de sus sirvientas, promete casarse con quien pueda tensar el arco de Ulises, siendo éste quien lo empujará contra sus pretendientes.

(407) Felix Peretti (1521-1590), fue elegido Papa en 1585, tomando el nombre

particular sorprender la penetración de un soberano a quien le han faltado ocasiones para profundizar en su carácter.

Un príncipe inteligente puede juzgar sin esfuerzo acerca del ingenio y la capacidad de quienes le sirven; sin embargo, casi le resulta imposible juzgar atinadamente sobre su desinterés y su fidelidad [, puesto que usualmente la política de los ministros consiste sobre todo en ocultar sus prácticas y sus tejemanejes a quien tiene potestad para castigarlos, si fuese informado al respecto].

Se ha dado muchas veces el caso de que hombres aparentemente virtuosos, a falta de una ocasión para desmentir este extremo, han renunciado a la honestidad en cuanto su virtud ha sido puesta a prueba. En Roma no se hablaba nada mal de los Tiberios, de los Nerones o de los Calígula antes de que accediesen al trono; puede que su perversidad hubiese permanecido en bruto, si no se hubiese visto activada por la ocasión que [, por decirlo así,] desarrolló el germen de su maldad.

Hay hombres que, junto a una notable inteligencia, soltura y múltiples talentos, albergan asimismo el alma más negra e ingrata que pueda imaginarse; en cambio, hay otros que poseen todas las cualidades del corazón (408)* [sin ese instinto vivo y brillante que caracteriza al genio].

Los príncipes prudentes han solido dar la preferencia a aquellos en quienes prevalecían las cualidades del corazón, para emplearlos en el interior de su país. Por el contrario, han preferido a quienes tienen más vivacidad e imaginación, para servirse de ellos en las negociaciones. [Sus razones han sido, sin duda, que,] puesto que no se trata sino de mantener el orden y la justicia en sus Estados, basta con la honestidad <, mientras que, cuando se trata de seducir a los vecinos mediante argumentos especiosos o empleando la vía de la intriga y a menudo de la corrupción en las misiones del extranjero> (409)*, se comprende muy bien que la probidad no hace tanta falta como la maña y el ingenio. Me da la impresión de que un príncipe nunca sabrá

de Sixto V. Enriqueció extraordinariamente la hacienda pontificia, perjudicando con ello al país, cuyo comercio e industria se resintió de la retirada del capital en circulación.

(408) S: "un corazón bueno y generoso".

(409) X: < > "y si hace falta persuadir a los vecinos y urdir intrigas..."

recompensar suficientemente la fidelidad de quienes le sirven con celo; se da en nosotros cierto sentimiento de la justicia que nos lleva al reconocimiento y al que hace falta seguir. Pero, de otro lado, los intereses de los grandes exigen que se recompense con tanta generosidad como clemencia imponen a la hora del castigo; porque los ministros, sabedores de que su virtud es el instrumento de su fortuna, no recurrirán al crimen y preferirán de modo natural los favores de su señor que las corruptelas del extranjero.

La senda de la justicia y de la sagacidad mundana vienen a coincidir perfectamente en este punto, resultando harto imprudente colocar a los ministros en una situación delicada, cuando la recompensa y la generosidad brillan por su ausencia.

Hay príncipes que caen en un defecto tan adverso como éste para sus auténticos intereses; cambian de ministros con una pasmosa ligereza y castigan con excesivo rigor la menor irregularidad en su conducta.

Los ministros que trabajan cerca de la mirada del príncipe, y una vez que lleven cierto tiempo desempeñando su cargo, no sabrán ocultarle sus defectos, que serán tanto más fácilmente detectados cuanto más penetrante sea el príncipe.

Los soberanos que no son filósofos se impacientan pronto; se revuelven contra las debilidades de quienes les sirven, les retiran su favor y los echan a perder.

Los príncipes que razonan con más profundidad conocen mejor a los hombres; saben que todos portan el estigma de la humanidad y que no hay nada perfecto en este mundo, que las grandes cualidades guardan, por decirlo así, cierto equilibrio con los grandes defectos y que el hombre de talento ha de sacar partido de todo. Esa es la razón de que, salvo mediar la prevaricación, conserven a sus ministros con sus buenas y malas cualidades, prefiriendo a quienes ya conoce con cierta profundidad sobre los nuevos que podría tener, tal como los músicos más habilidosos prefieren tocar instrumentos cuyos puntos flacos les resulten ya familiares que con aquellos otros cuya bondad les es desconocida.

CAPITULO XXIII (410)*

No hay un solo libro de moral, ni un solo libro de historia, donde la debilidad de los príncipes por la adulación no sea duramente reprendida. Se quiere que los reyes amen la verdad, se quiere que sus oídos se acostumbren a oírlos, y se lleva razón con ello; pero también se pretende, conforme al hábito de los hombres, cosas contradictorias. [Como el amor propio es el príncipe de nuestras virtudes, y por consiguiente de la felicidad del mundo,] se quiere que los príncipes tengan bastante amor propio <para mostrarse susceptibles a la hermosa gloria que anima sus> (411)* grandes acciones y que, al mismo tiempo, se muestren bastante indiferentes [sobre sí mismos] como para renunciar de buen grado al salario de sus trabajos; uno y el mismo príncipe debe esforzarse por merecer el elogio y por menospreciarlo. Es mucho pretender de la humanidad. <Si existe, pese a todo, un motivo que pueda alentar a los príncipes a combatir el atractivo de la adulación, es la idea favorable que se tenga de su mérito, y la suposición natural de> (412)* que deben tener sobre sí mismos aún más poder que sobre los demás (413)*.

Entre los príncipes viciosos, la adulación es un veneno mortal que multiplica las semillas de su corrupción; entre los príncipes de mérito,

(410) X: "Capítulo Vigésimotercero: De cómo hay que rehuir a los aduladores".

(411) X: "... para amar la gloria, para acometer..."

(412) X: < > "se les hace el honor de suponer".

(413) X: "*Contemptus virtutis, virtutis ex contemptu famae*". La cita es de Tácito, quien dice literalmente: "*contemptu famae contemni virtutes*" (Annales, IV, 38), es decir: "el menosprecio de la gloria hace menospreciar los actos valerosos".

la adulación es como una herrumbre que se pega a su gloria y que aminora su destello. Un hombre inteligente se revuelve contra la adulación tosca; rechaza al adulator [que con mano] malhadado[*a*] le da incienso a través de su semblante. Haría falta una credulidad infinita sobre la buena opinión que uno tiene sobre sí mismo para soportar el encomio exagerado; incluso haría falta que dicha credulidad fuera de carácter supersticioso; esta clase de adulación es la menos temible por parte de los grandes hombres, al no expresarse con el lenguaje de la convicción]. Pero hay otro tipo de adulación: la del sofista de los defectos [y los vicios]; su retórica disminuye [y empequeñece todo lo que su objeto tiene de malo, elevándolo, por esta vía indirecta, a la perfección.] Ésta es la que proporciona argumentos a las pasiones, brindando a la crueldad el carácter de la justicia, ella es la que establece una semejanza tan perfecta entre la liberalidad y la prodigalidad hasta el punto de llegar a confundirla, cubriendo los excesos con el velo del divertimento y el placer; esta retórica amplifica también los vicios ajenos, para erigirlos en un trofeo hacia los de su héroe [; todo lo excusa y todo lo justifica]. La mayoría de los hombres ceden ante esta adulación que justifica sus gustos y sus inclinaciones. [Hace falta haber introducido con mano firme la sonda hasta el fondo abismal de nuestras miserias para conocerlas bien y es preciso tener la firmeza de reconocer que uno tiene defectos a corregir, para resistir a un tiempo al insinuante abogado de las propias pasiones y para combatirse a uno mismo. Suele cundir entre los príncipes una virtud bastante varonil para menospreciar esta clase de adulación; poseen la suficiente penetración para descubrir a esa serpiente viperina que se arrastra bajo las flores; y, nacidos enemigos de la mentira, no soportan ésta ni tan siquiera en aquello que puede complacer a su amor propio y acaricia sobremanera su vanidad.]

[Pero, si odian la mentira, aman la verdad, y] no sabrían mostrar este mismo rigor con quienes les hablan sobre una cualidad propia reconocida por ellos mismos. La adulación que hace pie en una base sólida es la más sutil de todas; es necesario poseer un discernimiento muy fino para poder apercibirse del matiz que se añade a la verdad. Esta adulación no hará que un rey se vea acompañado en la trinchera por poetas en lugar de por historiadores [que deben ser testigos de su valor]; no compondrá aperturas operísticas colmadas de hipérbolos, prefacios insípidos y epístolas rastreras; no aturdirá al héroe del relato

con sus propias victorias; pero tomará el aire del sentimiento, cuidará con delicadeza su cadencia y tendrá las cualidades de un epigrama (414)*. ¿Cómo un gran hombre, un héroe o un príncipe inteligente podría enfadarse al oír una verdad que la viveza de un amigo <ha dejado escapar al sentirla intensamente? Sería pecar de modestia el escandalizarse por ello y el espíritu de la reflexión sirve de vehículo al elogio.> (415)*

Los príncipes que han sido hombres antes de hacerse reyes, pueden acordarse de lo que han sido y no acostumbrarse tan fácilmente a los alimentos de la adulación. Aquellos que han reinado toda su vida siempre se han visto alimentados de incienso como los dioses y mueren de inanición en cuanto les falta el encomio.

Según creo, sería más justo compadecerse de los reyes que condenarlos; son los aduladores, y más aún los calumniadores, quienes merecen la condena y el odio por parte del público, al igual que todos cuantos son lo bastante enemigos de los príncipes como para ocultarles la verdad (416)*.

(414) X: "... y parecerá franca e ingenua".

(415) X: < > "¿Cómo Luis XIV, quien estaba convencido de que su solo aspecto resultaba imponente para los demás y que se complacía por esa superioridad, podía enfadarse con un viejo oficial que, al hablar con él, se puso a temblar y a tartamudear, interrumpiendo su discurso para decirle: «Sire, yo nunca temblé así delante de vuestros enemigos»?".

(416) X: "Mas conviene distinguir entre la adulación y el elogio; mientras que Trajano se vió instigado a la virtud por el panegírico de Plinio, Tiberio quedó confirmado en el vicio por las adulaciones del Senado."

CAPITULO XXIV (417)*

La fábula de Cadmo (418), el cual sembró en la tierra los dientes de una serpiente que acababa de amansar (419)*, dientes de los que nacería un pueblo de guerreros condenados a destruirse, [se compadece muy bien con el tema del presente capítulo. Esta ingeniosa fábula] representa el emblema de <esa ambición, de esa crueldad y de esa perfidia de los hombres que, al fin y a la postre, siempre les resultan funestas. Fue la ambición desmedida de los príncipes de Italia, fue su crueldad, lo que hizo horrorizarse al género humano; fueron> (420)* las perfidias y traiciones que cometieron los unos contra los otros lo que provocó su ruina. Al leer la historia de Italia desde finales del siglo XIV hasta comienzos del XV, no nos encontraremos sino con crueldades, sediciones, violencias, coaliciones para destruirse mutua-

(417) X: "Capítulo Vigésimocuarto: Por qué los príncipes de Italia han perdido sus Estados".

(418) Cadmo es, en la mitología griega, el legendario fundador de Tebas. Enviado en busca de su hermana Europa cuando ésta fue raptada por Zeus bajo la forma de un toro, abandonó la búsqueda por indicación del oráculo de Delfos y siguió a una vaca hasta que se tumbó, pues en ese lugar habría de fundar una ciudad. Sus compañeros, que habían ido a buscar agua, fueron muertos por el dragón que custodiaba la fuente. Cadmo mató al dragón y, siguiendo instrucciones de la diosa Atenea, sembró la mitad de los dientes del dragón (la otra parte sería recibida por Jasón), de los que brotaron hombres armados, que lucharon entre sí hasta no quedar sino cinco supervivientes. Estos "Espartos" u "hombres sembrados" serían los ancestros de la nobleza tebana. Luego Zeus hizo casar a Cadmo con Harmonía, hija de Afrodita.

(419) X: "vencer".

(420) X: < > "... el emblema de lo que eran los príncipes de Italia en tiempos de Maquiavelo".

mente, usurpaciones, asesinatos, en una palabra, una enorme conjunción de crímenes cuya sola idea inspira horror [y aversión].

Si, con el ejemplo de Maquiavelo, cundiera la idea de trastocar la justicia y la humanidad, se desquiciaría todo el universo; [nadie se contentaría con los bienes que posee, todo el mundo envidiaría los de los demás y, como nada podría detenerles, utilizarían los medios más espantosos para satisfacer su codicia. El uno engulliría los bienes de su vecino y algún otro vendría tras él para expoliarlo a su vez; no existiría seguridad alguna para nadie, el derecho del más fuerte sería la única justicia sobre la tierra y semejante] inundación de crímenes asolaría en muy poco tiempo a este continente. Fue [, por lo tanto,] la iniquidad y la barbarie de los príncipes italianos la causa de que perdieran sus Estados, así como los falsos príncipes de Maquiavelo perderán con toda seguridad a quienes cometan la locura de seguirles.

Para decirlo todo, se ha de reconocer que la cobardía esgrimida por algunos príncipes italianos puede haber concurrido a su ruina tanto como su maldad; la debilidad del rey de Nápoles fue la mayor responsable de su ruina. Por otra parte, se diga lo que se quiera en el terreno de la política, rebuscando argumentos, construyendo sistemas, allegando ejemplos, empleando todas las sutilezas [de los sofistas], uno siempre se verá obligado, a pesar suyo, a volver sobre la justicia [, a menos que convenga en reñir con el buen sentido. El propio Maquiavelo no aduce sino un galimatías deplorable, cuando pretende enseñar otras máximas, al mostrarse incapaz de plegar la verdad a sus principios. El comienzo de este capítulo constituye un pasaje muy molesto para este político; su maldad le ha metido en un laberinto donde busca denodadamente un maravillosos hilo de Ariadne para encontrar alguna salida].

Yo preguntaría [con toda humildad] a Maquiavelo lo que ha querido decir con estas palabras: «Si en un soberano recién llegado al trono, vale decir en un usurpador, destacan la prudencia y el mérito, estos atributos le convendrán mejor que a quienes no deben su grandeza sino al nacimiento. Porque nos interesa bastante más por el presente que por el pasado; y cuando uno encuentra elementos para darse por satisfecho, no se va más allá.»

¿Supone acaso Maquiavelo que, entre dos hombres igualmente valerosos e inteligentes, el pueblo (421)* mostrará su preferencia por el usurpador en lugar de por el príncipe legítimo? ¿o quizá da por supuesto que el soberano en cuestión carece por completo de virtudes y el otro es tan valeroso como capaz? No es posible que la primera suposición sea la del autor; contraviene las nociones más elementales del buen sentido: la predilección de un pueblo en favor de un hombre que comete acciones violentas para volverse su señor y que, por lo demás, no tuviera ningún mérito preferible al del soberano legítimo, sería tanto como un efecto sin causa. [Incluso un Maquiavelo bien pertrechado con toda suerte de ratiocinios sofisticados, incluyendo al asno de Buridán (422), no sería capaz de solventar este problema desde un punto de vista lógico.]

Tampoco es posible suscribir la segunda hipótesis [tan frívola como la primera], puesto que entre las cualidades atribuidas al usurpador hay alguna —el acto de violencia gracias al cual instaura su poder— que se ha de reconocer como injusta. ¿Y qué cabe esperar de un hombre cuyo primer paso es el crimen sino un gobierno violento y tiránico? Ocurre lo mismo que con un hombre recién casado, el cual se viera metamorfoseado en Acteón (423) por (424)* su mujer el mismo día de sus nupcias: dudo que pudiese confiar en la fidelidad (425)* de su flamante esposa, tras el indicio que le habría dado acerca de su inconstancia (426)*.

Maquiavelo desprueba a sus propios príncipes en este capítulo, al decir con toda claridad que, sin el amor de los pueblos, sin el afecto de los grandes y sin un ejército bien disciplinado, a un príncipe le

(421) X: "... valerosos y sensatos, toda una nación..."

(422) Juan Buridán (1328-1340) planteó la paradoja de un animal (en realidad, él no habló de un asno, sino de un perro) que podría morir de inanición al no contar con un criterio para determinar su elección entre dos nutrientes perfectamente homologables; con ella se pretendía ilustrar la dificultad planteada por el problema de la libertad o libre albedrío.

(423) Acteón, nieto de Cadmo, habría sorprendido a la hermana de Apolo, Artemis (Diana), bañándose desnuda. La diosa lo convirtió en un ciervo y fue despedazado por sus propios sabuesos.

(424) X: "..., verificando una infidelidad de su mujer..."

(425) X: "virtud".

(426) X: "para el resto de su vida".

resulta imposible permanecer en el trono. La verdad parece forzarlo a rendir este homenaje, de modo parecido a como los teólogos detectan ángeles malditos que, pese a reconocer la existencia de un Dios, blasfeman contra él.

He aquí en lo que consiste la contradicción: para ganar el afecto de los pueblos y de los grandes hay que tener un fondo [de probidad y] de virtud; es preciso que el príncipe sea humano y bienhechor, y que junto a estas cualidades propias del corazón también se advierta en él la capacidad para cumplir con las penosas funciones de su cargo <con sensatez, a fin de que pueda confiarse en él. ¡Cómo contrastan estas cualidades con las que Maquiavelo confiere a su príncipe!> (427)*. Para ganarse a los corazones hay que ser tal como acabo de decir, y no como Maquiavelo enseña a lo largo de su obra: injusto, cruel, ambicioso y ocupado únicamente en los desvelos por engrandecerse.

Así es como puede verse desenmascarado a este político que su siglo hizo pasar por un gran hombre, que muchos ministros han reconocido como peligroso pero sin dejar de seguirle, cuyas abominables máximas han sido impartidas a los príncipes, a quien nadie había respondido aún como es debido (428) y al que muchos políticos secundan [todavía], sin querer que se les acuse por ello.

¡Dichoso aquél que pudiera destruir por entero el maquevilismo en el mundo! Ya he hecho ver la inconsecuencia; quienes gobiernan <el universo han de dar ejemplos de virtud a los ojos del mundo> (429)* y están obligados a librar al público de la falsa idea que

(427) X: < > "Con este cargo sucede como con todos los demás; los hombres, sea cual sea el empleo que ejercen, no obtienen nunca la confianza, si no son justos y preclaros: los más corruptos desean tener siempre cerca a un hombre de bien e incluso los más incapaces de gobernarse se atienen a quien pasa por ser el más prudente. Así pues, mientras el más insignificante burgomaestre o el más insignificante regidor necesitan ser hombres honestos y laboriosos, si quieren triunfar, ¿será la realeza el único empleo donde quede autorizado el vicio?"

(428) Federico reivindica el mérito de refutar formalmente a Maquiavelo por primera vez y, en cierto sentido, no le falta razón, en tanto que su trabajo se propone desmontar metódicamente los argumentos de cada capítulo. La mayoría de las refutaciones anteriores, incluida la de Gentillet, sólo eran prolifas disertaciones que partían de presupuestos religiosos y condenaban el ateísmo de Maquiavelo.

(429) X: < > "la tierra han de convencerla con su ejemplo".

alberga sobre la política, la cual no consiste propiamente (430)* sino en cordura [por parte de los príncipes], pero a la que suele considerarse como un breviario de trapacería [e injusticia]. A ellos les corresponde desterrar las susceptibilidades y la mala fe de los tratados, devolviendo el vigor a esa honestidad y a ese candor que, a decir verdad, ya casi no tienen cabida entre los soberanos. A ellos les compete mostrar que son tan poco envidiosos de las provincias de sus vecinos como celosos de la conservación de sus propios Estados. [Respetar a los soberanos constituye un deber e incluso una necesidad; pero también se les querría, si estuviesen más atentos a gobernar atinadamente y menos ocupados en aumentar sus dominios. Esto último es el efecto de una imaginación que no sabría muy bien a qué atenerse; lo primero es la señal de un ánimo justo que sabe captar lo genuino y prefiere la soledad del deber a los fastos de la vanidad.] El príncipe que quiere poseerlo todo es como un estómago que se sobrecarga [glotonamente] de viandas, sin pararse a pensar que no podrá digerirlas todas. El príncipe que se ciñe al buen gobierno es como un hombre que come sobriamente y cuyo estómago hace una buena digestión.

(430) X: "no debe ser".

CAPITULO XXV (431)*

El tema de la libertad humana es uno de esos problemas que deja exhausta a la razón de los filósofos y que con frecuencia ha hecho proferir anatemas a los [sagrados] labios de los teólogos. Los partidarios de la libertad sostienen que, si los hombres no son libres, Dios es quien actúa en ellos; que sería Dios quien, por su ministerio, perpetra los asesinatos, lo robos y demás crímenes, todo lo cual es manifiestamente opuesto a su santidad; en segundo lugar, si el Ser Supremo es el padre de los vicios y el autor de cuantas iniquidades se cometen, no se podrá castigar a los culpables y no habría ni crímenes ni virtudes en el mundo. Ahora bien, como no podría cavilarse sobre este espantoso dogma sin darse uno cuenta de todas sus contradicciones, tampoco cabe tomar mejor partido que el de abogar en pro de la libertad humana.

Los partidarios de la necesidad absoluta sostienen, por el contrario, que Dios sería peor que un obrero ciego y que trabajaría en la más absoluta obscuridad, si, una vez creado este mundo, hubiese ignorado lo que debía hacerse en él. Un relojero —arguyen— conoce la marcha de la más insignificante ruedecilla de un reloj, porque sabe el movimiento que le ha conferido y el destino para el que ha sido diseñada; ¡y, sin embargo, Dios, ese ser infinitamente sabio, sería el espectador curioso e impotente de las acciones humanas! ¿Por qué ese mismo Dios, cuyas obras portan todas una impronta cósmica y que se hallan sujetas a ciertas leyes constantes e inmutables, le habría consentido

(431) X "Capítulo Vigésimoquinto: Del poder que tiene la fortuna en los asuntos del mundo y de cómo cabe hacerle frente".

al hombre disfrutar en exclusiva de la independencia y de la libertad? No sería entonces la Providencia quien gobernara el mundo, sino el capricho de los hombres. Pues al tener que decidir quién es el autó-mata, si el Creador o la criatura, parece más razonable creer que será el ser en quien reside la debilidad y no aquél en donde mora la potencia. Así las cosas, la razón y las pasiones son como cadenas invisibles mediante las cuales la mano de la Providencia conduce al género humano para concurrir a los acontecimientos que su eterna sabiduría había resuelto y que debían tener lugar en el mundo, para que cada individuo cumpla con el (432)* destino.

Esta es la forma en que, para alejarse de Caribdis (433), se acerca uno demasiado a Escila (434), y los filósofos se empujan unos a otros al abismo del absurdo, mientras que los teólogos disputan a oscuras y se reprobaban devotamente por caridad. Estos bandos se hacen la guerra poco más o menos como se la hacían los cartagineses y los romanos. Al temerse ver a las tropas romanas en Africa, se llevó el hacha de guerra hasta Italia; y, cuando Roma quiso deshacerse de Aníbal, por temerlo, envió a Escipión al frente de sus legiones para asediar Cartago. Los filósofos, los teólogos y la mayoría de los héroes del arte de argumentar tienen el genio de la nación francesa: atacan vigorosamente, pero están perdidos cuando se trata de una guerra defensiva. Por eso ha podido decirse que Dios era el padre de todas las sectas, puesto que a todas les había concedido armas idénticas, al igual que un buen lado y un reverso. Esta cuestión sobre la libertad o (435)* la predestinación de los hombres es transportada por Maquiavelo de la metafísica hacia la política; es éste, sin embargo, un terreno que le es completamente ajeno y que no sabía nutrirlo; pues, en el terreno de la política, en vez de razonar si somos libres o no lo

(432) X: "su".

(433) Caribdis es, en la leyenda griega, un remolino de agua localizado en el estrecho de Mesina. En su *Odisea* Homero lo describió como un monstruo femenino, hijo de Poseidón y Gea, que se sumergía en el agua del mar y emergía tres veces al día.

(434) La igualmente peligrosa Escila estaba en el litoral opuesto al de Caribdis, de modo que Ulises tuvo que decidir a cuál esquivaba al pasar navegando entre ambas. Este dilema, escoger entre Caribdis y Escila, se ha hecho proverbial para describir alternativas que son igualmente desafortunadas.

(435) X: "y sobre".

somos en absoluto, si la fortuna o el azar representan, o no, algún papel en dicho escenario, lo único que hace falta es pensar en cómo perfeccionar su penetración y su prudencia.

La fortuna y el azar son palabras vacías de sentido [que han sido alumbradas por la mente de los poetas, y] que, según parece, deben su origen a esa profunda ignorancia en que se hallaba estancado el mundo cuando daba nombres vagos a efectos cuyas causas les resultaban desconocidas (436).

Eso que vulgarmente se denomina la fortuna de César no significa en realidad sino el cúmulo de coyunturas gracias a las cuales éste vió favorecida su ambición. De igual manera, el infortunio de Catón no denota sino las inopinadas desgracias que se cebaron en él, esos contratiempos cuyos efectos respondían tan súbitamente a las causas como para que su prudencia no pudiese preveerlas ni contrarrestarlas.

El juego de dados representa el mejor expediente para explicar aquello que se comprende por azar. El azar, se dice, ha hecho que mis dados valgan doce y no siete. Para descomponer este fenómeno físicamente, habría que prestar atención a muchos factores, tales como el modo en que los dados han sido introducidos dentro del cubilete, los movimientos de la mano más o menos fuertes y más o menos reiterados que les hacen rodar [dentro del cubilete], y que imprimen a los dados un movimiento más vivo o más lento [al lanzarlos sobre la mesa.] Estas son las causas que, tomadas en su conjunto, reciben el nombre de azar. [Un examen de esta naturaleza, en el que se requiere mucha discusión, precisa de un espíritu filosófico y atento; mas como profundizar en estos asuntos no es algo que vaya con todo el mundo, suele preferirse ahorrarse semejante tarea. Confieso que no es mal negocio éste de contentarse con un nombre en lugar de con una realidad; de ahí que de todos los dioses del paganismo sólo hayan pervivido la fortuna y el azar. Después de todo tiene sus ventajas, pues los imprudentes atribuyen la causa de sus desgracias a la adversidad de la fortuna, mientras que quienes consiguen algo al margen del mérito erigen al ciego destino en una divinidad cuya sabiduría y justicia son admirables.]

(436) Se advierte aquí la influencia de Fontelle y, más concretamente, de su tratado *Del origen de las fábulas* (1724).

En tanto que no somos sino hombres, es decir, seres harto limitados, nunca estaremos por encima de lo que se da en llamar golpes de la fortuna. Debemos arrebatarnos cuanto podamos [, mediante la sensatez y la prudencia.] al azar y al acaso (437)*; pero nuestra vista es demasiado corta para verlo todo y nuestro espíritu demasiado estrecho para combinarlo todo. [Por muy débiles que seamos en realidad, ésta no es razón para descuidar las escasas fuerzas que tenemos; bien al contrario, hemos de darles el mejor uso posible, y no degradarnos hasta el punto de ponernos al nivel de los brutos, aun cuando tampoco seamos dioses. Efectivamente los hombres no necesitarían sino la omnisciencia divina para combinar una infinidad de causas ocultas y para conocer hasta el más pequeño resorte de los acontecimientos, a fin de poder sacar, mediante todo ello, atinadas conjeturas con respecto al porvenir.]

He aquí un par de acontecimientos que harán ver muy claramente cuán imposible resulta para la sabiduría humana el preverlo todo. El primer suceso es el de la sorpresa de Cremona con el príncipe Eugenio, empresa concertada con toda la prudencia imaginable y ejecutada con suma valentía. Veamos cómo se desbarató este proyecto: el príncipe se introdujo en la ciudad por la mañana, a través de un canal de inmundicias que le franqueó un cura con el cual se había puesto de acuerdo; se hubiera apoderado de la plaza infaliblemente, si no hubieran sucedido dos cosas que no podía imaginar. En primer lugar, un regimiento suizo que debía haberse ausentado para ejercitarse aquella misma mañana estaba de guardia y le opuso resistencia hasta que se le unió el resto de la guarnición. En segundo lugar, el guía que debía conducir al príncipe de Vaudemont hacia otra puerta de la ciudad, de la que este príncipe había de adueñarse, erró el camino, haciendo que este destacamento llegara demasiado tarde. [Creo que la sacerdotisa de Delfos (438), rabiosamente furiosa sobre su trípode sagrado no hubiera previsto semejantes contingencias merced a ningún secreto de su arte.]

El segundo acontecimiento al cual quiero aludir es el de la paz que los ingleses hicieron con Francia tras finalizar la guerra de suce-

(437) X: "al azar de los acontecimientos".

(438) En Delfos, ciudad situada en la ladera sur del monte Parnaso, se hallaba el enclave del célebre oráculo de Apolo.

sión (439)*. Ni los ministros del emperador José (440), ni los más grandes filósofos, ni los más hábiles políticos hubieran podido sospechar que un par de guantes cambiaría el destino de Europa; algo que, sin embargo, sucedió al pie de la letra [como se podrá comprobar a continuación].

Milady Marlborough ejercía el cargo de gran chambelán de la reina Ana (441) en Londres, mientras que su esposo realizaba en las campañas de Brabante una doble cosecha de laureles y de riquezas. Esta duquesa sostenía mediante su favor el partido del héroe y el héroe sostenía el crédito de su esposa mediante sus victorias. El partido de los torys, que le era adverso y que anhelaba la paz, no podía hacer nada en tanto que esta duquesa fuese todopoderosa al amparo de la reina. Ella perdió este favor por una causa bastante fútil; la reina había encargado unos guantes y la duquesa también lo había hecho justo al mismo tiempo; su impaciencia por tenerlos le hizo presionar a la guanterera para tenerlos antes que la reina. Entretanto Ana quiso disponer de sus guantes; una dama (442)* [del palacio] que era enemiga de lady Marlborough informó a la reina de cuanto había pasado y se prevalió de la situación con tanta malignidad que, a partir de ese momento, la reina consideró a la duquesa como una favorita cuya insolencia le resultaba insoportable. La guanterera acabó de agriar a la reina con esta

(439) X: "de España".

(440) José I (1678-1711), emperador de Alemania. Su muerte trastocó toda la política europea, toda vez que Luis XIV, cuya nación estaba quebrantada por las victorias de las potencias aliadas en la guerra de Sucesión de España, se había declarado dispuesto a firmar las humillantes condiciones de paz impuestas por aquéllas. Pero todo cambió al recaer el cetro de Austria en Carlos VI, único Habsburgo en la línea de sucesión masculina.

(441) Ana Estuardo (1644-1714), reina de Inglaterra. Cuando su cuñado, Guillermo de Orange, desembarcó en Inglaterra para apoderarse del trono, Ana se declaró en su favor y en contra de su padre, Jacobo II. Al fallecer Guillermo III, subió al trono por ser la única princesa protestante de la familia. Entre sus consejeros alcanzó una notable influencia el futuro duque de Marlborough, cuya esposa era la más íntima confidente de la reina.

(442) X: "la señora de Masham". En sus *Memorias de Brandenburgo*, Federico no menciona esta singular anécdota, limitándose a decir: "Aconteció en Inglaterra una revolución de la que Europa responsabilizó al mariscal de Tallard. Cualquiera que fuera la causa, bien el mencionado mariscal o aquello que llamamos «azar», el partido de Marlborough fue derribado."

historia de los guantes que le contó cargando las tintas lo más posible. Esta levadura, aunque liviana, fue suficiente para hacer fermentar todos los humores y para sazonar todo cuanto debe acompañar a una desgracia. Los torys, con el mariscal Tallard (443) a la cabeza, se supieron aprovechar de este asunto, que representó una toma de partido por ellos. La duquesa de Marlborough perdió el favor real muy poco tiempo después y con ella cayó el partido de los wighs, así como el de los aliados del emperador. Tal es el juego al que se hallan sometidas las cosas más graves del mundo: la Providencia se ríe de la sapiencia y las grandezas humanas; causas frívolas y a veces incluso ridículas modifican con frecuencia la fortuna de los Estados y de las monarquías. En esta ocasión, una minucia que provocó la desavenencia entre dos mujeres, salvó a Luis XIV de un brete del que ni su sabiduría, ni sus fuerzas ni su poderío le hubieran podido salvaguardar, imponiendo que los aliados firmasen la paz a pesar suyo.

Esta clase de acontecimientos ocurren; pero reconozco que muy raramente, de modo que su autoridad no basta para desacreditar del todo a la prudencia y a la penetración; sucede lo mismo que con las enfermedades, que alteran de vez en cuando la salud de los hombres, pero que no les impiden disfrutar la mayor parte del tiempo de las ventajas anejas a un temperamento robusto.

Se impone, pues, que quienes deben gobernar el mundo cultiven su penetración y su prudencia; mas no basta con esto; porque, si quieren cautivar a la fortuna, hace falta que aprendan a plegar su temperamento a las coyunturas, y eso es algo muy difícil.

No me refiero, en general, sino a dos tipos de temperamentos, el de una intrépida vivacidad y el de una circunspecta morosidad; y como estas causas morales cuentan a su vez con una causa física, resulta prácticamente imposible que un príncipe sea tan dueño de sí mismo como para saber adoptar todos los colores cual un camaleón. Hay siglos que favorecen la gloria de los conquistadores y de hombres audaces e intrépidos que parecen haber nacido para operar cambios extraordinarios en el universo. Las revoluciones, las guerras y sobre todo ese vertiginoso recelo que nubla el buen juicio de los soberanos [les] proporcionan las ocasiones propicias <para desplegar sus peli-

(443) Carmel de Hostun Tallard (1652-1728), quien recibió el bastón de mariscal al comenzar la guerra de Sucesión de España.

grosos talentos; en una palabra, todas las coyunturas que simpatizan con su natural turbulento e hiperactivo facilitan su éxito> (444)*.

Hay otras épocas en las que el mundo, menos agitado, no parece querer verse regido sino por la mansedumbre, no precisándose más que de la prudencia y la circunspección; es una especie de calma chicha política que suele suceder a la tormenta; es entonces cuando las negociaciones son más eficaces que las batallas y hace falta ganar con la pluma lo que no se sabría adquirir con la espada.

Con el fin de que un soberano pueda rentabilizar todas las coyunturas, sería preciso que aprendiese a conformarse con los tiempos, como un hábil piloto [, que despliega todo su velamen cuando los vientos le son favorables, pero que navega de bolina o incluso cala sus velas, si se ve obligado a ello por la tempestad, ocupándose tan sólo de guiar su navío hacia el puerto deseado, al margen de los medios para conseguirlo].

Si un general de cualquier ejército fuese circunspecto y temerario a voluntad, sería prácticamente indomeñable [, habría ocasiones en las que apostaría por una guerra larga, como corresponde hacer con un enemigo que adolezca de recursos para mantenerla o cuando el ejército enemigo sufra una escasez de provisiones]. Fabio (445) sometió (446)* a Anibal con sus dilaciones; este romano no ignoraba que al cartaginés le faltaban tanto el dinero como las tropas de refresco y que, sin combatir, bastaba tener paciencia para ver perecer a ese ejército de inanición, por decirlo así. La política de Anibal era, bien al contrario, la de combatir; su poderío no era sino una fuerza accidental, de la que era preciso extraer con prontitud toda la ventaja

(444) X: < > "para aprovecharse de sus querellas. Hernán Cortés, en la conquista de México, se vio favorecido por las guerras civiles de los americanos". Poco podía sospechar Federico que más adelante él mismo se vería salvado por la fortuna en unas circunstancias desesperadas, a pesar de su creencia en la eficacia del esfuerzo y la temperancia.

(445) Fabio Máximo Verrucoso (275-302 a.C.), famoso general y cónsul romano de la Segunda Guerra Púnica, que fue apodado *el Contemporizador*. Combatió con Anibal en una guerra defensiva, por la que recibió el sobrenombre de *Cunctator*, dado que se limitó a seguir los movimientos del general cartaginés, eludiendo un cualquier enfrentamiento. En la política británica el "fabianismo" denota una política socialista de avance cauteloso que rehuye la revolución inmediata.

(446) X: "minó".

posible, a fin de conferirle esa solidez basada en el terror que imprimen las acciones brillantes y heroicas, así como aprovechar los recursos que proporcionan las conquistas.

En el año 1704, si el elector de Baviera y el mariscal de Tallard (447) no hubiesen salido de baviera para avanzar hasta Blenheim y Höchstädt, se hubieran convertido en los dueños de toda Suabia, pues el ejército de los aliados, al no poder subsistir en Baviera por la falta de viveres, se habría visto obligado a retirarse hacia el Main y separarse. Fue, pues, una falta de circunspección, cuando todavía era tiempo, el que el elector de Baviera confiase a la suerte de una batalla, nada memorable ni gloriosa para la nación alemana, lo que no dependía sino de él conservar. Esta imprudencia fue castigada con la derrota total de los franceses y de los bávaros, así como por la pérdida de Baviera y de toda esa región que se halla entre el Alto-Palatinado y el Rin. [La audacia resulta brillante, lo reconozco, impacta y deslumbra; pero no se trata sino de una belleza superficial, preñada de peligros. La prudencia es menos vivaz y su destello es mucho menor; pero camina con paso firme y sin vacilar.]

No suele hablarse de los temerarios que han perecido, sino tan sólo de los que han sido secundados por la fortuna. Ocorre lo mismo que con los sueños y las profecías: entre un millar que han resultado falsas y caen en el olvido, sólo se recuerdan un escaso número que se han visto confirmadas. El mundo debería juzgar los acontecimientos por sus causas, y no las causas por el acontecimiento.

Concluyo [, por lo tanto,] que un pueblo arriesga mucho con un príncipe temerario, el cual representa un peligro continuo que lo amenaza; en cambio, el soberano circunspecto, aun cuando no esté hecho para realizar grandes hazañas, sí parece <haber nacido con talentos más aptos para volver felices a los pueblos bajo su dominio. El punto fuerte de los temerarios, son las conquistas; el de los prudentes, conservarlas.> (448)*

(447) Carmel Tallard (1652-1728), mariscal de Francia. Tras haber obtenido brillantes victorias sobre el príncipe de Hesse, al mando del ejército del duque de Borgoña, fue completamente derrotado por el príncipe Eugenio en la batalla de Blenheim, donde perdió a su hijo y fue hecho prisionero.

(448) X: < > "más nacido para el gobierno. El uno aventura, pero el otro conserva".

Para que unos y otros lleguen a ser grandes hombres, es preciso que vengan a este mundo en el momento propicio, sin el cual sus talentos les resultan más perniciosos que aprovechables. Todo hombre razonable, y principalmente aquellos que han sido destinados por el cielo para gobernar a los demás, deberían trazarse un plan de conducta tan bien razonado y trabado como una demostración geométrica. Seguir en todo momento un sistema semejante constituiría el método de actuar consecuentemente y de no apartarse nunca de su meta, relacionando así todas las coyunturas y todos los acontecimientos con el cauce de sus deseos; todo concurriría para ejecutar los proyectos que se habrían meditado.

Mas, ¿quiénes son estos príncipes de los que pretendemos tan raros talentos? No son sino hombres, a los que, a decir verdad y conforme a su naturaleza, les resulta imposible cumplir con todos sus deberes; antes se dará con el fénix (449) de los poetas y con las unidades de los metafísicos que con el hombre de Platón. Es justo que los pueblos se contenten con los esfuerzos realizados por los soberanos para llegar a la perfección. Los más cabales entre ellos serán quienes se alejen más del príncipe de Maquiavelo. También es justo que se soporten sus defectos, cuando estos se vean contrapesados por cualidades del corazón y por buenas intenciones; hemos de recordarnos sin cesar que no haya nada perfecto en el mundo y que tanto el error como la debilidad son una parte consustancial de los hombres. El país más dichoso es aquél donde una indulgencia recíproca entre el soberano y los súbditos extienda sobre la sociedad esa dulzura [amable] sin la cual la vida es un peso que se convierte en una carga y el mundo un valle de amarguras en lugar de un escenario de placeres.

(449) Mítico pájaro de Arabia cuyo renacimiento llamó la atención de los cristianos y de los creyentes paganos de las religiones místicas. Semejante a un águila con plumaje rojo (*phoenix*) y dorado, construía su nido cada quinientos años y moría en ese momento; del nido nacía un nuevo fénix, que llevaba el cuerpo de su progenitor a Heliópolis, en Egipto, para llevar a cabo su funeral en el templo del Sol. Según la versión que se ha hecho más popular en los tiempos modernos, el nuevo fénix surgiría de la pira funeraria que el viejo fénix preparaba para sí mismo, renaciendo así de sus propias cenizas.

CAPITULO XXVI (450)*

[F] *Acerca de las negociaciones y de las razones justas para llevar a cabo una guerra*

En esta obra de Maquiavelo, hemos visto cómo este monstruo político se complace en erigir a los bribones en grandes hombres. Me precio de haber probado lo contrario y de haber desengañado al mundo del error en el cual se hallan tantos acerca de la política de los príncipes; les he demostrado que el único oficio de un príncipe es hacer el

[R] *Acerca de los diferentes tipos de negociación, y de las razones justas para llevar a cabo una guerra*

Hemos visto, en esta obra, todos los falsos razonamientos por los que Maquiavelo ha pretendido darnos gato por liebre y hacernos tomar a los bribones por grandes hombres (451)*.

He hecho esfuerzos por probar lo contrario (452)* y para desengañar al mundo del error donde se hallan tantos acerca de la política de los príncipes. Les he demostrado (453)* [que la verda-

(450) X: "Capítulo Vigésimosexto: Exhortación para liberar a Italia de los bárbaros. De las diferentes clases de negociaciones y de las razones que cabe llamar justas para hacer la guerra". Este último capítulo no se corresponde con el de *El príncipe*, consagrado a la independencia de Italia. Federico prefiere terminar su texto con una serie de consideraciones personales. Resulta curioso reparar en la sutil enmienda introducida por Voltaire en el título puesto por Federico. Éste quiere hablar "de las razones justas para llevar a cabo una guerra", mientras que aquél prefiere decir "las razones que cabe llamar justas".

(451) X: "presentándonos a los bribones bajo el disfraz de grandes hombres".

(452) X: "... esfuerzos por arrancar a los crimenes el velo de la virtud, con el que Maquiavelo los había envuelto..."

(453) X: "Les he dicho a los reyes..."

bien y ser el más cabal de sus súbditos, así como que su auténtico interés demanda que sea justo, con el objeto de no verse obligado a condenar en otros lo que autoriza en él, cómo su ambición y su gloria exigen que tiendan a la dicha del género humano, y no a su ruina, con el fin de que su reputación, firmemente asentada, merezca llegar sin sufrir alteración alguna hasta la posteridad más remota. Añadiré a todo estos dos consideraciones más; la una atenderá a la manera de negociar, y la otra versará sobre las razones que pueden resultar válidas para que un soberano se vea comprometido en una guerra franca.

Los ministros que los soberanos mantienen en las cortes extranjeras son espías privilegiados, que vigilan las acciones de los reyes del lugar donde se encuentran, para descubrir si hay alguna que sea contraria a los intereses de su señor; ellos deben cimentar los lazos de

dera sabiduría de los soberanos consiste en hacer el bien, y en ser los más cabales de sus Estados;] que su auténtico <interés exigía que fuesen justos, con el objeto de que la necesidad no les obligue a condenar en otros lo que su indulgencia autoriza en ellos mismos; que no les debe bastar con acometer acciones brillantes para contentar a su ambición y a su gloria, sino que deben preferir todo cuando pueda tender> (454)* a la dicha del género humano [, evitando cuanto pueda contribuir a su ruina. He sostenido que éste era el único medio de establecer su reputación sobre un pilar sólido, y de merecer que la gloria de su nombre llegue sin sufrir alteración alguna hasta la posteridad más remota].

Añadiré a esto un par de consideraciones, [de las que] la primera concierne a <la manera de negociar, y la segunda atañe a lo que puede tomarse por razones válidas para que un soberano se vea comprometido en una guerra franca.> (455)*

Los ministros que los soberanos mantienen en las cortes extranjeras son espías privilegiados,

(454) X: < > "... su verdadera política consiste en sobrepasar a sus súbditos en materia de virtud, con el objeto de que no se vean obligados a condenar en otros lo que autorizan en su persona. He sostenido que no bastan las acciones brillantes para establecer su reputación, sino que se precisan acciones tendentes a la dicha del género humano".

(455) X: < > "la primera concierne a las negociaciones, y la segunda atañe a los motivos de emprender una guerra que pueden ser tildadas de justas con cierto fundamento".

amistad entre los soberanos, pero con frecuencia, en lugar de ser los artesanos de la paz, son los órganos de la guerra. Saben desanudar los lazos más sagrados del secreto con el encanto de la corrupción. Conocen todo el partido que cabe sacar de una confidencia hecha adrede, de una partida de placer bien entendida, de un exceso manejado con destreza, y como su amor propio va a la par que su deber, se consagran por entero al servicio de sus señores. Es preciso, por lo tanto, que los príncipes se pongan en guardia contra sus corruptelas y sus artificios, es necesario que el gobierno esté al tanto de sus pasos, con el fin de adivinarlos por anticipado e impedir que cuanto no deba conocerse pueda filtrarse hasta ellos. Ahora bien, si ya son peligrosos normalmente, todavía lo son mucho más cuando aumenta la importancia de sus negociaciones; entonces siempre será poca la prudencia que un príncipe adopte en sus resoluciones, debiendo examinar con

que vigilan las acciones de los reyes en cuyos dominios residen; deben penetrar los (456)* designios [de tales príncipes], aclarar sus pasos, profundizar en sus acciones, para informar a sus señores [y advertirles] a tiempo [, si se percatan de algo contrario a sus intereses]. Una de los principales objetivos de su misión es cimentar (457)* los lazos de amistad entre los soberanos; pero con frecuencia, en lugar de ser los artesanos de la paz, son los órganos de la guerra. <Saben desanudar los lazos más sagrados del secreto con el encanto de la corrupción; son manejables, acomodaticios, mañosos y astutos; y, como su amor propio va a la par que su deber, se consagran por entero al servicio de sus señores.> (458)*

En estos tiempos críticos en que se suscriben tratados y alianzas, hace falta que la prudencia de los soberanos se muestre mucho más vigilante que de ordinario, que escudriñen la naturaleza de las cosas que quieren prometer, para [ver si son tales] que puedan cumplir con sus compromisos <; que examinen los tratados que se les propone bajo todos sus

(456) X: "sus".

(457) X: "estrechar".

(458) X: < > "Emplean la adulación, la astucia y la seducción para arrancar los secretos de Estado a los ministros: se ganan a los débiles con sus mañas, a los orgullosos con su verbo, y a los interesados con sus regalos; en una palabra, a veces hacen todo el mal que pueden; porque pueden pecar por deber y están seguros de su impunidad".

todo rigor la conducta de sus ministros, para comprobar si alguna lluvia de Dánae (459) no ha mellado la austeridad de su virtud; y es en este tipo de ocasiones cuando se requiere un mayor juicio y una mayor prudencia, para examinar si la naturaleza de las cosas que quieren prometerse se compecede con las que cabe obtener. Es preciso examinar el tratado bajo todos sus aspectos, con el fin de conocer todas las consecuencias; se ha de ver si puede servir de base a una felicidad sólida de los pueblos y presenta alguna ventaja real, o si no es más que un paliativo y un efecto de la astucia y el artificio de vuestros vecinos; hace falta aclarar los términos del acuerdo, con objeto de que no pueda darse una fraudulenta distinción entre el espíritu y la letra del tratado, habiéndose de reflexionar con toda madurez sobre lo que debe

aspectos, con el fin de prever las consecuencias, y de juzgar si pudieran servir de base a la felicidad sólida de los pueblos y presenta alguna ventaja real, o si no es más que un paliativo y un producto de la astucia y el artificio de otros soberanos.> (460)* A estas precauciones hay que añadir la de aclarar los términos (461)*, [es preciso que] el gramático puntilloso preceda al político hábil, con objeto de que no pueda darse una fraudulenta distinción entre el espíritu y la letra del tratado. <A buen seguro que los grandes hombres nunca han lamentado el tiempo dedicado a la reflexión antes de actuar, habida cuenta de que, a renglón seguido, una vez adoptados los compromisos de rigor, no han tenido ocasión de arrepentirse por ello; o, cuando menos, uno tiene menos reproches que hacerse, cuando ha empleado todos los resortes de la sabiduría en sus consejos, que si se ha tomado una resolución con urgencia y se la ha ejecutado con precipitación.> (462)*

(459) Dánae, hija del rey de Argos. Un oráculo vaticinó que su padre sería asesinado por el hijo de su hija y por consiguiente Acrisio confinó a Dánae en una torre de bronce para que nadie pudiese aproximarse a su hija. Sin embargo, Zeus descendió sobre ella, en forma de lluvia de oro, y concibió un hijo: Perseo.

(460) X: < > "Un tratado examinado bajo todos sus aspectos, deducido con todas sus consecuencias, es algo muy distinto al que se considera *grosso modo*. Aquello que parecía una ventaja real, no es, cuando se examina más de cerca, sino un miserable paliativo que tiende a la ruina del Estado".

(461) X: "de un tratado."

(462) X: "En política se debería hacer un censo de todas las faltas que los príncipes han cometido precipitadamente al verse manejados por quienes gustan

hacerse antes de suscribir compromiso alguno, con el fin de que, una vez emprendida una cosa, no haya lugar para arrepentirse de ello.

Los soberanos utilizan aún una manera de negociar diferente a ésta; envían personas sin acreditación a un lugar neutral, donde, sin que nadie pueda hacer sombra, se hacen las proposiciones por una y otra parte. El emperador convino de tal modo los preliminares con Francia al finalizar esta última guerra (463), a espaldas del imperio y de las potencias marítimas. Dicha negociación se verificó en los dominios del conde de Neuwied (464), en un castillo próximo al Rín.

Victor-Amadeo, al que hemos visto morir tras su abdicación, era un príncipe a quien le eran familiares todos los ardides del mundo y que dominaba mejor que nadie el arte de ocultar cuanto no debía saberse. El se-

Todas las negociaciones no se llevan a cabo por parte de los ministros acreditados; a menudo se envían personas sin acreditación a lugares neutrales donde se realizan las proposiciones (465)* sin que nadie pueda hacer sombra. Los preliminares de la última paz fueron concluidos de esta forma entre el emperador y Francia, a espaldas del Imperio y de las potencias marítimas; este arreglo se hizo en los dominios de un conde [del imperio] cuyas tierras están al borde del Rín.

Victor-Amadeo, el príncipe más hábil y artificioso de su tiempo, conocía mejor que nadie el arte de disimular sus deseos. Más de una vez engañó al universo con sus ardides, como cuando el mariscal de Catinat, con los hábitos de un monje y so pretexto de trabajar en pro de la salud de su señor, desconfió a este rey del bando del emperador y lo convirtió en un prosélito de Francia. Dicha negociación, que sólo tuvo dos protagonistas, fue conducida con tanta destreza, que la [nueva] alianza entre Francia y Cerdeña le pareció a los políticos de la época un

de hacer tratados o alianzas: el tiempo que le haría falta para leerlo, le proporcionaría el de llevar a cabo unas reflexiones que no le serían sino muy saludables.”

(463) Debe referirse a la Guerra de Sucesión de Polonia y al acuerdo preliminar de 1735, sellado en Viena

(464) Dicha negociación había sido secreta y en sus *Memorias de Brandenburgo* Federico se lamenta de ello, en nombre de su padre.

(465) X: “con tanta más libertad, cuanto comprometen menos a la persona de su señor”.

ñor de Catinat, con los hábitos de un monje y so pretexto de trabajar en pro de la salud de su señor, descontó a este rey del bando del emperador y lo convirtió en un prosélito de Francia. Dicha negociación se hizo entre ellos dos únicamente. No propongo este ejemplo para justificar la trapacería y la duplicidad de tal rey, sino para alabar su destreza, que siempre puede ser empleada, con tal de que no lo sea de una manera deshonesta.

En las negociaciones no se debería emplear sino gente honesta, con el fin de que ambas partes puedan depositar su confianza en ellos; pero es preciso que sean a un tiempo perspicaces y habilidosos, para que las artimañas de los demás no les pillen desprevenidos.

Un príncipe que no se muestre astuto sino para descubrir los designios ajenos y sea un hombre honesto para merecer la confianza de todo el mundo, será dichoso sin ser un bribón

fenómeno inopinado y extraordinario.

No propongo este ejemplo para justificar la conducta de Victor-Amadeo <; mi pluma da tan poco cuartel a la trapacería de los reyes como a la deslealtad de los particulares. Simplemente pretendo poner sobre el tapete las ventajas de una conducta discreta y el provecho que se puede sacar de la destreza, siempre que no sirva para nada indigno ni deshonesto.> (466)*

Constituye [, pues,] una regla general el que los príncipes deban escoger a los espíritus más transcendentales para emplearlos en las negociaciones difíciles; para ello se requieren [hombres que sean] no sólo astutos (467)* [y] flexibles para insinuarse, sino que también posean perspicacia para leer (468)* en los ojos los secretos de los corazones, [así como para juzgar, por los gestos y los más mínimos detalles, las intenciones secretas de los demás,] con el fin de que nada escape a su penetración y que todo se descubra por la fuerza de su razonamiento.

<Los soberanos no deberían servirse de ardidés y sutilezas sino como una ciudad recién in-

(466) X: < > "cuyo ejemplo propongo a los reyes; no he pretendido ensalzar en su conducta sino la habilidad y la discreción, todo lo cual, cuando sirve a una finalidad honesta, constituyen cualidades absolutamente imprescindibles en un soberano".

(467) X: "dotados para la intriga".

(468) X: "en la fisonomía de los otros los secretos de su corazón".

y poderoso por mor de su sola virtud.

Debo añadir a esto que todas las negociaciones de los príncipes no deberían tener propiamente otra meta salvo las de la dicha y la paz de Europa, y su principal objetivo debería ser mantener siempre este equilibrio, sin el cual una revolución general no dejara de instaurar una nueva monarquía sobre las ruinas de las más débiles.

Una cierta predilección por una nación en vez de otra, pequeños prejuicios femeninos, querellas particulares y toda suerte de minucias, son cosas que deben verse desterradas del ánimo de quienes conducen Europa; éstos no deben tener ojos sino para las cuestiones capitales y sacrificar siempre la bagatela en aras de lo primordial. Nada resulta tan mortífero para la felicidad como esas pequeñas

vestida utiliza los fuegos de artificio, es decir, para descubrir los designios de sus enemigos. Por otra parte, si profesan sinceramente la probidad, se granjearán de modo infalible la confianza de toda Europa; serán felices sin trapacería y poderosos por mor de su sola virtud. La paz y la dicha de un país es la meta natural de las negociaciones constituye un centro donde deben converger los distintos caminos de la política.> (469)*

La tranquilidad de Europa se funda principalmente sobre el mantenimiento de este sabio equilibrio por el cual la fuerza superior de ciertos soberanos se ve contrapesada por las fuerzas reunidas de algunas otras potencias (470)*. Si este equilibrio faltase, es de temer que sobreviniese una revolución generalizada y que una nueva monarquía se instaurara sobre las ruinas de los príncipes cuya desunión volvió débiles [e imponentes].

La política de los príncipes de Europa parece exigir de ellos que

(469) X: < > "No hay que abusar de la astucia y de la sutileza; ocurre con ello lo mismo que con las especias, cuyo uso demasiado frecuente en los guisos embota el gusto y les hace perder ese picante que un paladar demasiado habituado a ellas no degusta en absoluto. Por contra, la probidad es válida en cualquier momento; es comparable a esos alimentos simples y naturales que convienen a todos los temperamentos y que robustecen al cuerpo sin irritarlo. Un príncipe cuyo candor sea conocido se granjeará infaliblemente la confianza de toda Europa, será dichoso sin trapacerías y será feliz por mor de su propia virtud. La paz y la felicidad del Estado son como un centro donde deben confluir todos los caminos de la política, y ésa debe ser la meta de cualquier negociación".

(470) X: "por la potencia reunida de algunos otros soberanos".

nubes que sustraen a los príncipes la perspectiva de sus genuinos intereses; es algo así como la aversión hacia una sangría, cuya omisión les hace caer tarde o temprano en unas fiebres ante las que con frecuencia no existe ya remedio alguno. Así, la imparcialidad no sólo es buena en el terreno de la justicia, sino que también se muestra indispensable en el de la política.

Si la negociación fuera el único medio para mantener la paz y el sosiego en el mundo, los hombres serían dichosos; no habría sino argumentos en lugar de armas, y se disputaría en vez de matarse mutuamente. Una enojosa necesidad obliga a los príncipes a tener que recurrir a una vía mucho más cruel, más funesta y más odiosa; hay ocasiones en las que hace falta defender con las armas la libertad de los pueblos amenazada por injusticias y en donde es preciso conseguir mediante la violencia lo que la iniquidad de los hombres rehusa a la benignidad; y es en tales cuando que resulta cierta esta paradoja, a saber, que una buena guerra proporciona y afianza una buena paz.

N.B. Como un soberano está obligado, sobre todo, a mostrar-

no < pierdan nunca de vista las negociaciones, los tratados y las alianzas mediante los cuales pueden establecer la igualdad entre los príncipes más formidables, evitando con todo cuidado cuanto pueda sembrar entre ellos la cizaña y la desunión, como si ello les fuera mortal más pronto o más tarde. Cierta predilección por una nación, la aversión por alguna otra, prejuicios femeninos, querellas particulares, pequeños intereses, las minucias en definitiva, no deben cegar nunca los ojos de quienes gobiernan pueblos enteros. Es preciso que vean más allá y que sacrifiquen sin titubear las bagatelas en aras de lo primordial. Los grandes príncipes están obligados a no pensar sino en el bien común, entendiéndose que se hallan cuidadosamente privados de cualquier prevención, para mejor abrazar así sus auténticos intereses. El distanciamiento testimoniado por los sucesores de Alejandro para unirse a los romanos es comparable a la aversión que padecen algunas personas contra una sangría, cuya omisión puede provocar fiebre altísima o causar un vómito de sangre, tras de lo cual ya no hay remedio que aplicar. Así pues, la imparcialidad y un ánimo desprovisto de prejuicios es tan necesario en el terreno de la política como en el de la justicia: en el primer caso, para conducirse siempre según quiere la conducta

se avaro en lo tocante a la sangre de sus súbditos, no debe emprender una guerra sino teniendo muy buenas razones para ello y viéndose obligado de alguna manera por la necesidad.

Las guerras que puede acometer con justicia son aquellas guerras defensivas donde rechace el ataque de sus enemigos y donde oponga la violencia a la violencia; aquellas guerras en que sostiene sus derechos, esos derechos que se pretende disputarle. Comoquiera que los grandes príncipes carecen de jueces por encima de sí, ellos mismos son los árbitros y los vengadores de sus querellas, sosteniendo mediante la fuerza lo que se les disputa injustamente; la suerte de los combates decide entre ellos acerca de la validez de sus razones; es, pues, el mantenimiento de la justicia y, por consiguiente, de la liber-

y, en el otro, para no vulnerar nunca la equidad.> (471)*

El mundo sería bien dichoso, si no hubiese otros medios salvo el de la negociación para mantener la justicia y restablecer la paz (472)* entre las naciones. Se emplearían entonces los argumentos en lugar de armas y se disputaría en vez de degollarse mutuamente. Una enojosa necesidad obliga a los príncipes a tener que recurrir a una vía mucho más cruel [, más funesta y más odiosa]; hay ocasiones en las que hace falta defender con las armas la libertad de los pueblos, a la que se quiere oprimir con injusticia, en donde es preciso conseguir mediante la violencia lo que la iniquidad [de los hombres] rehusa a la benignidad, y en los que los soberanos [, nacidos árbitros de sus altercados, no sabrían dirimirlos sino mensurando sus fuerzas y] comprometiendo su causa (473)* a la suerte de las batallas. Es en tales casos cuando resulta cierta esta paradoja, a saber, que una

(471) X: < > "La política de los príncipes de Europa parece exigir de ellos que no descuiden nunca las alianzas y los tratados por los cuales pueden igualar las fuerzas de una potencia ambiciosa, debiendo desconfiar asimismo de quienes quieran sembrar entre ellos la desunión y la cizaña. Conviene acordarse de aquel cónsul que, para demostrar cuán necesaria era la unión, tomó un caballo por la cola e hizo inútiles esfuerzos por arrancársela; pero, cuando la cogió crin a crin por separado, llegó fácilmente hasta el final. Esta lección sigue tan vigente para algunos soberanos de nuestros días como para los legionarios romanos; sólo su unión puede volverlos formidables, y mantener así en Europa la paz y la tranquilidad".

(472) X: "y la buena armonía".

(473) X: "y los soberanos deben comprometer la causa de su nación".

tad en el mundo, lo que torna indispensable este tipo de guerras, cuya utilización se vuelve indispensable y sagrada.

Hay un tercer tipo de guerra, distinto de los otros dos, mas no menos justo; los aliados de los príncipes y sus alianzas les comprometen a ello. Pues, como ninguna potencia es lo bastante poderosa para resistir en solitario a la violencia de sus vecinos, los príncipes se han visto obligados a forjar entre ellos alianzas defensivas, mediante las cuales se comprometen a brindarse mutuo auxilio en caso de necesidad con un cierto número de tropas. Así pues, es el acaso lo que decide cuál de los aliados recibirá los frutos de la alianza; pero, como lo que puede sobrevenirle hoy a uno de ellos, puede sucederle al otro mañana, un príncipe cabal no dudará en observar los tratados con una fe religiosa ni en ejecutarlos escrupulosamente, porque el interés de sus pueblos dicta que entre a formar parte de

buena guerra proporciona y afianza una buena paz.

<Examinemos ahora en qué ocasiones pueden los soberanos emprender guerras sin tener que reprocharse la sangre derramada de sus súbditos sin necesidad alguna, o por mor de su vanidad y orgullo.>

<De todas las guerras, las más justas, y de las que menos cabe prescindir, son las defensivas,> (474)* [cuando las hostilidades de sus enemigos imponen que los soberanos adopten las medidas apropiadas para resistir tales ataques y se ven en la necesidad de repeler la violencia con la violencia. La fuerza de sus brazos les sostiene contra la codicia de sus vecinos y el valor de sus tropas garantiza la tranquilidad de sus súbditos; y, tal como es justo cazar a un ladrón cuando se le sorprende con la intención de cometer un hurto en vuestra casa, igualmente supone un acto de justicia por parte de los grandes y los reyes el forzar a los usurpadores, por la vía de las armas, a salir de sus Estados. Las guerras que los soberanos llevan a cabo para el mantenimiento de ciertos derechos o de ciertas pretensiones que

(474) X: < > "Es el motivo de la guerra lo que la vuelve justa o injusta. Las pasiones y la ambición de los príncipes ofuscan con frecuencia sus ojos y adornan con los colores más ventajosos las acciones más violentas. La guerra es un recurso extremo, al que no cabe apelar sino con la máxima precaución y en casos desesperados, examinando cuidadosamente si uno es llevado a ella por una ilusión del orgullo o por una razón sólida e indispensable. Hay guerras defensivas, y éstas son sin lugar a dudas las más justas".

este tipo de alianzas, para que su protección sean tanto más poderosa y eficaz cuando la ocasión pueda requerirlo.

Una potencia cuyo desbordamiento amenace con engullir al universo, puede proporcionar aún al príncipe un justo motivo de guerra. Es lo que se denomina una guerra de advertencia. Al ver fraguarse una tormenta que no se sabrá capear en solitario, se reúne a los vecinos para resistirla mancomunadamente. Si las otras naciones se hubiesen unido contra el poderío romano, nunca hubiera podido éste dar al traste con todos los demás imperios. Una alianza bien proyectada y una guerra vivamente emprendida hubiera hecho abortar todos esos designios que encadenaron al universo a continuación. Así pues, una guerra de advertencia es justa, al garantizar de alguna manera la libertad de quienes la emprenden a tiempo. La prudencia quiere que resulte preferible un mal menor a uno mayor: vale más, pues, hacer la

se les pretenda disputar, no son menos justas que aquellas a las cuales nos acabamos de referir.] <Comoquiera que no hay tribunales por encima de los reyes, ni existe ningún magistrado en el mundo que pueda dirimir sus diferencias, corresponde a los combates el decidir sobre sus derechos y enjuiciar la validez de sus razones. Los soberanos pleitean con las armas en la mano.> (475)* [y obligan, si pueden, a quienes les envidian a dar libre curso a la justicia de su causa. Así pues, este tipo de guerras se llevan a cabo para mantener la equidad en el mundo y para evitar la esclavitud; siendo esto algo que las imprime un carácter sacro y las hace indispensables.]

También hay guerras ofensivas que son tan justas como aquellas sobre las cuales acabamos de hablar: son las guerras de advertencia, que los príncipes emprenden cabalmente, en cuanto la excesiva grandeza de las más grandes potencias europeas parece ir a desbordarse y amenaza con engullir a todo el universo (476)*. Al ver fraguarse una tormenta que no se sabría capear

(475) X: < > "Hay guerras de interés que los reyes se ven obligados a hacer, para mantener ellos mismos los derechos que se les impugna; ellos pleitean con las armas en la mano, y los combates deciden sobre la validez de sus razones".

(476) X: "...; parece prudente interponer diques y detener el cauce tormentoso de un torrente, cuando todavía se puede dominar la situación. Al ver cómo los nubarrones y los relámpagos anuncian una tormenta, el soberano que no pueda conjurar en solitario la tempestad se reunirá, si es juicioso, con todos cuantos compartan ese mismo peligro".

guerra a un enemigo poderoso, cuando todavía uno es capaz de oponerse a sus designios, haciendo alianzas y optando entre el olivo y los laureles, que aguardar hasta ese momento desesperado en que vuestra declaración de guerra no sirva sino para retrasar algunos instantes vuestra esclavitud y vuestra ruina. Se trata, lo reconozco, de situaciones enojosas para un soberano; pero no cabe titubear con respecto al partido que debe tomar, pues lo primero es defenderse antes de perder el poder y quedar con las manos atadas. Estas guerras a las que acabo de referirme, son guerras justas, puesto que no son emprendidas sino para el mantenimiento de la libertad, y en aras de la libertad y el derecho contra la violencia y la opresión.

Este tema me conduce naturalmente a decir algo sobre los príncipes que truecan sus tropas por subsidios. Siempre he en-

en solitario, uno intenta reunir a todos cuantos comparten ese peligro común. Si los otros pueblos (477)* se hubiesen aliado contra el poderío romano, nunca hubiera podido descomponer tantos y tan grandes imperios; una alianza sabiamente proyectada y una guerra vivamente emprendida hubieran hecho abortar esos designios ambiciosos cuya realización encadenó a todo el universo.

<La prudencia quiere que se prefieran los males menores a los mayores, así como que se actúe mientras todavía se domina la situación. Por ello, vale más entablar> (478)* una guerra ofensiva, cuando todavía uno es libre (479)* de optar entre la rama de olivo y la rama de laurel, que aguardar hasta ese momento desesperado donde una declaración sólo puede retrasar por unos instantes el advenimiento de la esclavitud y la ruina. <Por muy enojosa que le resulte al soberano esa situación, no puede hacer nada mejor salvo servirse de sus fuerzas antes de que las componendas de sus enemigos le aten las manos y le hagan perder el> (480)* poder. <Las

(477) X: "Si los reyes de Egipto, de Siria y de Macedonia".

(478) X: < > "Es propio de la prudencia el preferir los males menores a los mayores, así como el escoger la parte más segura con la exclusión de aquellos que resulta incierto. Vale más, pues, que un príncipe se vea envuelto..."

(479) X: "dueño".

(480) X: < > "Es una máxima muy certera la que dice: 'más vale prevenir que curar'; los grandes hombres siempre acertarán al hacer uso de sus fuerzas antes de que sus enemigos adopten acuerdos capaces de atarle las manos y destruir su poder".

contrado esta costumbre harto inhumana, pues es tanto como traficar con la sangre de los pueblos. Los príncipes deberían avergonzarse por vender con tanta villanía a unos hombres que su empleo les hace proteger. Puede que hable demasiado libremente para el gusto de mis lectores; pero no estoy dispuesto a traicionar la veracidad de mis sentimientos y creo que no es nada indigno de un ser pensante el hacer escuchar a esos pequeños tiranos la voz de la humanidad, la cual detesta el abuso que hacen de su pequeño poder y que les juzga por ello indignos de una mejor fortuna, así como de las coronas de las que carecen.

Ya traté por extenso en el capítulo XXI el caso de las guerras de religión; añado ahora que un soberano debe hacer cuanto pueda por evitarlas o, cuando menos, que corresponde a su prudencia el hacer cuanto esté en su mano por cambiar el estado de la cuestión, puesto que por ahí se cuela todo el veneno, el ensañamiento y la crueldad que siempre han sido insepara-

alianzas pueden también obligar a los príncipes a entrar en las guerras de sus aliados, al proporcionarles el número de tropas auxiliares estipulado en los tratados.> (481)* Como los soberanos no sabrían prescindir de las alianzas, puesto que hay muy pocos, por no decir ninguno (482)*, que pueda sostenerse por sus propias fuerzas, se comprometen a brindarse mutuo apoyo en caso de necesidad [, y asistirse mutuamente con un determinado número de tropas]; lo que contribuye tanto a su conservación como a su seguridad. [Es, pues,] el acaso quien decide cuál de los aliados recibirá los frutos de la alianza. Pero como la ocasión [que] favorece a una de las partes [contratantes] < puede, pasado un tiempo, favorecer asimismo al que proporciona las tropas auxiliares en otras coyunturas, lo más sensato por parte de los príncipes es observar los tratados con una fe religiosa y respetarlos escrupulosamente, > tanto más cuanto que [el interés de sus pueblos es el de que] semejantes alianzas vuelvan más eficaz la protección de los soberanos, al hacer que su poderío resulte más temible para sus enemigos.

Así pues, todas las guerras que sean emprendidas, tras un exa-

(481) X: < > "Muchos príncipes se han visto envueltos en las guerras de sus aliados por los tratados, a consecuencia de los cuales se han visto obligados a proporcionarles cierto número de tropas auxiliares".

(482) X: "puesto que no hay ninguno en Europa..."

bles del partido y de los altercados de la religión. Nunca se censurará lo bastante a quienes, mediante un abuso criminal, se sirven en todo cuanto hacen de los términos de justicia y equidad. Es propio de una infinita perversidad el tomar a la ligera este pretexto para engañar al público, y los príncipes deben ser lo suficientemente avaros con la sangre de sus pueblos como para no mostrarse pródigos con su vida y hacer un mal uso de su valor.

La guerra es una cosa espantosa, y el emprenderla injustamente delata una crueldad tiránica por parte del soberano; no me refiero ahora a la injusticia que este príncipe comete para con sus vecinos, me circunscribo a los males que hace sufrir a sus propios súbditos. Son precisos nuevos impuestos para cubrir los exorbitantes gastos de la guerra; son necesarias nuevas levadas para reforzar o reclutar las tropas; se hace salir a la juventud del país, exponiéndola a las

men riguroso, para repeler a los usurpadores, para mantener los derechos legítimos, para garantizar la libertad del universo, así como para evitar la opresión y la violencia de los ambiciosos, resultan conformes a la justicia [y a la equidad]. Los soberanos que emprendan guerras semejantes <son inocentes respecto de toda la sangre derramada, porque se ven en la necesidad de actuar así y porque, en tales> (483)* circunstancias, la guerra es un infortunio menor que la paz.

Este tema me lleva a hablar de los príncipes <que trafican con la sangre de sus pueblos realizando un negocio infame. Sus tropas son para el mejor postor; es una especie de subasta en la que quienes puján más> (484)* a golpe de subsidios <se llevan los soldados de esos indignos soberanos a la carnicería. Estos príncipes deberían avergonzarse de la villanía con la cual venden la vida de unos hombres que ellos deberían proteger en cuanto padres de los pueblos; estos pequeños tiranos deberían escuchar la voz de la humanidad, la cual detesta el cruel abuso que hacen de su poder y que les considera indignos de una mejor for-

(483) X: <> "no tienen por qué reprocharse la sangre derramada; la necesidad les ha hecho actuar".

(484) X: <> "... que, por un negocio sumido en la iniquidad, trafican con la sangre de sus pueblos; su corte es como una almoneda, donde sus tropas son vendidas al mejor postor". S: "Otras veces, algunos príncipes, lejos de pensar en hacerse aliados, no piensan sino en vender sus soldados y traficar con la sangre de sus súbditos".

inevitables enfermedades propias de los ejércitos, así como a morir de miseria o por contagio; Marchas que los abruman, trabajos que los fatigan; el hambre que les acucia, la extenuación de sus fuerzas que los arruina; el riesgo de las batallas; hombres que terminan su vida dolorosamente, heridos cuya miseria es casi peor que la de los muertos, al perder para el resto de su vida sus miembros o el uso de los mismos; los asedios; cuántos trabajos y peligros redoblados, miles de muertes a afrontar a cada instante y, en lugar de decidirse en el transcurso de algunas horas, como la suerte de una batalla, el destino de una plaza fuerte se demora a lo largo de meses; un tiempo que parece siglos enteros, preñados de peligros y riesgos, para los trabajadores que abren esas rutas subterráneas por las cuales se

tuna, así como de las coronas de las que carecen.> (485)*

Ya traté por extenso en el capítulo XXI el caso de las guerras de religión; añado ahora que un soberano debe hacer cuanto pueda por evitarlas o, cuando menos, que debe modificar prudentemente el estado de la cuestión, pues con ello disminuirá las cotas de veneno, ensañamiento y crueldad, que siempre han sido inseparables del partido y de los altercados de la religión. Nunca se censurará lo bastante a quienes, mediante un abuso criminal, se sirven en todo cuanto hacen de los términos de justicia y equidad, y que, con una sacrílega impiedad, convierten al Ser Supremo en el escudo de su abominable ambición. Hace falta una perversidad infinita para engañar al público con pretextos tan livianos, y los príncipes deberían saber economizar la sangre de sus pueblos, para no mostrarse pródigos con la vida de sus soldados, haciendo un mal uso de su valor.> (486)*

(485) X: < > "La institución del soldado está destinada a la defensa de la patria; alquilarlos a otros, como se venden perros o toros para los combates, me parece pervertir a un tiempo el objeto de los negocios y de la guerra. Se dice que no está permitido el traficar con las cosas sagradas. ¡Vaya! ¿Y qué hay más sagrado que la sangre de los hombres?"

(486) X: < > "Las guerras de religión, si son guerras civiles, lo son casi siempre a consecuencia de una imprudencia por parte del soberano, que habrá hecho mal en favorecer a una secta en detrimento de otra, limitando o extendiendo en demasía el culto público de ciertas religiones; que, sobre todo, habrá dado pie a las querellas entre facciones, las cuales no son sino efímeras chispas cuando el soberano no se entremetía en ellas y que se convierten en incendios cuando las fomenta. Mantener el gobierno civil con vigor y dejar a cada cual su libertad de conciencia; ser

acerca el enemigo, para esos combatientes que se apostan allí, para quienes libran esos asaltos mortíferos y sangrientos en los asedios, para quienes hacen explotar esos volcanes artificiales que inventa el demonio de la rabia y de la guerra, y para quienes configuran, a expensas de sus miembros y de su vida, esos audaces diques que sus cadáveres perfeccionan con mucha frecuencia, con el fin de abrir a sus camaradas una brecha en el camino hacia el enemigo; cuántas injusticias y violencias se concitan en la guerra, cuántas familias quedan desoladas por la muerte de sus familiares y allegados, cuántos amantes desconsolados por la muerte de aquellos a quienes querían más que a sí mismos, cuántos huérfanos privados de quienes, con el sudor de su cuerpo y a expensas de su sangre, cuidaban de su alimento; cuántos hombres útiles al Estado que

Estoy convencido de que si [los reyes y] los monarcas viesan de cerca el retablo de las miserias populares (487)*, no podrían quedar insensibles ante semejante espectáculo. Pero carecen de una imaginación lo suficientemente viva como para representarse al natural los males (488)* ante los que su condición les pone a buen recaudo. [Sería menester colocar ante los ojos de un soberano a quien el fuego de su ambición empuja hacia la guerra todas las funestas consecuencias que ésta acarrea a sus súbditos:] <esos impuestos que agobian a los pueblos, esas levadas que sacan a toda la juventud del país, esas enfermedades contagiosas de los ejércitos. [donde tantos hombres perecen de pura miseria,] esos asedios mortíferos, esas batallas aún más crueles, esos heridos a los que la pérdida de algunos miembros les priva de los únicos instrumentos de subsistencia, y esos huérfanos a quienes el acero enemigo ha despojado de quienes, afrontando toda suerte de peligros y vendiendo al príncipe su sangre,

siempre rey, y nunca oficial como sacerdote, es el medio más seguro para preservar el Estado de las tempestades que el espíritu dogmático de los teólogos acaba por desatar siempre. Las guerras de religión extranjeras son el colmo de la injusticia y el absurdo. Partir de Aix-la-Chapelle para convertir a los sajones, con la espada en la mano, como Carlomagno, o equipar una flota para proponer al sultán de Egipto hacerse cristiano, constituyen empresas bien extrañas. El furor de las cruzadas es agua pasada; ¡quiera el cielo que no vuelvan nunca más!''

(487) X: "de las miserias que atrae sobre los pueblos una sola declaración de guerra".

(488) X: "que les son absolutamente desconocidos y..."

la muerte siega antes de tiempo; ¡qué tirano cometería nunca tan crueles atrocidades! Sin embargo, son los príncipes que emprenden guerras injustas, quienes tienen que hacerse todos estos reproches; sacrifican así a la impetuosidad de sus pasiones la felicidad, la salud y el reposo de un infinito número de hombres que su deber debía proteger en lugar de exponerlos tan a la ligera y sin razón válida a todo cuanto más teme la humanidad.

Concluyo, pues, que un príncipe nunca examinará lo bastante si el motivo que cree tener para hacer la guerra es o no válido, con el fin de no tener que reprocharse nunca la sangre de sus súbditos (que son sus semejantes). Al finalizar esta obra, ruego a los soberanos que

les procuraban alimento y crianza; ¡tantos hombres útiles al Estado segados> (489)* antes de tiempo! [Nunca ha existido tirano alguno que haya cometido semejantes crueldades a sangre fría.] <Los príncipes que emprenden guerras injustas son más crueles que ellos. Sacrifican a la impetuosidad de sus pasiones la felicidad, la salud y el reposo de una infinidad de hombres que su deber debía proteger y tomar dichosos, en vez de exponerlos tan a la ligera> (490)* y sin razón válida a todo cuanto más teme la humanidad. <Es, pues, cierto que los árbitros del mundo nunca serán lo suficientemente prudentes y circunspectos en cada uno de sus pasos, y que nunca serán lo bastante avaros respecto de la vida de sus súbditos, a quienes no deben ver como sus esclavos, sino como sus iguales y, en cierta forma, como sus dueños.> (491)*

(489) X: < > "¿cómo sentirán ellos esos impuestos que abruman a los pueblos? ¿la privación de la juventud del país que los reclutamientos comportan? ¿esas enfermedades contagiosas que asolan a los ejércitos? ¿el horror de las batallas y de esos asedios aún más mortíferos? ¿el desconsuelo de los heridos a quienes el acero enemigo ha privado de algunos miembros, únicos instrumentos de su industria y subsistencia? ¿el dolor de los huérfanos que han perdido, por la muerte de su padre, el único sostén de su debilidad? ¿la pérdida de tantos hombres útiles al Estado, que la muerte siega antes de tiempo?"

(490) X: < > "Los príncipes, que no están en el mundo sino para volver dichosos a los hombres, deberían pensárselo muy bien, antes de exponerlos por causas frívolas y vanas a todo lo que..."

(491) X: < > "Los soberanos que miran a sus súbditos como esclavos, los exponen sin piedad y los ven perecer sin lamento alguno; pero los príncipes que consideran a los hombres como sus iguales, y que consideran al pueblo como el cuerpo del que ellos son el alma, son ecónomos de la sangre de sus súbditos".

no se ofendan por la libertad con la cual hablo; al escribir estas páginas, he albergado tan buena opinión sobre ellos como para creer que merecen escuchar la verdad. Ésta sólo debe ocultarse a los monstruos y a los tiranos; a un César Borgia es a quien no me habría atrevido a decírsela, porque habría tropezado demasiado directamente con sus crímenes y su perversidad. ¡Gracias al cielo no contamos con monstruo alguno entre los soberanos de Europa!, pero sabemos, al igual que ellos, que no son sino hombres, y se les brinda el mayor de los elogios al decirles que uno se atreve a censurar con ardor ante ellos los crímenes de los reyes y todo cuanto se contrapone a los sentimientos de la justicia y de la humanidad.

Al finalizar esta obra, ruego a los soberanos que no se ofendan por la libertad con la cual hablo; mi meta es rendir un sincero homenaje a la verdad, y no adular a nadie. La buena opinión que albergo sobre los príncipes que reinan actualmente en el mundo me hace juzgarles dignos de oír la verdad. Es a los Tiberio, a los Borgia, a los monstruos y a los tiranos, a quien es preciso ocultársela (492)*. Gracias al cielo, no contamos con monstruo alguno entre los soberanos de Europa (493)*; [pero nosotros sabemos, al igual que ellos, que no se hallan por encima de las flaquezas humanas;] y supone brindarles el mayor de los elogios, el decirles que uno se atreve a censurar con ardor ante ellos los crímenes de los reyes y todo cuanto se contrapone a los sentimientos de la justicia y de la humanidad (494)*.

(492) X: "Es a los Nerones, a los Alejandro VI, a los César Borgia, a los Luis XI, a quienes yo no me atrevería a decírsela".

(493) X: "no contamos en modo alguno con tales hombres entre los príncipes de Europa".

(494) X: "... ante ellos todos los vicios que desagradan a la realeza y que son contrarios a los sentimientos de humanidad y de justicia".

ANEXO I

Reseña del «Antimaquiavelo» (por Voltaire) (495)

Maquiavelo publicó su *Príncipe* hacia el año 1515 y se lo dedicó a Lorenzo de Médicis, sobrino del papa León X. Este Papa, lejos de reprochar a Maquiavelo el haber convertido en un arte la maldad de los hombres, le encargó la composición de otras obras.

Adriano VI y Clemente VII hicieron caso del libro. Clemente VII le concedió al autor un privilegio fechado el 23 de agosto de 1731. Diez papas consecutivos permitieron la circulación de *El Príncipe* de Maquiavelo, en tanto que magníficos libros de moral eran incluidos en el índice. Finalmente, Clemente VIII censuró esta peligrosa obra cuando casi había prescrito.

Doscientos años después aparece por fin una refutación de dicha obra.

El señor de Voltaire, editor de esta refutación, nos insinúa en su prefacio que el autor es un hombre de muy alto rango y que ocupa una elevadísima posición. No pretendemos lanzar miradas indiscretas sobre algo que se cree un deber ocultar a nuestros ojos; pero, si es cierto lo que se nos dice y que sería un príncipe quien ha redactado esta obra, habrá que agradecer al cielo el haber inspirado tales sen-

(495) Esta reseña fue publicada, sin firma, en *La Nouvelle Bibliothèque, ou Histoire littéraire des principaux écrits qui se publient* (Noviembre de 1740). Nosotros la hemos tomado de Voltaire, *Oeuvres Complètes*, Garnier, Paris, 1879, vol. XXIII, pp. 159-163.

timientos a un hombre encargado de administrar la felicidad de los demás.

No conocemos ningún libro moral comparable a éste que reseñamos aquí. La mayoría de tales libros pueden formar a ciudadanos honestos, ¿mas dónde andan los libros que formen a los reyes? Después del sabio Antonino no ha aparecido nada semejante sobre la tierra. En otros libros se aprende a pautar las costumbres, a vivir como un hombre sociable; aquí se aprende a reinar.

Nos gustaría que todos los soberanos y todos los ministros leyeran este libro, puesto que anhelamos la dicha del género humano y hacemos votos porque la lectura de un buen libro pueda servir para mejorarlo, siempre y cuando aquel veneno de los corazones no se muestre más potente que este saludable alimento aquí aconsejado.

El prefacio del autor está escrito con esa genuina elocuencia que sólo el corazón puede proporcionar; veámos un ejemplo: «¿Cuán deplorable resulta la situación de los pueblos, cuando éstos han de temerle todo de los abusos por parte del poder soberano, cuando sus bienes se hallan a merced de la avaricia del príncipe, su libertad se halla sometida a su capricho, su reposo a su ambición, su seguridad a su perfidia, y su vida a sus crueldades! Tal es el retablo trágico de un Estado donde reinara un monstruo como el que Maquiavelo pretende instruir.»

¿Acaso no queda nuestro corazón conmovido por una respetuosa ternura al leer estas palabras y no derrocharía uno su propia sangre en aras de un príncipe que pensase así, que hablase a los príncipes como un particular, que se hallase imbuido de sentimientos idénticos a los nuestros, que alzase su voz junto a la nuestra para renegar de las tiranías?

Lo que nos asombra es ese lenguaje tan puro, ese uso tan singular de una lengua que, según se nos dice, no es la del autor. Hay tantos pasajes que nos han parecido estar escritos en un tono tan enérgico, el vocabulario más adecuado es empleado con tanta frecuencia, que casi cabe dudar de que la obra sea debida a un extranjero. Para despejar estas dudas, nos hemos dirigido al propio editor y hemos visto entre sus manos la prueba evidente de que los trazos a los cuales nos referimos se deben en efecto a la mano sobre la cual dudábamos.

El ensayo de crítica sobre Maquiavelo tiene tantos capítulos como la obra de este italiano titulada *El príncipe*; mas no se trata de una

refutación sistemática; a menudo nos encontramos con reflexiones propiciadas por las del italiano; nos las habemos con mil ejemplos extraídos de la historia antigua y moderna; se sigue un razonamiento riguroso y coherente; por doquier impera la virtud más pura y la prueba de que la mejor política es la de ser virtuoso.

Una de las cosas que nos ha impresionado más es aquella con la que nos hemos encontrado en el capítulo III: «Si hoy en día cunden menos las revoluciones entre los cristianos, ello se debe a que los príncipes cultivadores de una sana moral comienzan a estar más entendidos; los hombres han cultivado más su espíritu, son menos feroces y puede que se trate de una deuda contraída con los hombres de letras el que Europa esté más pulida.»

A primera vista, se diría que es un hombre de letras quien ha escrito este pasaje, ya sea en aras de un interés particular o merced a ese gusto que uno experimenta siempre por su profesión y ese deseo tan natural de tornarlo más recomendable. Sin embargo, es muy cierto, y nosotros nos hemos convencido de ello por el testimonio de nuestros ojos y mediante una escrupulosa confrontación, que no es un hombre de letras ni un simple filósofo quien habla así; se trata de un hombre nacido con un rango en el cual suele menospreciarse a las gentes de letras, con quienes no suelen contar para nada en el Estado, llegando incluso al extremo de ignorar su propia existencia.

¡Qué bondad y qué magnanimidad se destilan en toda la obra! ¡cuán indulgente es la virtud que allí impera! ¡cuán alejada está de esa pedante superstición que se amedrenta por todo! ¡cómo se nota que hay un hombre tras quien escribe y no un pedagogo que quiere colocarse por encima del hombre!

A decir verdad, más de un príncipe ha rendido homenaje a las ciencias con los escritos que han legado a la posteridad. Los *Césares* de Juliano (496), ese filósofo coronado, perdurarán mientras quede algo de gusto sobre la tierra; pero no se trata sino de una sátira ingeniosa. Sus otros escritos serán reputados de sabios, mas la virtud

(496) Flavio Claudio Juliano, emperador romano entre los años 360 y 363, conocido como *el Apóstata* por su renuncia de la fe cristiana y tras cuya muerte quedaría eclipsado el renacer pagano. Escribió una sátira cómica de los emperadores romanos, titulada *Césares* o *El banquete*, que ha sido muy elogiada por el historiador británico Edward Gibbon.

y la elocuencia que imperan en ellos son empleadas para sostener una causa que reprobamos. Enrique VIII de Inglaterra (497) escribió contra Lutero; pero ya no se lee a ninguno de los dos. Jacobo I también escribió algunas obras, mas ni su reino ni sus escritos han gozado de un refrendo universal. Si nos remontamos hasta Julio César, descubriremos que hemos perdido su tragedia sobre *Edipo* y se han conservado sus *Comentarios*, los cuales vienen a constituir —según se dice— el manual de los militares, aun cuando quizá se trate de un manual mucho más estimado que leído. Después de todo, no deja de ser la obra de un usurpador y la crónica de los infortunios que propició, tanto como de las hermosas acciones que acometió; en cambio, en el libro aquí reseñado no hay ni una página que no esté destinada a volver mejores y más felices a los hombres.

El autor de una novela titulada *Séthos* ha señalado que si la felicidad del mundo pudiera emanar de un libro, lo haría del *Telémaco*. Permitásenos decir que, a tal efecto, el *Anti-Maquiavelo* puede resultar mucho más útil que el propio *Telémaco*; uno está concebido para los jóvenes, el otro para los hombres. La novela amable y moralizante que es el *Telémaco* constituye un rosario de aventuras increíbles; el *Anti-Maquiavelo* está repleto de ejemplos verídicos, sacados de la historia. La novela inspira una virtud casi ideal, exhibiendo principios de gobierno forjados para tiempos fabulosos y heroicos. Pretende, verbigracia, que se clasifique a los ciudadanos en siete clases, confirmando a cada una de ellas una vestimenta distintiva. Destierra por completo el lujo, el cual constituye, sin embargo, el alma de un gran Estado y el principio de comercio; el *Anti-Maquiavelo* inspira una virtud utilitaria, cuyos principios resultan aplicables a todos los gobiernos de Europa. En definitiva, el *Telémaco* está escrito en esa prosa poética que nadie debe imitar y que no le conviene sino a esa conti-

(497) Enrique VIII (1491-1547), rey de Inglaterra. Su enlace matrimonial con Catalina de Aragón (compromiso impuesto por su padre) serviría de base a una gran revolución política y religiosa. Sus amores con Ana Bolena le llevaron a plantear un divorcio que contaba con la decidida oposición del emperador Carlos V (sobrino de Catalina), haciéndose declarar cabeza suprema de la Iglesia anglicana para sortear al Papa en su anulación matrimonial; Clemente VII lo excomulgó. Curiosamente, algunos años antes Enrique había sido considerado por Roma como "un defensor de la fe", por haber escrito en 1521 un ensayo contra Lutero, cuyo título es *Assertio septem sacramentorum*.

nuación de la *Odisea* (498), que tiene aire de ser un poema griego traducido en prosa.

Aquí se aprecia un estilo tan sencillo como vigoroso y pleno, un lenguaje maduro y apto para las graves cuestiones que se tratan, aunque no falten esos toques de ingenuidad que se desprenden de un corazón convencido; la verdad se muestra sin artificios ni circunloquios.

Citemos uno de esos pasajes espontáneos que más nos han impresionado: «Los príncipes que han sido hombres antes de hacerse reyes, pueden acordarse de lo que han sido y no acostumbrarse tan fácilmente a los alimentos de la adulación. Aquellos que han reinado toda su vida siempre se han visto alimentados de incienso como los dioses y mueren de inanición en cuanto les falta el encomio» (cap. XXIII).

Nos ha sorprendido encontrar, al comienzo del capítulo XXV, reflexiones relativas a la libertad y a la necesidad, que suponen un profundo conocimiento de metafísica y de moral. Tememos dejarnos llevar aquí por el placer que nos ha reportado esta lectura; y que nadie piense que nos hemos dejado impresionar por el nombre del autor a quien se atribuye la obra en cuestión, pues esto es algo sobre lo que nos hemos autoexaminado con toda escrupulosidad. Estamos en un país libre, donde no cabe aguardar ni temer nada del rango del ilustre autor que se presume.

Somos alguien desconocido y nos ufamamos de seguir siéndolo: la verdad es lo único que conduce nuestra pluma.

Han aparecido otras dos ediciones, subrepticias, de esta obra, tituladas *Examen de Maquiavelo*, o *Anti-Maquiavelo*; una en Londres, publicada por Meyer, y la otra en La Haya, publicada por J. Vanduren; pero el señor de Voltaire las desapueba. Se trata de ediciones informes, colmadas de faltas e interpolaciones. Hay pasajes donde se han omitido hasta diez líneas y otros en los que el sentido queda completamente desfigurado. Está a punto de aparecer una cuarta; la obra va a ser traducida al inglés y al italiano; escaso será todo esfuerzo por difundir una instrucción válida para cualquier época y para todos los hombres.

(498) La primera edición del *Telémaco* se titula *Continuación del cuarto libro de la "Odisea" de Homero, o las aventuras de Telémaco, hijo de Ulises*.

ANEXO II

Borrador del prefacio de Voltaire (499)

Tengo para mí que, al publicar este *Ensayo de Crítica sobre Maquiavelo*, rindo un gran servicio a los hombres. El ilustre autor de esta refutación es una de esas almas nobles que el cielo configura muy raramente para conducir al género humano hacia la virtud a través de sus preceptos y de sus ejemplos. Hace ya varios años que puso por escrito estas reflexiones con el único propósito de plasmar ciertas verdades que le dictaba su corazón. Era por entonces muy joven y pretendía formarse con arreglo a la sabiduría y a la virtud; no aspiraba sino a darse lecciones a sí mismo, pero dichas lecciones merecen ser la de todos los reyes y pueden constituir la fuente del bienestar de los hombres. Al honrarme con el envío de su manuscrito, creí mi deber solicitarle su permiso para publicarlo. El veneno de Maquiavelo está demasiado extendido y se hacía preciso propagar igualmente su antídoto. Dieron en proliferar distintas copias manuscritas, entre las que se contaban algunas muy defectuosas y la obra hubiese aparecido definitivamente desfigurada, si yo no me hubiera cuidado de proporcionar esta copia exacta, a la cual espero que se atengan los libreros a quienes se les ha confiado. Sin duda, a los lectores les sorprenderá saber que quien escribe un francés tan esmerado, tan enérgico y a

(499) El texto del presente anexo también ha sido tomado, como el anterior, de Voltaire, *Oeuvres Complètes*, Garnier, Paris, 1879, vol. XXIII, pp. 147-152. En realidad, salvo en la división de los párrafos es idéntico al que fue publicado definitivamente hasta llegar a un punto, pues a partir de la postdata fueron suprimidos los últimos párrafos.

menudo tan puro, es un joven extranjero que jamás ha pisado suelo francés. Incluso se descubrirá que se expresa mejor que Amelot de la Houssaye, cuya traducción de *El Príncipe* de Maquiavelo he hecho imprimir junto a esta refutación. Se trata de algo inusitado, lo reconozco; pero es así cómo aquél cuya obra publico ha triunfado en todo cuanto se ha propuesto. Que sea inglés, español o italiano poco importa, pues no es acerca de su patria sobre lo que versa su libro. Lo considero mejor concebido y mejor redactado que el de Maquiavelo, suponiendo una fortuna para el género humano que por fin la virtud se vea mejor adornada que el vicio. Como responsable de este valioso legado, he decidido respetar algunas expresiones que, aun cuando no sean del todo francesas, bien merecerían serlo y me atrevo a afirmar que este libro puede perfeccionar nuestra lengua a la par que nuestras costumbres. Por lo demás, debo advertir que no todos los capítulos representan propiamente refutaciones de Maquiavelo, dado que este italiano no predica el crimen en todo su libro. En la obra que presento hay ciertos pasajes que constituyen más bien reflexiones obre Maquiavelo antes que contra Maquiavelo; esa es la razón por la que lo he titulado *Ensayo de Crítica sobre Maquiavelo*.

Por cuanto su ilustre autor ha replicado cabalmente a Maquiavelo, mi modesta contribución aquí se cifrará en contestar brevemente las palabras del prefacio de Amelot de la Houssaye. Dicho traductor ha querido hacerse pasar por un político; pero puedo asegurar que quien combate aquí a Maquiavelo es ciertamente aquello por lo cual se quiere hacer pasar Amelot. En favor de Amelot cabría decir que, al traducir *El Príncipe* de Maquiavelo, refrenda sus máximas con la intención de propalar el libro, antes que con la de persuadir. En su dedicatoria habla hasta la saciedad de *razón de Estado*; mas un hombre que, habiendo sido secretario de embajada, no supo dar con el secreto para salir de la miseria, malentendiendo —para mi gusto— la razón de Estado. Pretende justificar a su autor con el testimonio de Justo-Lipio que —según él— atesoraba tanta piedad y religión como saber y política. En relación con esto observaré: 1) que tanto Justo-Lipio como cualquier otro sabio se alinearán en vano a favor de una doctrina tan funesta para el género humano; 2) que la piedad y la religión, tan expresamente mal engalanadas aquí, enseñan todo lo contrario; 3) que Justo-Lipio, quien, tras nacer católico, se hizo primero luterano y luego calvinista, para terminar volviendo al catolicismo, nunca fue

tenido por un hombre religioso, a pesar de los pésimos versos que le dedicó a la Santísima Virgen; 4) que su grueso volumen sobre política es el más menospreciado entre sus obras, dedicado como está todo él a los emperadores, reyes y príncipes; 5) que afirma justamente lo contrario de cuanto Amelot le hace decir. «¡Quiera Dios —asevera Justo-Lipsio en la pág. 9 de la edición de Plantin— que Maquiavelo haya guiado a su príncipe hasta el templo de la virtud y del honor! Sin embargo, al no seguir sino el criterio de la utilidad, se ha desviado en exceso del camino real de la honestidad: *Utinam principem suum recta duxisset ad templum virtutis et honoris...*». Amelot ha suprimido con toda intención estas palabras, siguiendo la moda vigente en su época de citar mal a posta; ahora bien, alterar un pasaje tan esencial no suponer ser pedante, ni tampoco significa equivocarse: se trata sin más de una calumnia. El gran hombre del que soy editor no cita nunca; pero, si no me equivoco, él sí será citado en lo sucesivo por todos aquellos que amen la razón y la justicia. Amelot se esfuerza por demostrar que Maquiavelo no es en absoluto impío, ¡como si se tratase aquí de la piedad! Un hombre imparte al mundo lecciones sobre asesinato y envenenamiento, ¡y su traductor se atreve a hablarnos acerca de su devoción! Los lectores no advierten así el cambalache. Amelot da en decir que su autor alaba sobremanera a los franciscanos y a los dominicos; pero no son los monjes quienes tienen aquí el protagonismo, sino los soberanos, a los que el autor quiere mostrar el arte de ser malvados, algo sobre lo que no sabrían tanto sin él. ¿Acaso daría por bueno justificar a Miry-Veis, Cartouche, Jacques Clément o Ravallac, con el pretexto de que poseían muy buenos sentimientos religiosos? ¿y se servirá en todo momento de este manto sagrado para encubrir las mayores monstruosidades criminales? César Borgia —llega a decir nuestro traductor— es un buen modelo para los príncipes noveles, es decir, para los usurpadores; mas, por de pronto, no todo príncipe novicio es un usurpador. Los Médicis eran príncipes de nuevo cuño y no cabía reprocharles usurpación alguna. En segundo lugar, el ejemplo de este bastardo de Alejandro VI, siempre detestado y con frecuencia desgraciado, supone un pésimo modelo para todo príncipe. En última instancia, Houssaye pretende que Maquiavelo odiaba la tiranía. Sin duda, todo hombre la detesta, pero es tan espantoso como ruín el detestarla e impartirla a un tiempo. Por lo demás, tampoco

diré que se han de prestar oídos al autor virtuoso, cuyos sentimientos y expresiones no quiero desvirtuar aquí.

P.S.: Mientras se ultimaba esta edición, han aparecido otras dos: una en Londres, publicada por Jean Meyer, la otra en la Haya, en la imprenta de Vanduren. Ambas difieren mucho del manuscrito original, lo que resulta fácil de constatar con estas indicaciones: 1) En estas ediciones el título es *Anti-Maquiavelo, o examen del Príncipe...*, mientras que ésta se titula *Anti-Maquiavelo, o ensayo crítico sobre el Príncipe de Maquiavelo*. 2) El primer capítulo de esas ediciones reza como sigue: «De cuántas clases de principados existen...», mientras que aquí el título es «Acercas de los diferentes gobiernos...». El segundo capítulo de esas ediciones es «De los principados hereditarios», y aquí «De los Estados hereditarios». Por lo demás hay omisiones considerables, interpolaciones y un buen número de faltas en esas ediciones que indico. Así, pues, cuando los libreros que han publicado esas ediciones quieran reimprimir este libro, les ruego que se atengan a la presente versión.

Este libro del rey de Prusia (500) constituye una hermosa refutación de Maquiavelo, pero algún día se podrá ver una refutación todavía más hermosa, que vendrá dada por la historia de su propia vida. Ser su historiógrafo constituirá un oficio tan agradable como glorioso.

Me gustan aquellos libros cuya lectura me deja una buena y amable idea del carácter, de los sentimientos y de las costumbres de quien lo ha compuesto. Me gusta un libro serio que no haya sido escrito demasiado en serio. La seriedad aquí no tiene nada que ver con la tristeza, la austeridad o la ampulosidad. Es la seriedad de un filósofo que posee la madurez de un hombre de cincuenta años adornada con la flor de la juventud y que añade a un espíritu enriquecido un juicio sólido, un discernimiento fuera de lo común, una imaginación fecunda y agradable, una serenidad risueña y en ocasiones —si se me permite

(500) Estos párrafos (publicados en la edición de Kehl y reproducidos por Moland) hablan abiertamente del "rey de Prusia". Voltaire confiaba en que Federico levantara el anonimato y, por su correspondencia, se sabe que mandó al autor un borrador de su prefacio bastante pronto para obtener su consentimiento (cfr. su carta del 23. 2. 1740). Puede que justamente fuera este prefacio lo que suscitó en Federico el deseo de retirar su obra de la circulación. En cualquier caso, se trata de una versión anterior a la publicada finalmente. En la cita se nos habla de Aureliano, tomado erróneamente por Pepino en los textos dados a la imprenta.

decirlo así— incluso jovial, lo que quizá constituya uno de los rasgos esenciales de un alma bella, sobre todo en una edad como la que va de los veinte a los treinta años y en uno de esos hombres nacidos para el trono, a quienes la seducción del trono suele llevar a reprimir una jovialidad que, elevada a la categoría de orgullo, se revela como algo demasiado humano.

A este libro se le podría aplicar lo escrito por La Bruyère en el capítulo sobre *Las obras del espíritu*: «Cuando una lectura os eleva el espíritu y os inspira sentimientos nobles a la par que animosos, no rebusqueis otra regla para juzgar la obra en cuestión: es buena y uno puede manejarse con ella». Una vez concedido esto, la crítica puede reparar en menudencias y sustituir ciertas expresiones o corregir algunas frases, comentar la sintaxis, glosar ciertas reflexiones indicen-tales, decidir que el autor se ha dejado en el tintero alguna cosa o que tal otra podía haber sido expresada en otros términos.

Estamos ante un príncipe que no ha escrito tanto en cuanto tal sino más bien como hombre de letras, no aflorando tanto el autor que es príncipe cuanto el príncipe que es autor. Quien ha escrito el *Anti-Maquiavelo* escribe realmente como un hombre de calidad y ello sin que quepa reprochársele darse ciertos aires de grandeza, que no suponen en el fondo sino una nueva especie de pedantería más chocante acaso o más notoria que la propia de la escuela o el claustro. Recuerdo un pasaje donde insinúa algo relativo a su ilustre nacimiento, pero lo hace de una manera que resulta amabilísima: «un hombre encumbrado a la cabeza del imperio por su valor deja de tener parientes; se tiene en cuenta su poder, y no su extracción. Aureliano era hijo de un centurión, Probo de un jardinero, Diocleciano de un esclavo, Valentiniano de un cordelero, y todos ellos fueron respetados. El Sforza que conquistó Milán era un campesino, Cromwell, quien tomó las riendas de Inglaterra e hizo temblar Europa, era un simple ciudadano. Mahoma, el fundador del imperio más floreciente del universo, había sido un chico de los recados; Samon, el primer rey de Esclavonia, era un comerciante francés. El famoso Piast, cuyo nombre todavía es reverenciado en Polonia, fue elegido rey calzando todavía sus zuecos y vivió hasta los cien años siendo sumamente respetado. ¡Cuántos generales, ministros y cancilleres tienen un origen plebeyo! Europa está llena y eso no le hace sino más dichosa, al corresponderse dichos

cargos con los méritos de sus destinatarios. Yo no digo esto para menospreciar la sangre de los Witikind, de los Carlomagno y de los Otmán; muy al contrario, debo por más de una razón amar la sangre de los héroes, pero todavía profeso mayor estima hacia el mérito». Sólo uno de los primeros gentilhombres del mundo podría emplear semejante tono.

